I, Kant

Pequeña historiadora asesina



Juan José Zaballa

Sumario

.Introducción

La narración que he escrito no tiene como objeto la crítica de la civilización europea en general, ni tampoco la desconstrucción de ninguna sociedad en particular. La gran inquietud de mi vida y de mi existencia es la condición humana; pero como toda antropología filosófica que formule va tener necesariamente, merced a mi formación como doctor en filosofía europea, conceptos de la civilización en la que vivo, necesariamente voy a estar limitado por la cultura en la que he sido educado y su interpretación será acotada.

Dado que de por sí describiría una conceptualización de una civilización europea, al menos voy a declararlo de antemano para prefijar las fronteras y limitaciones que tiene necesariamente que tener. No estoy señalando que pueda haber conceptos universales o que puedan tener una condición de posibilidad de generalización por medio de la razón; solamente considero que, en muchas ocasiones, conceptos que fueron tenidos por mundiales han sido muy etnocéntricos y han servido para invasiones culturales de diversos modos. Para evitar presunciones y para poner encima de la mesa mis puntos de partida, me centro en la cultura, arte, filosofía e historia europeos.

Procedo a este tratamiento por medio de una narración porque es la manera que considero más eficaz para transmitir subjetividad a los conceptos racionales y darles aplicación a la vida cotidiana. He considerado que una

narración sería el formato más adecuado para que ideas racionales puedan ser interiorizadas y tengan un efecto emocional en las personas. Principalmente, el efecto más normal que va a provocar es el de rechazo y considero que es positivo que sea así, de forma que sea un revulsivo que fomente el pensamiento crítico y la reflexión.

Respecto al personaje protagonista, puede sorprender que sorprenda que se trate de una niña de diez años. Puede resultar casi inverosímil que una persona de tan corta edad pueda disponer de tanto acerbo cultural e inteligencia, por mucho que se trate de una superdotada o por el hecho de que las personas psicópatas suelan disponer de una capacidad mental muy desarrollada en ciertos aspectos. Aún con todo, su niñez responde a un propósito: quería transmitir de alguna manera que hay unos planteamientos que son totalmente infantiles; tales como el elitismo, el etnocentrismo, el "narcisismo cultural" o la presuposición de que pueda haber personas por encima del todo de los demás, cuando hay tanto reparto distribuído de divergencia de tipos de inteligencia y de capacidades.

Dado que Lucy es un personaje destructivo y se considera superior a los demás, sus discursos tienen que ser corrosivos a todo lo sagrado, los ideales, valores y distintas formas de humanidad. Dado que Lucía solamente valora el poder y la violencia, no sería ningún ningún cumplimiento que estimase y reivindicase algún ideal, valor o creencia. Si diera por bueno alguno de ellos, sería como si se reconociese en ellos y lo vinculase a su criminalidad. Toda reprobación en realidad es una desvinculación sádica.

Lucy representa toda la crueldad humana posible. El ser humano puede ser racional, puede ser empático y podría ser compasivo; pero las personas han sido, en demasiadas ocasiones, terriblemente destructivas. El ser humano es el único animal que puede ser cruel, porque es el único dotado de una consciencia plena del sufrimiento ajeno y lo puede realizar únicamente por provocarlo, para obtener sus fines de poder o por el puro placer de hacer daño. Este ser humano que seguramente llevará al cambio climático y la extinción puede ser inmensamente destructivo.

He procedido a la escritura de este texto por una necesidad personal. Aquejado por una muy dura crisis en distintos niveles, he sentido la presión de descargar toda la tensión y presión de alguna manera. Principalmente, he encontrado en la escritura una válvula de escape, que he necesitado intensamente.

Hechas estas consideraciones, no extiendo más estas explicaciones y solamente espero que la experiencia de la lectura pueda ser tan catártico como su escritura.

.I. Τὰ εἰς ἑαυτόν

Como preveo que en los tiempos venideros habrán genios que serán capaces de apreciar mi clarividencia y mi inmensa brillantez, considero justo presentarme y dar cuenta de la que es la última y más consecuente figura del largo trayecto de la formación de la civilización europea: yo, la destrucción.

Me llamo Lucía García Hitsa, pero todo el mundo me llama: Lucy. Soy una niña con coletas inferiores y unos mechones a los lados de mi cara cubierta de pecas: la neotenia no falla y ser tan adorable como yo solamente conduce a que se dirijan a mí con un diminutivo cariñoso. Soy psicópata, psicópata y homicida.

Tengo diez años, pero supero con creces en intelecto a cualquier adulto y el hecho de que ellos se consideren una autoridad y no se sometan a mi mando me parece la mayor estupidez que existe en el mundo, lo que ya es mucho decir.

He vivido diez años, pero poseo la experiencia de miles de vidas. No solamente he devorado libros como los simples consumen pan; sino que he llevado a cabo acciones que me catapultan a la mayor posición epistémica y práctica a la que puede llegar a aspirar la humanidad. Soy una artista en la criminalidad, las fotografías que saqué de los retablos que formé con mis presas no desmerecen en composición a los horrores plasmados por los cuadros de Francisco Goya y Pablo Picasso. Si se tiene que juzgarme, deberían realizarse únicamente juicios estéticos.

De mi padre recibí las enseñanzas técnicas carniceras y las que se refieren a la acechanza de la caza. Mi madre era médico, médico forense; pero en su juventud en la universidad militó como comunista. Además, se interesó de forma encendida por los escritos de Aristóteles, que era hijo de un médico y su lectura le condujo a interesarse por la filosofía en general. De mi madre recibí lecciones de anatomía y el impulso por la lectura de clásicos de filosofía, libros sobre arte, literatura y pensamiento europeo (así como bastantes libros de economía y textos marxistas).

Comencé mi recorrido a los siete años. Mi madre es una mediocre mental, pero es una doctora en medicina que se preocupó por fomentar en mí una gran educación formal. Quizás lo hizo para suplir sus evidentes carencias, a modo de compensación por su completa ausencia de capacidad cognoscitiva, epistémica e intelectual. Además, me instruyo mucho en biología y anatomía humana, supongo que para que sus estudios en medicina forense y su trabajo en la morgue pudiesen tener alguna justificación positiva.

Conforme aprendía a leer, me ofreció como lectura los clásicos como Homero, Hesíodo, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Platón, Tucídices, Diógenes Laercio, Aristóteles, Virgilio, Horacio, Lucilio, Petronio, Suetonio, Salustio, Dante Alighieri y Giovanni Boccaccio. La lectura hace que me sienta como alejada de mí misma y me permite contemplareme “a fuera”, tengo conciencia de que hay una observadora y una *res cogitans.* Leía sus textos como si fueran cuentos y también... enseñanzas. Me encantaban especialmente todas las historias ficticias, mitológicas o reales en las que se cometían homicidios y brutalidades, sean por guerras, condenas, magnicidios o abusos de poder.

En la lectura, vivificaba con especial intesidad cada descripción de la supresión del sistema orgánico como una actividad que otorgaba tanto un

cruel placer como una inmensa catársis: siempre me ha parecido el asesinato una suerte de limpieza, una purga higiénica de los seres que no son yo y que pueden ser un obstáculo para mis intereses y ganancias.

Aunque para momento vívido, fue el día en que caí en una piscina. Estaba cerca de la orilla y me quedé maravillada viendo el fondo. Incliné mi cabeza para mirar más profundamente y me coloqué en un plano inclinado que me hizo caer. Sin resistencia alguna, me dejé caer como un plomo hasta el fondo. Entonces, la respiración funcionó en su ciclo normal y automático. Como me llenaba de agua y no podía dar aire a los pulmones, sentí una angustiante sensación de ahogo que me llenaba de una angustia indescriptible. Desesperada, moví los brazos compulsivamente; y, entre mis aspavientos desesperados, logré dar con un movimiento convulso que me permitió ascender. Al alzarme por encima del agua, aspiré el aire con toda la fuerza que pude, mientras mi corazón latía implacable. Sentí como si hubiera vuelto a la vida.

Mi hermano me cogió del brazo y me sacó de allí. Más relajada, me acordé de aquella historia budista en la que un estudiante le preguntaba a su maestro en qué consiste la Verdad y él le respondió que se quedase en el fondo de un río todo el tiempo que pudiera. El discípulo contuvo la respiración hasta que no pudo más y salió desesperado del agua. Aquella era la verdad: todo ser quiere vivir, lucha por vivir.

Fue una experiencia inmensa y desde entonces supe que yo quería hacérsela experimentar a todo el que pudiera, de manera que le hiciera sufrir el mayor horror: el miedo apremiante a la muerte. Procurar el mayor terror era mi mayor deseo, lograría la mayor satisfacción cruel posible. Era imposible resistirse.

No podía resistirme a ejercer la violencia porque necesitaba alejar de mí la inconmensurable angustia existencial. Según Siddharta Gautama, la vida es sufrimiento y la causa del sufrimiento es el deseo; y Agustín de Hipona escribió que el ser humano es un ser de infinitos deseos, así que la conclusión es clara: existir es sufrir. Acabar con la vida es bondad. Cuando se mata, se acaba con una existencia que entraña sufrimiento y se palia el propio por la ebriedad de poder. En esta vida de dolor y sufrimiento, no hay mayor crimen que dar la vida, ni mayor virtud que arrebatarla.

La vida humana es absurda. La evolución se da como resultado de innumerables combinaciones de los alelos genéticos que dan lugar a anomalías o mutaciones, de las cuales solamente quedan aquellas variaciones que permitan adaptarse al entorno. Se dan cambios en una especia y, sin que haya relación con el entorno, se dan variaciones: si alguna de ellas hace que una sub-especie sea más apta, sobrevive; si no, no. No hay relación entre entorno y cambios, se dan cambios y si coincide que ellos permiten vivir, la mutación se queda y el resto es barrida por la selección natural. Son cambios que responde a causa-efecto de producciones químicas, se dan fenómenos porque se mezclan los elementos que dan diferentes combinaciones (unas ganadoras y otras perdedoras, pero a efectos de funcionamiento químico responden a las mismas causas que no buscan mejoras de por sí, sino que logran cambios, cambios que son iguales si perjudican o benefician).

Se queda lo que funciona, lo que no funciona no funciona y desaparece. Y la felicidad no tiene nada que ver con lo que puede funcionar, no se quedan en el mundo los que pueden ser felices. No hay ningún objetivo *per se* en la vida, existimos por una lotería en la que heredamos mutaciones que, por casualidad, nos permiten seguir sobreviviendo.

La vida humana, ninguna vida, tiene razón de ser. La existencia humana es un error. Estamos arrojados al mundo, la existencia carece de razón de ser; es absurda hasta el ridículo y es risible. La vida es una broma y la gracia del chiste es la muerte.

Existimos porque existimos, no hay ningún sentido. Ello nos genera angustia, entendemos que bien pudiéramos no existir y que la vida, en cualquier caso, carece de razón de ser y es absurda. Esto hace que sintamos una gran angustia existencial, que en mi caso resulta insoportable; y se hace cualquier cosa para evitar este sufrimiento absoluto. Creedme que se hace lo que sea para evadir el dolor extremo, cualquier válvula de escape se hace necesaria e imprescindible. Yo encontré esa vía de salida ineludible en el homicidio y me aferre a ella con todas mis fuerzas.

Coexistimos en una insociable sociabilidad. Vivimos en una sociedad competitiva y hostil en la que las personas nos estamos machacando unos a otros. Los seres humanos tienen intereses y deseos egoístas y hacen lo que sea para cumplirlos a costa de los demás. El infierno son los otros. Y no hay nada que dé más tranquilidad, alivio y catársis que estar en una posición de poder mayor que te permita refugiarte de los ataques y te coloque por encima.

Fuera aparte de eso, los valores carecen de sustento, son meros acuerdos convencionales y temporales, generados en un momento puntual de la historia de las sociedades. Un fantasma recorre Europa, el fantasma del nihilismo. Llegado el fin de los grandes relatos de la modernidad; se debe superar el nihilismo pasivo de Schopenhauer que gime impotente y desesperado que no hay valores absolutos; y se debe potenciar un nihismo activo que asume el vacío de sentido como una oportunidad para crear uno nuevo y fortalecer la voluntad de poder mediante la transvaloración de todos los valores. Ahora

que se sabe que no hay valores absolutos para siempre, se abre la posibilidad de crear valores nuevos y llegar a ser quién se es. Se puede crear nuevos principios para vivir, tomar decisiones acerca de cómo se quiere existir, generar maneras de vivir propias y, así, llegar a ser dueños de nuestra existencia y nuestro propio destino. Yo he establecido como valores guías de mi vida: la conquista, el dominio y la gloria; fines por el que hay utilizar todos los medios posibles, incluido el uso de la violencia.

Los espíritus pusilánimes y cómodos querrán la paz, la calma y el sosiego. Se pondrán a atender a la respiración, compararán sus ciclos a los movimientos constantes de las olas, sentirán la vida que hay en su interior y les gustará la serenidad que les dará. Nada tiene que ver con mi determinación a sentir el máximo placer, que solamente devendrá de la intensa y poderosa crueldad. Es una sensación de totalidad por la que se podría redimir todo. Vivo para esta gratificiación y lo es todo.

A fin de cuentas, las personas solamente viven para sí mismas, la cuestión es el grado de extensión de lo que consideren “sí mismas”; sea el individuo, la familia, la nación, la humanidad, el reino animal o el conjunto de los seres vivos; pero siempre hay un límite de seres a los que se tiene en cuenta y se siguen sus intereses para “los nuestros”.

La filósofa Ayn Rand defendió que no existe la acción desinteresada o altruista porque consideraba que la gente ayuda a los demás por el placer de hacerlo y por la satisfacción del deber cumplido. En cualquier caso, todo se reduce a sentir gozo, lo único que cambia es el tipo. Se puede buscar el propio placer (que es el más intenso y más real), el gozo que puede el ayudar a los demás, la gratificación que da la contemplación desinteresada de una obra de arte, las endorfinas que se activan el el deporte, la feniletilamina del amor o cualquier otra droga. En cualquier caso, siempre

se busca el placer. Personalmente, considero que dado que todo se reduce a procurar el placer, se debe quitar todas las excusas, ir directamente al placer por el placer y, ya puestos, buscar el máximo placer, que es la ebriedad que se produce al arrebatar una vida. Lo real es pasional y lo pasional es real.

Pronto llegaría mi oportunidad de experimentarlo, hasta el momento me fui formando en las capacidades precisas. Mi padre me instruyó en el saber técnico de la carnicería. Vio que estaba interesada y me enseñó cómo utilizar los cuchillos, tanto para partir en trozos como para hacer las más sutiles incisiones. Incluso me llevó en San Martín a la matanza del cerdo de su pueblo, en la que participaba él como matarife. Fantaseaba sin parar con la posibilidad de utilizar el mismo método para desgarrar mortalmente carne humana.

* * *

Hasta aquí he descrito a una niña, ahora procedo a describir a un monstruo. A los ocho años me empecé a interesar por la biología. Leí de un tirón *El origen de las especies* de Charles Darwin. La noción de que todas las especies están en perpetua lucha por la supervivencia para hacerse con los escasos recursos, me pareció tan esclarecedora como sublime; tanto, que lo convertí en mi máxima.

Como Francis Bacon, sumé la teoría con la comprobación experimental. Recién leído el libro del gran biólogo, me dediqué a observar la naturaleza de forma directa. Fue entonces cuando tuve mi primer contacto con los "instintos" más básicos, si es que se puede atribuir algo parecido a los instintos en el ser humano, que es artificial y cultural hasta para defecar [no conozco a ningún animal que retenga los excrementos de forma forzada y sin responder a algún tipo de necesidad directa].

Empecé en esa época a intentar atrapar moscas. Tras varios intentos fallidos y extremadamente frustrantes, logré capturar a varias. Lo que vino a continuación, pasó directamente por mi cabeza como si fuese una revelación del Absoluto. Les arranqué las alas y las tiré a telarañas recientes. Después venía la mencionada observación, que tanto valoraba en positivo Bacon y que debió de ser uno de los primeros fomentos de la ciencia moderna. Después atrapé ratones vivos y se los eché a gatos callejeros. Veía lo que pasaba y no podía dejar de mirar; simplemente no podía dejar de mirar.

Tras ver la selección natural con mis propios ojos, supe que yo quería sentir el poder de la adaptación. La evolución es el resultado de la combinación de innumerables alelos genéticos; la cual, genera mutaciones que no tienen que corresponder con el entorno, ni estar dirigidas hacia su adaptación (no es lamarkismo) y no son provocadas por el entorno; pero ella, de forma eficiente, hace que haya variantes en las especies y, si dichas variaciones en el organismo permiten que una nueva especie esté más adaptada, dicha especie quedará y el resto desaparecerá: esta es la ley de la selección natural. Considero que soy el paso siguiente de la evolución, soy la especie que está por encima del menos adaptado *homo sapiens sapiens.*

Quise empezar a segar vidas y mostré interés por la caza tradicional que practicaba mi padre. Era una forma de caza que empleaba todavía el arco y flecha (aunque en formato más moderno y técnico). Se empleaban las armas de caza tradicionales, tras proceder a realizar un acecho y seguimiento de rastro en un meticuloso silencio. A mi padre le fascinaba esta afición, dadas las grandes exigencias que se requerían; se debía tener saber en cuestión de conocimiento del terreno, seguimiento de restos de animales, internamiento sigiloso y saber de la naturaleza en general.

La primera vez que me llevó, me condujo hasta unos conejos, cuyo rastro era bastante vago y muy pequeño, dados los métodos de ocultación de las presas. Él iba delante marcando el paso sinuoso y mandó con un gesto que me detuviera. Entonces, me señaló con un gesto la dirección en la que estaba los conejos. Por algún motivo, empecé a salivar y sentí una excitación candente.

Les sacó una foto y me dijo que echase un último vistazo antes de dar media vuelta. No quería enseñarme a matar, me había llevado allí para que me enterneciera con aquellos animales tan apetitosos. Le pregunté que por qué no los cazaba. Me respondió en un tono frío y casi consternado que eran unos pobres animales indefensos. Entonces, le planteé que en qué se diferenciaban de los animales que él mataba, sobre todo los conejos de granja. No supo qué responderme, pero se mantuvo inflexible. No insistí porque me daba cuenta de que no podía forzar la situación en esa ocasión.

El siguiente día, sí que le presioné, pidiéndoselo por favor. Con un suspiro de resignación, disparó una flecha e hirió gravemente a uno de los gazapos, mientras el resto de animales se escabulló de golpe y sin mirar a los rezagados. La cría no era tan hábil como sus hermanos y lo era todavía menos que su madre, así que no pudo reaccionar con suficiente rapidez al casi silencioso batir del arco.

El pobre animal se debatía y mi padre procedió a desencajarle el cuello de un golpe para que dejara de sufrir. El cuerpo tieso, que hasta hacía poco había dado muy exuberantes muestras de vida y resistencia agónica, se detuvo en seco como una muñeca rota después de ser destrozada en su mecanismo.

Me encendió aquel momento de espasmo, fue una sensación muy fuerte e intensa. Le pedí a mi padre cazar, pero se negó en rotundo y dejó de llevarme con él a sus incursiones. No podía sospechar que lo que aprendí en cuanto a acecho y sigilo lo iba a aplicar en personas: iba a cazar seres humanos para mostrar que estaba por encima de ellos. Iba a demostrar que yo estoy en la escala más alta de la cadena alimentaria. Probaría que mi superioridad en astucia y crueldad me daban ventajas evolutivas claras respecto a cuantos me rodeaban.

La violencia me parecía la forma más suprema de adaptación, ya que permite eliminar a los que puedan amenazarte y nutrirte de otros si no se es capaz de lograr los alimentos por medio de habilidades técnicas propias.

Quise probar mi hegemonía y la ebriedad de la batalla, que tanto me encendía en las lecturas. Por ello, solicité a mis padres que me apuntaran a kárate. La decepción fue casi inmediata: trataban un arte marcial como si fuera un deporte. Nos hacían trabajar la velocidad de patadas y puñetazos, sin profundizar en sus posibilidades letales: solamente conseguía hacer daño, que me daba algún placer, aunque insuficiente.

Las técnicas que nos enseñaban tenían como objeto el toque del adversario para lograr puntos, no se paraban en mientes acerca de los efectos reales. Tuve que investigar en profundidad las *katas* para descubrir qué era lo que faltaba.

Tras una selección exhaustiva, filtré en Internet la información que precisaba de toda la morralla de ignorancia generalizada. Conseguí saber que el kárate había surgido en Okinawa y fue usada a finales del siglo XIX como una técnica de combate más cuando el Imperio japonés la invadió. Eran técnicas para la guerra, técnicas para matar.

Descubrí que, en la lucha sin armas, usaban la misma técnica que utilizaban para los movimientos precisos de las armas: proyectaban la fuerza de todo el cuerpo. Su base de asiento era la cadera y el abdomen, sede del alma según las creencias japonesas. Vi que las *katas*, en realidad, enseñaban estos movimientos que debían usarse para vencer en combate por medio del uso de toda la fuerza del cuerpo y por tener como objetivo las terminaciones nerviosas del cuerpo. ¡Eran técnicas diseñadas para matar! ¡Y las habían quitado todo su contenido, al convertirla en un mero deporte y ejercicio físico!

Comenté con el *sensei* mis descubrimientos y le pedí que me orientara para ejecutar correctamente las técnicas. Se sorprendió, me dijo que estudiaría lo que había investigado y que me daría una respuesta adecuada para el día siguiente. El día fijado, me puso delante de un saco de arena y me explicó cómo podía ejecutar correctamente los ataques. Resultaba ser más difícil de lo que yo pensaba y, pese a que dediqué parte de mi entrenamiento en la verdadera forma de las técnicas, no llegué a dominarlas del todo.

Para comprender mejor cómo proyectar toda la fuerza del cuerpo, pregunté a mi madre acerca de detalles de anatomía y de movimiento. Afortunadamente, pudo superar sus limitaciones y darme instrucciones acerca de cómo ejecutar ataques con el movimiento de todo el cuerpo como unidad. Se conoce que en su día debió entrenar aikido y aprendió a hacer llaves, luxaciones, inmovilizaciones y ataques. La muy estúpida no había ejercido nunca la violencia.

Mi bautismo de sangre se produjo cuando yo tenía nueve años. La llegada a esta edad (más o menos) suele conducir a que los padres estimen que sus hijos son lo suficientemente mayores como para que puedan ir solos

al colegio. Yo era una niña retraida que no había hecho amigas, por lo que di la imagen de ser un bicho raro del que poder hacer mofa con la impunidad de saber que no dispone de otras compañeras que la defiendan. En clase me llamaban "empollona" cuando el bullicio general de los demás cubría sus increpaciones. Yo les enseñaba el dedo corazón y volvía mi atención a la profesora, por si por casualidad pudiera decir algo que no supiera.

Un día, camino a la escuela, tuvieron el atrevimiento de insultarme directamente en la calle. Corearon todas de forma inarmónica pareados tan simples como estúpidos. Pese a todo, no pude soportar verme ultrajada y empujé a la más grande y le di una patada con toda mi alma. Creí que ganar a la hembra alfa haría que las otras me temieran por mi poder y atrevimiento. Fue un ataque inefectivo. Ella respondió dándome un bofetón y luego varios puñetazos que me propulsaron al suelo y me dejaron derribada, mientras mi nariz sangraba con fluidez. A partir de entonces, la venganza hizo que cada día me asaltaran a la salida de clase.

Llena de vergüenza por mi debilidad, no denuncié los hechos para no tener que reconocer que no era capaz de defenderme por mí misma. Todos los días tenía que soportar golpes e insultos, por parte de unas colegialas que sintieron un rencor enorme hacia mí por haber intentado derribar a una de ellas y haberme atrevido a hacerles daño. No pasé miedo, más bien acumulaba rabia por la impotencia de no poder infrigirles más dolor del que me proporcionaban.

La necesidad apretó y me concentré en las lecciones de anatomía que me prodigaba mi madre. Busqué todo lo que pude en Internet, al no tener acceso a libros en casa sobre técnicas de lucha. Empecé a hacer flexiones para fortalecer los brazos, y abdominales, sentadillas y otros ejercicios para

pulir los músculos de mi cadera. Practiqué durante una semana en un parque lo que quise emplear como correctivo y me relamí.

Pasado este plazo, me levanté más temprano para encontrarme con ellas. Tras recibir los insultos protocolarios, me lancé contra la más mayor y proyecté desde mi cadera un puño que iba a descargar toda la fuerza de mi cuerpo. Desafortunadamente, no tenía experiencia práctica, por lo que la ruptura del tabique nasal fue en la dirección no letal del ataque. Una cascada de sangre manó a borbotones. La derribé de un golpe y cuando cayó al suelo como un tronco, empecé a pegarle patadas contra los ojos y los dientes. La bestia gritaba llena tanto de dolor como de terror. Las otras dos se quedaron heladas y no pudieron dejar de mirar. No pudieron de mirar.

No paré de pegarla hasta que vi que se acercaban unos adultos. Consciente de la fatal separación, procedí a acercarme a sus orejas para reírme todo lo fuerte que pudiera. Me cogieron y me separaron.

Por suerte para mí, un niño de mi clase había sido testigo tanto de mi ataque como de los antecesores desencadenantes. Por algún motivo, sintió admiración por mí y por el valor que mostré al encararme con mis agresoras. Se llamaba Tomás. Él le dijo a los adultos que me separaron todo lo que me habían hecho y estuvo también dispuesto a declarar cuando mi tutora y la directora me llamaron para dar cuenta de mis actos. Su relato fue tan elocuente que convenció hasta a mi madre de que había actuado en defensa propia. Persuadió hasta aquella progenitora desnaturalizada, que solía creer más en las acusaciones de los extraños que en la palabra de su propia hija.

Mi primera pelea fue la prueba definitiva de que la violencia era la mejor adaptación al entorno. Pero yo quería probar que yo estaba más

adaptada que los seres que no son yo, necesitaba sentir el poder que otorga la falta de escrúpulos respecto al hecho de exterminar a los que compiten conmigo por los recursos limitados de la naturaleza. Sí, yo sentía que era superior respecto a todos los demás, pero tenía que demostrarlo acabando con aquellos que son incapaces de ejercer el poder y la fuerza para eliminar a sus competidores. Empecé a matar.

Recuerdo de forma especialmente vívida mi primera vez. Sentí una gran sensación de poder, puro poder. Todas las demás experiencias fueron menos intensas y siempre he buscado en ellas lo que percibí con total nitidez en aquella ocasión.

Mi padre era carnicero, un simple e incomprensiblemente cariñoso ser; pero era un gran profesional de la charcutería que supo redimir su ineptitud intelectiva transmitiéndome sus conocimientos, tras ver mi interés (cuya verdadera naturaleza se le escapaba).

Tenía una colección de cuchillos que había dejado sin usar (pero afilados, seguramente por respeto hacia su propia vocación y hacia sí mismo). Él creía que estaban perfectamente fuera del alcance de mis hermanos y, sobre todo, de mí. Pero, como ya he indicado, mi padre era un perfecto imbécil. Y por si os lo estáis preguntando: no, mi primera vez no fue el homicidio de mi progenitor.

Mi madre y mi padre trabajaban, no pudieron prever lo que hacía. Prácticamente crecí sin atención paternal. Mi madre me educó durante mis primeros años y luego me abondonó. Ella se jacta de conocerme mejor que nadie, pero esto tiene que ser imposible porque delegó: dejó que la educación primaria, las extraescolares y otros dedicaran verdadero tiempo conmigo. Me criaron: una hermana muy mayor que me desprecia y que, sin ninguna duda,

siempre ha tenido cierto atisbo de cómo soy en realidad; y mi hermano, un absoluto estúpido que me tenía cariño y que no dejaba de mostrarlo con innesarios contactos físicos (abrazos, elevaciones y besos; y por si os lo preguntáis: no, no es pederasta; ello hubiera tenido sentido y, como digo, su conducta no responde a algún estímulo con algún sentido). Y ambos estaban lejos de conocerme...

Empecé a madrugar y a salir pronto al camino a la escuela. Mi hermano se preocupó y mi hermana quiso prohibirlo, pero les tranquilicé señalando que lo hacía para pasar un tiempo con Tomás. Tommy, mi estúpido e insignificante Tommy; no puedo contar las veces que le he utilizado y me he aprovechado de su interés, supongo que sexual. Es lo que tiene la superioridad mental: permite que te puedas aprovechar de las debilidades de los demás.

Evidentemente, no quedaba con el descerebrado de Tommy. Bagaba por las calles observando o, más bien, acechando. Anotaba mentalmente las idas y venidas de un montón de pobres miserables e inferirores intelectuales, de forma que me hiciese un plan de acción. Fue entonces cuando le vi, no le miré: le vi. Un mediocre gusano de los que se esconden bajo una roca, como todos los cobardes. Iba camino del metro y pasaba por varias bocacalles, en una de las cuales había un oscuro callejón estrecho.

Nada más fácil que lo simple, la maña siempre supera a la fuerza. Matar es una cuestión de voluntad, no de fuerza bruta ni de preparacación especial. Ciertas técnicas básicas y eficientes son suficientes para realizar la violencia.

¿Cuánta fuerza hace falta para sacar un ojo? No mucha, pero hace falta vencer los posibles escrúpulos que puede dar empatizar con otro ser

humano y yo podía hacerlo en superiores niveles. No es difícil superar algo que no se siente: yo no tengo compasión. Sé lo que es, he leído libros de psicología: es la capacidad para ponerse en lugar de otra persona. No me extraña que dicho sentimiento sea desconocido para mí, dado que nadie me puede igualar en brillantez, astucia e inteligencia. No he encontrado en ningún ser una excelencia tan inmensa como la mía, que hace palidecer astronómicamente la complejidad de todo el cosmos.

Como estoy intentando exponer, fue fácil y sencillo hacer expirar a ese remedo de hombre. Me escondí en el callejón oscuro, portando uno de los cuchillos de mi progenitor biológico. Esperé pacientemente su llegada, con una expectación y una excitación que me hacía latir las sienes.

Una vez llegó, como ya he aludido, utilicé un simple método para la comisión violenta: le puse la zancadilla y, una vez cayó al suelo como un tronco, salté encima de su espalda y le clavé con eficacia el cuchillo en la zona que conectaba con el corazón. De una forma ondulante, como si fuera un destornillador, moví de forma curva hacia delante el cuchillo y se lo clavé con suficiente profundidad.

Inmediatamente, lo arrastré hacia la oscuridad más profunda de una forma tan rápida que pareció un acto fantasmal. Le di la vuelta y le cubrí la boca, mientras notaba su convulsa respiración... hasta que llegó la percepción sublime... Su expiración. Recuerdo dicha última respiración de indeterminado grado de calor. Fue una experiencia sobrecogedora: de forma inmediata supe que murió; por primera vez logré un conocimiento inmediato de algo extremo y fue algo directo. Dicho momento supuso el primer paso en lo que tuve a bien llamar: “el camino de no retorno”.

Sentí una gran sensación de poder, ¡poder! Tenía poder sobre la vida: estaba por encima de la cadena alimentaria, estaba por encima del resto de *homo sapiens sapiens* y me colocaba por encima de la escala evolutiva. Era una depredadora entre presas, una adaptada que sobreviviría a las especies paralelas, una superior evolutiva.

Y lo seré por toda la eternidad, colocada en lo más alto de una escala violenta proveniente de una larga tradición de genocidios, guerras y masacres de nuestra querida civilización europea. Como culmen de esta sublime tradición, voy a dar cuenta de mis predecesores y demostraré que estoy por encima de los gigantes sobre los que me apoyo.

•

.II. Grecia clásica: tragedia y belleza

A los nueve años, empecé a ser autodidacta y llegué al culmen de todos mis potenciales, al ser por primera vez guiada epistémicamente por la instrucción de un genio: yo. Quise acercarme al saber global, el que pudiese agarrar los conceptos fundamentales por sus articulaciones. Por tanto, me enfrasqué en la formación en filosofía, disciplina académica que ha podido generar sistemas de explicación global y fundamental.

Filosofía significa "amistad del saber", cierto amor al saber o deseo de saber. Como tal, en la historia europea ha procurado tratar los temas del conocimiento. De ella provienen todas las ciencias y en su momento fue la única manera de pensar la realidad. En la actualidad, su papel en el saber es muy limitado, dado que lo que se puede conocer es datado por la ciencia sistemática y rigurosa, que tiene medios de contrastar experimentalmente sus aseveraciones.

La filosofía tiene que ocuparse, entonces, acerca de las cuestiones a las que no pueden llegar las ciencias por ser incomprobables a nivel experimental, pero que pueden ser pensadas, tratadas con argumentos y que pueden ser objeto de reflexión. La ciencia puede ofrecer los conocimientos más rigurosos y sistemáticos, pero no hay una ciencia de la ciencia y no hay una ciencia del conocimiento en general; por lo que solamente queda la posibildad de que se haga una reflexión acerca del saber y el resto de los conceptos fundamentales que escapan a la concreción y comprobación experimental (como la noción de ser, humanidad, belleza o humanidad).

La filosofía europea se ha ocupada de tratar las grandes preguntas de la humanidad: ¿de dónde venimos, en qué consiste ser?; ¿a dónde vamos, hacia dónde se dirige el futuro?; ¿qué se puede esperar, la historia tiene algún objetivo?; ¿qué es la sabiduría?; ¿qué se puede hacer en esta vida?; ¿qué es la felicidad?; ¿qué es la belleza?; ¿qué es la humanidad? Estas cuestiones han despertado la curiosidad y la inquietud de toda la humanidad, dado que hace que no se dé nada por sentado y se genere asombro.

La filosofía se ocupa de los grandes temas que han interesado a la humanidad, han despertado su curiosidad, han generado asombro y gozo. Este amor al saber, proveniente de la curiosidad y productor de asombro da cuenta de preguntas fundamentales, ha trabajado temas interesantes y fundamentales cuyo tratamiento podrían llenar la vida humana.

Trata de los conceptos más generales y fundamentales del entendimiento, que son tan abstractos que no pueden ser comprobables por el método experimental y la investigación científica. Se ocupa de las nociones más formales que solamente pueden ser objeto de reflexión y el tratamiento de argumentación: un conjunto de razonamientos que pueden defenderse pero no probarse del todo, dado que no pueden ser contrastados con pruebas tangibles, y quedan como meros constructos racionales que, como mucho, abren la posibilidad de ser refutados después debido a sus posibles contradicciones internas y externas.

Ha habido distintas teorías filosóficas que han tratado de sistematizar un pensamiento global y han generado una ilusión. Ellas crean la apariencia de que es posible tratar la realidad desde la racionalidad y dan la impresión de que puede haber un lugar para la racionalidad en el mundo.

La filosofía es extremadamente objetiva, trata de conceptos fundamentales y casi no toca la sensibilidad. Schiller consignó que había una forma de conciliar el entendimiento racional y la sensibilidad por medio de la estética, porque en la contemplación de las obras de arte (o la dirigida a seres bellos o sublimes) hay un juego entre el entendimiento (el concepto general de belleza o sublimidad) y la imaginación (las imágenes o elementos concretos que se pueden crear). La filosofía puede preguntarse por las grandes preguntas de la humanidad, la buena vida y la condición humana; pero no cubre todos los aspectos de la existencia humana, entre los que están la subjetividad, la sensibilidad y todas las experiencias vitales que hacen la existencia. Como ser racional, sometí mi vida a la guía del pensamiento y administré mis emociones de forma que las pueda controlar y no al revés; pero no dejé de lado el procurarme cubrir mis necesidades vitalistas, las regulé a través de la experiencia estética y me nutrí de experiencias que dependieran totalmente de mí: los sublimes actos de violencia que encendían todo mi ser y que eran calculados fríamente por mi mente racional.

Como conclusión de estas consideraciones, me centré en otra manera de hacer filosofía y que diera más cuenta de la realidad humana en la que vivimos. Me interesaron más los planteamientos que tienen que ver con la otra manera de conocer: la experiencia, las vivencias de las que aprendemos, y que nos indican que las personas se mueven por intereses, deseos egoístas, individualismo, ejercicio de estrategias de poder y de dominio.

Empecé a leer a Maquiavelo, Hobbes, el Marqués de Sade y Nietzsche. No entiendo cómo, incluso hasta una completa imbécil como mi madre, pasara por alto la enseñanza de los contenidos de los textos de estos autores.

Nicolás Maquiavelo, un gran estadista, señaló que el príncipe puede y debe utilizar los medios que sean necesarios para garantizar el orden y la

fortuna del Estado, del que es responsable. Él consigna que si las personas fueran buenas, se podría gobernar sin llegar a extremos; pero como efectivamente son malas, el príncipe debe imponer el orden y basar su poder en el miedo (para basarse en el amor debería cumplir los deseos de sus súbditos, que son infinitos; pero el miedo siempre es efectivo). El príncipe cumplirá con la *virtú*, con la habilidad sobre los asuntos mundanos y públicos, si no cumple con la *bontá* (la ingenua bondad simplista que considera como buenas la ayuda al prójimo y la ausencia de violencia). Gracias a la virtud puede ser "astuto como un zorro para conocer las trampas y fuerte como un león para espantar a los lobos". Concluyo personalmente que hay que saber usar la violencia y el engaño para poder desenvolverse en el mundo... y estar por encima de él.

En la misma línea, hablando de lobos, Hobbes señala: *homo homini lupus*, el ser humano es un lobo para el ser humano. Todas las personas tienen intereses particulares y egoístas; y si no hubiese un poder soberano que dé estabilidad y garantías jurídicas por la fuerza, existiría una lucha de todos contra todos. Cada persona buscaría satisfacer su interés particular en contra de los demás y de la sociabilidad, y conducirían a la guerra de todos contra todos: la guerra civil. Sin un poder claro, lo que buenamente existen son poderes que se disputan el control único... hasta que uno de ellos venza e imponga el derecho por la fuerza, como señalaba Bismark. Perduraría la guerra de todos contra todos hasta que todas las personas estuviesen dispuestas a ceder libertad individual (buscar cumplir sus intereses y actuar de forma egoísta y antisocial) y le cediesen el poder a un soberano que ostentaría la fuerza única y que se convertiría en el monopolio legítimo de la violencia: el Estado.

El Marqués de Sade escribió unas novelas cuyos personajes principales lograron, por medio de uso de la razón, justificar hasta el asesinato. En

pocos términos, la naturaleza es violenta: ella fomenta la lucha de los animales para sobrevivir usando los medios que hagan falta, y busca la destrucción, una forma de creación separando los elementos (de forma que se puedan formar otros). Matar es el acto más natural porque la naturaleza material necesita generar nuevos seres por medio del cambio, la corrupción y la destrucción. El asesinato puede ser interpretado como algo "monstruoso", y, sin embargo, los animales matan para comer o para escapar: matar es algo natural. La muerte es la forma que usa la naturaleza para generar nuevos seres: de los cadáveres es de donde la tierra puede extraer los nutrientes necesarios para formar nueva vida y alimentar a los gusanos, de los que se alimentan otros animales en una cadena alimentaria, la gran cadena del no-ser.

Friedrich Nietzsche realizó toda una genealogía de la moral europea. Buscando el origen de las nociones de deber, demostró que las nociones tan fundamentales de bien y de mal no eran básicas para toda sociedad, cosas que se conocen desde la infancia en todos los pueblos y en todas las épocas. Las normas morales no son evidentes, naturales y universales porque ni siquiera en la tan racional civilización europea han sido las de siempre, sino que han cambiado a lo largo del tiempo y de la historia.

La moral antigua de los señores de la guerra hacía que la fuerza, victoria y la conquista fueran lo noble; la moral feudal dio la vuelta e hizo que lo bajo fuera bueno, en tanto que la humildad y la modestia se tomaran como cualidades honrosas y dignas, alejadas de la vanidad y la soberbia. Se debilitó la voluntad de poder, se negó la posibilidad de fortalecer la voluntad y la capacidad creadora de valores. Se antepuso la sensación de seguridad sobre la voluntad.

Personalmente entiendo que la modernidad generó grandes ideales como el progreso, la autoridad científica, la libertad, la igualdad y la fraternidad. Ellas fueron ilusiones irreales que se probaron como mentiras, al ver los horrores de las dos grandes guerras mundiales y sus armas avanzadas por una tecnología desarrollada derivada de una ciencia que se usó para la destrucción, los campos de concentración y exterminio que fueron fábricas de muerte y deshumanización, y los efectos nocivos de la contaminación. La sacralidad de la vida es una mentira de los poderosos para evitar que los guillotinen.

Caminamos en una era en la que han caído todos los valores, la gente carece de ideales y solamente se sueña con ser rico por la lotería. "Tanto tienes, tanto vales" es el único criterio de valor. El dinero lo es todo, todo lo demás se puede comprar. La felicidad de nuestro mundo feliz, similar al que presentó Aldous Huxley, puede ser adquirida por un módico precio: el hedonismo que busca el placer por el placer puede satisfacerse constantemente con dosis constantes de consumismo de productos de usar y tirar que activan sensaciones pasivas y nos deslumbran por el efecto de la novedad... hasta que pasa y tenemos que volver a tomar de nuevo otra dosis de la que depende sentirnos bien en una sociedad en la que se gasta la mitad del tiempo en un trabajo que se odia para comprar cosas que no se necesitan.

No hay valores propiamente dichos, el altruismo extraña porque el individualismo nos resulta lo más natural y nadie tiene ningún tipo de ideales. Se camina por la vida sin que haya ningún sentido, sin que se sepa qué sentido tiene el término sentido. Cuando todos los valores caen, queda un gran vacío y solamente queda lugar para la violencia. Cuando el nihilismo triunfa, lo único que puede triunfar es la sensación y la más poderosa impresión es el placer de provocar daño a los demás.

Volviendo a las reflexiones de Nietzsche, él aseveró que, sin un referente absoluto de los valores, todos los seres tienen, en cambio, voluntad de poder. Si se observa con detenimiento, se puede advertir que todo ser tiende a la expansión y al crecimiento: busca poder, ser más de lo que es, ser capaz de hacer más cosas. Los átomos procuran atraer los electrones de otros y formar moléculas, que en algunas casos forman un ácido desoxirribonucleico que da lugar a la vida. Y los seres vivos, a su vez, incluso los más simples, procuran el crecimiento y la expansión: desarrollan pseudópodos para envolver los nutrientes y poseerlos, quieren dominio sobre el entorno y hacerse más fuertes. Concluyo que en ello consiste la naturaleza: es la tendencia innata a buscar el poder y el dominio, por encima del bien y del mal.

Deberían gobernar aquellos seres capaces de ejercer el poder y de hacerlo valer: los genios grandes, capaces de realizar sin miramientos la máxima expresión del dominio: las ejecuciones. Ejecuciones: se tiene que matar a los que desean no ejercer el poder ni tomarlo y prefieren delegarlo, aunque sea llamando a sus tutores: “representantes” (que solamente representan al poder y la jerarquía).

El poder debería de quitarse cortapisas, medias tintas, excusas y engaños y mostrarse como es: una forma de imposición sobre los demás, una fuerza dominante que queda reflejada como máxima expresión con la supresión de la vida: la matanza de aquellos que indefectiblemente no valen nada porque carecen de poder. La supresión marca el nulo poder del rebaño de los que delegan el poder y prefieren obedecer a dominar.

Considero personalmente que la máxima expresión del poder sería el establecimiento de una clase social poderosa que tratase como presas de caza

a unos siervos cuya vida no vale nada y que solamente existen en función de la servidumbre debida a sus superiores en fuerza y control: los que son capaces de tomar el poder por la violencia y la destrucción.

Si vosotros, espíritus inferiores, consideráis que hay una contradicción entre mi defensa del orden político único (violento) y mi individualista patrón de conducta criminal, no puedo decir más que erráis. Os equivocáis hasta el extremo más increible.

No tenéis presente que, dadas mis competencias y habilidades, estoy capacitada para ser una gran política y que, al lograrlo, todo mi pasado será pasado por alto, cuando no enaltecido como poder. Como la mayoría de la clase política profesional del Reino de España, le será perdonado todo si sabe moverse en ciertos hilos y contactos.

Los políticos y personas de poder cuentan con voceros y pregoneros diversos que saben hacer la propaganda y publicidad necesaria que permiten desviar la atención pública a lo injustificable, y que todavía tienen el atrevimiento a blanquear e invisilizar lo execrable. Gran tradición mediterránea desde los griegos arcaicos y los corruptos triunfantes como Alcíbiades, y los golpistas como Julio César, Napoleón Bonaparte y una parte significativa de los altos oficiales españoles de los siglos XIX y XX.

* * *

Fui una pequeña Catalina Grande de todas las Rusias respecto a unos seres que ni podían haber sido ubicados como siervos. Después de mi primer homicidio, convertí la excepción en costumbre y cometí diferentes homicidios con metodologías diferentes.

Recuerdo que antes de proceder al “gran salto mortal”, tenía intención de realizar el máximo acto una única vez. Tuve la osadía de confiárselo al estúpidamente incondicional Tommy, que no volvió a verme con los mismos ojos y que, sin embargo, continuó aferrado a su perversión inamovible respecto a mi cuerpo:

-Para sentirme feliz, bastaría con que matase a una persona solamente -comenté de pasada y sin premeditación, mientras caminábamos hacia la escuela-. Así, cada vez que no mate a una persona, le estaré perdonando la vida y siempre me sentiré bien.

Tomás no podía creer lo que oía y me preguntó con estupidez que qué había dicho. ¡Cómo si no lo hubiera oído ya! No lo entiendo todavía a día de hoy: incluso teniendo en cuenta su inteligencia limitada, tenía que haberme podido oír. No sé cómo le pillo por sorpresa, cuando en historia estudiábamos constantemente acerca de la recurrente utilización de la violencia, máxima garante del *statu quo* o funcionamiento político y social de las sociedades. El uso de la brutalidad forma parte de una antiquísima e ininterrumpida tradición que va desde la Grecia arcaica con su guerra de Troya, las guerras médicas, las del Peleponeso, las púnicas, las diferentes brutales invasiones, la Inquisición y las dictaduras.

* * *

Pero empecemos por los griegos arcaicos. En el primer eón todo era el caos [bostezo] y del desorden surgió el Érebo, un principio de cierto orden que dio lugar a los primeros dioses griegos, que impondrían después el posterior orden establecido por la fuerza.

La reina Gea (una de las primeras matronas y remoras del brujeril poder matrilineal de las diferentes Venus del Paleolítico), cedió el poder a su hijo Urano, con el que se casó y tuvo hijos incestuosos, que tenían que ser monstruos: los desproporcionados titanes.

Todo lo que se salga del orden y la belleza es monstruoso para los griegos, porque todo aquello que no tenga unas proporciones y medidas ordenadas está torcido y tiene que ser retorcido. Todo ser sin medida tiene que ser necesariamente algo excesivo y, por tanto, extremo; y, sin orden, puro desorden. Orden, medida y proporción: ellos son los valores del canon de belleza clásico griego.

Y, además, los griegos antiguos tenían el prejuicio de que lo que fuese bello tenía que ser bueno. En realidad, utilizaban el mismo término para referirse a lo bello y lo bueno: καλὸς, *kalón*: lo grande, lo noble, lo hermoso. En una ocasión, un hombre griego que defendió en un juicio a una mujer acusada de impiedad y corrupción, no tuvo mejor idea que usar como alegato la propia belleza de la acusada: le despojó de sus ropajes y mostró su pureza. Alguien tan bello no podía ser impío o malvado. Parece ser que funcionó.

Incluso el racional Platón igualó la bondad suprema (o justicia) con la bondad, razonando que la justicia es la suprema belleza porque lo bueno o justo da equilibrio, orden y armonía (lo que hace que la bondad sea sumamente hermosa). Según el filósofo, los actos buenos son tan nobles y loables que resultan extremadamente bellos. Todavía a día de hoy, se dice que una buena persona es una bellísima persona (y mejor cadáver, añadiría).

Los dioses fruto de un incesto tan directo, entiendo, tenían que ser horribles, y su sesgo monstruoso les llevaría a ser desproporcionados y excesivos en sus actos. Como medida de prevención y como repulsa a su fealdad (que en prejuicios griegos era monstruosidad física y moral), Urano volvió a meter a sus hijos en el vientre materno. Los volvió a poner dentro de Gea, la Madre Tierra. Evidentemente, este proceder no podía detenerse hasta que hubiera una violencia contra la violencia, hasta que no se impusiese otro orden por la fuerza.

Uno de los hijos de Urano, Cronos, castró brutalmente a su padre. Le arrebató una parte de él y de su poder: le destronó. La carne y la sangre cayeron al mar, dando lugar a las Furias, pero también a Afrodita, la diosa de la fertilidad, el amor y la belleza. La belleza es fruto de la brutalidad y la violencia. No me extraña nada: la vida es bella y la muerte, sublime.

Eugenio Trías, en su libro: *Lo bello y lo siniestro*, da cuenta de esta paradoja. Considera que en toda representación simbólica queda en juego cierta alusión a lo siniestro: tiene que hacerse presente él para que la obra tenga alguna vitalidad y no quede como obra formal y aburrida.

El filósofo señala el hecho de que la belleza surge de la violencia. De forma concreta, consigna que, en el cuadro de Boticcelli *El nacimiento de Venus,* la belleza sirve precisamente para tapar lo siniestro. El cuadro muestra el nacimiento de la diosa de la belleza, sin enseñar su origen: la castración de Urano, del que surge la belleza, y cuyo único referente en el cuadro son pequeños pájaros y viento, que representan de forma edulcorada los fragmentos mutilados del rey.

Kant señalaba que el juicio de belleza hace soportable el mundo y que nos reconciliemos con él. Totalmente de acuerdo: el mundo es presentado bajo representaciones agradables para romantizarlo y esconder su peor rostro: consistir en el uso de la violencia como garantía del poder y del dominio.

Mirad la historia de Europa: no hay siglo en que no haya algún tipo de violencia, sea guerra, persecución, tortura bajo distintas formas y corrupción. Del toro de Falaris a la Inquisición, y de los campos de concentración (sean campos de internamiento de los países liberales en colonias o para prisioneros, *gulags* o campos de exterminio nazis) a los *electro-shocks* de distintas agencias de inteligencia y agentes de seguridad diferentes. Hasta el mito originario del nombre del continente es cruento: el rapto de Europa da cuenta de la violación de una princesa por parte de un ser más fuerte: Zeus en forma de toro.

Cronos siguió el ejemplo de Urano y devoró con voracidad a sus hijos, como bien quedó representado en todo su esperpento por parte de Francisco de Goya en su cuadro: *Saturno devorando a un hijo*, y el respectivo de Pedro Pablo Rubens [las lecturas acerca de estos cuadros pueden ser múltiples; como, por ejemplo, señalar que representa que el paso del tiempo, representado por el dios del tiempo Cronos, hace que se consuman y mueran todas las cosas]. Cronos, a su vez, sufrió su propio destronamiento. Su hijo Zeus le arrebató el poder con la ayuda de los titanes y sus recién vomitados hermanos. Y el reinado de él también se vería amenazado por una profecía que dicta que uno de sus hijos, asimismo, le destronaría.

Ello no condujo a la paz: hubo guerra entre los dioses olímpicos y los titanes, los dioses antiguos contra los dioses nuevos. Tiempo después habría otra lucha por el cosmos: una batalla entre los gigantes y los dioses olímpicos. Una batalla que se ganó curiosamente gracias a la piedad filial de

Heracles (Hércules para los romanos). El semidiós hizo que la balanza tuviera más peso para los olímpicos. Pese a ser rechazado y verse amenazado por otros dioses, Heracles decidió luchar por su familia olímpica. Lo que demuestra que incluso el amor puede ser una excusa para el uso de la violencia: en éso consiste la astucia de la razón.

Brutalidad sin fin y encima, con todo lo combatido e impuesto, no se cesa la voz de la amenaza: en la final imposición de los hijos de Cronos, todavía se mantuvo la advertencia trágica e irrevocable de que uno de los sucesores del nuevo padre de los dioses le destronaría; tal y como lo fueran otrora sus predecesores (y por lo cual devoró a Atenea antes de que naciera, provocándole dolores de cabeza, que solamente acabaron cuando se la extirparon).

* * *

El parricidio, significativamente recurrente en la cuna de nuestra civilización; la base fundante de todo pueblo según el mitólogo moderno Sigmund Freud. ¡El parricidio!, una constante en mis lecturas tempranas, a veces me pregunto si es debido a ellas por lo que yo también maté a sangre fría a mi padre o si es algo que siempre ha estado presente en mis pensamientos desde que tuve uso de razón. ¿Pero qué me digo?: por supuesto que tenía que ser seguidora de esta estela cultural.

Yo odio a mis padres y únicamente fue una cuestión de tiempo hasta que asesinase al menos a uno de mis progenitores. Detestaba los límites que me establecía mi padre: me frustraban terriblemente. Y odio a mi insufrible e irracional madre, tanto como Electra odiaba a Clitemenestra.

Todo fue de pronto, de repente. Contra todo pronóstico y contra mi griega noción de procurar un orden y concierto en mis acciones, me vi en la necesidad de acabar con la miseria de mi padre. Mas, ¿quién hubiera podido prever que un mentecato supremo pudiese llegar a conocer mis actos vespertinos?

Nada, ni siquiera unas posibles sospechas e intuiciones de mi progenitor. Realmente, no tuvo el oráculo de Dionisos, una corazonada, o el de Apolo, una inspiración esclarecedora de su mente. No, el *pater familias* de la *domus* obtuvo por casualidad la información referente a mis actividades matinales, junto con las correspondientes evidencias incriminatorias.

Era una tarde igual que otras. Al muy estúpido le debió de dar la idea de cerrar antes la charcutería y pasar un poco de tiempo con su abandonada Benjamina (mi padre trabajaba de sol a sol y siempre dedicó más tiempo a mis hermanos, más primogénitos y cercanos a su edad adulta).

Debió pensar en hacerme un regalo y entonces despertó: se dio cuenta de que realmente no conocía a su propia hija. En mi habitación encontró no ya juguetes, sino libros que desconocía completamente y pósteres de obras de arte que tanto desconocía como horrorizaba (tales como el mencionado *Saturno devorando a un hijo* de Goya, *Los fusilamientos del 2 de mayo* del mismo autor y el *Guernica* de Picasso).

Totalmente desorientado, sigo señalando, mi padre tuvo que recurrir a algo que debió darle un escrúpulo tan fuerte como efímero: el espionaje. Buscó en mis cajones algo personal que pudiese darle algún referente. Seguramente no se atrevía a preguntar a mi madre para no tener que mostrar que no conocía a su propia hija. Y vaya sí llegó a conocerme: encontró mi diario, en el que está basado el texto que estoy escribiendo

ahora mismo. En él se recogía con todo lujo de detalles mis memorias, mis pensamientos más profundos, mi declaración de intenciones y... mis anotaciones y apuntes acerca de mis presas.

Supongo que confundido, entre el caos mental que debía tener, debió de vislumbrar de repente una luz entre tanta oscuridad y empezó a atar cabos respecto a mi conducta. Incluso un nulo deductivo como mi progenitor pudo hacer asociación de ideas y llegar hasta sus cuchillos escondidos. Estaban limpios, pero un auténtico profesional sabe dónde mirar y conoce perfectamente cuándo un filo ha sido usado y donde se esconden las más remotas remoras de sangre.

Volvió a mirar mi diario y encontró los recortes de periódicos que con orgullo había recopilado. Ellos referían los cuerpos encontrados sin huellas dactilares registradas y bajo signos de brutal violencia. Después miró a las imágenes que colgaban en mi cuarto y vio una extrema semejanza entre ellas y las imágenes brutales que fueron expandidas como la pólvora en Internet: fotografías de los cuerpos que alteré para que su forma se pareciera a la composición de distintas obras de arte clásicas, o que tomaban estrucuras nuevas al ser fruto de mi experimentación artística escultórica personal.

Se quedó en mi cuarto esperándome. Supongo que, antes de llamar a la policía, quería conocer mi versión de los hechos; quizás en un intento de encontrar algún tipo de sentido que se le escapaba totalmente. Una mente tan atrofiada como la suya no podía concebir que lo que hacía era una práctica normal en nuestra civilización en particular, y completamente regularizada, en la naturaleza en general.

Le encontré con un rostro severo pero sin acritud, me miraba como si fuese la primera vez que me viera. Un frío recorrió mi cuerpo, como una

especie de intuición desconocida. Duró un segundo: después su silencio estúpido me resultó una señal fácilmente reconocible. Él lo sabía y sabía que yo sabía que lo sabía.

A continuación, todo pasó a cámara lenta. Recuperé la compostura y con toda la frialdad del mundo le pregunté con el tono más suave que pude que qué quería. "¿Qué quieres, papi?", creo que fueron las palabras exactas. Durante el segundo siguiente debió de relajarse, hice uso de la neotenia, el enternecimiento que sienten la mayoría de las personas frente a los cachorros y los niños pequeños. Fui lo suficientemente hábil como para distraerle un momento. Levanté la cabeza y la torcí para aumentar el efecto... y para distraer su mirada de mis manos.

Cuando le preguntaron a Heidegger, el filósofo más importante del siglo XX, por qué alguien tan racional como él apoyaba a un esperpento teatral y casi inculto como Adolf Hitler, él contestó: *La cultura no importa. Mira sus maravillosas manos.* Yo sí que tenía unas manos mágicas y no las de ese pintor aficionado, que solamente podía pintar edificios alejados y a personas desprorcionadas. Con agilidad y celeridad, pero de forma imperceptible, extraje mis tijeras de mi estuche (unas tijeras que realmente eran de coser), y las escondí en el anverso de mi mano y en mi antebrazo. Entonces miré ambos cuadros sobre Saturno y recordé el mito de Cronos: castración paterna.

Me acerqué a él mostrando mi mano diestra [soy amibidiestra, dicho sea de paso]. Cuando él pudo pestañear al fin, dirigió su mirada a mi mano e intentó vocalizar alguna palabra. Lo interrumpí.

¿Sabéis por qué nos dicen que no debemos correr con tijeras en la mano? Para que no nos demos cuenta de que hasta los infantes también

tenemos poder. De un latigazo le apuñalé con una hoja de las tijeras y la clavé con profundidad.

Una de las zonas del cuerpo más conectadas al sistema sanguíneo (para conseguir una erección es necesaria una gran cantidad de sangre). Salió como una fuente. Para cuando reaccionó taponando la fuente de escape, reconduje las tijeras abiertas y procedí a clavárselas en el hígado. El hígado cuenta con una necesaria reserva de sangre de medio litro, necesaria para que el proceso biliar sea efectivo y se procure la depuración del organismo, sobre todo para un cuerpo tan castigado por el alcohol como el de mi padre, educado en nuestra rica tradición alcohólica. Cuando se pierde medio litro de sangre, el cuerpo empieza a sentir mareos y puede provocarse un desmayo. Más allá de este límite, el cuerpo pierde temperatura corporal y simplemente se colapsa. La anatomía es divertida.

Así fui yo: otra heroína clásica, otra parricida. Yo era un nuevo ser mitológico. Una nueva mitología se fundó a finales del siglo XX con el primer estudio criminológico serio del registro de un tipo de personas que empezaron a ser objeto de fama: los nuevos monstruos, los asesinos en serie.

Corté a mi padre en tres principales conductos sanguíneos y le produje desangramiento, mientras reía en sus orejas, ebria de poder. Lo hice como Héctor cuando mató a Patroclo, sin pensar tampoco en las consecuencias. Nada es terrible si se tiene poder: estás a salvo de todo efecto si se tiene poder sobre las circunstancias.

"La fuerza funda el derecho", dijo Bismark; y yo tenia poder: el conocimiento es poder. Con la mente todavía fría, una de las claras ventajas evolutivas que dispongo, pensé de forma calculadora cómo encubrir mi homicidio. Lavé como nunca las tijeras, las agarré con un trapo e hice lo

imposible para que las manos en *rigoris mortem* de mi fenecido progenitor agarraran eficientemente las tijeras. Lo hice tras dejar huellas dactilares suyas por todo lo que eran tijeras.

Lo que vino después fue increiblemente más sencillo. Mi padre tenía una letra simple como él. Su letra era sencilla de imitar, a diferencia de la de mi madre, docta en medicina y ostentandora, por tanto, de una jeroglífica letra. Redacté una nota de suicidio conforme a las expresiones y nula mentalidad de mi padre. Escribí una explicación que entrase dentro de lo que podía ser una aclaración lógica de los acontencimientos, según los razonamientos estúpidos de mis padres. Relaté la historia referente a una posible amante (su soltera y joven ayudante), y a su arrepentimiento. Presenté esta última emoción como el detonante de su suicidio en la habitación de la hija a la que dedicaba menos tiempo.

Un idilio con una empleada, es tan tópico y típico que hasta mi galácticamente estúpida madre podría creérselo. De hecho, fue ella la que, al final, escondió los pocos restos de pruebas y alteró la escena del crimen más allá de su ética profesional como forense. Lo hizo para evitar un escándalo y dañar la fama de su difunto marido, redundando en un trauma a sus hijos, sobre todo a su Benjamina (¡si supiera!).

Todo un desastre del destino, todo una tragedia griega, de cuyos relatos excesivamente crueles he formado mi carácter y mis costumbres o *ethos* [la palabra ética proviene etimológicamente de esta palabra: *ἦθος,* la conducta, el carácter]. El *ethos* griego clásico (que tanto me influyó) era una tendencia que buscaba la luz de Apolo por encima de todas las cosas, pese a la base violenta de su cultura, historia y civilización.

* * *

Aun con todo, los griegos antiguos buscaban el orden. Les obsesionaba el equilibrio y la armonía, tomando como peligroso, estresante y angustiante la carencia de límites, orden, medida y proporción.

En los comienzos de la civilización griega arcaica, en la era minoica, existía el ἄναξ, el *anax*: la autoridad política, militar y religiosa. Era una suerte de faraón, que trataba de legitimar su autoridad señalando que tenía un orden divino: predicaba que los reyes son descendientes de dioses o de héroes.

Quedó en entredicho la autoridad del divinazado rey cuando fue invadido el imperio minoico (el único imperio sin murallas de la historia: Creta). Los casi bárbaros griegos dorios se impusieron por su desemedida brutalidad. Ellos montaban tan bien a caballo y eran tan terribles guerreros que ambos, animales y guerreros, parecían un único ser mosntruoso (dando lugar al mito de los centauros).

La civilización minoica había dado lugar a otros mitos: el palacio real de Knossos, que tenía tantas salas que para el resto de griegos era un auténtico laberinto, dio pie a la leyenda y mito del laberinto del minotauro (el toro de Minos, mítico rey de Creta). El propio minotauro era un mito fruto del culto a los toros sagrados cretenses, a los que se les sometía a corridas de toros en las que la única sangre que se podía derramar era la de las personas [los toros eran sagrados, los cretenses se limitaban a saltar sobre ellos; la fama de este culto hizo que en la conciencia colectiva antigua quedase en forma del mito del monstruo, tan extremo como brutal].

Una vez eliminada la supuesta legitimidad divina del ἄναξ, se tuvo que buscar la legitimación desde otro punto de vista. Los líderes y reyes

tuvieron que presentarse como βασιλεύς, *basileus.* "el que va delante", señores de la guerra y que ostentaban el poder en función de su papel como protector de la comunidad. [Del término *basileus* solamente nos ha quedado la denominación de las grandes edificaciones religiosas cristianas bizantinas de los *Basileus* o emperadores romanos orientales: las basílicas, cuyo nombre deriba de los edificios usados como tribunales: βασιλική οἰκία, *basiliké oikía,* "casas reales"].

Los señores de la guerra eran presentados en los poemas épicos como unos héroes que no estaban guiados por la cabeza, sino por su caja torácica. Ulises le decía a su corazón que callara y que se guiara por la moderación como había hecho hasta la fecha. Aquiles era un ser frenético que se guiaba por una guía desatada por su fuerte respiración. Además, había un dios llamado Dionisos, cuyos oráculos se transmitían por medio del corazón, por corazonadas.

Todos los seres de leyenda, por muy grandes y poderosos que fueran, estaban envueltos en conflictos violentos que acababan de forma trágica. Todos los mitos tratan de reyes y héroes que se ven envueltos en conflictos con los dioses, para su gran desgracia y finales consecuencias fatales.

El gran héroe Heracles, Hércules para los romanos, se vio condenado a la locura, mató a su familia llevado por su delirio vengativo contra sus enemigos, y, por ello, fue condenado a realizar una serie de trabajos. Más adelante, ellos le darían méritos para subir al Olimpo, tras morir terriblemente abrasado por el engaño de un enemigo y la estupidez de su celosa esposa (que le regaló un manto envenanado que le dio un centauro enemigo de Heracles, lo hizo porque pensaba que así se ganaría el amor de su esposo, alejándolo de sus nuevas amantes).

El dios de la luz Apolo, tan valorado por los griegos, fue condenado por su arrogancia a ser esclavo en el templo que le dedicaron a él, tras haber vencido a una pitón monstruosa. De esta experiencia, estableció los dos lemas del oráculo de Delfos: “nada en extremo” y “conócete a ti mismo”: conoce tus límites, no seas arrogante y no cometas actos por encima de tus posibilidades llevado por la soberbia.

El dios Dionisos, dios de la fertilidad, el vino, la locura y la muy celebrada tragedia, fue perseguido por la celosa Hera y finalmente fue descuartizado por sus terribles tíos. Sus miembros se introdujeron en la Madre Tierra, que lo gestarían de nuevo y le harían brotar de nuevo en la tierra, como promesa de fertilidad y vida nueva.

Los grandes héroes de la guerra de Troya sufrieron terribles castigos por participar en esta guerra terrible, que enfrentó Europa contra Asia. Tras diez años de guerra, Ulises, pese a toda su astucia, no pudo evitar ser contaminado por la guerra maldita y verse envuelto en diez años de dolorosa odisea. Aquiles murió por una flecha disparada a su único punto débil por parte del más cobarde de los troyanos (Paris). Ayax se volvió loco y se suicidó. Menelao, el esposo legal de Helena, tuvo que ir a Troya a recuperar a su esposa porque él era rey de Esparta únicamente por haberse casado con su reina. Además de sufrir guerra que inició, estuvo retenido en Egipto durante diez años con la mujer que le abandonó y humilló su viril soberbia (no me puedo imaginar qué tipo de convivencia tuvieron). Su hermano Agamenón, coordinador de la guerra sacrílega, tuvo que matar a su hija Ifigenia para poder conseguir que los barcos griegos pudiesen salir de puerto sin retenciones punitivas divinas. Cuando volvió de Troya fue asesinado en venganza por su horrible filicidio por parte de su esposa Clitemenestra. Ella fue una gran matrona que se atrevió a ejercer el poder, aunque fuese con el

precio de verse, a su vez, asesinada después por la conjura de sus hijos Electra y Orestes.

La tragedia griega tenía un efecto extremadamente estimulante, la muerte quedó asociada en mis primeros años del uso de razón como el efecto más revitalizante que existe cuando se contempla y me generó un deseo que solamente pude entender con claridad gracias a mis posteriores experimentaciones con animales y... con personas. El placer a la que asociaba la caza era mayor a la catársis, emoción que asociaba Aristóteles a la experiencia de la tragedia.

En una tragedia existe un personaje virtuoso (de forma que dé pena su dolor), pero responsable de un acto excesivo (cuyo resultado es la maldición que le conducirá a un dolor). En la experiencia de la contemplación de la tragedia se genera tensión en el espectador a través del climax de la trama dramática y, en su culmen, sucede un alivio que resulta gratificante: una *catarsis* psicológica.

Nietzsche en su *El origen de la tragedia* recuperó a tiempo esta rica tradición recordando que la cultura europea no era meramente apolínea, buscadora de la bella apariencia (representada por el canon griego); sino que también el arte tenía una faceta dionisíaca: también había influencia de la tragedia griega. No solamente había búsqueda de la armonía (clásica, renacentista o clasicista), sino que también en la cultura europea se ha procurado expresar el desencadenamiento de las pasiones extremas que se hallan en el delirio, en la ebriedad, en las festividades rurales arcaicas de la fertilidad. En ellas, se representaba ritualmente el despedazamiento de Dionisos como promesa de nueva vida (al ser introducido sus pedazos en la Madre Tierra y la posibilidad que abrió a una nueva fecundación y renovación del dios). Cuando la sociedad griega pasó de ser rural a urbana,

las expresiones cultuales a Dionisos se convirtieron en representaciones del teatro trágico. Nuestra cultura heredó la tradición trágica en la que se cantaba poemas terribles y quedó como la moderna ópera.

Escribía Nietzsche que los griegos antes aprendían a bailar que a andar, y que antes aprendían a cantar que a hablar. De la música en la que transmitían sus poemas acerca de sus leyendas épicas y mitos, solamente nos han llegado la letra.

La música era entendida como cierto modo de saber: las musas inspiraban en los artistas las canciones que narraban los hechos y valores de unos personajes que eran considerados históricos o representativos. En ella aparecían los héroes que eran modelo de conducta; por medio de ella, se educaba moralmente a las personas. Por ello, Platón quiso restringir los excesos inmorales de las narraciones de los poetas y Aristóteles presentó un tratamiento de la música en la educación de los ciudadanos (de forma que pudieran formarse personas virtuosas y participantes del bien común).

Los poemas más famosos eran unas canciones que siempre acababan siempre en tragedia. La *Teogonía* de Hesiodo narraba el origen de los dioses y su establecimiento del orden tras enfrentamientos terribles. La *Iliada* narraba el terrible décimo año de la guerra de Troya. La *Odisea* relataba los diez años en que vagó Ulises mientras veía que sus compañeros eran crudamente asesinados. Sus mitos muestran los avatares de personajes que se encontraban contra la espada y la pared, y que se vieron envueltos en círculos viciosos de violencia que no parecían tener fin.

Las tragedias mostraban que todos los seres, incluso los más agraciados por los dioses, se ven atrapados por un destino incierto e irrevocable. Él

nos pone en situaciones desesperadas y obliga a llevar a cabo acciones que darán consecuencias terribles.

El prototipo de ellas pudiera ser el personaje de Orestes, que se veía en la tesitura de que tenía que vengar a su padre matando a su madre. Estaba en una situación límite, en una situación trágica: hiciese lo que hiciese se vería condenado. Si no lo hacía, las Furias de las normas antiguas le atormentarían por no dar cumplida venganza a su padre; pero si lo hacía, las Furias también le perseguirían por cometer la atrocidad de matar a su madre.

El conjunto de las obras teatrales trágicas era el arte musical dramático. Él daba cuenta de la visión pesimista de la Grecia arcaica acerca de la realidad: ella daba a entender que la vida de por sí conlleva siempre desgracia (los mortales son seres limitados condenados al sufrimiento, la vejez y la muerte dolorosa). También indican que los conflictos entre las personas principalmente conducen a desencadenar actos terribles (vengativos o arrogantes); cuyas consecuencias siempre se les escaparían de las manos a los mortales, por muy poderosos que fueran, quedando en manos de un destino tan imprevisible como irracional.

Según la Grecia arcaica, los mortales son seres deficientes que no tienen poder suficiente como para eludir la fatalidad de una vida llena de conflictos, enfrentamientos, sufrimientos, enfermedades y muertes inevitables. Los poemas trágicos daban cuenta de esta visión dramática de la realidad; este arte volvería en el romanticismo, como ópera.

Personalmente, yo sentía, más que la calma tras la tormenta, la energía del rayo potente atravesar mi cuerpo cada vez que veía los cadáveres... que

yo producía. Si algo soy es algo más que trágica, eso es: yo soy lo que va más allá de la tragedia.

* * *

Ah, los mitos plasmados en las tragedias, qué grandes eran y con que crudeza se expresaba el dolor, muertes y amputaciones en la tragedia ática. Aunque personalmente prefería los poemos épicos de Homero, sobre todo las batallas de la *Ilíada* que eran descritas de una forma extremadamente visual. La leyenda decía que Homero era un poeta ciego y que tenía una consecuente "visión" de adivino que le permitía plasmar versos con analogías tan directas como significativas. Casi se podía oír los gritos de los heridos y los gemidos de los agonizantes. Su lectura siempre me enardecía y me llevaba al deseo encendido por mil soles de que debía sentir el fragor de la matanza.

Cierto día casi me descubro por jugar a encarnar la tragedia de Héctor. Era una tarde en la que nuestras madres estaban en la plaza hablando y nos dejaron a los infantes a nuestro aire. Aburrida le conté la historia de la *Ilíada.*

Le narré como, en el décimo año de la guerra de Troya, un ofendido Aquiles por parte del rey Agamenón, dejó la guerra, pero dejó que su primo y amante Patroclo fuese en su lugar y con su armadura, por compadecer a sus antiguos compañeros griegos. Con este acto se sentenció a sí mismo y se produjo la terrible cólera de Aquiles, que conllevo muertes atroces tanto entre griegos como entre troyanos.

Antes de estallar la gran cólera de Aquiles, su ira ya había sido despertada con anterioridad. Agamenón había rechazado devolver, a cambio de

regalos honrosos, a la hija de un sacerdote de Apolo. El sacerdote clamó con justa indignación o *némesis* que el acto del rey de Micenas era pura arrogancia excesiva o *hybris.* El apolíneo sacerdote clamó justa venganza a su dios; él le escuchó y, con sus acertadas flechas, envió una peste que asoló a los griegos. Llamaron a un vidente para que explicara el enfado de los dioses y la forma de aplacarlos. Calcas señaló la falta del rey de Micenas y añadió que debía ser devuelta la muchacha sin recepción de regalos: ello suponía reducir honor al rey Agamenón (el honor era asignado en forma de botín de guerra, dar cierto grado del saqueo era una forma de reconocer los méritos).

Como Aquiles defendió a Calcas, el auspicio, Agamenón la tomó con él y aceptó la entrega a cambio de arrebatar a Aquiles una esclava. Lleno de ira por el honor vulnerado, Aquiles deja el combate hasta que ve el resultado de sus actos: muchos amigos perecen por su retirada. Estúpidamente compadecido, el muy débil dejó que Patroclo fuese en su lugar. Su falta de superación de la pena ajena le llevó a dejar marchar al combate sin su protección a su amante: perdió su interés sexual por una emoción estúpida dirigida a unos cobardes que no habían defendido su causa.

La compasión es una debilidad. La misma que más adelante Aquiles mostró por el rey de Troya. Príamo, después la matanza cruel de su hijo Héctor a manos de Aquiles, le rogó a Aquiles que le permitiera llevarse el cuerpo para recibir las exequias. En lugar de ver en él a un prisionero importante que le daría gloria su aprisionamiento, vio reflejado su dolor por Patroclo en el dolor del anciano y le permitió llevarse el cuerpo. Los ritos fúnebres duraron varios días, tiempo que permitió a los troyanos reorganizarse y reforzarse. La piedad es una completa y absoluta irracionalidad.

Sin embargo, es más significativa para mí la crueldad en la *Iliíada* que la estúpida emoción de la piedad. Me interesa más la tragedia de Héctor, provocada por una arrogante ebriedad de poder. Ella era una ceguera más sublime que la compasión porque fue motivada por la fuerza y el afán de destrucción: ellas son las pulsiones más intensas, puras y sublimes que se pueden sentir.

Héctor se sintió atraído por la armadura y, borracho de poder por sus recientes victorias, se atrevió a arremeter. Comprobó que el guerrero que veía era meramente Patroclo y, aun así, lo mató con la sensación de que había matado al propio Aquiles. Cuando su víctima agonizaba le dijo que acabaría también con su amante. Héctor provocó su tragedia: la ira de Aquiles pasó de estar dirigida a Agamenón a estar dirigida a Héctor. Lo mató como un zorro mata a un pato, en un acto más parecido a un juego que a una hazaña, un mero abuso de la superioridad combativa.

Aquiles en ese momento no tuvo ningún tipo de compasión y yo no mostré ninguna consideración hacia Tommy ese día. Tommy se vio contagiado por mi enardecido relato oral y dijo que quería jugar a la pelea de Héctor y Aquiles. Cogimos dos palos y empezamos a moverlos como los primates menos hábiles. Llegó a darme en la cara, lo cual me encendió tanto la ira como a Aquiles y decidí atacar como él. Le golpeé con el palo en su gaznate, más clavándoselo que golpeándole y él se encorvó con la laringe dañada. Lo tiré al suelo y, presa de una cólera infinita, lo arrastré por el suelo hasta que mi madre y mi hermana me separaron de él.

Mi madre estaba pálida como una vela, llena de horror y mi hermana estaba roja por la ira. La estupidez personificada casi llegó a atisbar por encima mi verdadera naturaleza y mi hermana gritó como poseída por el toque de la luz de la verdad:

- ¡Puta loca! - exclamó y luego se dirigió a mi madre:- ¡Te lo dije, te dije que se le iba el avión! ¡Está para el puto frenopático!- gritó desahogándose, tras años de no ser creída por mis padres.

Me insultó de la manera más injusta, dados los leves daños que vieron. Le solté a mi madre que le di sin querer. Me respondió con toda crudeza que me conocía mejor que nadie y que no podía creerme. La familia es tener el enemigo en casa. Ningún momento de mi vida ha podido alejar el odio que sentía hacia ellas. La justa indignación o *némesis* justificaba mi exceso o *hýbris.* Me comporté como Aquiles, Heracles y Ulises; y las muy estúpidas no podían ver más que locura en mis actos. Nunca he dejado de odiarlas.

* * *

Estos son los referentes representativos que valoraban como héroes los antiguos griegos. Eran figuras trágicas, pero que también eran terrible y ostensiblemente atroces. La tragedia y la épica brutal es la gran tradición arcaica griega, digna representante de los componentes violentos de nuestra civilización euopea.

Europa era una princesa griega raptada por Zeus en Creta y posteriormente poseída impositivamente. Eso somos nosotros: imposición y violencia, todo lo demás es... el ocultamiento de la belleza.

La búsqueda de un principio ordenador es la antiquísima inquietud griega de necesitar buscar orden en la realidad. Todo el *logos* o discurso articulado daba cuenta de forma explicativa (causal) de las cuestiones que eran tratadas por los mitos.

Primero se introdujo la noción de ser con el mito, una serie de narraciones en las que, tras una teogonía cruenta llena de brutalidades y guerras, Hesíodo consignaba que se dio lugar a la justicia, el orden que impuso Zeus. El rey de los dioses dio a los animales el principio rector de la ley del más fuerte; y a los mortales les entregó el *aidós* o la vergüenza en los mortales. Ella era una norma moral sobre la que se basaría la justicia que establecieron los dioses olímpicos por imposición. Lo que el poeta no podía cantar era lo más evidente: que la sociedad es la guerra por otros medios.

En la Grecia rural y arcaica, la autoridad la ostentaba el señor de la guerra, cuyo símbolo de autoridad era su completa armadura y armamento. Cuando y solamente cuando un mayor número de personas pudo permitirse adquirir todas las armas, símbolo de poder, es cuando empezaron los movimientos favorables a un mayor reparto de poder.

Con una revolución técnica en el área de la fragua, surgieron las exigencias de reparto de poder. A partir de allí, legisladores como Licurgos y Solón tuvieron que hacer reformas que redundaron en lo que posteriormente fue el régimen de la *isonomía*, la igualdad ante la ley (y la democracia en ciudades-Estado como Atenas). Sí, incluso algo tan valorado actualmente como la democracia, tiene un origen violento (y yo diría que también es la base de su forma de ser). Poco a poco se fue implantando este orden... violento.

Es el orden de la imposición por parte de los nuevos detentadores de la fuerza y la violencia: el de los soldados plenamente armados, que reclamaron ser ciudadanos con algún tipo de participación en el espacio público. En repúblicas como Atenas se formaron democracias y en la aristocrática

Esparta, para el selecto grupo de soldados profesionales que pudieron ser soldados, se les adjudicó la ciudadanía, permitiendo que pudiesen participar en un consejo meramente consultivo.

En todas las ciudades-Estado, en general, se implantó la isonomía, la igualdad ante la ley. Él era un principio de poder que nada tenía que ver con un reconocimiento de derechos, sino con la imposición de los violentos. No había más que ver que la propia isonomía no implicaba realmente el principio de igualdad: fuera del ámbito público quedaban los extranjeros, las mujeres, todos los artesanos que no dispodían de tiempo para permitirse participar de las sesiones públicas y la ingente cantidad de esclavos.

La esclavitud era la mayor expresión de la opresión de la imposición forzosa. Los esclavos eran prisioneros de guerra, seres tan bajos que preferían la vida (rindiéndose) a morir en batalla como seres libres. Era la ley y la convención (impuesta por la fuerza) la que hizo de una eventualidad una norma.

Platón pudo intentar justificarlo asignando que los trabajadores más técnicos debían ocupar el estamento social más bajo, debido a su más bajo grado de conocimiento (técnico y basado en los sentidos, más que en la razón que permite conocer la Justicia: el saber político que debe regir). Aun con todo, en su visión de la sociedad ideal, esta opresión era garantizada por el gobierno de los guardianes o militares que tenían que hacerse valer con una dictadura tecnocrática y sofocrática.

Aristóteles también trató de excusarla, señalando que había personas que estaban más dotadas para el trabajo físico y que era natural que se hiciese una suerte de división social del trabajo que tendiera a establecer la esclavitud en el orden social. Una torpe excusa: la verdadera razón por la

que existía la esclavitud, fuera aparte de los beneficios económicos y jerárquicos, era que la ley y la convención la habían establecido y sancionado. El derecho romano lo expresó de mejor manera, señalando que la esclavitud es situación de falta de libertad, contra natura.

El orden social era la imposición de los armados, para mayor poder y gloria de los propios detentadores de la violencia. Su última forma fue el régimen de gobierno de los ciudadanos-soldados. Una vez que la autoridad recayó en algo tan estable y legítimo como la igualdad ante la ley, no es de extrañar que los griegos se preguntasen por el orden de la naturaleza que tenía que ya encontraban en la *polis*.

Los llamados Siete Sabios de Jonia trataron de buscar el *arjhé,* el principio regulador y regidor que ordenaba el mundo, fundamentaba todo ser y permitía que las cosas fuesen. Buscaban una explicación causal de todas las cosas.

El primero, Tales de Mileto señaló, debida cuenta a sus observaciones y razonamientos, que la explicación causal de todas las cosas es que la realidad estaba conformado por un principio de agua: todo es agua, en diferentes densidades y composiciones. Realmente el cuerpo humano consta de un 60% de agua y la superficie del planeta está cubierta principalmente por agua...

Otros filósofos consideraron que todo lo que existe tiene como principio el fuego, el aire, los números o, incluso, los átomos. Sin embargo, Anaximandro mostró que era la indeterminación el principio que hace ser todo. Él dio cuenta de que la respuesta a la pregunta sobre el ser no era física: tenía que ver con la conformación del ser, trataba de responder a la cuestión: en qué consiste el ser.

Solamente desde este planteamiento, podían ser posibles planteamientos como el de Empédocles que decía que el principio que fundamentaba y formaba todo eran el amor y el odio: la atracción y la repulsa entre los cuatro elementos, que daban lugar a los diferentes seres que conforman el orbe.

Un enorme orbe cósmico que era considerado inmóvil por parte de Parménides. En un poema trata estas cuesiontes. En él relata que su carruaje le llevó hasta la presencia de la diosa de la Sabiduría, Atenea. Ella decía que las cosas son de una manera determinada o no son, pero nunca pueden ser y no ser a la vez: no puede haber cambio aunque sea a nivel del conjunto del cosmos. Según este planteamiento, si se viera la totalidad del universo, solamente se vería una esfera, símbolo matemático de la perfección (una representación de la de la incipiente ciencia matemática tálica, arquimédica, pitagórica y euclidea).

Los discípulos de Parménides, sobre todo Zenón de Elea, trataron de defender la posición de su maestro por medio de paradojas lógicas que "mostraban" que el movimiento no existe. El veloz Aquiles, de pies alados, no podía alcanzar a la tortuga que iba infinitamente lento, dado que ninguna velocidad puede llegar a lo infinitesimal [cuyo cálculo perfecto fue hallado a la vez por sir Isaac Newton y por Gottfried Wilhelm von Leibniz -el cual curiosamente también consideraba que la materia se podía dividir hasta el infinito y que la base no podía ser un átomo material, sino una mónada espiritual que estaba organizaba por una suerte de armonía pre-establecida-].

* * *

Orden, medida y proporción: las obsesiones griegas. Todo lo que fuera desordenado, desmedido y desprorcionado, sin límites que abarquen y puedan

permitir una organización equilibrada, era visto como terriblemente caótico, arbitrario, tiránico y monstruoso.

Un imperio inmenso como el persa podía devorar a la pequeña Grecia por mor de sus excesos y deseos sin límite. Los medos, que trataron de invadir la civilización helénica en sus guerras médicas, eran concebidos como desmedidos soberbios llenos de un poder que debía de ser arbitrario y fruto de la imposición por la fuerza, dado que no se puede abarcar tanta inmensidad territorial sin que se hubiese un dominio despótico y contrario a la libertad (un poderío así solamente puede ser establecido por medio de un poder inmenso y, por tanto, tiránico).

Los europeos eran libres, pero eran unos aldeanos completamente bárbaros; los persas eran refinados, pero arbitrarios; los griegos que contaban con Estados medianos podían desarrollar las excelencias (*areté*, *virtú*) a la vez que conservaban la libertad.

La gran amenaza era el enorme y monstruoso imperio persa. Desproporcinado, no podía menos que no tener límites en sus deseos y, sin medida ordenada, no podía ser otra cosa que una entidad soberbia que no ponía coto a nada y cometía los mayores excesos para imponer un imperio que, de otra forma, no podría ser sostenido por medio de la libertad. Cientos de pueblos fueron sometidos por la tiranía más cruel, sanguinaria y soberbia. Solamente la orgullosa Grecia, la voz de la razón y la violencia medida, podía detener a tan altivo engendro.

La era de los héroes griegos todavía no había acabado, solamente cambiaron las formas. El imperio persa se atrevió a invadir la Jonia (todo lo que se conoce en la actualidad como la Turquía oriental), colonias griegas

incluidas. El boicot ateniense condujo a que el emperador Ciro II buscase un castigo ejemplar.

Atenas buscó apoyos entre las potencias griegas próximas y en la otrora enemiga Esparta, que rechazó de plano embarcarse en la guerra por la proximidad de la *Carneia,* en la que no se podía combatir [si los espartanos no veían bien la rendición es debido a su mucha piedad hacia los dioses; ellos no hacían nada que considerasen que fuera vergonzoso para ellos: sea rendirse y no actuar como seres humanos, libres, o sea faltarles al respeto y no darles el debido culto].

Atenas apenas podía hacer frente al gran efectivo numeroso persa, por lo que decidió hacer una retirada estratégica. Dejó un efectivo de atenienses y platenses que soportase el embate, mientras dejaba que avanzase el gran ejército persa, que se entretuvo estúpidamente en arrasar los templos (lo único que había debido a la retirada de la población a la Acrópolis). La retirada permitió tomar fuerzas y enviaron tropas al barrio de Maratón.

La victoria fue anunciada a la Acrópolis en un memorable acto heroico por el corredor Filípides, que murió al momento de efectuar su mensaje; aunque más hubiera valido su esfuerzo masacrando persas y ejecutando sin piedad a los prisioneros. Sin embargo, de la masacre ya se ocuparon los hoplitas, que se movían en formaciones compactas griegas protegidas escudo con escudo (movilizaciones que las hacía superiores en técnica a cualquier numeroso ejército). Ellas debieron dar debida venganza a todos los muertos y a los templos destrozados provocando un río de sangre que purgó la Hélide.

El encono hacia Atenas, se dirigió a Esparta, que se mostró dispuesta a ayudar a su enemiga. Ella luchó en el paso estrecho de las Termópilas, en

el que el ejército de decenas de millares no servía de nada frente a los seis mil griegos que resistieron hasta el fin.

Poca honra se le ha hecho a Esparta, un territorio siempre preparado para la batalla y la destrucción, que formaba a sus ciudadanos desde niños a robar a sus compatriotas (de cara a los saqueos en el futuro), a soportar el dolor, a hacer uso de la matanza más cruenta y a ser los más fuertes.

Hasta a las mujeres se les entrenaba en las técnicas de lucha porque se pensaba que de mujeres fuertes, nacerían hijos fuertes. Muchos forasteros se soprendían de ver estas prácticas, dado que se seguían los procederes de los "lugares del desnudo" o *gymnasion.* Ellos veían a mujeres jóvenes entrenadas (de cuerpo estilizado por el ejercicio) y desnudas, para su incomprensible pasmo. [Puede que fuesen muy mediterráneos y pasionales, pero enseguida se escandalizaban con nada, como cuando se besaban en público con toda la naturalidad del mundo Pericles y su legal esposa Aspasia. Poco podrían prever los atenienses que tiempo después los cínicos llevasen la naturalidad hasta sus principios últimos, con Diógenes masturbándose en la calle mientras decía: "ojalá se pudiera quitar el hambre frotando la barriga", y las cópulas públicas de Hiparquia y Crates].

Aunque tal vez sea más acertado señalar que eran selectivos para sus propias turbaciones. No tenían ningún susto cuando en sus patrias veían a jovencitos atractivos desnudos, mientras entrenaban para su formación persoanal y para posibles participaciones en los juegos olímpicos (pese a que la bisexualidad estaba muy extendida en la antigua Grecia). Sin embargo, se escandalizaban si se procuraba lo mismo a aquellas que más adelante serían unas grandes matronas espartanas, que se ocupaban de la hacienda de la casa de los pocos ciudadanos, mientras ellos dedicaban todo el año al entrenamiento y preparación para la guerra.

La brutalidad de la guerra presente en los ciudadanos... Qué gran aporte fue Esparta para nuestra civilización: ella nunca dejó la imposición violenta como método de afirmación del poder y del imperialismo. Aunque jamás tuvo los redaños de proclamar su necesidad y justificación como máxima herramienta del poder y... como más sublime acto del ser humano. La humanidad se define por su crueldad: el ser humano es el único ser vivo que puede ser cruel, porque es el único que es perfectamente consciente del daño que hace a sus víctimas...

Dicha brutalidad fue realizada en el paso de las Termópilas. Cientos de naciones se enfrentaron a poco menos de seis mil griegos. La estrechez del paso impedía ser envuelto y hacía que la superioridad de la formación compacta hoplita permitiera luchar en mejores condiciones que las hordas de cientos de naciones del imperio persa. Debieron masacrar a miles. Qué miedo debió de sentir el emperador Jerjes I, que nunca debió de recibir unas derrotas tan humillantes.

Todo terminó cuando un traicionero campesino llamado Efialtes se vendió a los persas y les comunicó que había una paso de cabras que permitía envolver a los griegos. Ellos se enteraron de la traición y huyeron la mayoría. Solamente quedaron unos pocos tespios, focios y los famosos trescientos espartanos, que no tomaron como opción el rendirse. Los espartanos no tenían como posibilidad remota no ser totalmente libres y ceder ante los enemigos. Ellos eran unos guerreros caros a Ares, dios de la brutalidad en la guerra, y temían más la ira y justa indignación del dios (por hacer algo impropio del ser humano: no ser libres y ceder) que la muerte.

Allí fueron masacrados en una victoria pírrica que encendió la indignación de unos griegos que ya habían vencido en el mar, en Salamina, y que, después, en la batalla de Platea, se vieron suficientemente motivados como para diezmar sangrientamente a los persas.

Después, se formaron ligas entre diferentes ciudades-Estado. Ellas buscaban más el imperialismo de una ciudad hegemónica que la defensa. Consecuentemente, terminaron enfrentadas por el poder sobre Grecia en las guerras del Peloponeso. Solamente quedó como remora de la lucha helena contra los persas la incursión de una decena de miles de griegos, dirigidos por Jenofonte (discípulo de Sócrates)... La lucha directa contra el Imperio persa se suspendió hasta la llegada del más grande de los griegos: el rey que conquistó todo el imperio persa y se ganó el apelativo de "el Magno".

* * *

Yo busqué conquistas. Quería superar a adultos con mayor fuerza bruta, aunque menor inteligencia. Era un reto que me encendía por dentro con una intensidad tan fuerte como irresistible. Sentía una necesidad de sangre que me pareció puramente física. Tenía un deseo tan fuerte por arrebatar vidas, que me hacía puro daño. No podía vivir sin las intensas sensaciones de poder y dominio que me otorgaban el acecho, el uso de trampas, argucias y el último y vivificante acto criminal.

Me sentía terriblemente viva cada vez que procuraba hacerme con una presa y terriblemente muerta cuando se frustraban mis intenciones. Llegué a un punto en el que no podía vivir sin matar. Los días en los que no había planificado nada, me daba un síndrome de abstinencia que me resultaba insufrible.

Yo necesitaba matar, simplemente tenía que matar. Me había convertido en una depredadora cuyos impulsos mortíferos eran ineludibles. No podía dejar de matar. Los días estériles me provocaban un dolor intenso que me resultaba insoportable.

El asesinato se convirtió más que en un hábito. Se transformó en una necesidad tan básica como procurar el aire que respiramos. Un día en el que me vi sin ninguna actividad ni planificación criminal, noté una gran presión. Era tan grande que terminé respirando de forma compulsiva, dado que me parecía que me faltaba el aire.

Tuve mi primera crisis de ansiedad. Mi cabeza me daba un dolor inmenso y tuve que recostarme en posición fetal hasta que el dolor remitiera un poco. No podía moverme: si efectuaba cualquier movimiento, mi cabeza se agitaría y me darían mareos dolorosos. Estuve transpirando hasta que me calmé de alguna forma, justo en el momento en que pensé que tenía que matar y recordé todas las veces que lo había hecho.

Al día siguiente, contra toda prudencia, procedí a atacar a un elemento al que no había estudiado en profundidad. La necesidad me obligó a actuar sin pensar, debido a la gran amenaza que suponía el dolor que me generaba un deseo que se convirtió en necesidad compulsiva. Sin pensar demasiado, le dije que se le había caído un billete. Por suerte para mí, pese a que se mostró incrédulo y no lo vio a primera vista bajando la mirada con los ojos, procedió a agacharse, momento en el que pude lanzar mi puño propulsado por mi brazo y un movimiento de cadera que proyectaba toda la fuerza de mi cuerpo. En esta ocasión, pude romper el tabique nasal en la dirección correcta, provocándole una muerte casi inmediata. Me alivié. Vencí en combate y di lugar a una tragedia griega para alguna familia. Fui una conquistadora griega, digna heredera de la cuna de la civilización.

* * *

En esta civilización excelente, se desarrollaron las principales aportaciones iniciales de teatro, escultura, arquitectura, poesía, matemática y filosofía de nuestra civilización.

Siguiendo su canon de belleza, los artistas procuraron plasmar la armonía introduciendo con habilidad las debidas proporciones (casi matemáticas) a las obras. El partenón de Atenas, como ejemplo, colocó sus columnas y los elementos que soportaban con una separación matemáticamente proporcional: en forma de triángulos áureos, basados en el uso de formación de figuras geométricas armoniosas (cuya base es la proporción establecida por el uso del número *phi*), formas matemáticas que son agradables a la vista. [Unas columnas que, por cierto, se realizaron de tal forma que parecieran rectas a la vista: la línea recta no existe en el mundo: es una figura matemática ideal].

Las esculturas griegas empezaron como estatuas similares a las egipcias. Ellas fueron creadas con fines más ideológicos que artísticos: trataban de mostrar la divinidad de reyes y héroes de sonrisa hierática fría, semidivina, y con un pie hacia delante, que representaba que estaban a un pie de los cielos. Más adelante, procurarían una formación menos básica y más expresiva artísticamente, depurando sus formas y proporciones, hasta llegar a humanizar las figuras y dotarlas de un dinamismo casi orgánico.

Las columnas dorias eran tan básicas y escasas de elaboración plástica como la escultura. La escultura y columna jonia empezaban a perfilar mayor grado de trabajo expresivo. Finalmente, las figuras y columnas corintias fueron dotadas de una depuración mayor y elaboración artística conforme al

ideal de canon de belleza griega, plasmando las proporciones debidas y los detalles cuidados.

Las esculturas adoptaron unos gestos más humanos y menos parcos, logrando una gran organicidad: las esculturas parecían personas, pero personas idealmente bellas. La columna corintia quedó pulida con trazos y un acabado casi vegetal, que le daba asimismo una impresión de vida que solamente fue superada siglos después por la arquitectura ondulante y orgánica de Antoni Gaudí.

Aunque para obras artísticas orgánicas, mis obras: retorcí los miembros de los cadáveres para que tuviesen un dinamismo mayor del que habían tenido en vida. Mejore el mundo con mis homicidios, al sustituir seres alienados por obras de arte sublimes. Mi obra es excelsa... como mi caza.

* * *

En el arte griego el canon era la armonía. Todo tenía que ser orden, pero nadie veía el orden en la fuerza. Y el principio fue la obsesión del pensamiento griego clásico. Ninguno de los primeros filósofos se plantearon lo más cercano a su cultura y a su historia: que la violencia es la medida de todas las cosas.

Ningún pensador se atrevió a proclamar con total convicción que el orden provenía de la violencia, solamente dieron proclamas tibias al respecto y no ponían todo el énfasis en ellas. Πόλεμος πάντων μὲν πατήρ ἐστι, “la guerra es el padre de todas las cosas”, se atrevió a escribir Heráclito. Pero señalaba que el principio de todo era el fuego y el cambio, y no llevo a la práctica su lema cruento. Pese a su pensamiento aristocrático, no participó en ningún movimiento reaccionario que devolviese el poder a los mejores.

Los sofistas proclamaron que las leyes son convenciones y son la imposición de la fuerza, como probaban los hechos de Heracles (que robó, mató e impuso su poder). Sin embargo, no se atrevieron a decir que la convención de la imposición era lo natural y fundamental.

Ningún filósofo griego clásico se atrevió a establecer como principio lo que su tradición cultural oral había señalado durante siglos: que la realidad era un todo cruel, un destino trágico, en el que por encima de todas las cosas tiene que triunfar la fuerza, el abuso y imposición.

El orden de todas las cosas es la destrucción, la desintegración de los seres, tanto por su corrupción como por causa agente. Ella conduce a la formación de nuevos seres; dado que si no existiese la aniquilación, los seres permanecerían fijos, como la visión que tenía del ser en su conjunto Parménides o el mundo de las Ideas de Platón.

* * *

Todo es cambio, nada permanece, todo se corrompe y la destrucción forma parte de la naturaleza: ella permite que las cosas se modifiquen y hace que la rueda de la fortuna siga girando. La historia de Europa misma es la prueba de que la violencia es necesaria en el mundo: todos los grandes cambios se han dado tras guerras, invasiones, imposiciones y revoluciones sangrientas.

Ya lo creo que hice caminar al mundo. Deberías haber visto cómo corrió una de mis víctimas (he perdido la cuenta, no sé si fue la tercera o la cuarta). Era un canelo totalmente alienado, que se dirigía todos los días al

trabajo con un andar mecánico que transmitía que no estaba de espíritu presente. Enseguida le di vitalidad.

Me puse en una esquina, al final de una calle, y le hice tropezar poniéndole la zancadilla. Trastabiló, pero no cayó. Ello trastocó mis planes, pero no resigné a no cobrarme una pieza. Mientras soltaba una maldición, lancé una cuchillada fugaz. No fue efectiva y solamente le golpeé de lado, provocándole mero dolor.

Por algún motivo, reaccionó con rapidez y, al ver el brillo del cuchillo, no se paró a preguntarse qué pasaba. Se quedó blanco como la cera y, por si acaso, salió corriendo. Gritaba como un animal, el muy imbécil e incapaz. Pese a poner todo el alma en sus piernas, cedió velocidad y le alcancé en seguida. Le estampé una patada con toda la fuerza de mi cuerpo proyectada e hice que cayera. Giró en el suelo varias veces como si fuera un trapo. Sus brazos estaban cerca de su cara, seguramente como una respuesta directa frente a la caída. Dejó al descubierto su pecho y le pude apuñalar con rapidez. Al día siguiente, no se habló de otra cosa en los medios de comunicación.

Yo veía cómo el mundo cambió de faz a la par que llevaba a la práctica mi pensamiento. Los telediarios se llenaban de noticias acerca de mis asesinatos y la gente reaccionaba, despertándose de su estado de alelamiento permanente. Desperté mentes que estaban abotargadas por la falta de cultivo de la cultura y el pensamiento.

Pueden decir de mí lo que quieran, pero yo conseguí que la sociedad despertase de su letargo de alienación y estupidez. He contribuido más a la cultura y al arte que la mayoría de los estúpidos que pueblan el mundo.

Me relamía cada vez que daban una noticia. Me sentía pletórica por ver que se me daba la atención e importancia que merecía. El constante bombardeo sensacionalista de los medios me animaba a seguir moviendo al mundo.

La realidad no puede detenerse, no es un gran ser fijo como decía Parménides. El cambio, la polémica, el conflicto y la violencia tienen que darse para que nuestro mundo corrupto siga su curso. Platón lo entendió mejor: un mundo fijo solamente podía existir en otra realidad, ideal y matemática como la ciencia de su época. Un mundo puramente conceptual (y que, por tanto, no puede existir).

* * *

Platón, el gran incomprendido de su época... Un aristócrata que dejó la poesía para escuchar a un hombre descalzo que hacía preguntas y llamaba a escuchar al propio pensamiento interno, a un pequeño *δαίμων* o *daimón,* una especie de dios menor que hacía de Pepito Grillo y nos preguntaba acerca de nuestros actos cuando le parecía que hacíamos algo mal.

Sócrates era el hombre más sabio de toda Grecia. Así lo afirmó el oráculo de Delfos. En estos términios lo dictó un oráculo poseído por el dios de la luz Apolo pitón [llamado así por vencer a una monstruosa pitón y que es la raíz de la palabra pitonisa: la mujer que hacía de oráculo y que veía el futuro a través de la posesión del del dios que era vencedor de la pitón].

Ante la perplejidad de las palabras de la Pitia, Sócrates fue preguntando a aquellas personas que supuestamente tenían el saber: políticos, poetas y

militares. Quería llegar al concepto general de todas las coasas, saber qué era el valor, la virtud y la belleza.

Su sociedad, como señaló Haveloc en su *Prefacio a Platón*, carecía de una conceptualización por ser mayormente oral. La cultura se difundía por una serie de canciones sobre mitos y leyendas que describían actos valientes, virtuosos y bellos concretos. Pero ellas no daban pie a que el público atento (no necesariamente acrítico) pudiera abstraer demasiado.

Sócrates acababa su procedimiento de plantear preguntas cuando recibía el abismal silencio al que se abocaban las personas que decían saber acerca del conocmiento, valor, justicia, virtud y belleza (respectivamente, filósofos, militares, juristas, políticos y poetas).

Llegado un punto, Sócrates lograba que las autoridades no pudieran responder a sus preguntas, mostrando que ellas no sabían. El filósofo ateniense dedujo entonces que él era más sabio que el resto de los ignorantes porque él, al menos, era consciente de su propia ignorancia, mientras que los llamados "sabios" creían saber y no eran siquiera conocedores de su extrema ignorancia.

El cuestionamiento de los mediocres le salió caro al mayor sabio que el mundo conoció: los peores le acusaron de impiedad y de corromper a los jóvenes, logrando que lo condenaran a muerte. Sócrates había dejado en evidencia a figuras de autoridad, que eran mediocres e ignorantes y que no podían permitirse que nadie mostrase la falta de méritos que tenían.

Le denunciaron dos políticos patéticos. Le acusaron sin fundamento de no respetar a los dioses, denunciando que Sócrates instigaba a los jóvenes a la rebelión por cuestionar a las autoridades. Señalaron en su acusación que

el sabio "decía" que los seres celestes como los planetas eran rocas y no dioses [algo que no hizo, pero que era un tópico acerca de los filósofos, debido a que Tales: describió la regularidad del movimiento de los objetos celestes, calculó un eclipse y mostró que los fenómenos naturales no eran misteriosos y divinos, sino fruto de una naturaleza causal y explicable de manera matemática].

Inmediatamente sufrió, al igual que yo estoy sufriendo yo ahora, la irreductible conjura de los necios. Un jurado popular de ignorantes, que carecían de la racionalidad y conceptualización, condenaron en su suprema soberbia al más absoluto de los sabios.

El vulgo ignaro se dejó llevar por la versión paródica de Aristófanes acerca de Sócrates, introducida en su comedia *Las nubes*. En ella, se presenta a un Sócrates con las características deformadas que el vulgo atribuía a los filósofos: arrogancia, creencia de estar por encima de los demás (representada por la caracterización de un Sócrates en las alturas), y el uso de los razonamientos de forma interesada para hacer valer la propia causa por encima de las demás (haciendo uso de falacias confusas si hiciera falta). Aristófanes tenía que ganarse a su público ignorante para hacer caja y explotó los tópicos más comunes e irreales que disponían sus prejuiciosos espectadores.

Fue condenado a pesar de demostrar que le habían acusado de defender unas tesis materialistas que estaban presentes en libros en venta pública legal y que él no había impulsado; dado que su principal preocupación fue la reflexión acerca de las virtudes y porque él siempre defendió que había que escuchar a un *daimón* interior, un dios menor que formaba parte de la tradición mitológica griega.

También refutó la acusación de que corrompía a los jóvenes, señalando que, si lo hubiera hecho, sus padres hubieran sido los primeros en denunciarlo, en vez de permitir las lecciones de Sócrates. Sus enseñanzas, meramente, buscaban meramente la auténtica verdad y los conceptos fundamentales de todas las cosas (descartando las ideas confusas: procediendo a no aceptar ideas que no pudieran pasar las dudas y contradicciones que planteaba Sócrates con sus preguntas).

Sócrates tuvo la oportunidad de huir de prisión, pero se negó señalando que fuera de su ciudad no podría sentirse pleno, en otros países recibiría el mismo rechazo y porque él era obediente hasta el final de la ley de Atenas (demostrando que él siempre siguió la ley ateniense y que las acusaciones vertidas contra él eran falsas). Se tomó la cicuta rodeado de la mayoría de sus discípulos, mientras se alegraba por llegar a saber si con la muerte se iba al órfico infierno o si se llegaba al fin del sufrimiento con el cese de toda sensación.

En un acto último de suprema ironía, señaló a uno de sus estudiantes que debía pagar un pollo, un animal que había usado para hacer un rito a un dios: sus últimas palabras mostraban que él no quería tener ninguna deuda ni se debía cometer ninguna injusticia, a la par que señalaba que la acusación de impiedad era totalmente falsa. Se despidió por todo lo alto, contrayendo una dignidad que nunca lograrían sus más rencorosos y mediocres enemigos.

Triunfó la ignorancia sobre la sabiduría. Un jurado formado por ignorantes habían condenado al mejor ciudadano de Atenas y al mayor sabio de Grecia. Lógicamente, su fiel discípulo Platón cogió rencor a la

democracia, que permitía que gobernaran los ignorantes por el peso del número, por la aritmética y no la geometría de los aristócratas naturales: los genios, a los que se tendría más que escuchar y aprender, obedecer y ser guiados por su superioridad cognoscente.

Frente a la estúpida e ignorante democracia ateniense, Platón impulsó un gobierno de los mejores, los conocedores de la noción de la justicia: los filósofos-reyes. Fue dos veces a Siracusa a formar a dos de sus tiranos, Dionisos el viejo y el joven. Pero fue una y otra vez incomprendido y expulsado, casi vendido como esclavo por parte de unos tiranos indignos de ese nombre.

Si en algo destaca nuestra civilización europea es precisamente la presencia de déspotas incompetentes, que han dañado la imagen a la soberanía excepcional. Menos mal que la contemporánea corrupción política mediterránea permite que entre los ineptos puedan llegar al poder algunos arribistas y astutos rastreros con la debida formación, preparación e intelecto. La astucia de la razón al final tendrá que imponerse.

Su ideal de sociedad tenía un buen planteamiento. La soberanía se basaba en la autoridad del gobierno al saber: el legítimo saber hacer y conocer el verdadero propósito de la política: la justicia. Ninguna sociedad puede sobrevivir si está inmerso en desequilibrios y ningún régimen puede ser sostenible si no está basado en el conocimiento de lo que armoniza la sociedad. La justicia platónica da el equilibrio: consiste en dar a cada parte lo que necesita y le tiene que corresponder.

Deberían gobernar aquellos que tienen el saber y tendría que hacerse por medio de la fuerza. Los ríos de sangre que se formarían lavarían el mundo. Habría que matar más y hablar menos. Y, francamente, sería más

cómodo. Creedme cuando os digo que es más fácil matar a una persona que soportarla.

Tal vez consideréis, pobres ineptos, que estas son las consideraciones de una *pétite enfant terrible*, de una pequeña psicópata trastornada con delirios de grandeza e inconmensurable megalomanía. Pero si se lee con detenimiento la historia de Europa, se podrá comprobar que la democracia no es más que una ridícula excepción de milenios de aristocracia, monarquía y tiranía. Un minuto sonoro de la hora de la historia, pero un minuto efímero a fin de cuentas. Y si algo enseña la memoria reciente es que en cualquier momento él puede pasar.

La sociedad que planteaba Platón estaba bien estructurada: tenían poder los que tenían cierto saber, los guardianes o militares, que sabrían reconocer al amigo del enemigo por medio de pasiones como la ira (que es cierto saber o virtud: una forma de valor encendida en la debida medida por la pasión). Ellos sabrían de formaciones de estructura matemática (la única ciencia de la época) y tendrían, por tanto, el saber suficiente como para abstraerse, llegar a las Ideas y al saber político. Estas personas, tanto hombres como mujeres, no buscarían el poder por el poder, sino servir.

Por debajo de ellos estaban los artesanos, meros conocedores de la apariencia que muestran los sentidos y que se ocupan de imitar lo que ven. Estos últimos vivirían en la concupiscencia, la pura sensualidad. Ellos serían incapaces de gobernarse a sí mismos por ser pasionales y por no tener una manera de conocer adecuada. Están envueltos en el saber técnico basado en los falsarios sentidos y la apariencia. Tienen que ser gobernados necesariamente por guardianes conocedores auténticos del saber político, y que les puedan fomentar lo que necesitan de verdad en sus vidas: moderación, impulsada por medio de una educación de los ostentadores del saber.

Precisamente por conocer los conceptos generales y abstractos, los filósofos tienen la noción de la justicia y pueden establecerla en el mundo. Por ello, Calípolis o la Ciudad Ideal debería establecerse en lugar de la democracia; o, al menos, los políticos deberían ser asesorados por los genios de cada época. En un mundo más justo, yo sería la emperatriz del mundo: en un mundo más justo.

* * *

Una vez quise probar mi poder, mi manipulación mental, sobre Tommy. De forma casual, le propuse jugar a que yo era su ama y el esclavo. Como era de esperar de un asno, hubo resistencia.

-¡No! - expresó con rapidez, pero no muy alto -. ¿Por qué me tienes que mandar?

-¿En un barco mandan los marineros que son muchos o da órdenes el capitán, que es el que sabe gobernar un barco? - le respondí con calma y frialdad-.

-El capitán... - susurró al fin, mientras algo en su interior se resistía, pero carecía de medios para articularlo con palabras-. Pero, ¡no! ¡Porque no es justo...!

-La justicia la tiene que repartir el que sabe qué es la justicia, no el que no sabe nada - respondí de forma severa y asertiva, como impartiendo una conferencia-. Los sabios deben gobernar el mundo - sentencié finalmente, mostrando mi total adhesión a la teoría política platónica -.

Esa tarde conseguí que hiciera todo lo que le decía. Fueron pequeñas órdenes, un juego simple tipo "Simón dice...", pero me hicieron sentir muy poderosa. Fue el comienzo de una manipulación mental que harían que Tommy se convirtiera, al final, en mi cómplice. Este dominio debía prevalecer: el saber debe gobernar, como señalaba Platón.

* * *

Platón se equivocaba única y exclusivamente al deducir que la verdadera realidad son las Ideas o Formas ideales; pero, dado que la única ciencia de la época era la matemática, no pudo llegar a otras conclusiones. Estudió con los pitagóricos, unos pensadores que desarrollaron la matemática egipcia y que desarrollaron el estudio de números irracionales como *pi* o *phi*, del que se basa el canón de belleza clásico plasmado en su arquitectura y escultura. Únicamente en lo abstracto, en lo similar a la matemática, existe lo que puede tratarse teóricamente y que no escapa de los conceptos. Las ideas son las únicas capaces de sujetar las teorías por sus articulaciones.

Solamente pudo concluir que si hay que buscar estabilidad, y los dioses sabían que Atenas necesitaba orden, había que buscarlo no en la realidad material cambiante que es datada por los sentidos; sino que había que llegar a los conceptos generales por medio de la abstracción. A través de ella se establece que, aunque en cada especie sus especímenes cambien con el tiempo, hay regularidades que se mantienen.

Si se observan a un conjunto de perros, se ve que a lo largo de su vida cambian y se corrompen; pero también se descubre que ellos son sustituidos por otros ejemplares con similares características, que perduran con los ciclos. Tiene que haber una estructura básica, una forma de ser fija tiene que ser

lo más fundamental y estructurante de los seres: sus Formas, sus Ideas (idea en griego significa imagen o formato arquetípico).

Dado que los sentidos solamente pueden dar cuenta de los cambios que se dan constantes en los seres, los datos sensibles deben ser superados por la abstracción y la racionalidad, que puede ir más allá de las apariencias y los accidentes y llegar a intuir noéticamente las generalidades. El conocimiento debería estar basado en la razón y la razón pura conduce a conceptos fijos como las Ideas o Formas.

Platón solamente podía llegar a la conclusión de que debía de existir un mundo de las Ideas, un mundo de las Formas fijas que no cambian, del que estaría basado nuestro mundo cambiante. Lo esencial no puede venir de un mundo inestable, sino de uno ideal y perfecto. Platón no podía llegar a otra conclusión más que postular que necesariamente debía existir un mundo ideal, incambiable, del que se pudiesen basarse algunas de las regularidades de nuestro mundo.

Era necesario su visión en una sociedad en la que eruditos como los sofistas hacían uso de una retórica sin límite y difundían un relativismo extremo. Era necesaria la construcción de unos conceptos estables y fijos, alejados de los datos de los sentidos. Ellos solamente databan que todo cambia, nada se puede dar cuenta en conceptos estables. Si se limitaba el saber a la sensación, había que quedarse en silencio y simplemente señalar la realidad que estaba constantemente cambiando, como hacía Crátilo.

Todo esto tenía que ser superado porque las voces principales que estaban convenciendo señalaban que el conocimiento no puede ser alcanzado y no podía existir ningún saber fiable acerca de la virtud. Los sofistas estaban

fomentando el relativismo más extremo. Este modo de interpretar la realidad fomentaba que la moral fuera vista como convencional y sin autoridad.

Gorgias señalaba que si se alcanzase el saber sobre la realidad, sería demasiado complejo y no podría ser abarcado por la mente; y si fuese concebible, sería demasiado complicado como para ser comunicado por el lenguaje.

Protágoras defendía en sus textos que los valores morales son mera tradición y que no eran naturales, sino que en cada pueblo las normas eran distintas y no había norma universal: lo único que valía eran los actos de los más fuertes, que hacían valer sus propias causas, como probaban los actos de Heracles o Hércules (que cometió robos, como el de los frutos de las Hespérides, los asesinatos y la impusición de la fuerza). El sofista indicaba que el ser humano era la medida de todas las cosas: todo era convencional, hasta las virtudes morales y culto religioso, diferente en cada región del mundo.

Para establecer un concepto de justicia firme y segura, Platón no pudo más que aseverar que debían existir las Ideas y la primera entre ellas: el Bien o Justicia. No podía más que defender el idealismo y lo hizo.

* * *

Aun con todo, el verdadero error de Platón es no utilizar los contactos aristocráticos que disponía para derrocar la democracia, tal vez aliándose con la enemiga Esparta, que ya había sometido otrora a Atenas mediante su gobierno títere de los 30 Tiranos, y que entonces pugnaba con Tebas por la hegemonía de Grecia.

Aristóteles tuvo más tino educando al príncipe Alejandro de Macedonia. Sin embargo, su joven discípulo anuló el modelo de régimen político ideal y realista: la polis, la ciudad-Estado. El imperio del Magno reducía la soberanía de Atenas y el resto de Grecia, yendo en contra de los planteamientos de su maestro.

Lo que el maestro no tuvo, el discípulo no quiso usarlo. Aristóteles fue un macedonio timorato que no se atrevió a glorificar la aristocracia de Alejandro Magno y el resto de conquistadores. Cobardemente siguió defendiendo en Atenas el modelo de la *polis* cuando todas las evidencias más cercanas le tenían que decir lo máximo era la imposición, el autoritarismo, la gloria de la victoria y ser un dictador.

Dicen que la historia de la filosofía es el diálogo entre Platón y Aristóteles; pero un verdadero diálogo hubiera conducido dialécticamente a posicionar a las mentes brillantes al poder. Hubiera dado lugar a una era dorada imparable que hubiese colocado a genios como yo en el lugar que le corresponde: en el espacio de poder y el concierto de las naciones.

* * *

Aristóteles tuvo un gran potencial. Teóricamente superó a su maestro al mostrar que el mundo de las Ideas era indemostrable y que las Formas que tienen los seres están dentro de la estructura de los propios seres.

Aristóteles era el hijo de un médico, por lo que no tenía como único referente a la matemática formal (con en el caso de Platón), sino que también tenía como modelo de saber una ciencia en la que cabía lugar la observación. Con ella, haciendo abstracción de lo que contempla, se pueden deducir aquellas características básicas y esenciales de cada tipo de ser, de

tal forma que se puede dar cuenta racionalmente de su naturaleza o del fin al que van destinados. En mi desesperación por entender al Estagirita, pensé en alto delante de Tommy:

- Una semilla no es solamente una semilla, tiende a convertirse en un árbol; así que fundamentalmente es un árbol- comenté de pronto de forma monótona-.

Tras un momento de silencio que me pareció una eternidad, el cretino se le ocurrió decir:

- Ah, pues sí...

-¿Y no dirías que todo tiene una forma y una materia? ¿Que todo está hecho de material, pero estructurado bajo una forma determinada? ¿Que esa forma es su verdadera naturaleza o su esencia? - terminé preguntándome a mí misma -.

- No sé - respondió el muy imbécil -. ¿A qué jugamos?

- A la república – continúe sin parar en mi desvarío compulsivamente, como poseída por un delirio o una maldición-. Todo tiene un fin, una finalidad. El ser humano busca la felicidad, así que la ética consiste en la conducta tendente a completar este objetivo humano básico. La felicidad no viene del placer, sino de la virtud. Comer mucho produce daños, por muy rica que sea la comida y comer moderadamente puede otorgar calma y cierto placer sin riesgos. Así que lo mejor es actuar en un justo medio, no ser temerario ni cobarde, sino valiente. La prudencia es la garantía de que siempre se tenderá al justo medio y se suele ejercer sobre los amigos, porque no se suele ayudar a los desconocidos.

"La amistad es lo que hace que se afiance la sociedad y lo que permite que se establezcan relaciones sociales que cohesionen a las personas de un país. La justicia se debe realizar en la política, pero la política debe ser justa. Como la virtud es el justo medio, hay que aplicarlo al Estado. El Estado no puede ser el gobierno de los ricos ni el de los pobres porque acabarían ambos gobernando para sus intereses. Se tendría que establecer una república, un Estado basado en la *res publica.* En ella, la base fundamental de los poder serían las clases medias, porque ellas podrían hacer de intermediarios entre ricos y pobres, permitiendo el equilibrio de la sociedad y el bienestar general. Así describe la sociedad ideal el ingenuo Aristóteles."

El muy idiota, *idioté*, me contemplaba como las vacas miran a los trenes. Por un momento, me pareció que me admiraba por mi exuberante sabiduría. Al final, comprendí que su intelecto limitado solamente le permitía quedarse en un mentecato estado de puro pasmo.

Cómo me repugnó en ese momento... y no había nadie a nuestro alrededor. Me sentí profundamente arrobada y raptada por una frenética y repentina sed de sangre, a la que no me podía resistir. Basta saber hacia qué dirección se pude dirigir una palma proyectada como un puñetazo para propulsar un directo golpe que rompa el tabique nasal que provoque la muerte casi inmediata. La anatomía es divertida.

Me acerqué a él invadiendo su espacio personal. Él amagó una palabra de sorpresa, pero supongo que las hormonas latentes de aquel pre-puber acabaron imponiéndose. Su respiración se agitó y aceleró, signo a la par de excitación y miedo. No sé por qué pero lo erótico que yo he conocido siempre ha aunado el arrobamiento, el pánico y la compunción; pero

solamente la he visto en los demás, nunca la he sentido y en ese momento mi deseo carnal era de otra índole.

Mi cara estaba a un palmo de la suya, distrayéndole de mi mano, como le hice a mi padre... La sensación de ebriedad de poder y de placer cruel se intensificó. El brazo estaba tenso, lo suficiente para que el latigazo que propulsase con un movimiento acompañado de mi cintura fuese lo suficientemente contundente como para romper un pequeño hueso de un pequeño animal. Oh, matar a un niño, qué delicioso placer de caza sentía. No pude aguantarme más.

Entonces vi a mi madre e "instintivamente" pasé del calor pasional más posible a la frialdad más gélida. Distendí el brazo y, pensando que dado que no podía serme útil como víctima propiciatoria, tenía que aprovechar para embaucarlo como siervo.

Más que reflexionar acerca de *1984* de George Orwell, en el que señalaba que en el futuro el control absoluto se realizaría a través del miedo (solamente acertaría en el caso de las dictaduras europeas), lo que hay que hacer es tener presente es la vonela *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, en el que el control se hacía más sutil. El control social se ejercía por medio del placer: por embotar la conciencia con una serie de sensaciones agradables que suspenden el juicio y el pensamiento crítico. Decidí controlar a ese niño por el placer y le di un anti-higiénico beso en los labios. No fue algo mágico, sino mecánica robótica.

* * *

- Te quiero – me dijo el perfecto imbécil de Tommy, unas semanas antes de que le besase. Su éxtasis debió de ser inmenso por el rostro de arrobo y

el enrojecimiento que mostraba. Había hecho algo que debía de ser para él una gran hazaña. Su incipiente sexualidad, que todavía no entendía a todas luces, le hacía creer que su deseo tenía que ver con recovecos más profundos del alma. Fui lo suficientemente magnánima como para decirle la verdad.

-Yo también – le respondí con mi atávica frialdad -. Yo también me quiero.

El amor romántico es un error. Se ensalza en todas las canciones comerciales y es presentado como perfecto. Todo el ensalzamiento de esta emoción es una hipérbole y una sobrevaloración. Para los normales es toda una religión; ellos lo consideran: puro, básico, incuestionable, necesario, definitivo y absoluto. Según ellos, es todo en la vida. Es tratado como la máxima expresión de belleza y la fuente única de la felicidad. Todavía llegarán a la paranoia de Stendhal de afirmar que basta con amar y ser correspondido, aunque no se llegue a consumar [su máxima representación arquetípica podría ser el final de *Casablanca*]. Solamente les falta decir que basta meramente con amar, considerando que es suficiente amar el amor. Comedia del absurdo.

“El amor son dos membranas que se frotan”, sentenció Epicteto y repitió Marco Aurelio. No iban desencaminados. El amor no deja de ser un sub-producto de la evolución. Se reduce a la activación de la Feniletilamina (C8 H11 N), un compuesto químico que tenemos en nuestro cerebro y que activa varias hormonas, tales como las feromonas, la dopamina, la serotonina y la oxitocina. Unas hormonas que se ocupan de garantizar el cubrimiento de las necesidades fisiológicas más básicas del organismo, como el hambre o la sed.

Sedientos de amor están las personas enamoradas, o simplemente presionados por un estímulo que en nada difiere con la necesidad de excreción de heces. El romance no es nada especial: el chocolate caliente produce el mismo efecto que estar enamorado. No deja de ser un fenómeno fisiológico. Dejarse dominar por él era la mayor estupidez de la existencia.

Así como podemos retener la actividad de los esfínteres, podemos buscar alternativas al emparejamiento. El amor nos hace serviles a otro ser al que hay que granjearse sus favores. Las mujeres lo necesitan menos que el otro sexo humano: nuestro clítoris da más placer que cualquier penetración. No tenemos que someternos a ninguna emoción para cubrir nuestra necesidad excretiva. No necesitamos a otra persona con la que "congraciarse" o debilitar nuestra capacidad de decisión.

Expulsión de esperma y de líquidos parauretrales, esto y nada más es el amor. Todo lo demás son malos poemas que sirven para vender canciones. El amor está sobrevalorado. Debería tenerse más estima por el propio amor, que permite que se haga grande nuestro espíritu y puede guiarnos, consecuentemente, a las máximas cotas de grandeza.

Platón consideraba que el amor es el motor del conocimiento. En su diálogo *El banquete*, el filósofo da voz a diferentes personajes que tratan de describir el amor. Empiezan hablando de los mitos del nacimiento de Afrodita. Como no podía ser de otra forma, los participantes del diálogo consideraban que era mucho más hermoso el mito de que Afrodita surgió de la castración violenta de Urano. Consideraron que el surgimiento por mutilación era algo más digno y sublime que el mero nacimiento por el coito entre Zeus y Hera.

Continuó Aristófanes señalando que en un principio éramos como bolas, compuestos por dos seres en uno. Las personas estaban unidas por la espalda y fueron separadas como castigo por su soberbia (y desde entonces, cada mitad está buscando a su "media naranja", que se dice en las expresiones más ignaras).

Siguieron hablando acerca de los distintos tipos de amor conocidos (y reconocidos) por la civilización helena: heterosexual, homosexual masculino y homosexual femenino [llamado lesbianismo por el peso del rumor de que la poetisa de la isla de Lesbos Safo, rebelde contra el tirano, era en realidad homosexual -como podrían indicar su poema elegíaco a la belleza de la diosa Afrodita y los poemas acerca del cariño entre mujeres].

Zanjó la cuestión el Sócrates que aparece en el diálogo, señalando que el amor es la búsqueda de la belleza. Es una atracción hacia aquello que es bello y termina, lógicamente, siendo la persecución de la belleza de por sí, máxima exponente de todo objeto de deseo amoroso. Primero se tiende a buscar los cuerpos hermosos; pero, al ser descubierto que los cuerpos bellos son similares, se ahonda en buscar algo más profundo. Ello conduce a los varones a buscar a hombres, dado que ellos cuentan tanto con la bella apariencia fruto del gimnasio y con la cultura [cerrada a las mujeres, que debían esconderse en el *gineceo:* el lugar donde tejían y hacían otras labores como "pago" por el costo que conllevaba mantenerlas por parte de sus maridos; coste que podría no existir si ellas pudieran heredar, pero eso sería dar mucho poder a un sexo considerado "débil", pero del que se le restaban todo tipo de oportunidades, no fuese a demostrar que es similar al masculino].

De la belleza de carácter se dirige la mente a la concepción de la belleza en general. Los seres bellos no son la belleza en última instancia,

no son el concepto de belleza en general. Esta noción conduce a la idea de belleza. Solamente se necesitan unos pasos y, así, la búsqueda de la belleza conduce a buscar la idea de belleza. De ahí se reconduce la investigación a saber acerca de las ideas (para saber más sobre la idea de belleza, al saber acerca de las propias ideas).

La inquietud hacia la belleza conduce hasta llegar a la mayor expresión de armonía y equilibio hermoso: la noción de justicia, cuya bondad resplandece como luz bella por encima de todas las cosas, al poner orden y bella armonía a todo en un gran equilibrio. Así, el amor y la filosofía se vuelven uno. La búsqueda de la belleza queda conformado como deseo de saber, en tanto que la atracción hacia la belleza lleva a buscar el conocimiento. El deseo de lo bello y el deseo de saber se aunan en la búsqueda de la idea de belleza.

Curiosamente, al final es una mujer la que designa lo que es el amor. Sócrates describe lo que le dijo Diotima: el amor (y la filosofía) nació en el templo de Afrodita; pero no es una diosa, sino una mortal: de hecho, la más efímera de los mortales. ¿Cómo describió Platón a la filosofía, al deseo de saber, a la curiosidad? En palabras de Diotima, era una mendiga, hija de la abundancia y la miseria: siempre en búsqueda del saber y nunca poseedera de nada. Así era descrito el amor y la filosofía: como una constante búsqueda que nunca se completa, porque el deseo no conoce fin y porque el saber siempre está pendiente de un hilo. Todo concepto puede ser mejorado, cuestionado y amplificado tras investigaciones posteriores.

El amor es miseria, el amor es una deficiencia y el deseo de saber o filosofía nunca puede ser completado. Y yo no soy tan débil como para someterme a pulsiones tan débiles.

Dos membranas se frotaron en aquel beso, pero solamente una de ellas sintió algo, para mayor beneficio mío...

.

.III. Helenística: imperialismo brutal y felicidad bohemia

Mi madre no comentó nada de mi primer beso, dado que Tommy no pareció para nada contrariado con él. Hay un cierto secretismo con algunos asuntos que nos dejan demasiado tocados y que es regular su ocultación, en pro de la protección de la familia. Demasiado previsible conducta evolutiva: defensa de las crías y camuflaje de lo oscuro, sobre todo para ocultárselo a una misma, supongo. Adaptación.

Camaleónico fue también Alejandro Magno, discípulo de Aristóteles. Entre los griegos él procuraba comportarse como ellos, pese a que el resto de los pequeños Estados considerasen a Macedonia como medio bárbara. Pero también supo ser egipcio ante los egipcios, dejando que lo adorasen como faraón y libertador de los persas. Incluso, quiso pasar como persa entre persas, manteniendo las satrapías y casándose con una de las princesas persas, pese a que su evidente bisexualidad tendía más a sentir atracción por los hombres que por las mujeres.

Aristóteles entendía que las excelencias solamente podían realizarse en la ciudad-Estado, en la *polis.* En ella quedaba plasmado un justo medio entre las pequeñas aldeas bárbaras europeas y los inmensos imperios orientales refinados pero despóticos. Alejandro Magno escuchó sus enseñanzas, pero tuvo suficiente tino como para no seguirlas en una época en el que la *polis* ya llevaba mucho tiempo en franca decadencia.

Para combatir a los persas, los atenienses fundaron una Liga con otras ciudades. Las ciudades-Estado debían pagar tributo a Atenas para, en el

papel, contribuir en la alianza. Pero en realidad, el pago a la causa de la alianza servía para minar la soberanía de otros Estados helenos e impulsar el imperialismo. A la hegemonía ateniense, le sucedió la superior militar de Esparta: la espada es más fuerte que la pluma.

El gran estadista democrático y general Pericles sucumbió. Una muerte simbólica, que pudiera ser una representación de la posterior caída de la democracia ateniense y el ascenso del gobierno-títere de los Treinta Tiranos. Casi como si hubiese recibido una maldición, el general democrático pereció en una peste y ello fue el símbolo perfecto del fin de una era. Aquel general que llegó a las más altas cotas de poder por medio de la ambición y la gran visión de su esposa Aspasia, sucumbió de la misma manera en que pereció la democracia que tanto defendió, cayendo bajo el peso del gobierno de los 30 Tiranos, conjunto de aristócratas favorables a Esparta.

La hegemonía griega la ejerció Esparta, preparada militarmente desde casi todas las instituciones. Su poder supremo solamente cayó ante otro avance militar: la larga falange de Tebas (y su caballería).

Filipo de Alejandria, padre de Alejando Magno, adoptó las largas falanges que daban superioridad a los hoplitas. La formación compacta de escudo junto a escudo de los hoplitas griegos vio rebasada su ventaja de formación. La nueva formación vio incrementada el poderío griego, por el uso de largas lanzas que otorgaban una prudente distancia del enemigo, mientras se podía dar daño eficazmente asimismo. La caballería daba versatilidiad a las formaciones en bloque. El ejército que formó Filipo dominó toda Grecia. Alejandro Magno supo aprovechar sus ventajas y permitió a Macedonia llegar a convertirse en el mayor imperio conocido de la época.

Todos los presagios anunciaban la victoria del Magno. El rey fue al oráculo de Delfos y sacó de la cama a la propia pitonisa, que exclamó: "¡eres imparable!". Su madre Hipólita le dijo desde su más tierna infancia que él era descendiente de Alejandro de Troya y de Aquiles, y que, en realidad, era hijo del rayo y de Zeus. Cuando llegó a un punto de sus conquistas, logró deshacer el nudo gordiano (cuando se había profetizado que el que lo superara sería el dueño del mundo). Lo hizo con la debida astucia: cortándolo (a fin de cuentas, tanto monta).

Conquistó todo el imperio persa, en lo que podría considerarse la última de las guerras médicas y el final del conflicto. Los griegos se impusieron a los persas por medio de la imposición del miedo: con la quema de los templos de Persépolis como muestra de dominio y en venganza de la destrucción de los templos atenienses durante la batalla de Maratón.

Sin embargo, su dominio fue astuto hasta el punto de que no se tomase por una figura invasora. Alejandro adoptó los modos y costumbres de cada pueblo; y, si bien se difundía la cultura helena – la llamada helenística -, respetaba la cultura de los demás pueblos, haciendo que se sientan asimilados en lugar de sometidos.

Cervantes ya escribió en defensa de la unión de las artes militares y las letras en boca, prudentemente, de don Quijote: un loco que podía soltar verdades porque se le podían escapar y ser objeto de indulgencia. Hay que decir que probablemente la máxima expresión de este doble carácter se daría en el Magno: un rey sabio que, si bien no dejó escritura que nos llegase, fomentó el saber abriendo al mundo conocido la gran biblioteca de Alejandría, y llevando a su antiguo maestro Aristóteles una variedad grande de diferentes animales para su Liceo, como primer zoológico de Europa. La

astucia de la razón tiene que acabar imponiéndose y la fuerza se tiene que transformar en civilización.

Su gran sabiduría le permitió valorar en su debida altura el saber de Diógenes, el perro. El miembro de la escuela cínica fue discípulo de Antístenes (estudiante a su vez de Sócrates) y siguió el precepto de que el ser humano debe vivir conforme a la naturaleza libre humana: el ser humano debe vivir con lo justo para subsistir porque buscar algo más conduce a no ser libre del todo y tener que ser servil para conseguir dinero de otros. El Magno lo encontró en la tinaja en la que vivía y le dijo tanto con solemnidad como con orgullo:

-Yo soy Alejandro, rey de Macedonia.

-Yo soy Diógenes, el perro – repuso el filósofo cínico, como réplica.

Alejandro debió de sentirse atónito, tanto por ver la compostura del sabio frente a su majestuosidad, como al contemplar su ejemplar humildad. Cuando se repuso, le dijo:

- Te admiro. Pídeme lo que quieras y yo te lo daré.

- Pues apártate - le pidió Diógenes –, que me quitas el sol.

El Magno se fue lleno de un evidente gozo de asombro [*thauma*, la emoción que su antiguo maestro concebía como la base del saber y de la naturaleza curiosa de la humanidad]. No pudo menos que exclamar:

- Si no fuese Alejandro Magno, querría ser Diógenes.

Sin embargo, Alejandro no llegaría a vivir en ningún momento como el cínico, ni siquiera de sobrevivirle. Como una maldición, a los treinta y tres años y habiendo conquistado territorios que llegaban hasta la India, una repentina afección quitó la vida al más grande de los conquistadores y, por tanto, de las personas que existió. Pocos años después que él, falleció Diógenes, como si una conexión cósmica fruto del mutuo reconocimiento le hubiese quebrantado su ser.

Su maestro Aristóteles tampoco le sobreviviría mucho más que él. Le persiguieron los atenienses, cuyo encono hacia el imperialismo macedonio vislumbró un claro chivo expiatorio. Pero, para no acabar siendo asesinado injustamente como Sócrates, huyó de Atenas y escapó de las hordas ignorantes, que nunca han dejado de perseguir la genialidad por mor de la inconmprensión, la extrañeza por lo desconocido, la necedad, el miedo, la frustración, la envidia y la estupidez.

Volviendo a la muerte de Alejandro, el emperador quedó sin sucesor, al morir en circunstancias no aclaradas. Los sátrapas que le habían acompañado en sus interminables conquistas le pidieron que nombrará a un claro sucesor. La leyenda reza que el Magno sentenció con su último aliento: "al más fuerte". Y en vez de matarse entre ellos en un glorioso círculo de la muerte para ganarse el trono, se separaron cada uno a su territorio...

El imperio se desmembró en varios Estados más pequeños gobernados por los auténticos sátrapas o buitres que la gobernaban, dando lugar a los diferentes imperios de influencia alejandria: los reinos helenísticos.

Eran unos reinos que conservaban el afán imperialista, anulaban el principio de que la *polis* necesariamente era la formación más civilizada y adelantaban lo que hoy se conoce como la globalización. En un mundo en el

que los pueblos están más conectados, sea por el comercio o sea por la fuerza, las personas no pueden limitarse a considerarse ciudadanos de un país, sino ciudadanos del mundo, como señalaría Posidonio mucho después en otros términos.

* * *

De la difusión del conocer helenístico a la sociedad de la información y del conocimiento. El afán por conciliar a los pueblos y las ideas con la suma de posiciones y su difusión, por medio tal vez de la biblioteca de Alejandria, se ve reflejado en cierta manera en la sociedad-red.

Consideré mi deber sagrado transmitir mis conocimientos con el mundo por medio de las redes sociales. Bajo la impunidad del anonimato, compartí y difundí las profundas reflexiones de autores racionalistas como el Marqués de Sade o Nietzsche. Todavía no había llevado a cabo las conclusiones a las que había llegado tras leer a estos autores, no me había decidido a segar vidas. Sentía un cierto escrúpulo, que más bien era el miedo al peso de la ley, y no había nada al otro lado de la balanza que me conjuera a sopesar la posibilidad de las palabras a los actos. Hasta que acabé de conocer al vulgo.

Fue mi primera experiencia con la rebelión de las masas, entonces conocí la conjura de los necios. El rechazo frontal a mis argumentos lógicos fue realizado en forma de falacias *ad hominem:* una horda de idiotas me llamaron de todo y me atacaron verbalmente, en vez de tratar los argumentos. Pretendían anularme del ejercicio de la comunicación, intentando restarme credibilidad: la más pura demagogia.

Se renovó mi desprecio al rebaño de masas vulgares, que pretenden hacerse valer por la suma de voces y no por la graduación y validez argumentativa. Estoy rodeada de idiotas y la democracia, con una defensa ciega de la libertad de expresión sin la exigencia de la libertad de pensamiento, hace iguales y de la misma graduación los razonamientos articulados y las creencias ignaras, bajo el lema de que: "todas las opiniones son igual de válidas", aunque indefectiblemente haya algunas más elaboradas.

Si de algo me sirvió aquella experiencia fue para engendrar en mí el mayor encono que podía ser sentido. El día que yo muriese mi odio me sobreviviría y quedaría en el ambiente, enrarreciéndolo y corrompiéndolo, como si fuera una maldición.

La frustración me encendió la cara hasta límites febriles y un frío se apoderó de mi garganta, que degustaba más bilis que un alcohólico. Di un golpe a la mesa caído como un rayo, alcé la vista a la pantalla con ojos ígneos de fuego infernal. Fue el preciso momento en que me di cuenta de que tenía que mostrar la insignificancia de los simples, debía degradarlos y mostrarles que no eran nada... debía reducirles hasta la nada.

El reino de la ignorancia, por desgracia o... afortunadamente... Tiempo habrá en el que mi inteligencia me sepa proyectar al lugar que me corresponde como superior mental y logre manipular al rebaño de forma que pueda servirme, que es para lo único que existe el ganado. El mundo me pertenece y yo os dejo vivir en él.

No me cabe ninguna duda que una mente tan brillante como la mía avanzará tanto como para acceder al poder real y pueda, con mi inteligencia privilegiada, construir un nuevo imperio helenístico que domine de nuevo

sobre las hordas bárbaras, los demagogos sofistas y los impotentes demócratas.

Bajo mi absoluto dominio, aunque sea en la sombra, podré dar desde arriba la educación que forme moralmente a la gente de forma que pueda recibir lo que necesita: ira templada para los guerreros, saber para los genios que gobernaremos con puño de acero y pluma de terciopelo, y templanza para la chusma que se traga cualquier bulo que sea difundido la suficiente cantidad de veces, como si fuera la publicidad más pegadiza. Su propia estupidez hace que la mayoría tenga que ser tutelada por los ostentadores de la verdad absoluta: la astucia de la razón acabará imponiéndose.

* * *

En un ambiente en el que la *polis* estaba en decadencia, las decisiones políticas no se tomaban en la propia ciudad, sino que estaban tomadas por emperadores por encima de la plaza pública. La filosofía dejó de centrarse en la búsqueda de la práctica de la virtud en la sociedad y el espacio público, a hablar de la virtud en general, como práctica moral en general y de forma más universal, sin que sea necesario - ni recomendable – inmiscuirse en la esfera pública.

Los escépticos, dirigidos por Pirrón, consideraban que no podía haber un saber total y que las dudas mostraban que nada puede ser tomado sin un cierto grado de sano escepticismo. Dicha actitud, nos hacía sentir una elevación, una *epojé,* una ligereza por la serenidad que genera el saber que no hay verdades absolutas y totalitarias. Dicha serenidad es la *ataraxia*, la piedra filosofal que buscaban todas las escuelas helenísticas.

Los hedonistas, con Arístico - discípulo de Sócrates - como fundador, señalaban que había que buscar la felicidad: ello es lo más sensato y humano. Entendían que ella era una forma de gozo que tenía que venir necesariamente de la búsqueda placer y de evitar el dolor -que anula toda gratificación-.

Epicuro recogió estos preceptos, pero dando más importancia a la segunda parte: ciertos placeres debían evitarse por ser excesivos – e. g. como comer demasiado y tener indigestiones-. Los excesos conducen al dolor y, por ello, deben ser evitados. Todo lo que genere una alteración debe ser evitado: el miedo a los dioses (entendidos como perfectos y que, por tanto, no tienen por qué meterse en asuntos humanos); el miedo a la muerte (la cual sería el cese del dolor); y las truculencias de la política (de las que se debía huir para evitar desavenencias, frustraciones y enemistades). Con una vida dedicada a la moderación, se lograría un placer estable que nos daría una equilibrada satisfacción: la *ataraxia*.

Considero que un poco de exceso podría conducir a un mayor equilibrio logrando estar por encima del dolor. Al infligirlo nos pondríamos por encima de los mortales y venceríamos el horror, al ser el horror mismo. Pero se conoce que Epicuro buscaba una vida más pusilánime...

[La tradición dictó una mala versión de la filosofía de Epicuro. En su imaginario simplista hizo que el jardín en el que filosofaba con sus amigos -(que era más un huerto), se tornase en un "jardín de las delicias" en la que las personas se dejaban llevar por todos los excesos y se entregaban a banquetes ilimitados que llevaban a indigestiones y a un libertinaje sin límitaciones ni respeto a ninguna persona al no contar con la norma contra el adulterio (la expresión "llevarte alguien al huerto", procede de esta difamación de castrados castos temeroros de Dios)].

Zenón de Citio fue discípulo de Crates, el cual fue estudiante del cínico Diógenes - influido por Antístenes, discípulo de Sócrates -. Los cínicos, como ya he descrito, consideraban que hay que vivir conforme a la naturaleza y lo más natural para el ser humano era ser libre. Consideraban que ser libre es vivir con una independencia procedente de disponer únicamente de lo básico para vivir. Subsistían con lo justo: tenían un manto, un cayado y poco más. Así, no se busca el dinero y la propiedad, lo que nos llevaría a intentar lograrlos siendo zalameros y falsos: ser menos libres en última instancia.

Zenón recogió el lema de vivir conforme a la naturaleza, pero lo entendió de forma diferente. Entendía que como todo tiene una causa, la realidad se conformaba por un entramado ordenado de causas entrelazadas y, así, la realidad era racional. Por lo tanto, para vivir conforme a la naturaleza, había que vivir conforme a la razón y aceptar todo lo que pasase, ya que todo lo que ocurre es racional.

La severidad romana, hizo que esta filosofía fuera la primordial en el último imperio influenciado por los griegos, la última helenística: el imperio romano. Diversos autores ampliaron las tesis de Zenón y sus discípulos (Cleantes y Crisipo). Señalaron que el acto de aceptación de todo lo que ocurra (el considerar que hay cosas que nos superan y que deben existir por su racionalidad), conduce a fortalecer el carácter (haciéndonos más resistentes a los avatares de la vida) y a moderar nuestras pasiones (al no dejarnos llevar por las emociones ciegas e irreflexivas y por procurar actuar con prudencia y moderación racional). Esta actitud nos lleva, de nuevo, a la *ataraxia.*

La capacidad para actuar conforme a la razón igualaba a todas las personas del mundo, la razón y la virtud no se reducía a actuar en una pequeña comunidad, no se limitaba a las excelencias de la *polis* griega. Los pensadores se consideraron ciudadanos del mundo, empezaron a hablar de deberes que debían cumplirse en todo país y que eran exigencia de la razón, capacidad común de todas las personas. Se universalizó el igualitarismo por medio de reconocer la capacidad universal humana del uso de la razón, facultad que disponían todas las personas. Dentro de los estoicos habían maestros reconocidos que venían de todas las clases: eran igualmente válidas las lecciones del esclavo pedagogo Epicteto como las del emperador Marco Aurelio.

La ética y el cumplimiento de las virtudes morales se puso por encima del actuar sobre la cosa pública, que cada vez quedó en menor posibilidad, debido al dominio de los emperadores helenísticos. La felicidad de los ahora concebidos como ciudadanos del mundo se antepuso al actuar político en la *polis*; en vez de hablar de realizar las excelencias en la comunidad, se empezó a hablar de virtudes en cualquier parte del mundo y por parte de todos los seres humanos, que eran iguales por su capacidad común de usar la razón y ser dueños de los propios actos.

Los filósofos se refugiaron en la ética en un momento en el que la política se hizo cada vez menos accesible. Luces de bohemia, fueron unos planteamientos muy prácticos para que los pensadores llevasen a las personas cultas a abstraerse de los asuntos públicos y no cuestionasen los regímenes imperialistas. Otra victoria para los regímenes autoritaristas. De nuevo, el dominio y el control social de los fuertes se impuso; esta vez, en forma de imperio.

* * *

El imperio de los sentidos fue el único dominio en el que decidí dedicar mi vida. Consciente de que, debido a mi temprana edad, los adultos no harían lo que yo les dijese ni se prestasen a obedecer a la razón (yo: su superior mental), hice de mi vida una creación artística y me centré en la helenística búsqueda de la propia felicidad, sin tener consideraciones en absoluto sobre lo social... Busqué el máximo placer: la mayor ebriedad de poder, la que da el ser la ostentadora del dominio sobre la vida y la muerte.

Procedí a continuar con mis homicidios, consciente de que mi brillante genio me haría inmune a las sospechas de esa caterva de estúpidos con la que coexisto. Estaba claro que no era meramente que les pareciese inconcebible que una infante de tan temprana edad pudiese llevar a cabo con nocturnidad y alevosía actos tan extremos; sino que me salvé de sus sospechas por medio de mi genio brillante, mi calculador método de acechamiento y ocultismo me hacía permeable a cualquier deducción criminológica.

Extasiada con el orgullo de la grandeza de mi astucia, camuflaje y caza oculta, no pude entrever que pudiera haber siquiera una remota posibilidad de haber dejado algún cabo suelto que condujera ante mí. Debió de ser una casualidad, no pudo ser que mi genio innato como el mío hubiera dejado lugar a algún indicio hacia mi persona. No, no pudo ser, soy demasiado inteligente como para haber cometido algún error. Mi método era muy calculador; mi razón instrumental, impecable. El caso es que se pasó por la cabeza de un agente policial que yo pudiera saber algo de los crímenes que sucedían en las cercanías de mi colegio.

Igual que en *Crimen y castigo* de Fiódor Dostoievski, no tenían nada contra mí y me acosaron en busca de un chivo expiatorio para suplir sus

muchas carencias y su terrible incompetencia. Jugaban al gato y al ratón, no tenían nada contra mí y esperaban que me derrumbara... Se pensarían que yo era débil y que iba a caer en su rudimenteria manipulación mental. No podían saber que ése es mi terreno y que les iba a ganar por experiencia.

Un día, llegué a casa como siempre a la misma hora y contemplé con sorpresa que junto a mi madre había un par de agentes de la Ertzaintza, un hombre de la edad de mi difunto padre y una mujer joven. Por un efímero momento de debilidad, un frío recorrió todo mi cuerpo, pero enseguida pasó y volvió mi esencial sangre fría - la auténtica frialdad de mi ser y no el miedo-.

- Hola, Lucía – me dijo la agente con una forzada sonrisa -. Necesitamos tu colaboración. ¿Nos podrías decir qué haces por las mañanas? ¿Por dónde vas antes de llegar al colegio?

Me comunicaron que varios crímenes horribles habían transcurrido en mis traslaciones intempestivas al colegio y que sabían, por medio de mi descastada y estúpida madre, que yo iba a la escuela extrañamente pronto. ¡La muy imbécil no era consciente de que estas declaraciones le podrían haber costado a su hija un castigo penal! La familia es tener el enemigo en casa. Las noticias acerca de mis homicidios hizo que mi madre se predispusiese a hacer cualquier cosa para proteger a sus hijos, tanto adquirir un *spray* de pimienta para protegernos como entrar en contacto con las fuerzas de seguridad. Su estupidez casi me cuesta la libertad.

Después, me preguntaron, como si no fuera la cosa, que si yo había visto algo. Les respondí de forma inmediata que no. Ambos movieron la

mirada al unísono, mirándose el uno al otro. Supongo que lo hicieron desconcertados y preparándose para dar un siguiente paso, que les resultaba, a todas luces, difícil. La joven agente me dijo, con un tono de paternalismo que rayaba lo estridente e insoportable, que, si tenía algo que decir, lo mejor que podía hacer era decirlo ahora mismo. Les expliqué que quedaba con Tommy para repasar y que, gracias a esta costumbre, podía aprender más y sacar las mejores notas de mi clase (por no decir de mi curso, de todo el colegio y de todas las escuelas del mundo). Mi madre al fin reaccionó señalando que efectivamente mis notas eran excelentes (¡por fin hacía algo útil, la muy intemperante!).

Les di el teléfono de Tommy para que le llamasen y lo confirmasen. Por algún siquiera, mi asertividad les resultó bastante elocuente y no le llamaron de forma inmediata. Lo anotaron, pero continuaron realizándome preguntas. Yo las superé con el aplomo y la inteligencia que me caracterizan.

Al final, al no conseguir nada, se fueron. Les despedí con una sonrisa hierática y me fui directa a mi cuarto. Durante un minuto eterno barajé un plan de huida por medio de trenes (medio de transporte en el que una niña puede confudirse mejor con la multitud) y luego recuperé la compostura. Marqué con dedos temblorosos un número.

- Hola, Lucy – me contestó el muy imbécil -, ¿qué tal?

- Escúchame, pedazo de imbécil – le empecé a decir con deferencia y condescendencia-. Puede que unos policías vayan a casa y te pregunten si quedamos por la mañana temprano. Diles que sí y más te vale que sea convincente, o sino te juro que te vuelvo a joder el cuello – le debí tocar una fibra sensible porque su aliento se cortó de golpe; generosa, le hice un

ofrecimiento -. Si no haces el tonto, jugaremos a médicos. Búscalo en Internet: “jugar a médicos”; y, de paso, hazte un favor y elimina de una puta vez el control parental.

Surtió más efecto de lo esperado. A día de hoy, no sé si fue la velada amenaza o la abierta oferta lo que llevó a que Tomás jurase por lo más sagrado que él y yo quedábamos por las mañanas pronto. Como era consciente de que debían estar espiándome esos funcionarios sobrevalorados, empecé a quedar pronto con Tommy y, a la oscuridad, cumplí debidamente mi promesa.

Su simplicidad hizo que fuera un paraíso la contemplación de mis genitales y otras partes inferiores de mi cuerpo desnudo. Las fotografías que debieron sacar los agentes no debieron trascender a ninguna instancia y el puritanismo imperante se sobrepuso a cualquier sospecha ridícula que pudiesen haber sacado en el *brainstorming* más absurdo de sus incapaces grupos de trabajo.

De momento, al parecer, fui exonerada de toda sospecha y, finalmente, dejaron de espiarme, en un ejercicio de vergüenza suma, ajena y propia. Está claro que un día el mundo será mío, al igual que el mundo conocido fue de Alejandro Magno y, en menor medida, por sus helenísticos seguidores, el último de los cuales fue el imperio romano.

.

.IV. Senātus Populusque Rōmānus: derecho y crucifixiones

La amistad fue la virtud más ensalzada por el estoicismo romano. La severidad tradicional romana hizo que el estoicismo fuese la filosofía más aceptada de las diferentes formas que obtuvo el imperialismo romano.

La guía de Epicteto de que había algunas cosas que no dependen de nosotros (las externas: fortuna, riqueza y fama) y otras sí (nuestra actitud respecto a los avatares de la vida) cuadraba bien con la rigidez tradicional romana. El estoicismo hacía que el cumplimiento del deber, de la estricta ley romana y las normas restrictivas morales, fuesen visto como una forma de virtud y dignidad (de ser actos humanos propios del ser humano). La filosofía estoica fomentaba que se aceptase con resignación todo lo que ocurría, bajo unos preceptos que señalaban que todo tiene una causa y que todo es racional. La realización del deber era una virtud que se anteponía a las pasiones y, entonces, endurecía el carácter de forma que hiciese a las personas más resistentes, firmes en su rectitud y serenas por la moderación.

Las virtudes estoicas permitían hacer que el ser humano llegase a unas excelencias que les hicieran mejores ciudadanos, más resistentes, más moderados y, con todo ello, más serenos o felices. Y la amistad era la mayor virtud estoica.

Ya Aristóteles anticipó que la virtud solamente se puede hacer con los amigos, dado que no se hace favores a cualquiera, sino a los más cercanos y con los que tenemos más confianza (aquellos por los que más nos enternecemos y sentimos más cercanía). Dicha amistad hacía que la

comunidad se compusiese por relaciones entrañables y se diese lugar a una gran cohesión social. Políticas de la amistad, que diría Derrida.

Aunque también es cierto que el filósofo de Estagira consideraba que solamente se puede tener por auténtico amigo a alguien que te iguale en virtud, dado que los virtuosos buscan a sus iguales. De esta manera, se tienen que reducir, lógicamente, el número de amigos verdaderos de forma considerable.

Cicerón, una vez retirado de la política no por la conjura de Catilina sino por el golpe de Estado de Julio César, se refugió en su casa de veraneo, el *Tusculum,* y, ya de paso, en la filosofía. En su libro *De amitia* consignó que un amigo es un *alter ego*, un otro yo, un igual en el que se identifica cada persona (supuestamente, también por la virtud, pero también por el carácter).

La realidad se sobrepone como siempre al ideal y la amistad no fue precisamente la base de la civilización romana, sino una continúa lucha de guerras fraticidas, mientras se embarcaban en invasiones que siempre se justificaban como "defensa propia".

La hipocresía siempre ha sido la nota dominante de nuestra civilización. Todavía estoy esperando que alguien diga lo más real que existe: que la brutalidad es inevitable en las sociedades humanas organizadas y que puede justificarse. Seguramente, yo seré la gran figura que desafiará toda la apariencia y todo nuestro tradicional autoengaño, y proclamaré con toda la fuerza de mi alma que lo macabro y criminal es la máxima expresión artística y mística de la humanidad.

Pero tiempo al tiempo. De momento, respecto al tema que nos ocupa, puedo decir sin riesgo a equivocarme que nunca he tenido una relación de amistad. Y esto es así porque la amistad, tal como los estoicos romanos teorizaron, tiene que provenir de alguien similar, *un alter ego*, un otro yo. No puedo tener amigos porque no existe nadie que se comparable a mí, dado que no ha habido en la historia genio mayor que el mío.

Como tenía que pasar desapercida en mi entorno infantil, traté de granjearme algún tipo de filiación con una niña de mi clase. Se llama Argiñe y, en honor a la verdad, nunca se vio manchada por la nefanda influencia de mi siniestra y oscura faceta, ni siquiera remotamente.

La conocí cuando empecé el primer curso de primaria. Ella era especialemente tímida y vi en ella lo que los lobos deben ver en las borregos. Como mis padres me dijeron que debía hacer amigas, decidí aprovecharme de la indecisión y falta de carácter de Argiñe para hacerla mi sierva más incondicional (si bien no llegó a ser cómplice de nada, de todas formas).

Su edad temprana hizo que mis indirectas pasivo-agresivas fueran inentendibles para ella y que fuese dependiente de mí, debida cuenta de una suerte de síndrome de Estocolmo del que no pudo ser consciente, ni tuvo forma de defenderse.

A la edad de diez años, Argiñe fue un juguete de lo más divertido. Era una válvula de escape frente a unas clases aburridas, que no me decían mucha más de lo que yo había aprendido por méritos propios. Para la edad en la que hice de mi vicio un hábito, Argiñe fue un instrumento para mi mayor delectación y crapulencia psicológica. Y una buena señal de que, así como podía manipular mentalmente a una persona, podría hacerlo con todo

un país de una forma todavía más fácil, habida cuenta de la pequeñez de miras de las masas.

-Hace poco murió mi padre –le lancé como introducción para mi consecuente observación, de la que no podría reprochar nada porque había comentado que yo estaba en un momento de duelo y no debía ser atacada por ninguna circunstancia-. Sé que hace poco que murió tu abuelo, sé lo que se siente. Lo siento.

Con delectación, pero con disimulo, pude ver como brotaban como rocío sus fluídas lagrimas. Me regodeé en mi propia crapulencia sabiendo que la había hecho recordar algo doloroso. Mi gozo fue todavía mayor cuando, en su completa estupidez, me abrazó, como si creyese que formáramos parte de una especie de comunión de dolor.

La profesora estaba cerca y lo escuchó todo. La muy estúpida, en vez de entender mis auténticas intenciones, se sintió compungida y me pidió, por favor, que acompañase a Argiñe al baño para que se lavase la cara. Lo hice y saboreé cada una de sus lágrimas, parco líquido frente a la encendida sangre a la que me tuve que abstener por la presencia policial. Poco duraría esta pequeña sublimación insatisfactoria, pronto volvería a matar.

* * *

El caballo de Troya no aparece en la *Iliada* y solamente es mencionado de soslayo en la *Odisea.* Donde realmente aparece es en la *Eneida*, todo un ejercicio propagandístico del nuevo “primer ciudadano” Octavio Augusto, que difundió con este poema épico el mensaje de que la familia Julia descendía de forma directa de Eneas, el último superviviente de Troya, y de su madre Venus. El *imperator* dejó de ser un mero comandante en jefe de las

legiones, cuya figura es excepcional y su gran poder está reservado para solventar grandes crisis. Ser *imperator* empezó a significar ser un ciudadano principal, cuya función era la defensa fuerte de la República romana y la protección de la igualdad ante la ley, establecida por el Senado romano.

Desde la leyenda de la violación de Lucrecia por parte del príncipe de la estirpe los Tarquinios, la monarquía fue vista como una suerte de tiranía injustificable frente a un Senado romano, legitimado por el debido cumplimiento del Derecho romano -la mayor aportación romana a nuestra civilización-, su defensa del orden de la ley y el Estado de Derecho.

Un derecho que estaba establecido por unos ricos, al igual que hoy en día la sacralidad del Estado de Derecho es el foco que se usa para esconder la realidad de que gobiernan empresas privadas –partidos– que reciben donaciones anónimas de financieros que, después, saben pagar por los servicios prestados con puertas giratorias.

Todo cambia, pero permanece igual. Esta es la gran verdad de Europa. Hoy creemos, con obtusa ingenuidad, que ahora Europa supone el baluarte y bastión de los derechos humanos y sociales. Nada más lejos de la realidad. Sin ir al evidente abandono de refugiados e inmigrantes a los avatares de un mar que todavía es tratado como *mare nostrum*, el relator de la ONU durante décadas ha extiendido informes desfavorables acerca del uso de la tortura por parte de agentes de seguridad de diferentes cuerpos de los Estados miembros de la Unión. La Europa social y de los derechos humanos. Todo Estado es un poder formal que debe procurar mantener el dominio por medio de la represión, la coacción y la coerción.

Todo cuanto existe surgió de la atrocidad y se mantuvo gracias a ella. Eneas, el último superviviente de Troya, generó estragos allí donde se dirigió.

Sedujo a la princesa cartaginense Dido, a pesar de que los dioses le anunciaron que tenía como destino fundar un reino en Europa. La dejó descompuesta y sin novio, provocando que en su desesperación se arrojase a la muerte y se diese el comienzo mítico de la gran enemistad entre Cartago y Roma.

Finalmente, llegó al reino de Latino y consiguió comprometerse con su hija, que ya había jurado matrimonio con Turnus. Provocó otra guerra y los latinos ya se relamían pensando que tendría la misma desventura que en su Troya natal.

En un último enfrentamiento entre Turnus y Eneas, similar al enfrentamiento final de la *Iliada* entre Aquiles y Héctor, Eneas logró cortar la huida cobarde de Turnus, que había corrido de terror igual que Héctor al verle las orejas a Aquiles, y lanza su jabalina sobre su aterrado rival, cuyos augurios y falta de fuerzas habían anunciado su caída.

Efectivamente, tras comprobar que sus colosales fuerzas no le acompañaban como para levantar la piedra que marca la zona de litigios, supo que las posibilidades no eran grandes y no pudo más que sentir la desesperación mientras el curso de acontecimientos pasaba a pesar de él. Eneas proyectó su jabalina con una fuerza tan tremenda que cortó el aire en un estruendoso torbellino, y despedazó todo lo que se cruzó por su camino: escudo y armadura de Turnus incluido.

El poder es lo que siempre acaba imponiéndose y el mayor poder es la violencia. Contra todos los votos y las promesas hechas, Eneas logra imponerse haciendo uso de la fuerza y se casa con Lavinia, hija del rey Latino, y se convierte en el indiscutible rey del Lacio. De los descendientes de Eneas, nacerán Romulo y Remo, los míticos fundadores de Roma.

Amulio usurpó el trono, destituyendo a su hermano Numitor. La diosa Vesta, la diosa del fuego del hogar, supo guardar a Rea Silva, hija de Numitor bajo su protección. Este suceso tranquilizó al tirano, dado que el voto de castidad de las sacerdotisas vestales garantizaba que no tuviese hijos que pudiesen reclamar el trono. Sin embargo, el dios Marte se enamoró de la princesa y concibieron a Romulo y Remo.

El usurpador ordenó el infanticidio de sus sobrinos, pero el siervo responsable de tan brutal crimen decidió, al final, abandonarles en las cercanías del Tíber y dejar que la naturaleza siguiera su curso. Contra todo pronóstico, una loba que había perdido a sus cachorros decidió dar de amamantar a los gemelos, que fueron recogidos por unos campesinos y los cuidaron como hijos propios.

Cuando crecieron, supieron toda la verdad y vengaron con total crueldad la usurpación, matando a su tío. En las cercanías del Lacio, en el Tíber en el que fueron amamantados, decidieron fundar su propio reino. Eran dos hermanos y uno de ellos debía de ostentar el poder. Tres cabezas pueden repartirse el poder, pero no dos cabezas cuando buenamente pude haber solamente una.

Decidieron dejar la decisión a los auspicios, Romulo vio más pájaros de buen agüero y Remo se resignó a su mala suerte. El nuevo rey mandó edificar un muro en torno a la nueva ciudad, una muralla que no debía ser sobrepasada bajo pena de muerte. Remo medio en broma, medio resentido por el golpe de suerte de su hermano, pasa de un salto el muro. Si algo tiene imperio en Roma era la ley. *Dura lex, sed lex.* Remo murió atravesado por los soldados, en un riguroso e imparcial ejercicio de la ley.

De orígenes cruentos, su conservación no fue tampoco digna de poemas romantizados. La nueva ciudad carecía de la suficiente cantidad de mujeres, no dejaba de ser un Estado que venía de bandoleros, bandidos y gente de mala ralea que habían aupado al poder a dos gemelos por medio del ejercicio de fuerza más sangrienta. Invitaron a los Sabinos, les emborracharon y se llevaron a sus esposas, que se tuvieron que resignarse a su suerte.

Siglos después, el príncipe Sexto Tarquinio debió de recordar los míticos orígenes de Roma y violó a la patricia Lucrecia, lo que condujo a la indignación popular y la aniquilación sangrienta de toda la realeza y monarquía romana. Desde entonces, se proclamó la República.

Un conjunto de miembros de la caballería aristocrática tomaron el poder. En principio se configuró un Consejo de Ancianos, de *senex,* caballeros nobles que estaban en la senectud y formaron el cuerpo conocido como Senado. Esta institución se ocupó de hacer las leyes, procurar su cumplimiento y se ocupaban de la política exterior. Del poder ejecutivo se ocupaba un cónsul, cuyo mandato duraba un año y permitía fijar el calendario en función del consulado.

Eran llamados honorables porque trabajaban *ad honorem*, realizaban su función pública a cambio únicamente del honor de servir a la sociedad: no cobraban nada por sus servicios. De tal manera, que a niveles efectivos únicamente los más ricos podían ocupar los puestos del Senado, dado que eran los únicos que podían permitirse dedicar tanto tiempo libre sin recibir nada a cambio.

Como indefectiblemente pasó en Grecia, en Roma se produjo una similar avance en la fragua. El precio de las armas se abarató y los ciudadanos-soldados aumentaron en número, haciendo que un puesto de poder y

soberanía como era la participación honrosa en la guerra (los siervos desprovistos de armadura nada contaban) se tuviese que amplificar... con las consecuentes exigencias en igualdad de derechos políticos o ciudadanos.

En un tiempo, tal como los *basileus* griegos, los patricios tuvieron el monopolio del poder militar. La recompensa que recibían eran las tierras que se obtenían en el saqueo, lo que reforzaba su poder económico y su estamento como nobleza atada a la tierra. Llegado el gran cambio que se dio en el siglo V anterior a la era cristiana, surgieron las inevitables exigencias de poder tanto militar como el consecuente poder político.

Junto al nuevo poder que daba la nueva técnica que abarataba los metales y armas, empezaron las revueltas de los plebeyos contra los patricios. La clase dominante cometió abusos que estallaron con la final revuelta en el Monte Sacro (Aventino), en la que los descastados protestaron contra las deudas contraídas por la retirada del ejército.

Se reprimió la primera amenaza de huelga de la historia de Roma y se evitó que los plebeyos se independizasen del resto de Roma. El discurso del diplomático patricio Menenio Agripa, en la que presentaba a Roma como un cuerpo humano, llegó a aplacar a los plebeyos. Señaló, de forma parecida a los Vedas respecto a las castas, que Roma era un cuerpo unificado, en el que cada parte debía cooperar: los pleyebos son las manos que dan de comer al estómago (los patricios y el Senado), y la renuncia de la labor de las manos conduciría a que no se alimentase al órgano que cubre las necesidades, dando lugar a la muerte del cuerpo: solamente la Concordia de todas las partes permitiría la supervivencia del ente orgánico social.

A partir de entonces, se propulsaron las primeras medidas para dar cargos de Estado a los desposeídos: los tribunos, responsables de la caja

pública, ejercer de alguaciles que pudiesen actuar respondiendo denuncias a personas en cargos de poder, tramitar asuntos judiciales (en los tribunales), mando militar y tomar decisiones sobre distritos, entre otras.

El cónsul Mario realizó las reformas que eran solicitadas por una cada vez más despierta (¡y armada!) clase plebeya. Permitió que los plebeyos formasen parte del ejército, les dio una remuneración en función del elemento más intercambiable de la época (la sal, de ahí viene la palabra salario), y realizó una reforma agraria.

Demasiados cambios para una sociedad tan aristocrática. El Senado nombró a su enemigo político, Lucio Cornelio Sila, dictador por un tiempo determinado. El cónsul con poderes excepcionales hizo un gran uso de la total autoridad concedida y tiñó las paredes de Roma de un rojo cárdena. Las persecuciones a sus rivales políticos fueron sumarias y se produjo una guerra civil entre ambos grandes militares. Pompeyo mostró su valía y Sila le nombró *imperator*, invistiéndole de una alta posición militar, que terminó por cubrirse de gloria desangrando una revuelta en la provincia romana de Hispania, en persecución de uno de los enemigos de Sila, claro.

Lo que vino después de la guerra civil solamente se puede llamar: masacre. Sila en su persecución, casi llega a alcanzar a su digno sucesor, Julio César, que tuvo la suerte de verse privado únicamente de la fortuna. Cesado el gobierno excepcional promulgado por el Senado, todo volvió a un supuesto orden y se puso un tupido velo para esconder como bien se pudiera las manchas de sangre. Sin embargo, del Caos venimos y parece ser que nunca nos despedimos del todo de él.

En Capua unos rebeldes gladiadores, que no resignaron con la esclavitud y basar su vida en la muerte, tomaron las armas y realizaron un cambio

social de la única forma que puede ser hecho: con un reguero ingente de sangre. Viajaron al sur liberando a cuantos esclavos pudieran para sumarlos a su causa y, así, adquirir el poder suficiente como para luchar contra el imperio romano sin morir en el intento.

Desesperados, los senadores dieron poderes militares especiales a un ambicioso rico patricio, que parecía que defecaba oro. Craso contaba con la colaboración de un joven y ambicioso Julio César cuyo consejo y estrategia le falicitaron realizar un movimiento envolvente a las hordas de Espartaco, que se vieron superadas por todas partes. Espartaco debió de morir en batalla dado el ataque relámpago de Craso y César, pero los que sí fueron crucificados como ejemplo y aviso para navegantes fueron los pocos esclavos que sobrevivieron al ataque. [¡Ah, la crucifixión, el mejor invento romano: una muerte agónica que puede durar lo indecible, matando por una rara asfixia!]

Los pocos esclavos que pudieron huir, fueron masacrados por Pompeyo, que se empeñó en llevarse el mérito de la derrota de los rebeldes. Una vez hecha la masacre, se dirigió velozmente a Roma y proclamó a los cuatro vientos que él había parado en seco la sedición de los descastados. Como señaló más adelante Maquiavelo, más vale parecer un gran príncipe que serlo realmente porque el vulgo conoce más las apariencias que la verdadera naturaleza de las cosas.

Para cuando llegó Craso a Roma, ya estaba Pompeyo con sus legiones y cubierto de gloria. Tuvo que conformarse con un público segundo plano y un resentimiento que casi acaba en una guerra civil. Con astucia y oportunismo, el joven Julio César intentó interceder entre los dos y les propuso llegar a un pacto de caballeros. Propuso que si le nombraban a él, un mediador, cónsul de Roma y ellos tomaban puestos en el Senado, él se comprometía a realizar las políticas que ellos propusieran y que les elevaría

al *status* de estadistas reales, *de facto* y a ojos de todos. Tan convencidos estaban de los beneficios del pacto que lo sellaron con sangre, sangre familiar en este caso: Julio César permitió que Pompeyo se casase con su hija.

Ambos aceptaron, sin advertir que el nuevo cónsul pudiera llegar a ser demasiado bueno en su puesto y llegaría a ser un auténtico competidor para ambos. Sin embargo, el buen hacer en los asuntos públicos hizo que la popularidad del nuevo cónsul se acabase convirtiendo en una amenaza para los dos ambiciosos generales. Pompeyo fomentó que le cesaran del puesto antes de tiempo y que alejasen de las esferas del poder, nombrándole gobernador de la Galia Citeror (que entonces era romana).

Nada pudo hacer prever el hecho de que los godos decidiesen invadir todas las galias y aupasen al nuevo gobernador a la mayor de las glorias romanas. Julio César se alió con las tribus galas contra la invasión de los germanos, formando en la disciplina militar romana a Vercingétorix. Fue metiendo cada vez más legiones en las galias, de forma que fuese cada vez más efectiva la expulsión de los invasores (de la misma forma que Escipión introdujo tropas en la Península Ibérica: en principio Escipión el africano mandó allí legiones para expulsar a su mortal enemigo cartaginés). Y de la misma forma, los nativos comprobaron con estupor que, las tropas romanas que ocuparon sus tierras, no decidieran marcharse.

Expulsados los godos, los romanos recibieron la revuelta de sus descontentos protegidos, empeñados en la irreductibilidad. Todo terminó en la batalla de Alesia, en la que sitiaron al ejército galo liderado por Vercingétorix. Julio César tuvo que ingeniarse una doble fortificación: una para sitiar a los irreductibles y otra para evitar ataques de los refuerzos. Tras un larguísimo asedio, corneados más por el hambre que por la batalla,

los galos decidieron rendirse a César, por no ser capaces de comerse a sus sagrados caballos hasta que llegasen los refuerzos. *Veni, vidi, vici.*

A Roma llegaron ingentes frutos del saqueo, que hicieron que llegase la fama y popularidad a Julio César. El general romano se veía como un ser glorioso porque había conseguido someter a los irreductibles galos, unas tribus que afirmaban que solamente temían que el cielo se les callese a la cabeza. Craso decidió contraponer gloria contra gloria y se fue a luchar contra los partos en la batalla más desastrosa de la historia de Roma: miles de legionarios fueron diezmados por los partos. Craso error.

Con la muerte de Craso y la de la esposa de Pompeyo, nada se interponía entre el cónsul legítimo que estaba en el Senado y el glorioso gobernador de la ampliada Galia romana. El Senado, entre las críticas encendidas de Cicerón y otros senadores, clamó para que el gobernador Julio César se sometiese a juicio por iniciar una guerra sin la orden del ostentador de la política exterior: el Senado.

Sus enemigos se encendieron y llegaron a decir que "Julio César era el hombre de todas las mujeres y la mujer de todos los hombres" y "Reina de Bitinia" (por su relación juvenil con el rey Nicomedes IV de Bitinia, que le doblaba en edad y debió de poseerlo). Trataron de rebajar su gloria, degradando su "virilidad". Aunque la bisexualidad no era mal vista en la sociedad romana, era considerado degradante para un patricio ser pasivo en una relación homosexualidad, por parecerse este papel sexual al asignado a la mujer, que en la sociedad romana tenía un rol inferior. Se le acusaba de ser un "afeminado" pasivo. Calpurnia, la esposa que no solamente era virtuosa sino que lo parecía, debía tener otra opinión al respecto, habida cuenta que su marido tenía un mayor número de amantes femeninas (destacándose Servilia, madre de Bruto, y la reina Cleopatra).

Julio César debió de sentirse ofendido por las acusaciones, la falta de reconocimiento del ampliamiento de la gloria romana en sus nuevas conquistas y el insulto a la inteligencia de que tuviese que justificar la participación forzosa de una guerra de emergencia. Se dirigió a los límites de su jurisdicción y atravesó con sus legiones el Rubicón, lo que conllevó la desobediencia del Senado y un golpe de Estado, que terminó en una guerra civil. *Alea jacta est*, "los dados están echados".

La guerra se decidió en la batalla de Farsalia, en la que la superioridad estratégica de Julio César se sobrepuso a la superioridad numérica conque contaba el legal y legítimo cónsul de Roma Pompeyo. Se refugió en el protectorado de Egipto, el gran granero del Imperio. Un niño faraón quiso ganarse el apoyo de Julio César y le sirvió literalmente en bandeja de plata la cabeza del cónsul legal. El nuevo dictador de Roma no debió de sentirse para nada complacido con semejante presente porque apoyó política y militarmente a la hermana del niño-dios: Cleopatra, con la que tuvo un hijo, pese a su relativa fealdad (como es demostrada en sus monedas y bustos).

Finalizada la guerra, el golpista, con sus legiones en la capital, propuso al Senado que su mandato excepcional de diez años se ampliase de forma vitalicia. Si hubo un personaje más parecido a un rey, ése fue el dictador vitalicio Julio César, que ya estaba planificando nuevas campañas militares que le auparían a una popularidad que harían de su poder excepcional algo imparable.

Siendo tan excesivo su ejercicio del poder, un grupo de senadores decidió devolver a la República su poder original y legítimo. Shakespeare, en su obra *Julio César*, presentó a un adivino ciego que le gritó al dictador que se cuidase de los *idus* de marzo y concluyó su tragedia con unas imposibles

palabras por parte de él: “*tu quoque, fili mi?:* ¿tú también, hijo mío?”. Una licencia poética de que un agonizante y envejecido dictador pudiese vocalizar algo, mientras su boca literalmente estuviese vomitando sangre no coagulada a borbotones. En la literatura, un agonizante estadista podía hacer algo más que luchar por la vida y vomitar sangre, para referir algo referente a la traición del hijo de una de sus amantes femeninas.

Frente a los rebeldes senadores, el hijo adoptivo de César, Augusto, supo sumar fuerzas con el protegido del dictador, Marco Antonio, y con Lépido. Tras la batalla común, se repartieron el imperio en tres, de forma que no hubiese luchas entre ellos.

Nuevamente, con la muerte de la tercera pata, los verdaderos competidores se batieron entre sí. Marco Antonio se alió con Cleopatra, que disponía de un hijo de Julio César (Cesarión, Ptolomeo XV) que podía reclamar el puesto de su padre. Al contrario de lo que comentó Pascal, no fue el amor lo que llevó a la alianza histórica de los amantes, sino el interés y el poder; una diferente nariz en Cleopatra no hubiese cambiado la faz del mundo. Solamente el interés, poder y la violencia mueven al mundo; todo lo demás son excusas.

La derrota total de Marco Antonio le llevó a huir con su aliada Cleopatra a Egipto, donde prefirió quitarse la vida con honor a someterse a su superior. Sin rivales, Augusto presionó al Senado para que nombrase a su padre adoptivo Padre de la Patria y dios. Este descendiente de Eneas, tras alianzas, guerras civiles y una presión al Senado con sus ejércitos para reconocer la gloria de su padre adoptivo, logró tomar poderes especiales que le auparon a ser Padre de la Patria, primer ciudadano de la República,

gobernador *de facto* e *imperator* de todos los ejércitos. Se convirtió en el dueño de Roma… o eso pensaba.

Como señaló Robert Graves en su novela *Yo, Claudio.* Octavio Augusto dominaba Roma y su esposa Livia dominaba a Augusto. La gran matrona romana Livia fue una de las primeras grandes matriarcas que superaron todas los límites de la apariencia formal del poder y los igualitarismos ingenuos, colocándose en la posición impositiva que siempre ha habido en el poder y que debe hacerse primar para que los seres superiores tengan la oportunidad de hacer efectiva sus habilidades e inteligencia, aplicándola a una administración tan efectiva como genial.

Ella usó toda su elocuencia e influencia para colocar a su hijo Tiberio como heredero al trono para perpetuar su matriarcal dominio, cuando, en realidad, por méritos Germánico valía muchas veces más que él y era más popular. Como ocurría en demasiadas ocasiones en Europa, el poder real de una mujer quedaba en las sombras y en un eficiente segundo plano aparente. Es la otra historia del dominio.

* * *

De la misma forma que Livia dominaba a Augusto, yo quería ejercer igual poder total sobre Tommy, por medio del ejercicio más efectivo del poder: el abuso. Sentía la necesidad de demostrarle quién es la que mandaba, humillándolo y forzándolo a hacer lo que no quería.

Ya he dicho que el control mayor no se lleva a efecto por el miedo, sino por el placer. Por medio de él, le conduje hacia donde yo quería. Es posible que estúpidamente sintiera que me poseía cada vez que me desnudaba frente a él y puede que viese como una debilidad el hecho de que me mostrara

negativa a ver su vulgar erección como una debilidad; pero realmente la que tenía el poder era yo. Me reía de él a su costa, al ser consciente de que le estaba utilizando para alejar al sistema jurídico español y su sacro espíritu puritano. Pero, a pesar de todo, me sabía a poco y decidí llevarle a una situación que le mostrase su lugar, a la par que le infligía mucho daño.

Nuestras incursiones sexuales no pasaron por alto a uno de los depredadores sexuales que tan escondidos como abundantes hay en nuestro Reino. Me fijé en uno, que nos observaba en una prudente distancia y en un camuflaje que sería efectivo en una persona más rudimentaria que yo. Me aproveché de él para hacer pasar un mal trago a Tommy y, ya de paso, enfangarlo en lo más profundo de la poza de mi existencia.

Ya había hecho fotos de los dos en nuestras primeras experiencias "sexuales", lo aproveché para utilizar a dos idiotas por el mismo precio. Un día, tomando de la mano a Tommy, me acerqué al pervertido y le enseñé una foto comprometedora nuestra, mientras le guiñaba con un ojo.

Conseguí atraerle a nuestro callejón. Tomás se asustó al instante, pero yo le dije que no pasaba nada y que podíamos proceder con lo nuestro. Me bajé las bragas con una mano, mientras con la otra ocultaba una navaja que le robé para aquella ocasión a mi hermano. En medio de su delectación, el depravado ni siquiera vio venir mi fugaz fogonazo hacia su repleta de sangre entrepierna. Cayó de rodillas, facilitándome que trazara una curva con el arma blanca, que como un tornillo se enganchó hacia el corazón de forma efectiva.

Tommy se agitó con una cara de puro horror, contrajo su rostro hasta que sus músculos faciales le prepararon para efectuar un grito. Yo le tapé la boca y lo estrellé con el mismo movimiento contra la pared.

-¡Calla, estúpido! ¡No sueltes ni una puta mierda! -le susurré con frialdad y con dureza para hacerme valer-. Mira, ¿ves las fotos de mi móvil? Como digas algo de lo que ha pasado, estas fotos acabarán en manos de la policía y acabarás en la puta cárcel, gilipollas.

Derramó dos grandes lagrimones y gimió mientras cerraba los ojos. Como le increpé para que reaccionase, él se recompuso ligeramente y consiguió mover afirmativamente la testa, mostrando su conformidad a mis condiciones.

-Aquí la que manda soy yo –sentencié gélidamente-. Que no se te olvide nunca.

* * *

Corrompí a Tommy. Corrupción, corrupción. La tónica general de la República. Como los honorables no cobraban nada, sus ambiciones iban unidas tanto a cuotas de poder como a la manera subrepticia de incrementar sus patrimonios.

Se podía elevar de categoría por medio de la elocuencia, como hicieron Catón y Cicerón; pero la *manu militari* siempre fue más fácil. Militares como Sila y Mario lograron altos puestos en la República merced a la gloria obtenida por sus victorias militares o por la guerra civil.

El Senado siempre fue el territorio de avariciosos que trataron de enriquecerse lo máximo posible, y de ambiciosos que hacían lo que fuese por el poder. La institución de los ancianos, que ya no eran tan ancianos, era pasto del arribismo, la lucha por el poder, la ineficacia y el desorden general.

La joven república romana sobresalió en el Mediterráneo con la conquista de una Península itálica que consideraba como territorio suyo. La invasión del sur, en la que estaba la Magna Grecia o colonias griegas, les dio una cultura, arte, filosofía y mitología que los romanos tomaron como propias. Dominaron el sur pese a la resistencia en Siracusa (Sicilia) por parte de los ingeniosos aparatos ópticos de Arquímedes, que quemaban las velas romanas. La irreductible *polis* acabó siendo aplastada a sangre y fuego.

No contentos con la Magna, se apropiaron de la pequeña Grecia, tomándola como propia de alguna manera (cultural o ideológicamente). Las formaciones compactas hoplitas y las largas púas de las falanges alejandrinas no pudieron hacer nada respecto a las versátiles y disciplinadas formaciones legionarias.

Dueña de la parte influyente del mundo conocido, Roma solamente contó con Cartago como competidor a su imperialismo comercial y político. La disputa que la leyenda de Virgilio situó por el despecho de una princesa abandonada condujo a varias guerras. La primera guerra púnica amenazó a Roma casi a sus puertas. Aníbal llevó un contingente importante y grandioso, que contó hasta con elefantes de batalla (torpes paquidermos que, en realidad, causaban más estragos a los aliados que a los enemigos). Escipión el Africano supo vencerle en Cannas. Sus hijos viajaron a la península ibérica, en la que se habían fundado colonias cartagineses, como Cartago-Nova (Cartagena). La batalla de Numancia dio fin a la segunda guerra y permitió, de paso, dejar suficientes tropas para mantenerse allí. La última guerra contra Yugurta fue un pobre último patético intento por conservar, al menos, la soberanía. Terminó con su invasión y pasó a llamarse Africa, quedando como una nueva provincia romana. *Carthago delenda est.*

El Imperio dividió la península Ibérica en dos para su mejor administración centralista: la "tierra de conejos" o Hispania y Lusitania fueron un constructo artificial imperial, que no respondían a la realidad de los distintos pueblos íberos, celtíberos, celtas y vascones.

Hubo resistencia por parte de ellas a la conquista: el "luso" Viriato supo hacer guerra de guerrillas. La superioridad militar no podía hacer nada cuando los asaltos eran llevados por sorpresa y de forma fugaz. Los íberos supieron contraponer el *Terror romanorum*, provocando estragos y mutilaciones haciendo uso de terribles ondulantes falcatas (si bien primordialmente hicieran uso de espadas corintias).

Roma le prometió el reconocimiento al caudillo íbero, haciéndole *amicus populus romani*, amigo de Roma y aliado igual, siendo proclamado por el Senado como rey (*dux*) de Lusitania. Viriato mandó a tres negociadores para formalizar el nuevo acuerdo. En lugar de obtener un compromiso tangible, los tres leales fueron sobornados y mataron al *dux*. Cuando volvieron ante el general Cepión debieron de pensar que los contratos verbales tenían que tener tanta validez como la máxima del derecho romano: *pacta nun servanda*, "los acuerdos obligan". La tradición recoge que Cepión sentenció su propio lapidario lema romano: *Roma traditoribus non praemiat*, "Roma no paga traidores".

La fuerza prevalece sobre todas las cosas. Figuras como Escipión el Africano o Pompeyo obtuvieron mayor poder por sus logros militares que por su capacidad persuasiva. Para cuando Julio César dio un golpe de Estado, muchos ciudadanos romanos quedaron encantados con el orden violento impuesto, dada su eficaz administración garantizada por su puño de hierro.

Augusto solamente dio un paso más y devolvió el poder de los fuertes a Roma.

La familia Julia, que decía ser descendiente de Eneas, logró imponerse en el poder y hacer ejercicio de él con todo el absolutismo y carnicerías posibles. Tiberio sucedió a Octavio y, en lugar de la grandeza de su predecesor, únicamente pudo aportar al puesto de César el abuso de poder. El pervertido realizaba todo tipo de actos de crapulencia y mató a sus sobrinas, en su paranoia de la posibilidad de ser sustituido por alguien que realmente fuese digno de su puesto. Calígula fue exiliado y estuvo prisionero y amenazado con el ejemplo presente de la purga de su madre y hermanas. Acabó paranoico, como no podía ser de otra manera. La sublime locura de Calígula...

Logró el poder con el dardo envenenado de que en el testamento de Tiberio se exigiera que nombrase a Gemelo su hijo adoptivo. Durante un tiempo, cumplió la última voluntad de su abuelo y lo nombró su hijo adoptivo. Cuando se asentó su poder y fue ensalzado por el Senado, hizo una campaña de purgas contra sus supuestos opositores y su competidor… familiar.

Excelsa fue la locura o divina *manía* de Cayo Julio César. Nombró como cónsul a su caballo Incitatus, cambió la efigie de Júpiter por la suya y se casó con su hermana. Si bien la divinidad de un emperador podía ser proclamada por el Senado, el emperador hizo que en vida se construyeran templos en su honor que proclamaran su divinidad a todos los caminos. No hubo límites para su poder total, no hubo exceso que no cometiera, ni abuso que no impusiera.

Curiosamente, fue el blando Albert Camus el que supo describir la genial locura de Calígula: le presentó como un hombre brillante que buscaba la felicidad absoluta y el ejercicio de la libertad total, que solamente se puede mostrar pudiendo hacer con impunidad el mayor ejercicio del dominio impune y total: sangrientas carnicerías.

Hartos de sus excesos, los senadores exhortaron al ejército a que lo matasen. En el circo pudieron aprovechar un alejamiento del emperador loco de su guardia pretoriana y lo atravesaron con espadas. La sangría se amplió a su esposa, hija y allegados. Para cuando la guardia pretoriana tomó el control, solamente quedó un escondido miembro tembloroso y dubitativo de la familia imperial: Claudio.

Por primera vez en su historia reciente, un emperador no era nombrado por los padres de la patria, sino por unos militares desesperados. El nuevo emperador supo granjearse, de todas formas, la gracia del Senado y mostró con su buen hacer que era posible gobernar sin tender al terror (aunque tampoco una cosa debía quitar la otra). Además, logró la gloria al lograr que sus legiones invadiesen buena parte de Gran Bretaña, allí donde fracasaron tanto Calígula como el propio Julio César.

Más allá de todo, una nueva matrona ambiciosa quiso auparse a las cimas de poder: Agripina (la menor). Supo ser tan insistente e influyente como para hacer que Claudio nombrase heredero al trono a su hijo Nerón, por encima de su muy querido hijo Británico.

Supo ser una gran influencia sobre su hijo, aupándole a las más altas cotas de poder y ofreciéndole la mejor educación. Le asignó como profesor a Séneca, un senador y filósofo de origen cordobés, que había defendido que la virtud se debe realizar no para conseguir la consecuente felicidad, sino por el

puro ejercicio del deber racional; sin el cual las normas no podían ser normas en su severo y firme término [A pesar de de todos sus escritos sobre el deber y contra la avaricia, se enriqueció; pero ya lo escribió: él usaba las riquezas, no las deseaba].

El senador elocuente había sido denostado antes por el emperador Calígula, que le llamaba "arena sin cal": le consideraba un charlatán que no ponía límite a su habladuría y no tenía ninguna noción de los límites marcados en la arena del circo por la cal.

Su joven discípulo tuvo menos paciencia que su infame antecesor y, harto de la severidad estoica y sus escritos insoportables sobre la clemencia. No hizo oídos sordos a las acusaciones veladas de traición que pesaban sobre su maestro. Le ordenó que se quitara la vida, algo que ejecutó cortándose las venas con estoicismo (al menos de puertas para fuera).

Cuando su hijo logró el poder, Agripina intentó ejercer influencia sobre él y se granjeó su repulsa… una repulsa matricida. Su muerte ahogada no fue para nada accidental: el barco que le facilitó su hijo para su encuentro en la villa Pauli fue sutilmente alterado para que necesariamente se convirtiese en un submarino.

Cuentan que Nerón provocó el incendio de Roma y que cantó mientras la ciudad sufría. Me gustaría que fuese cierto y haber podido vivirlo. No hay nada más sublime que el sufrimiento ajeno. Los que conspiraron contra él debieron pensar que sí lo había hecho (reconstruyó la ciudad, se enriqueció y se construyó su propio palacio). Aunque realmente, lo que realizaron fue un complot bajo la acusación de dilapidar el erario público. Huyó y se suicidó con la ayuda de su amante.

La dinastía Flavia sucedió a la Julia. Su primer miembro del linaje fue Vespasiano, un emperador que vio que las arcas públicas estaban severamente mermadas. Realizó, por tanto, una serie de políticas austeras [que en aquella época significaba recaudatorias y políticas de ahorro; aunque el ahorro no le impidió pagar la construcción del Coliseo, a fin de cuentas la *pax romana* solamente podía lograrse con el conformismo popular que daba el *panem et circenses*]. Cobró hasta por el uso de los urinarios públicos, haciendo famoso su lema: *pecunia non olet*, “el dinero no huele”.

Los linajes imperiales sucedieron, pero sus modos y su brutalidad nunca cesaron; y mucho menos terminaron el abuso de poder y la corrupción. Como medida oportunista contra ella, surgió el poder imperial y fue justicia poética que la misma acabase con el Imperio.

Hubo, en el transcurso de los siglos, emperadores que se vieron guiados por la sabiduría. Trajano se vio poderosamente influenciado por la filosofía virtuosa y severa estoica; su sucesor, Adriano, aunque era un amante del amor y de los placeres de la vida, recibió algunas lecciones de Epicteto, el estoico; y procuró que Marco Aurelio, su hijo adoptivo, recibiese la educación necesaria, la cual más adelante le llevó a ser un emperador sabio, estoico, justo y adorado por las legiones (debido tal vez, a que procuró que las únicas guerras fuesen estrictamente defensivas -pero esta vez, en serio-).

Marco Aurelio fue un emperador sabio que se ganó al pueblo y al Senado, no buscó nuevas conquistas, reforzó únicamente las fronteras para evitar invasiones bárbaras y se ganó un incondicional amor por parte de los soldados. Hizo de su vida una auténtica obra estoica, viviendo con austeridad y tomando decisiones basadas más en la razón que en la emoción. Solamente tuvo dos momentos de debilidad pasional.

En el funeral de su padre, en el que no supo aceptar que todo tiene que tener un final dado el desgaste de la materia y los límites mentales hacia el sufrimiento de la carga de los años. Ese día lloró, mientras recibía las amonestaciones de unos y la comprensión de su maestro que sentenció: “dejadle ser humano”.

Su segundo acto irracional fue dejarse llevar por el afecto y nombrar como heredero del Imperio a su hijo biológico, un príncipe pagado de sí mismo y megalómano. Cuando él llegó al poder, bajó a la arena del coliseo vestido con una piel de león como Hércules y armado hasta los dientes frente a sus desvalidos rivales, dotados de armas de peor calidad.

La sabiduría del emperador estoico no impidió que sus emociones nublaran su juicio y que, al final, nombrase como heredero al trono a su propio hijo biológico; más allá de una sabia tradición romana de poder designar al heredero para seleccionar al más adecuado. La sangre fue más espesa que el agua, y la emoción pudo a la razón.

Escogió a Cómodo, un hombre que en su futuro como emperador acabó en la arena luchando contra gladiadores, en evidente superioridad armamentística, claro. Debió de ser toda una experiencia poder hacer uso y abuso de su poder total para poder matar gratuitamente a unos pobres miserables, de la misma forma que un zorro mata patos: por juego.

Sin embargo, la jugada le salió bastante bien porque, incluso en tales vergonzosas y cobardes circunstancias, supo ganarse el apoyo popular y mantenerse en el poder en un imperio romano que iba poco a poco dirigiéndose a su inevitable decadencia.

Tras Cómodo, la corrupción se hizo norma y empezó el principio del fin de un Imperio que estaba a punto de cumplir los mil años. Los altos cargos del poder utilizaban su puesto para el propio beneficio y ambición. El Imperio acabó dividiéndose en dos, a pesar de los intentos desesperados de Constantino por mantener la unificación del Imperio por la cohesión que podría traer su versión del cristianismo.

Las relaciones entre ambos imperios se tornaron tirantes. Trataban de mostrar armonía y colaboración entre ambos para disimular el verdadero Cisma. Pero se generó un clima de luchas de poder en las que había más suspicacias y paranoia que mutuo apoyo para dominar el Mediterráneo.

La ambición de senadores sin escrúpulos y sin méritos hizo el resto. Paradigmático fue la encarcelación del antiguo fiel cónsul y senador Boecio. A finales de la Edad Antigua, acusaron a un senador romano de colaborar con imperio de Bizancio, el Imperio romano de oriente, bajo una acusación más llena de paranoia que de pruebas. El filósofo salió en defensa de un antiguo compañero y fue arrastrado por el fango de la difamación. Fue injustamente encarcelado, acusado de complicidad a un conjura. La Roma cristiana fue el nido de la debilidad, la decadencia y la corrupción.

Por otro lado, tiempo había que se había permitido que los bárbaros cubriesen puestos de soldados entre el ejército imperial y después sorprendió que las invasiones germanas tuviesen tanto éxito. El último coletazo de dignidad frente a los salvajes fue el freno que dieron a la invasión de Átila, rey de los hunos. Las posteriores incursiones de los bárbaros contaron con menos resistencias y, finalmente, las hordas godas conquistaron Roma.

Roma se pudrió por dentro por la corrupción y dio lugar a su consecuente ineficacia (derivando en su debilitamiento hasta llegar a la

división). Fue consecuentemente fácil su apuñalamiento externo. Al final, lo que tiene que imponerse sobre todas las cosas es la muerte.

* * *

Y la muerte era parte fundamental de la mi vida. No solamente formaba parte de mis lecturas y “actividades extraescolares”, sino que formó parte de todo mi tiempo de ocio. No había momento en el que no buscase información acerca de anatomía, hierbas venenosas de conocida tradición (como la cicuta a la que fue condenado Sócrates), los documentales y series acerca de asesinos en serie… y, por supuesto, películas romanas en las que hubiese alguna escena del circo romano.

Tommy ya conocía mi lado oscuro de la Luna, pero Argiñe, mi más cercana allegada, tuvo que tragar mucho cine que no soportaba.

- Veamos *Quo vadis?.* Es un clásico del cine de la época dorada de Hollywood – le ordené, que no pedí, a mi supuesta amiga.

- ¡Jo, otra *peli* vieja…! ¡Qué rollo, por favor! -exclamó con toda la naturalidad y estupidez del mundo.

- Es muy entretenida, sale cómo los romanos perseguían a los cobardes y débiles cristianos –le expliqué con paciencia y erudición-. Hay mucha acción.

- ¡No me gusta ese circo! ¡Es horrible! ¡Matan gente! ¡Jo! -reclamaba en vano, mientras mi autoridad no se hacía prevalecer-.

- El circo era muy útil para los romanos – continúe explicando inmutable y sin cambiar de tono-. *Panem et circenses*. Pan y circo: así tenían atontados al pueblo vulgar y lograban que no hubiese rebeliones.

- Bueno, pues veamos *Gladiator* o *300…* -dijo llena de impotencia, sabiendo que mis decisiones eran irrevocables y que mi ejercicio de poder podía resultar terrible.

- Por favor –le espeté con un tono de supremo desprecio-, no me hagas hablar de esos dos insultos a la historia, llenas tanto de anacronismos como licencias poéticas que ni quedan bien. Por no decir que no saben captar la vivificante crudeza que suponen los más sublimes actos de brutalidad antigua: para sus directores y guionistas lo más importante son los efectos especiales, tan llamativos como vacíos. Te estoy hablando de cine de verdad, no de montarse en un parque de atracciones para quedarse embobado por unos fuertes efectos visuales que tratan de tapar la carencia de un formato dramático bien construido y un guión digno de ese nombre.

- Bueno, vale… -acabó señalando de golpe Argiñe única y exclusivamente para no tener que escuchar el resto de mi discurso. De verdad, si no me hiciese falta una posible testigo que pudiese relatar que parezco una niña normal…

* * *

¡Ah, pero cómo viví en primera persona el circo! Seguí con mi cacería y tal era mi delectación en la excitación que me provocaba el flujo de la sangre que debí de despistarme de alguna manera. Todavía no entiendo muy bien cómo un genio como yo pudiese cometer algún error. Pero... pasó.

Me levanté como de costumbre a horas intempestivas y me quedé en un callejón oscuro, acechando la llegada de la presa. Aquel día tardó y, en consecuencia, tuvo que acelerar la marcha para poder llegar con prontitud a su destino. "Corre, conejo, corre a meterte en tu trampa", pensé. Me relamí sin darme cuenta de la variable que se me presentaba.

Como de costumbre, le hice tropezar. Pero aquel mastuerzo casi enseguida quiso erguirse, como si estuviese sometido a la estricta disciplina de una carrera. Me pudo sorprender fugazmente su temprana reacción casi inteligente. Pero yo, en mi inconmensurable superioridad no solamente podría domar aquel bronco, sino que podría ir más allá y prolongar su agonía haciendo que se desangre por vías menos prolíficas, para mayor muestra de mi control de la situación, deleite sensorial y gloria personal.

Salté encima suyo, le clavé en puntos menos mortales con gran celeridad, pero se revolvió como poseído por el baile San Vito y contra todo pronóstico tuvo una suerte tan enorme como injusta. Casi no podía acertar mis puñaladas y era endiabladamente difícil mantenerse en la posición en la que estaba. ¡Hay que ver todo lo que cuesta matar a un imbécil! Logró zafarse con unas fuerzas demoníacas, fruto seguramente de una subida de adrenalina.

Se levantó, me miró y, horrorizado, se puso a pedir socorro a voz en grito. Había visto mi rostro: ¡no debía vivir! Me lancé en su persecución, pero por primera vez me di cuenta de la inferioridad de mi corta edad. La presa tenía las piernas más largas y abarcó más camino. Finalmente, llegó hasta la parada de metro y consiguió convencer a vigilantes de que salieran a rescatarle. Llegaron más pronto de lo que anticipé y me paré en seco a medio camino. Di media vuelta y escapé, pero ya era tarde: varios testigos memorizaron mis rasgos.

Regresé rápido a casa. Mi ridícula madre me preguntó con intempestiva suspicacia por qué había vuelto. Le dije que tenía que regresar por un libro y me adentré en mi habitación mientras me revolvía todo el cuerpo. Me temblaban las manos, así que se me cayeron las carteras de mis víctimas cuando les sacaba el dinero. Tuve que hacer varios convulsivos intentos hasta que volví en mí y pude hacerme con todos los billetes.

Salí de casa, cogí un autobús y me dirigí a la estación de trenes. Pude coger el primero. Al llegar a San Sebastián, procedí a sacarme billete para la República, pero recibí una inexplicable sorpresa. Ante la taquilla de billetes estaba mi madre, cerrándome el paso. Estaba frenética por la ira y la incomprensión. Le grité:

- ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido…?

- Te conozco mejor que nadie – empezó a decir con una calma que me sacaba de quicio-. Puede que seas muy inteligente, pero eres una niña… eres *mi niña…*

Su salmo parecía tener un significado especial que se me escapaba por completo. Trataba de atribuir algún tipo de conocimiento por la vía de la inspiración de las emociones, como si fuese una gran asidua de la inteligencia emocional presentada por Daniel Goleman. En realidad, como supe más adelante, su momento de puntual de lucidez se produjo por una asociación de ideas que se le circuito en su cerebro cuando me vio entrar en casa totalmente agitada. Empezó a recordar cosas de mi conducta que se le habían pasado por alto y que relacionó con los hechos homicidas que tanto le habían estado obsesionando todos aquellos días. Con una intuición que fue casi una volición, llamo a la escuela un poco más tarde y se enteró de que

no me había personado. Algo despertó en su mente, un oráculo del corazón y cogió el coche temiéndose lo peor. Así llegó hasta la estación de tren y me vio sin problemas entre el medio del gentío.

En cualquier caso todo daba igual, pude distraer su atención lo suficiente como para que desviase la atención del antebrazo que escondía mi cuchillo. Entonces… pasó.

Me lancé directa a atacarla con toda mi alma, inflamada por la desesperación. La mentecata se apartó con un movimiento preciso que no pude prever, dado que no vi concebible que su formación en aikido fuese efectivo en ella, un ser inferior. Descargó casi todo su *spray* de pimienta en mi cara y el gran dolor me pilló por sorpresa. Ella cobardemente se aprovechó de su bajo y cegador ataque. Me hizo una llave en el brazo y me lo retorció por detrás mientras procedía a inmovilizarme. Con justa indignación solté alaridos bestiales a la vez que me quebré varias articulaciones en mi intento por zafarme de ella. Apoyó su rodilla contra mi espalda y yo quedé completamente bloqueada. Mi rugido ensordeció sus oídos. La muy traidora me entregó a la policía, que me inmovilizó como a un perro cuando me resistí, y luego me encerraron en una perrera.

.V. Edad Feudal: Inquisición y letras

El filósofo Boecio, cuando fue encarcelado injustamente, escribió *Consuelo de la filosofía* para poder encajar estoicamente su situación y buscar algún tipo de beneficio, como podía ser el tener suficiente tiempo como para emplearlo en la búsqueda del conocimiento.

Fue el libro que me puse a leer en los pocos días en que fui encerrada en el calabozo para infantes, mientras mi estúpida madre no conseguía una pronta custodia y responsabilidad plena sobre mí.

Como no podía ser de otra manera, al final tenía que contar únicamente conmigo misma, tener confianza en mi supremo intelecto. Lo alimenté con mi lectura a Boecio y llegué a la feliz conclusión de que todo podía servir para ampliar el saber, por lo que dediqué esos días a reflexionar y abstraerme del último trazo de Edad Feudal que quedaba en la actualidad en Europa: el sistema reformatorio, una simple y llana cárcel para niños.

* * *

Así como las crucifixiones fueron el más sublime invento romano, los calabozos fueron la gran contribución medieval. Fosas con intrincados sistemas de aprisionamiento, humedad y sus truculentos aparatos de tortura. Los cuadros que representaban el infierno eran ricos en detalles de tan intrincados mecanismos de dolor físico y anulación de la voluntad.

Me hubiera encantado ser verdugo para gozar mientras aplicaba el potro, la dama de hierro y tan larga lista de instrumentos técnicos que eran

capaces de vencer la aparente imbatible voluntad humana. Incluso hubiera estado dispuesta a trabajar con la Inquisición; no por la cristiandad, sino por la hipocresía inconmensurable que suponía aplicar los mayores tormentos y horrendas ejecuciones en nombre del amor de Dios.

Grande era la plenitud de la era de oscurantismo europeo. Sin embargo, no era tan grande la oscuridad. Dentro de lo que cabe, fue una época de conservación del conocimiento por parte de los monjes que transcribían libros (tanto canónicos como profanos) uno por uno. Incluso, existió una gran difusión de las letras por su parte (como quedan como reflejo los textos literarios del mester de clerecía) y, hasta incluso, hubo ciertos debates (tales como la que hubo entre nominalistas y realistas). Sobre todo hubo un gran esplendor cultural a partir de la Baja Edad Media, pero tuvo que pasar por la Alta Edad Media.

Los nuevos autores de la Patrística tuvieron que esforzarse lo indecible para convertir las creencias cristianas en un *corpus* teórico que pudiese competir con la rica tradición filosófica clásica grecorromana, pese a ser mera teología al fin y al cabo. El lema *Credo quia Absurdum,* "creo porque es absurdo", podía quedar bien en las comidillas de los sacerdotes cristianos más cernícalos; pero la nueva Iglesia, la nueva zona de reunión en la que *religare* o encontrarse, tenía que atraer a comunidades enteras cuya cultura, tradición y reflexión superaba con creces los dogmas y discursos unidimensionales judíos.

La teología romana tuvo que adoptar aspectos de las teorías filosóficas griegas en pro de construir un discurso articulado sistemático y consistente que pudiese disputar en elaboración a la gran tradición filosófica antigua. La gran tradición cultural pesaba mucho entre los aldeanos [paganos, *paganum*] y los residentes de las villas o villanos, términos que con el tiempo

adquirieron connotaciones tan negativas que se hicieron casi sinónimos del término mal.

Si tenían que desollar viva a la filósofa Hipatia por negarse a convertirse al cristianismo y por aferrarse estrictamente a continuar la larga tradición filosófica clásica, más les valía a los cristianos recién empoderados tener un discurso coherente y por el que mereciera la pena matar.

Los Padres de la Iglesia adoptaron en su discurso la severidad estoica, parte de la filosofía de Aristóteles (que era casi desconocida en la Europa occidental de entonces) y la de Platón, principalmente. La filosofía neoplatónica tuvo que ser alterada para que se adecuase a las creencias profundas impuestas por el cristianismo canonizado por el Concilio de Nicea.

Platón entendía que, como en nuestra alma estaban las Ideas inmateriales que venían del mundo de las Ideas, ella debía de ser eterna y, por tanto, ella debía haber existido antes del nacimiento. De esta forma, el alma tomaba contacto con el mundo de las Ideas antes de nuestra vida actual. Señalaba que el conocimiento era meramente recuerdo del momento en el que nuestra alma eterna y racional estuvo en contacto directo con las Formas o Ideas racionales y eternas.

Agustín de Hipona se empeñó en "rectificar" a Platón consignando que el alma surge en el nacimiento y si se llega a las Ideas es porque están dentro de nuestro alma al ser creada. El conocimiento era, así, un proceso de interiorización o de búsqueda de las Ideas que están dentro de nuestra mente.

Las Ideas eran entendidas como innatas y no aprendidas. Los sentidos confunden y muestran el mundo material perecedero, careciendo de la

capacidad de nuestra capacidad racional con la que nacemos. La racionalidad nos permite la concepción de intuitiva de las Formas generales y racionales de todas las especies. En la versión agustiniana, el conocimiento era innato racional, y gracias a él se alcanzaba a la felicidad… porque supuestamente él conducía a realizar la virtud que nos da equilibrio y calma al alma, al llevarnos al Supremo Bien, que presuntamente era Dios.

Según Agustín, los seres humanos somos seres deficientes y contingentes. Ello supone que, como seres limitados, no podemos ser capaces de producir nuestro propio ser o existir y, entonces, necesitemos a un ser necesario con el poder como para garantizar la existencia. Pero además esta contingencia también implica que de por sí somos incapaces de hacer lo que realmente queremos (supuestamente el Bien) y ello conduce a que necesitemos la Gracia para llegar a realizar la virtud y ser felices.

En la concepción agustiniana, el mal es la ausencia de bien (como el frío es un grado bajo de calor). El ser humano es tan débil que necesita la ayuda divina para hacer el Bien. Como seres limitados, carecemos de fuerza de voluntad para hacer el Bien y, a pesar de tener libre arbitrio, carecemos del poder suficiente como para hacer el Bien por nosotros mismos, requiriendo la ayuda divina.

Curiosamente la Escuela de Bagdad pasó por un proceso similar a los comentarios cristianos acerca de la teoría platónica: rechazo del saber y ensalzamiento de la mera Revelación, unión de la filosofía clásica griega con la teología y final servilismo de la filosofía a la teología. Estaba claro que controlar el discurso acerca de la verdad era presentarse como la mayor autoridad y sabiduría. Voluntad de poder y nada más, todo se reduce a voluntad de poder.

* * *

Tuve que hacer prevalecer mi voluntad de poder para hacerme valer. Tenía que demostrar mi poder a esa recua de asnos, que ni siquiera eran burros lógicos. *Borricorum numerus infinitus est.* El asno de Buridan que se presentó en la Edad Feudal (copia de otras paradojas árabes) era un animal que, ante dos haces de heno iguales, se veía incapaz de decidir qué matojo era iba a ser primero en comer y acabó muriendo de hambre. Este burro representaba la disyunción privativa lógica: o se da un caso o se da el otro, excluyendo una tercera posibilidad (*principium tertii exclusi*). Otro asno lógico fue el utilizado por el lógico medieval Walter Burley para hacer sus proposiciones afirmativas prototípicas: *Omne homo habens Illum Videt asinum*, "todo hombre que tiene burro lo ve". No, los *equus asinus* con los que tenía que tratar no valían ni como medio para formular el silogismo lógico más cetrino.

- Eh, tú, ¿qué lees? -me dijo un día una mostrenca de mayor tamaño que el mío, con la que compartía calabozo.

- Tú no lo entenderías, ignara –le espeté de forma monótona y pronta, para poder retomar la lectura.

- ¿Qué coño has dicho, puta? -me excretó con su aliento a la par que se aproximaba demasiado a mi espacio personal-.

Como había dejado claro su posición espacial, no fue especialmente difícil calcular el ángulo en el que estaba situado su cuello. Fue casi inmediato el puñetazo directo a la laringe que propulsé con todo el movimiento de mi cuerpo, dirigido por el movimiento de mi cadera. Cayó al suelo como un tronco, mientras me deleitaba con la primera descripción de la alegoría de la

Filosofía que presentó Boecio: mayestática y sublime, pero extrañamente similar a la humilde mendiga descrita por Platón.

Estuve tan embebecida por la lectura que no noté el momento en que vinieron los guardias, nos separaron y me trasladaron a otra celda. No pude continuar mi lectura hasta mucho tiempo después, casi en el momento en el que la abogada de mi madre logró que me trajeran a casa.

Si llego a saber que me separarían de la cultura, al menos hubiese aprovechado para terminar de atrancar el tubo respiratorio de aquel animal y le hubiese convertido en un ser útil, transformándolo en forma de divertimento.

Más adelante supe que fue trasladada a un hospital, realmente sí que toqué la tecla apropiada. Tuvieron que realizarle una traqueotomía o algo parecido, el caso es que debí dejarla acariciando las fauces de la parca. Si llego a saber que todo esto iba a pasar, me hubiera reído mucho más.

* * *

Fui sometida a un completo proceso inquisitorial medieval. A nadie le importaba ese conjunto de perdedores que formaba parte de las clases menos poderosas; por favor, si no se toman medidas efectivas contra la siniestralidad laboral. Al Estado menos que a nadie le importaban las vidas de los miserables. Si los derechos humanos fueran valorados en la medida en la que los ensalzan, no existiría la tortura impune (con torturadores condenados indultados sistemáticamente), se eliminarían los ejércitos o siquiera no se participaría en guerras, y la policía iría desarmada, como casi siempre la británica.

En el mar mediterráneo mueren más refugiados e inmigrantes que los nativos que yo eliminé. No pueden decirme que se valora la vida humana: siempre hay vidas que valen menos que otras, sino se eliminarían los ejércitos y las armas. No, el juicio contra mi persona no fue porque importaran realmente las víctimas; estaba claro que era una cuestión de poder, como todas. Lo que tendré que mostrar es que yo no soy una anomalía ni una amenaza al poder, sino que solamente soy una adaptada a la jungla. Mis homicidios en nada diferían de los "actos colaterales" que tan bien asumidos eran en la participación en las guerras. Y si yo no suponía una vulneración del poder estatal, no podía ser tomada por un enemigo de guerra.

En muchos casos, vivimos en la tierra de la mentira, Disneylandia en muchísimos sentidos. Los políticos se ocupan de gestionar la corrupción, la policía ejercita impunemente brutalidad, los periodistas manipulan, los financieros especulan y los artistas famosos venden como obras basura simplista y chatarras. El fraude es la práctica más extendida de la Tierra. No soy antisocial, tan solo quemo mi parte. Todo es guerra por otros medios.

* * *

Guerra. La guerra fue toda una forma de vida durante toda la Edad Media. La sociedad estaba basada en un formato militar: los ostentadores tanto de la propiedad (estamental) como del poder eran nobles que trataban de legitimar su poder señalando que eran los protectores del vulgo y se disputaban la ampliación de las tierras por medio de las guerras. Ostentaban el poder con la excusa de la protección que les daba a los siervos de la gleba, que eran prácticamente un propiedad que iba junto a las tierras estamentales.

De esta ansia de tierras, surgió una de las guerras más largas de nuestra historia: la Guerra de los Cien Años (que duró realmente 99 años, pero el redondeo acaba imponiéndose). No quiero ni pensar la cantidad de vidas que se masacraron entre fuego y sangre, con toda la crudeza de los diferentes medios de tortura que se desarrollaron en la época.

Quema de brujas y de herejes, procesos inquisitoriales en el que se utilizaban intrincados artefactos técnicos de tortura, persecución de judíos y pogromos, limpiezas de sangre, justas sangrientas, cruzadas y guerras interminables. Por no hablar de la inmensa prángana a la que se veía sometida el vulgo.

La osadía religiosa llego al punto de declarar santas unas guerras en Jerusalén ("Ciudad de Paz") que tenían objetivos ideológicos y políticos (hacerse con reliquias y dominar un territorio de templos consagrados para mayor beneficio de imagen de poder eclesiástico); por no hablar de los crematísticos intereses comerciales de hacerse con la ruta de la seda y de las especias.

Tres grandes cruzadas fueron impulsadas por los papas. A cada cual más bárbara y carnicera. La Primera Cruzada fue una llamada de auxilio del imperio de Bizancio que se vio sobrepasado por los turcos. Tras unas sangrientas y terribles batallas, se conquistaron las tierras cercanas a Jerusalén y se fundó un Reino propio para ella, dejando un punto de influencia de los nuevos Estados Latinos sobre el mediterráneo en su totalidad. La Segunda Cruzada, propulsada principalmente por el Reino de Francia y sus caballeros del templo (los legendarios templarios) conquistan Jesuralén, que había estado dominado por autoridades musulmanas desde el siglo VII. Saladino recuperó la Ciudad Santa para la civilización arábiga y vio asediada la fortaleza de San Juán de Acre después por parte de Ricardo

Corazón de León, que exterminó a 2500 prisioneros ya vencidos y, ligero de de presos para la marcha, marchó hacia Jerusalén. Saladino se precipitó por el nerviosismo y fue desgastándose porque Ricardo mandó fugaces ataques y retiradas de filas de soldados. El rey inglés recuperó posiciones territoriales hasta que oyó de la situación en su tierra, en la que su hermano Juan Sin Tierra actuó más como rey que como regente (dando lugar obras literarias como *Ivanhoe* y *Las alegres aventuras de Robin Hood*); y abandonó la guerra bajo términos que consideró aceptables.

Saladino fue un rey sabio y fuertemente influenciado por los místicos sufís. Fue destronado por contingentes de hordas de fanáticos que iban estúpidamente al combate armados con un escudo y una lanza que normalmente se rompía al primer choque. Saladino fue un hombre sensato que, cuando se le presentó Francisco de Asís, fue capaz de ver lo especial que era aquel fraile que se mostraba compasivo y afectuoso tanto con personas como con animales. Permitió a él y solamente a él que pusiese un templo cristiano en la conquistada Jerusalén. Un gran sabiduría, pero que no valía nada si aparecía un estratega que te superara. Al final, la fuerza es lo que se impone, por muy dogmática y fundamentalista que sea.

El fanatismo religioso llegó al *summun* cuando a las autoridades clericales no se les ocurrió mejor idea que enviar un contingente de niños armados, cuya inocencia les haría invencibles: fueron totalmente masacrados.

Por otro lado, el mundo arábigo preparó a unos asesinos totalmente entregados, los *ḥaššāšīn. L*os guerreros a órdenes del chií Hassan i Sabbah eran drogados con marihuana para que creyeran estar en el paraíso y se vieran lo suficientemente motivados como para que hicieran arriesgadas

escaramuzas, arriesgándose a una muerte que no les parecía tan terrible, por lo que habían experimentado.

En la Edad Feudal se estaba dispuesto a respetar figuras controvertidas, si es que estaban imbestidas en la fuerza y las armas. La Dama de Orleans podía ser considerada una santa para el pueblo llano, pero no significó nada para ese mundo hasta que no se embutió en una armadura contra los invasores ingleses y acompañó a monstruos terribles como Gilles de Rais, del que procede el cuento de Barba Azúl (en el que se narra la historia de un hombre que mataba a sus esposas; el verdadero raptaba a niños, los violaba y los mataba). Juana de Arco fue adorada por participar en la Guerra de los Cien años. Solamente llevaba armas para defenderse, pero bien que se defendió, hasta que fue quemada por una acusación de brujería... inventada como todas y que solamente respondía a temores por su popularidad.

Vlad Tepes, el Empalador, fue considerado (y todavía lo es) como un héroe de Rumanía, por lograr militarmente frenar momentáneamente el paso de los turcos. Nada importaba que condenase a la terrible pena de la empalación a muchos de sus súbditos. Aunque yo diría que su poder se cimentaba en el Terror que engendraba tanto entre sus enemigos como en los pueblos que gobernaba. Él les hacía creer que él tomaba un cuenco con la sangre de los ajusticiados para bebérsela (lo que serviría de base a Bram Stocker para crear a su personaje Drácula, basado en Vlad que era Caballero del Dragón, *Dracúlea* en su idioma).

El terror en Europa ha cimentado los puestos de poder, merced a la gran sumisión que genera en los corazones de los simples y por el culto de poder que generaba. Por no hablar de la fascinación y el ensalzamiento del

mismo por medio de las distintas canciones con las que los juglares y trovadores se ganaban a su público, garantizando su sustento.

Sin embargo, lo que puede ser más significativo son los extremadamente desarrollados aparatos de tortura y mecanismos de mortificación que se usaban en los procesos inquisitoriales. Los cuadros del infierno se basaban en ellos, suplantando a los fríos verdugos por los motivados horribles demonios.

Cuando Dante Alighieri escribió su *Divina comedia*, solamente las partes del purgatorio y el paraíso le debieron costar. Lo que no debió de suponer trabajo fue imaginar mucho el infierno: ya vivía en él. Se tuvo que inspirar en su realidad y añadir solamente el bestiario de los monstruos mitológicos de la tradición grecorromana. [Un infierno que quedaba muy relativo en la teología de Tomás de Aquino, ya que señalaba que los condenados tenían la alegría de existir y de estar en cierta manera junto al ser o Dios -ya que está en todas partes-; y que las recientes encíclicas vaticanas han definido como separación de Dios, que supongo que será supremo y eterno rechazo, dado que, como ya he descrito supuestamente la divinidad está en todas partes].

No es de extrañar que en las cercanías diferentes al año mil del calendario cristiano, debido a las guerras y la peste, se considerase que se estaba llegando al fin del mundo. Pero los grandes horrores de la guerra estaban por empezar.

Junto a enfrentamientos como estos, se sumaron las guerras santas de profundo calado ideológico y económico (el comercio de las sedas y las especias). Los afamados caballeros del Templo empezaron a dar préstamos y

funcionaron como los efectivos primeros bancos, hasta que alcanzaron demasiado poder y fueron debidamente eliminados. Un viernes 13 fueron masacrados casi como si fueran una hecatombe y sacrificio humano a mayor gloria de la religión y como purga de la mancha del mundo.

Como yo no supongo ningún contrapoder que compita con los distintos poderes (económicos, políticos y eclesiásticos), no hay duda que seré exonerada. Debida cuenta de mi supremo ingenio, superaré el proceso kafkiano al que me están sometiendo.

* * *

Aunque para kafkiana mi familia, que me veía como si me hubiese metamorfoseado en un escarabajo gigante. No podían verme como me veían antes y a todas luces daban por hecho que yo era culpable. Lo era indefectiblemente, pero mi familia carecía de pruebas al respecto y debería creerme cuando les miento.

Un ambiente enrarecido se quedó en la casa. Hubo un silencio gélido permanente y abismal, como si un fantasma que no debía ser nombrado recorriera constantemente la casa.

Mi madre pidió la baja para garantizar que la custodia a la que se había comprometido se realizara con todas las garantías posibles. Se turnaba con mis hermanos para procurar que siempre hubiese alguien mayor delante mío. En sus rostros y ademanes fríos podía intuir que me creían capaz de haber matado a mi propio padre. No entiendo la osadía de sus presunciones sin pruebas. Está claro que la ignorancia es hija del atrevimiento.

Mi estúpida madre no me arrebató mis libros, pero se pasó una tarde entera hojeándolos y haciendo cábalas mientras leía los fragmentos que yo había subrayado. Por un momento pensé que iba a proceder a directamente sellar mi habitación, casi de la misma forma con la que cerraron la celda en la que tenía los libros de caballería don Quijote.

Un día la miré y nos intercambiamos una mirada gélida respectivamente, pero no hubo ninguna mutua comprensión. Coincidíamos en que ambos considerábamos a la otra persona un ser extraño. La tensión podía captarse por el tacto.

El silencio fue el último mecanismo de defensa del auto-engaño. Tendría que haber disfrutado de la ausencia de palabras necias, pero tengo que confesar que me inquietó y me produjo una veleidad mayor de la que yo esperaba.

Sus conversaciones siguieron siendo triviales, pero su estulticia se vio implementada por los efectos de mi onerosa presencia. Siempre me había sentido desplazada o extraña frente a mi familia; pero con el ostracismo velado al que me veía sepultada, dicha sensación se amplificó hasta proporciones galácticas. Mi único placer entonces era el saber que mi familia sufría sintiendo algo similar hacia mi persona.

Me tenían encerrada en casa como si fuese mi *gineceo* o, peor aún, como si fuera una apestada. Para ellos, era una portadora de una peste bubónica que debía tanto aislarse como esconderse, para bienestar mayor de la sociedad.

Me sentía prisionera en mi propia casa y tuve aceptar que mi vida ya no me pertenecía, sino que era potestad y propiedad de mi familia. Ella se

esforzaba para preservarme de las demás, como si fuera una enfermedad endémica por mí misma.

Me sentía atrapada en mi propio hogar y no podía más que sentir rencor hacia mi familia, que me aisló en un régimen de enclaustramiento en un ridículo ejercicio de protección y paternalismo. No me dejaban salir supuestamente por mi propio bien; pero, en realidad, era para que la enfermedad que yo suponía no resultase dañina para un conjunto de seres patéticos que no merecían el aire que respiraban.

Durante mi encierro, no dejé de sentirme como los personajes del *Decameron* de Boccaccio; los cuales se encontraron en una suerte de confinamiento obligado por una enfermedad (la peste negra) que debía ser restringida en un área cerrada, de modo que el resto del mundo no pudiera verse infectado.

A efectos prácticos, yo era como una enfermedad, como la peste que asoló la Edad Media; pero que, en lugar de corromper sus cuerpos, destrozaba sus espíritus. Era una maldición que se ampliaba cuando era mencionada y el silencio fue tan solemne como absoluto.

* * *

Hasta la fecha había considerado el silencio como oro, aunque pudiera apreciar más la plata de la palabra escrita. Y si hubo mucho en la Edad Feudal, fue este tipo de plata coagulada. La tinta se esparció tanto como la sangre, lo cual es mucho decir para los tiempos de perpetua producción globular medieval.

Alfonso X el Sabio potenció las letras castellanas. El mester de clerecía se trabajó tanto como se difundieron los textos del mester de juglaría como el poema del *Mío Cid* (uno de los últimos poemas épicos que transmitieron de forma oral la versión romantizada de las cruentas y sanguinolientas batallas de su época).

Este poema fue una de las últimas grandes canciones épicas de tradición oral. Un canto que se tomó licencias poéticas para adornar a un mercenario que lucha hasta para los musulmanes y atacó a todo el que le ordenaran (salvo a su Rey). Fue querido y admirado por los musulmanes de los reinos de Taifas colindantes (salvo a aquellos a los que despojó tierras, como la de Valencia) y su sobrenombre famoso, Cid, significa: "señor"; pseudónimo que no tomó como propio y, como mucho, permitía que lo llamaran el Campeador.

Siempre se ha ensalzado la brutalidad porque es un signo indiscutible del poder y no se puede sostener ninguna sociedad posible sin que el culto al poder sea glorificado de alguna manera. Las calles están pobladas no solamente de estatuas de literatos y pensadores, sino de militares y políticos. Entra en la normalidad la apología del poder y desde siempre se han ensalzado a héroes, que por supuesto eran contundente y extremadamente mortales (sin la violencia no pudieron hacer valer sus causas y sus ideales). "La fuerza es la que funda el derecho". Es la razón del fuerte la que dice lo que es la justicia, como decían los sofistas cuando presentaban como ejemplos los hechos de Heracles o Hércules (que robó, mató y se impuso por la fuerza).

La fuerza y el poder es lo que mueven el mundo desde el comienzo de los tiempos. Otra cuestión era el tipo de poder que se ejerciera. Durante un prolongado período de tiempo, en la Europa feudal la posesión de la tierra y la ampliación por medio de la guerra lo fueron todo. Pero como ya

he afirmado no hace tanto, algo empezó a cambiar a partir del año mil de la era cristiana.

Junto a las cruzadas y la apertura a la ruta de la seda, las conquistas castellanas sobre los invertebrados reinos de taifas y la consecuente adquisición de los grandes avances árabes (los desarrollos en matemáticas, filosofía, medicina, conductos de regadío y agricultura), la fundación de las universidades de Bolonia y la Sorbona trajeron consigo un enorme cambio técnico, cultural y… finalmente económico: el comercio.

Con la fundación de los primeros burgos medievales, se estableció una nueva clase social, procedente de los vasallos de los aristócratas: los comerciantes. Ellos, carentes de tierras, buscaron la riqueza por medio del mercantilismo, especializándose en las valiosas especias (muy útiles para la mayor conservación de los alimentos) y el lujo de la venta de seda y otros productos exóticos.

Abrieron las puertas a que figuras como Marco Polo (comerciante) explorase Asia y pudiese traer consigo muchos de sus avances. La brújula fue un importante avance para la navegación y permitió el suficiente desarrollo técnico para los viajes de ultramar que se realizarían en siglos venideros. El catalejo sirvió a Galileo Galilei para inventar el telescopio con el que haría los descubrimientos necesarios para empezar la ciencia moderna. Y la imprenta china llegaría de alguna manera a Gutenberg para que crease su versión europea, dando lugar a la mayor revolución cultural y técnica desde la invención de la rueda.

En la península Itálica se formaron ricas y poderosas ciudades de comerciantes que se metieron de lleno en los fructuosos caminos de las rutas de la seda y de las especias. Fortunas enteras se hicieron, haciendo que

apellidos vulgares resonasen en Europa como si fueran procedentes de alta cuna.

Los mercaderes pudieron pagar sus empresas por medio de unos préstamos que concedieron prestamistas cristianos que disfrazaban el crédito y interés llamándolos "comandas", "violarios" o "censarios. Pero principalmente por los préstamos de una pequeña e insignificante minoría rica dentro de la judería, que tenían el suficiente dinero como para conceder crédito cuyo riesgo debía remunerarse adecuadamente según la lógica del lucro, que en nada se diferenciaba de la metodología de los posteriores bancos de propietarios cristianos (surgidos en la península itálica en el siglo XV, dando lugar al nacimiento del capitalismo).

El comerciante protagonista de *El mercader de Venecia* juzgaba con demasiada severidad a Shylock, que era uno de los principales medios de financiación de negocios arriesgados y cuya conducta en nada difería de los bancos que más tarde los cristianos temerosos de Dios crearon (y que tanto existieron en la época de Shakesperare). A fin de cuentas, todo el mercantilismo naciente era un modo de vida cuyo fin único era el lucro y la codicia de unos mercaderes cada vez más enriquecidos.

Los nuevos ricos contaron con una ingente cantidad de dinero; pero, para sentir que lograban *status,* promocionaron a artistas para conseguir una cultura, que hasta la fecha había sido coto de caza exclusivo de la nobleza y el alto clero. Acaudaladas familias promocionaron durante siglos a grandes artistas como Dante Alighieri, Francesco Petrarca o Giovanni Boccaccio. [Los Médicis harían lo propio con los artistas del Renacimiento, pero ya me centraré en este gran hito de la cultura europea más adelante.]

* * *

No es de extrañar que en esta apoteosis de los poderes mundanos sobre los sagrados (*pecunia non olet*, "el dinero no huele"), empezase el poder profano a tener exigencias y empezase a distanciarse del poder religioso, para mayor poder político por parte del poder directamente estatal.

El emperador del Sacro Imperio Romano estuvo promocionando a voces críticas como William of Ockham e incluso esa perversa interpretación mal hecha de la teoría de Averroes, que se llamó la teoría de las dos verdades.

Aun con todo, por un lado la famosa navaja de Ockham no era tan afilada. La filosofía de Aristóteles fue la base primordial de la recién aceptada teología tomista (establecida en la colosal obra: *Summa Theologiae*) y se restaba capacidad cognoscitiva a la Iglesia si se menoscababa que no existen las sustancias ni las esencias [las Formas generales de las cosas, que estaban dentro de las cosas mismas y que eran el reflejo de la naturaleza fundamental de cada ser]. Se señalaba que no existen las generalidades: así no hay una manera esencial de cada ser, sino que son nombres que designan a los seres concretos. Entonces, el saber humano y la observación se bastan para conocer las cosas, sin que la verdad teológica –basada en el hilemorfismo aristotélico– diera cuenta de todo ser.

No, pero su navaja no era tan afilada. Cortó de raíz nueve de las diez categorías (modos de ser) que había descrito el filósofo estagirita, pero no se atrevió a tocar la categoría de la cualidad porque era estrictamente necesaria para explicar la transubstanciación de la Sagrada Forma [la carne consagrada para la comunión con la divinidad cristiana, que ahora tomó este nombre de la teología de Tomás de Aquino]. En el rito no se cambia la materia (el material del que está hecho la Sagrada Oblea), sino que cambiaba su forma (su estructura interna) o cualidad, en este caso. Para evitar las

persecuciones de la Inquisición, el atrevido franciscano decidió no afilar tanto su navaja y no cortó la categoría de cualidad.

Por otro lado, el averroísmo era una mala versión de la teoría del conocimiento del filósofo y musulmán cordobés. Averroes defendió que existían dos verdades diferentes: la que se llega a través de la Revelación, que es espiritual; y la que se puede llegar a través de la filosofía, fruto de la observación y la abstracción, y que daba cuenta de la naturaleza más material. Los intereses políticos convirtieron las dos verdades distintas en dos caminos hacia la Verdad, buenamente aptos ambos. De tal manera, que podía llegarse a conocer la realidad entera por medio de la deducción y el razonamiento, de la misma forma que podía llegarse por medio de la Revelación del Libro.

Si bien pudiera ser cierto (e incluso se podía quedar corto), era una falsedad manifiesta que el filósofo cordobés defendiese aquello. Sin embargo, la autoridad que suponían en la época las ideas de Aristóteles y sus comentaristas hacía que fuese más interesante de forma propagandística aseverar que uno de los más eruditos estudiosos de la obra del filósofo de Estagira pudiese remotamente defender que el poder religioso no era el único que podía ostentar el monopolio de la verdad y no era el único con la autoridad del saber que pudiese legitimar la soberanía. La autoridad se basaba en el conocimiento de la política: era una asunción no consciente de las tesis políticas platónicas. Los críticos señalaban que buenamente el poder político más profano puede tener tanta potestad como la autoridad religiosa, en tanto en cuanto existía un saber profano adecuado acerca de la realidad y los gobernantes, así, bien podrían gobernar con conocimiento de causa. De esta manera, trataban de otorgar mayor peso de poder al emperador frente al Papa, dando a entender que para asuntos mundanos el poder profano se

basta y que la Iglesia debería ocuparse únicamente de cuestiones espirituales y no políticas.

Como se describe en *El nombre de la rosa*, estas luchas de poder llegaron hasta la Iglesia enfrentando a franciscanos y dominicos sobre la presunta pobreza del judío Jesshua. Los clérigos eran pobres de espíritu y la mayoría de ellos debían creer que con ello bastaba. De lo que trataba el debate era el planteamiento de la posibilidad de que la Iglesia debiera ser pobre, tan pobre como el hombre al que habían proclamado Dios. Esto es, en líneas claras se estaba planteando la posibilidad de que la Iglesia tuviera limitadas riquezas y un consecuente limitado poder efectivo. Voluntad de poder.

Las pugnas políticas alcanzaron hasta al vulgo, haciendo que se enfrentaran güelfos (defensores de una mayor autonomía del poder de los municipios y favorables a la autoridad del Papa) y los gibelinos (que le concedían gran autoridad al emperador profano del Sacro Imperio Romano Germánico, fundado por el emperador Carlo Magno en una imitación del imperialismo romano).

Toda la Edad Feudal lleva a concluir que en Europa cualquier excusa era aceptable para la persecución, la brutalidad y la guerra: quema de curanderas acusadas de brujería, guerras santas, luchas supuestamente teológicas y epistémicas en la persecución de heréticos [*hereticus:* optativos, cristianos que tomaron una opción diferente, distinta a la doctrina oficial de Nicea y que continuaban creyendo la tradición antigua de que Jesshua era humano y no divino].

Lo que no es para nada de recibo es que, en esta coyuntura, alguien se arrogue la autoridad de juzgarme. En Europa lo normal es escandaloso y el

crimen no es una excepción, sino una norma, desde siempre y para siempre. Supongo que debe ser una cuestión de poder, como todo. Si matas a diez personas eres un asesina; si matas a cien, una terrorista; a mil, una militar; a diez mil, un general; a cien mil, un dictador. Pero cuando asesinas a un millón, cuando llegas a un millón de cadáveres a tus espaldas, entonces y solamente entonces, eres una demócrata prístina y pura. Nada hay sagrado más que el poder.

* * *

El poder feudal se atribuyó, por un lado, a la fuerza: los nobles eran "los mejores" o aristócratas dado que procedían de hordas bárbaras que habían vencido al Imperio romano [podrían ser todo lo incultos y salvajes que pudieran, pero su poder estaba por encima de la plebe románica por proceder su linaje vencedores de su Imperio]; por el otro estaba el poder sagrado de la Iglesia, que procedía directamente de Dios y por ello, ideológicamente, tenía toda la autoridad: los reyes eran coronados por altos jerarcas del clero y lo mismo hacía el Papa respecto a los emperadores.

Se estableció un orden social que presentaron como equilibrado: los siervos de la gleba, parte de las tierras que pertenecían de forma inamovible a un linaje, trabajaban las tierras y a cambio los nobles les protegían (por un "módico" precio en servidumbre y de vivir de forma parásita de las rentas), mientras el clero, a cambio de un "simple" permanente diezmo, velaba por la salvación de las almas y por la conservación del conocimiento.

Dicho orden supuestamente lo había establecido Dios y tenía que ser afirmado no solamente con unas solemnes misas en un severo pero muerto latín, sino por medio de un aparato de publicidad y propaganda grande. Tuvo su reflejo más directo por medio del arte, medio más eficaz de

transmitir de forma visual el reflejo del poder. Lo visual era un medio de comunicación más directo que los textos y las oraciones en latín, que eran completamente desconocidos por un vulgo analfabeto y que solamente conocía de forma oral las lenguas francas.

En el imperio bizantino, quedaron restos del canon griego, todavía las figuras mantenían cierto grado de proporción y belleza; salvo por el hecho que acabaron tomando una imagen severa y austera, sobre todo debida cuenta que se centraban en mostrar a Jesshua, a sus seguidores y a su madre. La forma de las figuras se tornó arquetípica y de formas cuadrangulares, fuera aparte de su aspecto severo y de gestos hieráticos.

Como ya señalé con anterioridad, la gran aportación bizantina fue la construcción de los grandes edificios religiosos, que formaban cúpulas que asemejaban al orbe celeste (en el que se encontraría el Paraíso) o edificios en forma de cruz griega (con todos sus lados iguales: el símbolo de la paz y la concordia de los antiguos e ilustrados griegos paganos). Era la gran construcción que fomentaron crear los emperadores de Bizancio o *Basileus:* las basílicas, término cuya etimología fue descrita con anterioridad.

Los musulmanes no podían dotar a las mezquitas de imágenes de personas o siquiera de animales para evitar cualquier forma de idolatría y de asociación; por lo que los motivos florales y frutales podían aparecer como muestra de la abundancia y de la generosidad divina por los dones concedidos por ella.

Sus creencias acerca de la divinidad les hacía concebir a la divinidad como algo desconocido e irrepresentable, demasiado excelso como para que la mente pudiera abarcarlo en forma alguna. Alá es el sobrenombre de Dios: no es Dios, no se conoce su nombre, así que el ser humano le ha asignado una

suerte de seudónimo: un término que da cuenta de la idea que buenamente puede tener el ser humano acerca de la divinidad; pero que nada tiene que ver con ella y constantemente se hace constancia de ello.

La única forma de presentar lo sagrado es por medio de construcciones armoniosas y matemáticas, como el uso de arcos vistosos y sillares almohadillados complejos. La decoración de las obras arquitectónica debía estar compuesta por formas geométricas casi perfectas, que siempre contaban con una de ellas puesta de forma inarmónica para mostrar que el mundo es imperfecto y que la única perfección tenía que ser la divina.

En la Europa cristiana alejada del Cisma ortodoxo, se desarrolló en primer lugar un arte románico, de cierta influencia de las formas simplificadas de los elementos del arte romano tardío y cristiano; y después se adoptaron aspectos de la cultura de los invasores, dando lugar a edificios de formas sencillas, y decorada con pintura y escultura simplista.

La belleza era entendida como armonía divina o epifanía (reflejo del orden establecido por Dios). La armonía no era la establecida por el canon clásico; sino que la ordenación de las proporciones tenía que formar figuras geométricas que se adecuasen a las exigencias y límites de un cuadrado (símbolo de los cuatro lados de la cruz, la que sería la base para configurar la forma de los templos). Las pinturas se componían dentro de un cuadrado; de forma que las proporciones permitiesen estar encuadradas. Condujo a que se generasen composiciones cuadrangulares y, por ellas, se dio lugar al nombre de las pinturas: “cuadros”.

Las grandes catedrales debían ser una muestra de la grandeza de Dios y estaban dotadas de unas estructuras sólidas (con contrafuertes y pilares bien asentados); cuyas formas estables y con cierta armonía austera debían

ser reflejo de la perfección de Dios (representada por unas paredes grandes, en las que unas podían doblar o triplicar en volumen a otras; pero que guardaban una relación de proporción, aunque no áurea, entre ellas y que daba la imagen de ser una totalidad armónica).

Eran unos inmensos edificios que debían dejar boquiabiertos a los feligreses. Estaban construidos con una elaboración artística, armonía y proporcionalidad. Su grandilocuencia mostraba un alto grado de majestuosidad.

Estaba formado por unas largas naves de gran altura (nave central, con sus paralelas naves laterales) que tenía dos pasadizos (transeptos) que se unían por un crucero cuyo conjunto hacía que adoptara la forma de la cruz (esta vez la cruz más romana); y todas ellas convergían en una bóveda (a veces una cúpula) que tenía que dar la impresión recordar al orbe celeste y avisar a los creyentes de que "existía" un Cielo; un paraíso al que podrían no acceder si no eran obedientes (las representaciones pictóricas cruentas acerca del infierno, imitaciones directas a los artefactos de tortura reales de la época, complementaban de forma persuasiva el sano temor de Dios).

El uso de arco y la altura de ellas, así como el efecto de profundidad cóncava, pueden dar la misma dirección de la mirada hacia la ascensión, hacia los cielos.

Se introdujeron en las naves arcos que permitieran la colocación de vidrieras que, a la par que mostraban la gran belleza de una exquisita orfebrería, dejaran entrar la "luz del Señor". Esta iluminación era fundamental para permitir la visibilidad en un edificio que era más una suerte de fortaleza de encierro. Por medio de esta luz, se permitía poder ver de alguna forma todas las figuras y obras de arte que permitían que los fieles tuviesen símbolos del poder. También tenía que dar la impresión de

que la luz entrante eran los rayos directos de “la luz del Señor”, la guía que debía iluminarnos a la salvación de nuestras almas.

Esta “luz” era un claro referente del original culto solar indoeuropeo, del que son copias malas todas las religiones principales. Fue repetido en el culto al dios de la luz (y a su saber esclarecedor) Apolo, el culto egipcio al dios Sol Ra (nacido un 25 de diciembre bajo la constelación Virgo o de la virgen y con doce discípulos); el dios del Sol y la guerra romano Mitra (cuyas características son iguales a las de Horus, al igual que el griego Dionisos, Heracles o Hércules -hijo del rey de los dioses-, Buda, y Krishna, entre otros: Jesshua como divinidad es la última versión de cultos anteriores); la doctrina de la iluminación budista y, finalmente, la última creación religiosa: el romano imperial culto a la Verdad Revelada o la luz del Señor.

No era suficiente el culto a un profeta judío que tenía como templos reconocidos las sinagogas, participaba de los ritos como la Pascua judía y decía que él era un debido cumplidor de las Ley de Moisés y los dichos de los profetas judíos. Tenía que convertirse su palabra en Verbo y su imagen, en luz cegadora.

El orden divino se expresó de semejante manera en una música que empezó a ser racionalizada de forma armónica por medio de la ordenación matemática de las primeras partituras europeas: el tetragrama diseñado por Guido d’Arezzo. La escala musical calculada matemáticamente ya había sido objeto de estudio por parte los pitagóricos, pero no fueron representadas las armonías musicales hasta la conformación del gregoriano y él respondió más a intereses ideológicos que estéticos. Su ritmo prosódico debía ser severo, reflejo del orden divino. Debía servir para que los fieles creyeran estar cerca del canto de los ángeles y antecedían al Paraíso, al que podrían no acceder

si no se sometían a la autoridad religiosa y la moral cristiana “del mando divino”.

El esplendor divino no tenía correlato en las pinturas y obras de arte, que carecían del grado de complejidad y belleza del arte clásico. Su simplicidad tenía una motivación pedagógica: unas imágenes demasiado agradables a la vista hubiesen hecho que los fieles se quedaran embobados, pero unas formas más simplistas hacía que diese lugar a que se preguntasen más por el contenido y que se fomentase que se preguntase al clero por la historia de cada uno de los mitos judíos y romanos tardíos representados por ellas. Este era el mensaje que se tenía que transmitir en todas las iglesias.

* * *

Yo no formaba parte de la Iglesia. Mis padres no me bautizaron, ni me exhortaron a cumplir otros sacramentos para no adoctrinarme nada. Dejaron que, llegada una edad con más capacidad de elección, pudiera escoger la religión que yo dispusiese. Sin embargo, bajo las presiones de mi simple padre, yo fui apuntada a las clases de religión. Mi madre se opuso, dado que era una progresista políticamente correcta; pero mi padre señaló que era importante para mi educación el conocimiento de la religión cristiana para que tuviese un conocimiento de una buena parte de la cultura europea.

La ignorancia de mi padre no le permitía saber que dicha parte de la cultura europea se había implantado a sangre y fuego, tras siglos de abusos por parte de formas de poder que decían hablar en nombre de Dios. Tras unas pequeñas comunidades cristianas pacíficas se dieron las primeras sectas organizadas y poderosas cristianas que atacaron templos paganas por no ser del dios verdadero y se vieron por ello condenados a los leones; luego llegó la imposición por el emperador Constantino; a partir de ahí empezaron: sus

procesos de persecución a judíos e imposiciones violentas fundamentalistas (como el terror de la Inquisición, los pogromos, los juicios ideológicos sectarios a científicos como Giordano Bruno o Galileo Galilei, la evangelización a sangre y fuego de los americanos o las distintas fundamentalistas cazas de brujas).

Me enseñaron principalmente los mitos que formaban parte de la parte que compartían judíos, cristianos y musulmanes. Algo me enseñaron acerca de la vida de Jesshua, destacando su humanismo. Me contaron que un hombre nacido en el barrio de Belén (ciudad del pan) se convirtió en una autoridad religiosa por sus prédicas que restablecían los términos de la Ley judía a condiciones menos cruentas y que expandió el amor fraternal que se prodigaba en el judaísmo hacia todas las personas. Era fácil amar al prójimo, es natural amar a tus semejantes y no tiene ningún mérito; de lo que se trataba era de llegar a amar a los propios enemigos, que es más difícil, pero más digno y cercano de la perfección del Padre Celestial. Se debía ser como el Padre en los Cielos, que perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Nietzsche ya indicó genealógicamente que, en realidad, la palabra deber (s*chuld*) deriva de las deudas contraídas (*schulden*) y que la base de la moralina europea era el establecimiento de que una persona debía compensar a otra y restablecer una deuda. "La deuda con la sociedad" era una ofensa que permanecía rencorosamente en la conciencia del agredido, considerada como debida deuda que exigía reparación en sangre. Venía a indicar que esta deuda que contraía el agresor a su perjudicado hacía que el último se sintiese por encima (en autoridad moral) del primero, era la forma en la que el débil ataca al fuerte: provocándole pena y generando la *mala conciencia* de que el fuerte tenía obligaciones para con el debilitado, es el intento de la voluntad de poder del ser bajo para situarse como sea por encima del fuerte.

Friedrich Nietzsche redujo la moral judía a la ley del Talión y al espíritu de venganza. Realmente, como bien describió el filósofo Emmanuel Levinas, la moral judía se basa en el perdón y la empatía; así que, en última instancia, el judaísmo presenta las mismas debilidades que el cristianismo. En cualquier caso, Nietzsche aborrecía el antisemitismo, esa suerte de movimiento enfermizo basado en los prejuicios y una autoengañada ansia de venganza. Friedrich Nietzsche por activa y por pasiva expresó que no soportaba a su cuñado antisemita. En su cobarde intento de huir del dolor, los antisemitas atribuyen todos los males a un chivo expiatorio, los judíos, y se inventan que atacarles supone minimizar la supuesta fuente del dolor. A pesar del posicionamiento de su hermano, Elisabeth Nietzsche modificó los textos de Friedrich, de manera que pudieran estar acordes con el nazismo; otro antisemitismo que hubiera rechazado Nietzsche y que fue un régimen de ignorantes que quemaban libros, en lugar de leerlos, pensar y aprender. El antisemitismo fue el racismo más absurdo de Europa, debida cuenta de que casi la mitad de los pensadores que han contribuido a la cultura europea eran judíos o de origen judío: Lucio Apuleyo, Flabio Josefo, Moisés Maimónides, Baruch Spinoza, Karl Marx, Sigmund Freud, Ludwig Wittgenstein, Franz Kafka, Edmund Husserl, Theodor Adorno, Max Horheimer, Hannah Arendt, Albert Einstein, Noam Chomsky...

En cualquier caso, Friedrich Nietzsche consideró que las nociones judiciales y el castigo estaban basadas en lo que consideraba que era la moral judía, la ley del Talión y el espíritu de venganza. En su genealogía, señaló que la moral cristiana sería una derivación de este espíritu vengativo. Según la interpretación de Nietzsche, la culpa no era otra cosa que el espíritu de venganza, ahora no dirigido sobre otra persona, sino contra uno mismo. La visión moral hacía que se rechazase el insoportable dolor; y se atribuía su procedencia a un agente externo, al que se acumulaba rencor,

bajo el inconsciente prejuicio de que el dolor desaparecería contraatacando a un chivo expiatorio. Cuando se fue consciente de que la ley del Talión no quitaba el sufrimiento en la vida, el dogma cristiano dirigió el espíritu de venganza hacia uno mismo, bajo la forma de culpa. Era una suerte de martirio auto-infligido y masoquismo redentor que daba la impresión de que serviría para acabar con el dolor; aunque fuera por el medio de la sugestión que daban las sensaciones de contrición que se obtenían con el castigo sobre uno mismo.

Toda persona debía someterse a ese sentimiento de culpa, todo ser debía entrar en el delirio de los mártires y los sacrificios expiatorios. Evidentemente yo no podía sentirlo, por lo que fingí y, para ninguna sorpresa, pasé el trámite externo. De los templos salen los feligreses de la misma manera de como habían salido: nada hacía que cambiase su modo de vida, ni cerraba las heridas de las rencillas. El rencor por las ofensas no se limitaba con los ritos de la entrega de la paz en las misas, ni con la comunión con el Dios de amor y perdón.

Según Nietzsche el derecho se reduce a la venganza, a hacer que las personas paguen con sangre su “deuda con la sociedad”: el derecho europeo es un conjunto de leyes que se sustentan en el castigo. Toda nuestra sociedad es un enorme complejo conductista: desde las faltas en los colegios a las sanciones penales, el orden social es impuesto por medio del miedo. Somos una gran naranja mecánica. El perro de Pavlov es el ciudadano modelo. Vigilar y castigar. Todo se reduce al dominio por el uso de la fuerza y la subyugación de la voluntad por el terror.

Al final, más allá de las bonitas palabras, todo lo social es una cuestión de poder y dominio. Yo no soy un monstruo, solamente me muevo con mayor energía en una sociedad humana en la que en todos los ámbitos hay

relaciones de dominio y transferencias de poder. Siempre ha habido uso del poder y dominio por la violencia; hay que imponerse para moverse en el mundo y lograr hacer cosas.

Las personas que no se muestran firmes y más que asertivas son objeto de uso y abuso por parte de los demás. Los pusilánimes que dan su brazo acaban viendo cómo les toman todo el brazo. Si no se ejerce el poder, el mando y el miedo, los demás se aprovechan de ti. La bondad cristiana es ingenuidad. Fuera del mando y la disciplina solamente queda que cada uno busque su propio beneficio y aprovecharse de los demás: el caos que solamente se disipará con el ejercicio del poder y por el dominio por medio del miedo.

El terror es el máximo garante del poder soberano porque toda persona obedece para evitar el castigo; al fin y al cabo, las personas obedecen las leyes principalmente por evitar la cárcel y las sanciones. De esta forma se forma la disciplina, el orden, los gobiernos y los tratados comerciales.

La religión fue en el medievo la gran excusa para dominar a la gente. La cuestión es poner normas y controlar los actos de la gente; los deberes morales son una forma de control social. Un dominio social que fue absoluto en la Edad Feudal, con todos los excesos del ejercicio de poder conlleva.

* * *

El culto religioso suele estar acompañado de un aspecto emocional. Las creencias forman parte de nuestra sensibilidad, las más básicas nos hacen sentir seguros, hacen creer que se sabe acerca del mundo, la moralidad, cómo desenvolverse y establecer un orden social. Su cuestionamiento genera incertidumbres: crea la impresión de que no se sabe si los hábitos son

adecuados o si son efectivos; y ello produce ansiedad. Las creencias hacen que las personas se sientan seguras; "ideas y creencias", que diría Ortega i Gasset). Debajo de las creencias están en juego emociones muy profundas.

Por otro lado, en todo gran culto se ha intentado que las más importantes pasiones pasen por la religiosidad, como el amor en la forma del matrimonio.

Por motivos que desconozco, Tommy tenía planes respecto a "nuestro futuro" que pasaban por la vicaría. A pesar de que lo corrompí y le traté como una víctima, debió de pensar que todo quedaría perdonado y purificado si nos uníamos en santo matrimonio.

Un día, contra todo pronóstico, él vino a mi casa a visitarme. Nuestra separación le debió de doler más de lo que a él le gustaría, porque parecía completamente desesperado. Mi madre le dejó entrar en casa, supongo que por pena.

Nos quedamos solos en el cuarto y él estuvo un buen rato callado. No podía soportar tanta estupidez, así que le dije con toda amabilidad:

-Bueno, ¿qué quieres idiota?

Él se arrodilló y me enseñó un anillo.

-¿Te casarías conmigo? -soltó de golpe, todo rojo y superándose a sí mismo-.

-¿Te refieres a una boda... en la Iglesia… de blanco y todo? -espeté para confirmar aquella situación surrealista-.

-Sí… - me dijo en un hilillo de voz-.

-Pues no… - le respondí con calma y con toda naturalidad-. No lo necesito. Yo con mi clítoris ya tengo suficiente, no necesito a ningún chico. Aparte de que no quiero saber nada de un niño tan imbécil como tú.

Agachó la cabeza abatido y lleno de vergüenza. Había hecho un esfuerzo supremo y había sido humillado de la forma más cruel. Lo perdí para siempre. No volvió a aparecer por casa. Quién sabe, tal vez encontraría consuelo en la iglesia en la que me quería meter. Puede que en el culto a la divinidad encontrara un narcótico suficiente.

* * *

Dios es presentado como ser de amor puro, una visión que procede de la Edad Feudal y que se ha resaltado en la actualidad, en la que el amor es objeto de las canciones más populares y de menos contenido. Ahora que en Europa se puede escoger la pareja, se tiene la creencia de que el matrimonio siempre ha significado el mayor compromiso y confirmación del amor; cuando el matrimonio siempre ha tenido más que ver con el patrimonio (todavía hoy, con el reparto de bienes, aunque sean separados) y el comercio que con cualquier otra cosa.

Los matrimonios siempre han sido concertados y forzados, para mayor beneficio económico de todas las clases. Era un comercio sancionado por autoridades eclesiásticas que señalaban en la Edad Feudal (y después dejaron en el aire) que el verdadero amor venía de Dios y que el amor en el matrimonio era meramente el acto bondadoso de bendición de las uniones.

El amor cortés que aparece en la Edad Media siempre ha sido relacionado con las relaciones prohibidas. *El libro de buen amor* relata historias de amores escandalosos por parte de un arcipreste, que redime su obra al presentarlos de forma instrumental: los muestra para que pudiese destacar el buen amor, que era el amor divino.

El mundo de la cultura no fue ajeno a escándalos reales, como el famoso caso del filósofo lógico Abelardo que sedujo a su estudiante Eloísa; una ignorante de la vida y del sexo, a la que después el nominalista hizo responsable de todo y exigió su arrepentimiento. Claro que también tenía motivos para estar resentido, ya que los sicarios del tío de Eloísa le castraron.

Los caballeros mitificados por los poemas épicos tenían relaciones que su sociedad condenaba y que siempre acababan mal. El amor no tenía que ver con el matrimonio, el matrimonio era concertado e impuesto: el amor más libre tenía que ver con las artimañas y lo prohibido. El joven noble Calisto tuvo un deseo sexual sobre la dama Melibea, que camuflo como culto e idolatría hacia su persona; y en su obsesión sexual, contrató a la alcahueta y curandera Celestina para que la engañase y la sedujese por todos los medios que hiciere falta, conduciendo más adelante a la caída de todos. Arturo Pendragón se acostó incestuosamente con su hermana Morgana sin saberlo y tuvo como castigo la guerra con su hijo-sobrino Mordred, que le arrebató la vida mientras le atravesó con su espada mágica. Lancelot cometió adulterio acostándose con la reina Ginebra y condujo al desmantelamiento de la unidad de la mesa redonda y a la decadencia de Camelot. Tristán, en el poema *Tristán e Isolda*, era un caballero que hizo lo mismo que Lancelot, respecto a su señora.

El amor procedía de Dios y se reducía a él. Los matrimonios podían ser todo lo interesados e impuestos forzosamente a la mujer que pudiesen ser: no implicaban amor, el amor ya estaba en Dios y todo otro amor era su derivación (y bien pudiera no existir). El matrimonio era realmente una transacción económica, que todavía perdura formalmente con el rito de las arras, que simboliza la compra de la mujer. Al final, como todo, era un cuestión de guardar las formas y dejar que los intereses sean escondidos.

* * *

Terminé mi aprendizaje de esta religión con mi selección personal de lecturas de los fragmentos de la Biblia y algunos textos que encontré en Internet. Encontré que Cristo o Mesías eran términos que en hebreo significaba: "el ungido". Cristo significa: "el ungido", un título honorífico de los reyes de Israel; mesías significa: "salvador", otro título honorífico de los reyes de Israel; "Hijo de Dios" era también otro título honorífico de los reyes de Israel.

Jesshua hablaba de sus enseñanzas en sinagogas y la gente le llamaba *rabí* o maestro. Era una autoridad religiosa judía. Se muestra tal realidad en el pasaje en el que le pidieron interceder para castigar a una adúltera: la ley de Moisés exige la presencia de una autoridad religiosa y dos acusadores, la gente le pidió emitir juicio porque le encontraron y necesitaban a una autoridad religiosa para proceder a realizar un juicio sobre adulterio. A efectos prácticos, Jesshua era poco más o menos que un rabino judío.

En cualquier caso, era judío, dada su circuncisión que marcaba el pacto hebreo, su respeto explícito a los dichos de los profetas y la ley de Moisés (en la que se indicaba que no se tomaba a más Dios que Yahveh, por lo que no pudo en ningún momento decir ni siquiera señalar que él fuese Dios).

Además, predicaba en templos judíos y celebró la Pascua judía en la última cena. Se consideraba judío, se comportaba como tal y seguía sus leyes y doctrinas: era judío, y mortal.

Me sentí desencantada con mi investigación acerca de esta religión. Todo lo que pudiera haber de positivo en el cristianismo, incluso en su humanismo más sincero, me resultaba insoportable. Me parecía la doctrina impotente de los débiles que, como se ven incapaces de realizar la justa venganza de las ofensas, se atribuían el poder de la clemencia, realizando el acto de perdón y amor fraternal. Evidentemente, lo aceptan para evitar un enfrentamiento y no tener en la conciencia el sentimiento de rencor e impotencia. A un espíritu elevado, supremo y combativo como el mío le resultaban insoportables la cristiana tibieza y su conmiseración con los débiles.

* * *

Nada de lo que había en una iglesia podía atraerme… en principio. Mas la existencia de un rito llamado confesión me habilitaba a relatar mis actos criminales a otro, recreándome con el recuerdo de mis actos y gozando con la posibilidad de ensalzar mi persona, comunicando la gloria de mi astuta caza.

Esa tarde la iglesia estaba prácticamente vacía (como suele ser). Había unas pocas ancianas que me miraron llenas de sorpresa. No duró mucho su reacción. Leí los labios de una de ellas, que logró dar con una explicación acerca de que alguien de mi edad entrase en el templo. Dijo: “debe estar haciendo la comunión”.

Las ancianas volvieron a sus rezos, pese a no disponer de rosarios físicos. Saqué el mío, que procedía de mi ignorante padre y debí de parecer un bicho raro por mi excesiva aparente ortodoxia. Nuevos comentarios de las ancianas, pero esta vez no me molesté en seguir la vocalización de sus palabras. Aproveché para practicar mi oxidado latín y entoné el Credo en su versión original, así como la versión latina del Padrenuestro que aparecía en la traducción del hebreo que realizó Jerónimo de Estridón.

Alguien tan abyecto como yo podía pasar inadvertido si meramente guardaba las formas externas, como los fariseos que sobrecompensaban su falta de interiorización con un llamativo fervor externo, supongo que dirigido también para sí mismos.

Cuando pasaron una por una las ancianas, me acerqué al confesionario. Cuando me crucé con la última de las primeras, ella me sonrió. Supongo que llena de una cierta esperanza y sensación grupal de compañerismo espiritual.

- Ave María Purísima – me adelanté al sacerdote, una vez que me arrodillé en el reclinatorio-.

- Sin pecado concebida – espetó abruptamente el párroco, sobrecogido por tantas sorpresas-.

- Padre, confiéseme, que he pecado – empecé a decir en tono monótono, como si fuese la actividad más formal que existiese o como si yo la encontrase normal-.

-Dime, hija, qué pecados has cometido.

Antes de responder me quedé un momento para sonreír. Pensé que, evidentemente, no había cometido el obsesivo, sobredimensionado y sobrevalorado sexto (que erróneamente se cree que es no cometer actos impuros, cuando en realidad en el mandamiento original que recogió Moisés prohíbe el adulterio).

- Me confieso que he cometido el quinto - empecé a decir con un tono gélido que me salía sin ninguna artificiosidad-. Para ser más exactos, he cometido por pensamientos, palabra y actos el quinto en cuatro ocasiones.

- Hija mía – repuso el clérigo con una invisible pero perceptible sonrisa, llena de empática comprensión y casi dulzura-. Me temo que te has equivocado. Te estarás refiriendo al cuarto: "Honrarás a tu padre y a tu madre". Dime cómo has faltado a tus padres.

- No, padre - continúe en el mismo tono y con la respiración profunda-. Confieso que he matado a cuatro hombres. A dos les he clavado varias puñaladas en la espalda, dirigidas expresamente hacia su corazón y que atravesaron con precisión una parte de su caja torácica posterior con el órgano rey. Al tercero le pedí que se agachara, de manera que conseguí que se situase a la distancia suficiente como para que mi brazo pudiese alcanzar en su extensión su tabique nasal, resultado de cuyo impacto logré su muerte fulminante. Al cuarto lo maté igual que al primero.

Antes de que el pastor espiritual pudiese contestar de forma coherente, sentencié mi confesión con un directo y frío: "amén". Me levanté sin persignarme y me alejé de allí lentamente y con la cabeza muy alta. Mi sonrisa franca me duró toda la tarde. Había confesado con total impunidad mis crímenes, gocé pensando que a pesar de haber hecho esta supina extravagancia seguiría inmune a la legalidad, debida cuenta del secreto de

confesión y de la incredulidad del párroco respecto a los hechos descritos. Además, disfruté del hecho de haber confundido y disturbado a un anciano, así como también gocé del desahogo de expresar un secreto que me consumía por dentro y sentía la necesidad de vanagloriarme. No hubo nada sagrado en esa confesión.

* * *

Lo sagrado llega a ser algo no por su excelsa bondad, sino en tanto que es la máxima imagen del poder. Durante siglos buena parte de los primeros grupos cristianos tomaron al judío Jesshua Ibn Miriam por un profeta. Un ser humano, demasiado humano. Pero esta interpretación era insuficiente para el Imperio Romano, así que Constantino impulsó que se hiciese un Concilio de Nicea que le otorgó autoridad divina.

Cristo significa: "el ungido", un título honorífico de los reyes de Israel; mesías significa: "salvador", otro título honorífico de los reyes de Israel; "Hijo de Dios" era también otro título honorífico de los reyes de Israel; Jesshua entró en Jerusalen montado en un burro, como lo hizo el rey Salomón y como si se presentara como el rey de los judíos; cuando Poncio Pilatos juzgó a Jesshua, le preguntó si era el rey de los judíos y él le respondió: "Tú lo dices: *lo soy*" y fue condenado por un juicio político. Nada de esta interpretación servía a Constantino.

Constantino impulsó que se diese lugar a una religión principal y común para todo el Imperio que le pudiese servir como medio de mantenerlo unido. Las consideraciones de las diferentes comunidades cristianas no servían e impulsó que se estableciese otro tipo de interpretación. Presionó para que un Concilio estableciese una versión oficial y que pudiera ser favorable al poder imperial. Solamente pudo afianzarse como religión respetada y no perseguida,

cuando el Concilio de Nicea estableció que el judío Jesshua era Dios, un ser que ostentaba todo el poder.

No fue suficiente el humanismo de aquel judío que decía seguir la Ley judía y las aseveraciones de los profetas judíos; que perdonaba 77 veces 7 a sus deudores [el siete en la simbología judía hacía referencia a un gran cantidad]; ponía la otra mejilla a sus agresores; amaba a sus enemigos; no juzgó mortalmente a una adúltera de la forma ortodoxa que clamaba el judaísmo mas arcaico; celebró sin rencor tradicionalista la Pascua judía como su última cena con sus seguidores; predicaba contra la inhumana avaricia [decía que había que ser perfecto como el Padre Celestial y que para ser perfecto había que vender las propiedades y dárselo a los pobres] y a favor del judío perdón.

No entiendo cómo podía no bastar el humanismo de una buena persona. Que haya una buena persona, eso sí que es un milagro. Kierkegaard basó su existencialismo y la resolución de la angustia en un salto de fe hacia lo positivo del cristianismo; Mounier basó su humanismo personalista en las prédicas de Jesshua.

Bajo cualquiera de sus Iglesias hubo durante muchos siglos oscuros la imposición del poder: los primeros cristianos con poder se impusieron por la violencia sobre los paganos (cuyo caso más significativo fue el desollamiento de la filósofa Hipatia), la persecución inquisitorial católica, los calvinistas quemaron a Miguel Serbet, los protestantes persiguieron a Johannes Kepler y los peregrinos puritanos sectarios británicos, que viajaron al territorio que luego fue los Estados Unidos, realizaron anacrónicas persecuciones de brujas y genocidios sobre los indígenas.

El Día de Acción de Gracias de Estados Unidos es toda una oda del abuso y de la imposición violenta de los “cristianos” sobre los demás. Ella celebra la aniquilación de un poblado indígena. Uno de los nativos debió matar a un peregrino y como la tribu no quiso entregarlo, los peregrinos de varias comunidades se unieron para masacrar con sus superiores armas a todo lo que habitase en el poblado nativo. Como en esa masacre no murió ningún europeo, se estableció un edicto por el que llamaba a “dar gracias al Señor” porque en la carnicería no muriese ningún buen “cristiano”. Y desde entonces se celebra dicho día, debidamente maquillado por un falso relato acerca de una cena compartida por peregrinos e indígenas [cuando realmente lo que pasó fue que a comienzos del colonialismo británico, en el primer invierno los indígenas se debieron compadecer por los extranjeros y les dieron ayuda para sobrellevar esa estación, fuerzas que supieron aprovechar para reforzar su posición en el “nuevo mundo” y se preparasen para la invasión total posterior].

El abuso de poder clerical medieval tomó forma en todas las persecuciones a la diversidad demasiado divergente como para suponer un contrapoder. Persiguieron desviaciones demasiado grandes que pudiesen hacer competencia en el poder, sea en forma de curanderas llamadas brujas, sea en los casos de los inculpados injustamente judíos [cuyo Sanedrín no debió juzgar realmente a Jesshua, como prueba el hecho de que fuese condenado a la cruz romana y no a la judía lapidación], sea en los paganos convertidos tras la violencia, o fuere en la quema de cristianos de otra opción o heréticos.

Similar fundamentalismo y persecución se halla actualmente en las jerarquías religiosas impositivas que existen en determinados países de mayoría de población musulmana, que sufren el bombardeo de un fundamentalismo teledirigido desde arriba por parte de presiones en todos los

medios y la promulgación de unas leyes abusivas que van contra nociones tan básicas como la diferenciación de la *saria* (normas religiosas para los fieles) y el *fiqh* (aplicación histórica de la interpretación y adecuación de la aplicación viable de la *saria*, de forma que no se obligue a nadie que forzosamente a que sean aparentemente buenos musulmanes solamente por el temor al castigo de la ley). La ley tiene que dejar margen para que se cumplan o no los preceptos, dejando libre arbitrio y de manera que el ejercicio de los preceptos coránicos sean fruto de la voluntad y el sacrificio de los fieles, y no fruto del miedo al castigo de la cárcel y otras amenazas penales.

Las jerarquías de estos Estados integristas autoritaristas realizan la imposición de establecer como la versión oficial del islamismo una interpretación ideológica y fundamentalista. Su forma ha sido establecida artificialmente por una aplicación interesada de los poderes jerárquicos de la zona y que restringen las libertades a las mujeres, penalizan con flagelaciones y cárcel a los homosexuales, infunde miedo y presiona para hacer que tengan miedo los fieles, y niegan de forma sectaria el heliocentrismo y la teoría de la evolución.

Nada tendrán que ver con una mayoría de millones y millones de fieles, que tienen interiorizado que hay que valorar la sabiduría, las buenas obras, la caridad a los mendigos y el profundo temor de Dios. Es una religión de paz porque señala que Dios no ama a los agresores. De igual manera, los actuales fieles cristianos se ven más influenciados por el humanismo cristiano y la caridad que por un infierno ya tomado como inexistente físicamente. Ambas defienden sobre el papel la bondad, la ayuda mutua y el amor. Las detesto: fomentan la debilidad de la humildad y la ausencia de agresión. Soy enemiga encarnizada de la solidaridad, la bondad y el amor.

Nada tenía que ver la Inquisición con el mensaje del humanista Jesshua. No, en el poder eclesiástico medieval no se defendía a un Dios de amor y de perdón. Se obcecaron a transmitir el mensaje del miedo, la amenaza del infierno. Presentaron a la divinidad como a un juez ejecutor que colocaría a los que se iban a salvar a su diestra y condenaría al más tormentoso destierro del Reino de los Cielos a los que señalaría con su mano siniestra, dirigiéndose a los que no habían creído en él.

En la Edad Feudal, el temor hacia Dios, con claras referencias a la condenación de los últimos días, se igualó a la piedad religiosa y al fervor. Cuando no hay razón, bueno es el miedo. Pero ante todo y sobre todo, el miedo significa la suma sumisión frente al poder, la coacción de la amenaza frente a un poder superior que podía castigar la desobediencia. Por su crueldad brutal, casi me hubiera hecho fundamentalista.

* * *

Hasta el siglo IV no existió el cristianismo tal como lo conocemos.. Dogmas tan simples como la divinidad de Jesús, el alma separada del cuerpo, el Cielo y el Infierno fueron establecidos por el voto del Concilio de Nicea. Las diferentes comunidades cristianas acordaron una interpretación oficial y determinada de los dichos de los profetas y los Evangelios.

Todo lo demás fue el difícil intento de competir con unas tradiciones filosóficas de paganos, de forma que no fuese tomada la nueva teología como una suerte de misticismo y superstición. Los Padres de la Iglesia tuvieron que tomar aspectos de las diferentes escuelas filosóficas europeas para elaborar una teología bien construida y que puede ser digna de ser oída por los cultos paganos.

Agustín de Hipona, como ya señalé con anterioridad, igualó a Dios con el Bien (la Justicia platónica o la Idea principal que vertebra y equilibra a todas las demás). Señaló que Dios, como creador de todo, debía ser el ser necesario y esencial que permitiese ser a los demás en una magnífica, bella, sabia y equilibrada creación. Tenía que existir porque nuestro ser no permite la garantía de nuestra existencia: somos seres deficientes, contingentes; así que, para poder existir tiene que haber un ser necesario.

Con él y solamente con él, se llegaría a la libertad y la felicidad: el gozo más noble y la serenidad más alta provenía de realizar actos de bondad más allá de nuestras pasiones. Pero las personas por sí mismas no podían realizar el bien, dado nuestra corrupción natural (o a nuestra supuesta caída en el pecado original). El libre arbitrio por sí mismo no sirve de nada. Mil años después, Lutero afirmaría algo parecido. Minando una tradición teológica que señalaba que a la fe le debían de acompañar obras, señaló que la fe en Jesús era lo primordial porque ayudaba a realizar el bien. Recientemente, la Iglesia católica reconoció que tenía razón (teológica) y le nombraron Padre de la Iglesia.

Anselmo de Canterbury también intentó demostrar que Dios existía. Señaló que si podíamos pensar en algo más grande que el propio pensamiento, tendríamos que concluir que dicho concepto, que superaba el propio pensar, no podía proceder del pensamiento y que tenía que existir fuera aquel ser más grande de lo que puede ser pensado.

Tomás de Aquino tomó este argumento y, con el método observacional aristotélico, señaló que hay un grado de perfeccionamiento en los seres que debe culminar con un ser perfecto. Las plantas viven, pero no se mueven; los animales se mueven, pero carecen de pensamiento y libre arbitrio; los seres humanos somos seres racionales con voluntad, pero carentes de poder

total. En esta gran cadena del ser, tenía que haber una escala mayor en la que existiese un ser perfecto.

Descartes, mil años después, tomó la idea de perfección y replanteó el argumento ontológico de Anselmo. Señaló que dentro del sujeto pensante existía la noción de perfección, la cual no podría proceder de un ser imperfecto; así esta idea debía de venir de fuera y proporcionada de un ser que sí fuera perfecto. Un siglo después, Kant zanjó la cuestión señalando que se podía pensar que "se tenía monedas en un bolsillo, pero que eso no implicaba que ellas estuviesen allí realmente".

Hubo otros acercamientos a la divinidad. Un autor se hizo pasar por el cristiano Dionisio Aeropagita y formuló su teología negativa: señalando que se podía tener una noción de la divinidad a partir de todo lo que no es Dios (que básicamente era todo). Por la negatividad se podía llegar a lo inefable. Se podía tener cierta noción acerca de lo que no podía ser atrapado conceptualmente por ser demasiado excelso. Así, se llegaba a una mejor aproximación de la divinidad.

Místicos diversos procuraron llegar a sentir la divinidad por medio de la meditación más que por la conceptualización. Juan de la Cruz y Teresa de Jesús lograron hacer del rezo algo más que un acto mecánico y ritual. Lo convertieron en una experiencia espiritual que, tras un largo y abismal proceso de depresión endógena, les transportó hasta a éxtasis que meridianamente pudieron plasmar en forma de poesía. De manera similar, el maestro Eckhart estableció un gnosticismo, un "saber" efectivo de la divinidad, resultado de la experiencia mística.

Los sufís musulmanes, por su parte, practicaban diversas formas de meditación que buscaban conectar con la divinidad [restos de ellos son los

bailes de los derviches turcos, que no buscan ni la belleza del movimiento ni ninguna excelencia artística; sino que tratan de conectar con la armonía universal y ser transportados a una experiencia espiritual hacia lo absoluto].

Muy significativo de este movimiento cultural fue la novela *El filósofo autodidacto* de Abentofail: el relato de un náufrago desde niño, que no fue educado en la civilización. Él llegaba a conclusiones por medio de la observación y las consecuentes conclusiones a las que llegaba. Fue criado por una gacela y, cuando ella murió, pensó que algo de dentro de ella tenía que estar roto (como había visto en cadáveres de otros animales). Cuando comprobó que todo estaba intacto, coligió que lo que se había extinguido no podía ser material, sino que debía de tratarse de algo inmaterial. Terminó sus deducciones pensando que algo tan complejo como el mundo solamente podía ser la construcción de un ser perfecto y, por sus experiencias, lo relacionó a las vívidas experiencias que sentía cuando meditaba. Cuando fue rescatado por un civilizado musulmán, el hombre letrado se sorprendió con él y sus hábitos. El salvador lo educó para que aprendiera el lenguaje y las pías costumbres de rezo de la civilización musulmana, pero pasó de maestro a estudiante cuando vio su saber. Rápidamente, el náufrago despreció las actitudes de la civilización, al ver en ellas una mera expresión externa sin contenido, totalmente inferiores a las experiencias reales que él sentía en la meditación. Acabaron meditando juntos.

Los árabes trajeron consigo los textos más importantes de Aristóteles, que servirían para su teología. Por ello, resultó extremadamente atractivo para la teología cristiana, siempre ávida de formas complejas para dar una imagen de consistencia al castillo en el aire dogmático. Se convirtieron en las nuevas piedras de toque los aristotélicos textos *Novum Organon*, la *Física,* la *Metafísica,* y los comentarios de los cordobeses Maimónides, Avicena y Averroes.

En un intento de hacer la filosofía aristotélica una gran herramienta para la teología cristiana (*philosophia ancilla theologiae*, "la filosofía es la esclava de la teología"), Tomás de Aquino edificó la enorme obra de la *Summa Theologiae.* Fue un gran constructo lógico y teológico que trataba, de forma argumentativa, básicamente todo lo divino y humano. La educación pública ha reducido este leviatán teológico a únicamente destacar los argumentos a favor de la existencia de Dios.

Aristóteles había consignado que las Formas de Platón no tenían que proceder de un mundo ideal, dado que es dicho mundo es indemostrable. Consignó que la observación (y su abstracción) permite hacer generalizaciones que capten lo fundamental de cada especie de ser, dando cuenta de su naturaleza esencial (observable por los sentidos y la abstracción racional -*nihil est in intelectu quod prius fuerit in sensu*-).

Gracias a la abstracción racional, por medio del conocimiento aristotélico, se deducía que hay muchos tipos de ser (e.g. "yo soy tu padre": relación; "yo soy alto": cualidad; "yo soy siete veces más fuerte que tú": cantidad…). Sin embargo, pese a su variedad, todos hacen referencia a un sujeto (que es padre, alto, fuerte…). Por tanto, el ser primero tenía que ser la sustancia.

Una sustancia compuesta por materia (el material que lo constituye y le da un aspecto individualizado) y la forma (la estructura básica de cada especie de ser, su formato básico, esencial o fundamental; como si su fórmula química o ADN se tratase). Materia y forma es de lo que se debían componer todos los seres.

Y todos los seres debían su naturaleza al efecto de un motor inmóvil, motor que hacía que todo cambiará y se desarrollara. Tenía que haber una

gran máquina cósmica que debía de ser para sí mismo inmutable, de forma que fuera imposible su corrupción y consecuente extinción.

A pesar de la mejor argumentación aristótelica frente a la platónica, la Iglesia católica tardó en aceptar al filósofo de Estagira como parte del *corpus* del saber y de la teología. Dos cosas se oponían a ello: la procedencia de los textos por parte de filósofos de fe musulmana (sobre todo la mala versión de Averroes: el averroismo de las dos verdades); y el hecho de que Aristóteles consignara que el alma es lo que anima el cuerpo (con lo que desaparece con él).

Tuvo que hacer un gran esfuerzo Tomás de Aquino para hacer que los preceptos de la filosofía de Aristóteles confluyeran de forma armónica con los dogmas fundamentales del catolicismo. Superó los argumentos lejanos a las doctrinas católicas en una obra magna en cuyos comentarios tuvo que hacer artificios y malabares para hacer que la filosofía de un politeísta pudiera ser aceptable para el monoteísmo de Nicea. Su *Summa Theologiae* fue una obra hercúlea de conciliación y razonamiento. Aún con todo, tardó en dejar de prohibirse.

Sin embargo, acabó aceptándose. Tanto que formó parte del canon de la teología católica. No en vano asentó su libro los cuerpos argumentales más intrincados para tratar de demostrar la existencia de Dios. La cadena de perfeccionamientos, como ya se ha indicado, conduce a la divinidad perfecta. El que todo tenga una causa exige que haya una causa de todas las causas (Dios; más que nada debía de existir la causa primera para que la cadena de causas-efectos no tiendan al infinito).

En la visión de Tomás de Aquino, el ser perfecto tenía que ser el ser necesario cuya mente ordenara: era el motor inmóvil aristotélico. Solamente

podía ser Dios por ser perfecto e incorruptible. Debía existir necesariamente para que todo lo demás existiera (una forma más refinada de la observación de Agustín acerca del ser necesario).

Un ser cuya autoridad y excelencia adoraba hasta el demonio. Tomás de Aquino fue llamado el doctor Angélico porque en su obra magna dio con la verdadera naturaleza de los ángeles. Como no tenían materialidad, la diferencia entre ellos no eran accidentales y ellos eran pura forma. Por tanto, cada uno de ellos era una especie de ángel distinto [superando la bizantina discusión acerca de la sexualidad de los ángeles: no tienen porque ni siquiera pertenecen a la misma especie]. Esta diferenciación esencial angélica también se aplicaba al ángel caído. El doctor Angélico señaló que el diablo debía ser un querubín que tenía envidia del grado de gracia enorme que recibía de Dios el Serafín. No podía envidiar a Dios porque era un ser racional que no podía desear imposibles tales como igualarse a la perfección. Por tanto, su pecado de envidia solamente podía ser dirigido hacia algo realista, como lograr la mayor cantidad de gracia divina que tenía el ángel serafín. Mirad a un niño alado y veréis a Satán. Muchas veces me he imaginado como el afamado querubín.

El discurso del poder feudal se basó en este Dios de amor al que había que temer por encima de todas las cosas. Agustín de Hipona pervirtió el mensaje platónico y afirmó que los “ostentadores de la Verdad” (“revelada”) debían estar por encima de los poderes profanos. La ciudad terrena (mundana) debía someterse a la ciudad de Dios (de la fe). Debía ser más importante el poder eclesiástico para que hubiese un orden justo y no “la mera regulación del latrocinio”. El poder sagrado o eclesiástico, con supuesta superioridad cognoscitiva y moral, debía ponerse encima del profano. De esta manera, podría prevalecer en el futuro la justicia y la moral. Pese a los cambios, básicamente toda la teología católica posterior se mantenía el

objetivo ideológico de atribuir Verdad revelada a la doctrina de la Iglesia y su consecuente incuestionable autoridad en todos los ámbitos (saber, moral y político).

Era necesario este discurso teológico-filosófico para dar autoridad absoluta al poder y se dio. No fue más que un artificio del poder y para cometer los mayores abusos a mayor gloria de la imposición de los poderosos. Los seres materiales tienen causas materiales, no hace falta presuponer una divinidad. Previo lógicamente al Big Bang tenía que existir un vacío cuántico, que necesariamente estaba cargado de energía y cuyas presiones internas condujeron a que desde un pequeño punto se expandiera todo el cosmos.

En cualquier caso, ninguna de todas estas consideraciones conlleva necesariamente a pensar que Dios no exista. La existencia de Dios, en cualquier caso, acaba lógicamente situándose fuera del ámbito de la argumentación racional. La creencia en Dios es ajena a la demostración por argumentos. No se puede demostrar por ser algo incognoscible y más allá del saber humano (por encima del ámbito de lo medible, la comprobación y el contraste). Como mucho, se podría mostrar algo similar a la divinidad en las puras definiciones metafísicas, que pertenecen a la conceptualización más formalista y, por tanto, son intratables racionalmente (ellas muestran más que demuestran, evocan más que refieren). La religiosidad se tiene que colocar dentro de las cuestiones de pura fe. Y yo no podría creer en ella porque no concibo algo mejor que yo.

.

.VI. *Rinascimento*: armonía y esclavitud

La consulta era un cubículo reducido. Estaba compuesto por unos armarios llenos de libros tan grandes como inútiles, un despacho, un diván vanguardista y un sillón ridículamente adaptado a las pequeñas proporciones de los niños. Su decoración era tan pobre en gusto como dotada de formas simplistas y colores suaves. Sin riesgo, gusto o unos mínimos de composición artística.

La rebotada de instituto era una anciana que contaba con la suficiencia de ser reconocida por un Estado al que la ciencia y el saber le importa menos que la investigación y el desarrollo. Ella confiaba en sus años de experiencia como gurú excretora de *mantras.* Se veía contenta por la ausencia de una crítica fundamental a la disciplina académica infundada a la que pertenecía.

La psicología no puede ser una ciencia. No se puede construir conocimiento meramente con la datación de patrones de conducta sociales asignados y el peso de la educación familiar. Cada persona es completamente diferente de las demás y no se pueden formar patrones de conducta generales; salvo aquellos que son dictados por el orden social y la cultura (y que son asumidos por las mentes más borregas y cetrinas).

Como mucho, se podría hacer una suerte de sociología aplicada a las masas de los simples que conforman la mayor parte de la humanidad. Sin embargo, no sería más que un estudio sobre la cultura y la sociedad que en

nada podrían ahondar en la mente. Sobre todo, sería incapaz de descifrar el intelecto de genios como yo, que estaban por encima del rebaño.

La abogada de mi madre aconsejó que una psicóloga determinase mi estado mental. De esta forma, se podría elaborar un informe pericial que permitiese defender mi estado clínico como atenuante; y, así, se podría conseguir reducir de alguna manera el peso de la pena final.

Me enviaron ante la presencia de una psicóloga cognitivista. Era una suerte de versión menos mostrenca de los medievales como Pávlov, que habían mortificado a un can con estímulos negativos y lo habían convertido en una naranja mecánica. Entendían el ser humano como un animal condicionado artificialmente, que solamente podía comportarse de alguna manera en función de los castigos y recompensas que pudiera recibir. Las personas según el conductismo podían ser influidas en función de las expectativas que se le pudiesen crear (animándoles a actuar) o por las amenazas (coaccionándolas a no ejecutar determinadas acciones por miedo a las consecuencias). No suponía un gran cambio el hecho que la nueva versión conductista reemplazara los estímulos por los conceptos, aprendizaje, valores e ideales de cada persona.

Al menos tenía más base que el psicoanálisis. Como señalaba Karl Popper, el psicoanálisis no es una ciencia. Esta disciplina académica carece de criterios y medios para que se contraste de forma experimental. No tiene base empírica que la sustente. No hay manera de comprobar sus asertos por medio de pruebas, aunque fuesen las pruebas blandas de las ciencias sociales (estadísticas, test, encuestas). Además, se presenta como opuesta a todo tipo de escrutinio, carece de rigor sistemático suficiente como para que tenga un medio de dilucidar si sus aseveraciones son verdaderas o falsas. Se resisten a todo debate y, cuando se les hace algún tipo de crítica, lo reducen todo a

señalar que la persona que la hace está simplemente reprimida. Está dentro del trilema de Münchhausen. Es circular, acrítica, totalitaria y llena de falacias *ad hoc*.

Al menos el cognitivismo tiene criterios de comprobación de sus aseveraciones y tiene rigor científico. Claro que habría que preguntarse qué grado de cientificidad pueden tener las ciencias sociales, que son tan subjetivas, necesitan siempre la condición *ceteris paribus* (que todo se mantenga constante en un proceso), depende de la libertad humana y su indeterminación. El cognitivismo presenta los problemas de la psicología: pretende poner unos patrones de conducta generales cuando el ser humano individual es mucho más complejo. No niego que fuera válido para la mayoría de personas que son más simples que el mecanismo de un abrelatas; pero no dejaba de ser un método de manipulación y no una forma de conocimiento.

- Hola, Lucy –me saludó con una suavidad despreciable la vanagloriada titulada-. Vamos a pasar una temporada hablando, así que tenemos que conocernos bien. Yo soy Beatriz Eguía, encantada de conocerte.

- Yo soy Lucy, la asesina –respondí de forma monótona y casi automática.

Ella forzó una forzada sonrisa, agachó la vista como signo claro de su confusión y movió hacia delante las manos a modo de una falsa ofrenda que trataba de mostrar cercanía y acogimiento. La muy ceneque se pensaría que podría despertar en mí algún tipo de emoción. No me molesté en dirigir la mirada hacia su movimiento, permanecí con la vista dirigida hacia sus ojos.

- Bueno –soltó al fin, tras unos segundos de solemne y plúmbeo silecnio-. Soy psicóloga cognitivista. Esta rama de la psicología se basa en reconocer los estímulos e inquietudes internas por medio de la observación de la información externa: por la conducta, los gestos, y, principalmente, la comunicación con las personas. Necesito que me cuentes qué pensamientos tienes, con qué intensidad los sientes y si tienes algunas ideas que te pasan por la cabeza de forma especialmente obsesivas.

- Estoy obsesionada con el homicidio –empecé a disertar de forma clara y fría, sin modificar el ritmo de mi dicción en ningún momento-. La sensación más fuerte e intensa que existe es el dolor; y, dado que el mayor dolor debe ser la aniquilación del sistema orgánico, me produce una delectación inconmensurable sentir la muerte de los demás.

"Porque puedo afirmar que yo siento la vida sensorialmente cuando la arrebato a mis presas. Siempre he procurado matar con una distancia corta. No es mero accidente o un capricho. A corto espacio puedo acercarme hasta la última cavidad del sistema respiratorio y notar, así, la expiración final que realizan. Sentir su vida escapada es la sensación más absoluta que he percibido en mi haber y me transporta hasta un estado inefable de gozo inmenso.

"El ser humano es el único animal que es consciente del daño que hace y, por lo tanto, es el único animal cruel que realmente existe. Dado que esta es la característica que lo diferencia del resto de animales, tiene que ser su naturaleza fundamental. Si el humanismo consiste en el conocimiento acerca del ser del ser humano, entonces puedo decir, sin temor a equivocarme, que soy la mayor humanista que ha existido en la historia."

Durante un período prolongado de tiempo, se hizo el silencio más absoluto. Aquella mentecata no sabía qué responder o siquiera cómo reaccionar. Desconcertada, tiró de manual y la sesión siguió con aburrida normalidad.

* * *

El ser humano se convirtió en el centro del paradigma renacentista. Tras siglos de obsesión acerca de la divinidad, la recuperación y traducción de una serie de textos clásicos hicieron que la atención se llevase a terrenos más cognoscibles y cercanos.

Los textos que narraban los hechos y dichos de las grandes figuras de la civilización grecorromana, devolvió la atención hacia aquellos gigantes sobre los que reposaron los enanos feudales. Se habían hecho grandes cosas en las civilizaciones griega, helenísticas y romanas. Se empezó a valorar el potencial mundano que había hecho grandes cosas, había desarrollado la ciencia matemática y había logrado las más altas cotas de expresión artística.

El filósofo Pico della Mirandola defendió que el ser humano, dentro de sus límites, era un ser racional y que, en contra de las aseveraciones de Agustín de Hipona, podía tomar ciertas decisiones (aunque fuesen más mundanas que sagradas). Él podía, hasta cierto punto, ser dueño de su voluntad y de su propio destino. El humanismo ingenuo renacentista hizo que se considerase al ser humano como limitado, se despertase el escepticismo precisamente por esta conciencia de finitud e hizo que se considerase a la humanidad como sinónimo de bondad. Se puso límites a la humanidad y así quedó: limitada, debilitada en su voluntad y deseo de fuerza.

Maquiavelo pudo redimir toda esta debilidad. Nicolás Maquiavelo, por su parte, logró una descripción mejor del ser humano, al presentarlo como un ser impulsado por una serie de pasiones egoístas (que obligaban al Estado a hacerse valer por la fuerza para imponer el orden). Claro que este humanismo quedó más desarrollado por medio del arte.

La medida de todas las cosas fue el ser humano. Los patrones de medición fueron las partes del ser humano (pulgadas, pasos…); el ser humano era la medida de todas las cosas. Se recuperó el número *phi* como medio para establecer las proporciones de los miembros y partes de las figuras humanas, composición u ordenamiento de los elementos de la pintura y partes de la escultura; pero, a efectos prácticos, el número irracional (no racionado) *phi* quedaba limitado a las proporciones del cuerpo humano, como quedó reflejado en el famoso gravado del hombre de Vitrubio, realizado por Leonardo da Vinci.

Marcus Vitrubius fue un gran arquitecto, aupado por Julio César y que escribió *De architectura.* Este texto era un tratado en el que, de forma explícita, se mostraba que, haciendo uso del número áureo, se podían establecer construcciones estables y formas armoniosas (que eran agradables para la vista). Su traducción a lengua franca en el Renacimiento hizo que se popularizase y se recuperase el canon clásico de orden, medida y proporción. La armonía quedó representada por la base del número irracional *phi* (1,6180339887498948...). Ella permitía establecer figuras geométricas ordenadas y armoniosas. En función de ellas, se podían establecer edificios tan estables y bien asentados como indefectiblemente armoniosos.

Luca Pacioli escribió *De divina proportione*, texto en el que ensalzaba el uso de la proporción áurea y la profunda capacidad que otorgaba la proporción áurea para formar armoniosas composiciones geométricas. Las

ilustraciones que incluyó Leonardo da Vinci, entre ellas el mencionado grabado del hombre de Vitrubio, animaban a la construcción de obras de arte con ordenamiento de los elementos en función de la separación debida y armoniosa de las figuras geométricas áureas. Albert Dürer escribió también *Instrucción sobre la medida con regla y compás de figuras planas y sólidas*, en la que explicaba cómo trazar la espiral áurea, base de las composiciones pictóricas armoniosas renacentistas. Fue la base fundamental para establecer obras de arte cuyas proporciones armoniosas, casi matemáticas, expresaban una gran belleza.

Si nos fijamos en el cuadro de Leonardo da Vinci *La última cena*, se puede comprobar que la separación entre los personajes es proporcional. Se distancian en función de unos rectángulos áureos que coinciden con una mayor separación, pero que son equivalentes a rectángulos mayores a ellos y de la misma base. Si se colocasen ambos rectángulos juntos, se podría comprobar fehacientemente que, a pesar de ser distintos, cuentan con el mismo ángulo de corte: son dos rectángulos proporcionales, y su única diferencia es el tamaño.

Si se coge uno de estos rectángulos y se divide en dos cortando por sus ángulos, llegaremos a los triángulos que se utilizan en el llamado teorema de Pitágoras. Se podría calcular la hipotenusa al cuadrado simplemente haciendo mediciones con ese rectángulo.

El uso de estas proporciones áureas permite colocar a cada elemento de una pintura en el lugar que permita que la composición total redunde en una ordenación de elementos extremadamente armoniosa. Los elementos de la cara colocados en función proporcional hará que los rostros sean bellos. Se estableció de forma consciente y explícita estas propociones cuya base de medida era el mencionado número *phi.* Este número irracional recibe su

nombre del arquitecto Fidias (diseñador del Partenón de Atenas, que configuró la ordenación de las columnas y resto de elementos de la maravilla arquitectónica en función de proporciones matemáticas armoniosas). La primera formulación europea de este número la hizo el matemático Euclides en su libro fundamental *Los Elementos.* En la sexta definición de su Libro Sexto describió dos segmentos de diferentes tamaños pero igual relación de proporción.

El número *phi* era conocido desde que comenzaron todas las investigaciones matemáticas. Servía para dar cuenta del teorema de Pitágoras, permitió la edicicación de los dos Taj Mahal, les sirvió a los egipcios, olmecas, incas, mayas y aztecas para construir pirámides. Fue desarrollado de forma consciente y explícita hasta sus últimos formas de expresión por parte de pintores y escultores renacentistas. Sirvió para formar la espiral arquitectónica áurea del museo Guggenheim de New York, así como otras espirales parecidas como las realizadas por las escuelas Heinz-Galinsky, y artistas como Vadlimir Tattlin o Mario Merz. Sirvió como base para la pintura abstracta, al ser representados rectángulos áureos con los colores primarios en el *Cuadro 1, en negro, rojo, amarillo, azul y azul claro* de Piet Mondrian. Y llevaría a Le Corbussier a reactualizar el hombre de Vitrubio, estableciendo las proporciones del número irracional *phi* y la sucesión de Fibonacci (una sucesion de números que se da por la suma de los anteriores y que conforman proporciones armoniosas: 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34,...), pero esta vez ajustada al sistema métrico decimal en su escultura: *Le modulor.*

La sucesión de formaciones fractales y espirales naturales conformes a la sucesión de Fibonacci y las proporciones áures facilita la ordenación armoniosa y el mejor aprovechamiento del espacio horizontal. Esta ordenación es una forma de empaquetamiento tan estable que permite que sean

sostenibles complejas organizaciones naturales. La espiral que hay en las conchas de los moluscos *nautilus* conforman una sucesión (la de Fibonacci) de distintos triángulos áureos que son cortados por dentro de sus ángulos hasta formar un trazo circular en una espiral más grande, pero que cuenta con las mismas proporciones (solamente que más grandes). Las galaxias conforman enormes espirales de este tipo. Y más cercano a nuestra realidad, las rosas están dotadas de unos pétalos ordenados en función de esta espiral armonizada. Si se mira el museo Guggenheim Bilbao, a primera vista parece horrendo y lo es, pero es en realidad una rosa gigante; la rosa es el símbolo europeo de la belleza.

Más allá de la naturaleza, el arte renacentista buscaba plasmar el canon de belleza clásico siguiendo las indicaciones de Vitrubius, aunque con medidas basadas en el cuerpo humano (el nuevo centro de atención fue el propio ser humano en su finitud y mundaneidad). Asimismo, el arquitecto dio relevancia a la profundidad dado que el arquitecto debía elaborar estructuras geométricas en sus tres dimensiones y, así, ella se convirtió en la nueva temática artística. De esta forma, los artistas renacentistas, influidos por los trabajos teóricos de Dürer y Paoli, procuraron implantar en la pintura la profundidad, haciendo visible la perspectiva y el punto de fuga por medio de la técnica de *sfumato* o difuminado del horizonte y el ambiente. Por medio de ella, se podía dar impresión de distancia, al hacer borroso o menos visible todo lo que fuera alejado o situado al fondo.

* * *

- Yo soy la mayor artista que ha existido nunca –empecé a decir en otra de mis sesiones psicológicas-. Leonardo da Vinci utilizaba cadáveres para saber más de anatomía y yo he creado mis propios cuerpos para colocarlos de tal forma que pudiesen servir más de lo que sirvieron en vida:

ser al menos una obra de arte valiosa como objeto útil para el ingenio de una mente supina.

“No me quedé con el canon de belleza clásico, claro. No, las esculturas que modifiqué antes del *rigoris mortem,* fueron movidas de manera que pudiesen tomar una forma compleja que permitiese explorar las capacidades propias del arte específico al que respondían. Alteré los miembros de forma que formasen entramados similares a la elasticidad que plasmó Chillida en el hierro, dotándolo de una inusitada plasticidad para un material tan compacto como el siderúrgico. O bien conformaba formaciones enmarañadas como la *Jaula de pájaros* de Remigio Mendiburu. Supe romper las articulaciones lo suficientemente bien para que el material cediera a las exigencia de la exploración de nuevas formas. Mi obra es la mayor expresión artística del mundo y solamente debería ser juzgada estéticamente.”

Mi interlocutora asentía con idiocia, resignada a esperar mi explicación, dado que era consciente de mi trastorno obsesivo-compulsivo que yo tenía con la finalización. Había tratado métodos para romper con la extremada necesidad de romper con la maníaca opcecación de continuar con un hilo de conversación, más allá de las reacciones externas de otras personas. Como quería despertar en mí una apertura hacia otros *homo sapiens sapiens*, procuró cortarme y obligarme a ceder el turno de palabra. Cedió ella.

Tenía que esperar a que yo terminase para que pudiese hacer preguntas que le interesasen. Tuvo que hacer cola para que pudiese introducir los temas que más que ver con aquéllo que quería averiguar. Hacía caso omiso a sus patéticos intentos, no solamente para que se diese cuenta que yo sí que tenía algo relevante que decir, sino también para mostrar quién era realmente la que tenía el control en esas sesiones.

Callaba mientras disertaba, pero la muy estúpida no podía siquiera imaginar que estaba articulando palabras mecánicanicamente mientras estudiaba sus gestos para intelegir aquello que estaba procesando su mente limitada. La muy imbécil no se daba cuenta de que me entregaba información en bandeja de plata: sus gafas reflejaban el papel en blanco sobre el que tomaba apuntes. Era tan fácil que parecía obsceno. El número de burros no solamente era infinito, sino que su estulticia también era infinita.

"Narcisismo"..., "estrategias de dominio y humillación"..., "afán de notoriedad"..., "megalomanía"..., "excesiva confianza en sí misma e imprudencia"..., "sadismo criminal"..., "trastorno obsesivo-compulsivo con la finalización"..., "bajo nivel de tolerancia a la frustración y ataques de ira descontrolados"..., "manía compulsiva por el dominio"..., "delirios de grandeza que exigen humillación ajena"..., "excesiva autoestima"..., "insensibilidad y total falta de empatía"..., "estupidez moral o incapacidad de actuar en su entorno con prudencia por la sobrevaloración de su inteligencia por encima de la de los demás"..., "síntomas de psicopatía en proporciones excepcionales"..., "patrones pasivo-agresivos"..., "fuerte tendencia al engaño y a la manipulación"..., "necesidad obsesiba de control y dominio agresivo"..., "victimismo infantil y egocentrismo"..., "tácticas de chantaje"..., "falta de conciencia moral"..., "ausencia completa de culpa y remordimiento"..., "compulsión por la mentira"..., "rechazo frontal a los límites y a las normas sociales y morales"..., "ausencia de entorno conflictivo, posible origen congénito"..., "disfrute perverso con el sufrimiento ajeno"..., "fijación de la agresividad como recurso de placer, adicción a la violencia"... Eran las generalidades con las que la inepta pretendía sondar mi cerebro, como si mi espíritu fuese un hueso que pudiese medirse y tratarse de manera objetiva.

Creía que yo estaba loca, poco sabía que para mí era un halago dicha categoría. Erasmo de Roterdam, en su *Elogio de la locura*, señaló que era mejor el inocente y alegre delirio del poseído por la *manía* o inspiración divina. Ella supera con creces a los constructos abstractos severos de los discursos filosóficos y teológicos (que eran presentados como puramente teóricos, estaban separados de toda realidad tangible y eran, por tanto, aburridos). Los locos, en su sencillez y búsqueda de la alegría más simple, gastaban bromas absurdas. Se dejaban llevar por las inhibiciones de la borrachera, haciendo necedades y siendo la alegría de todas las fiestas con su desbordante delirio, desatamiento de pasiones y uso de la comedia más absurda y vulgar.

Frente a la "prudente" hipocresía de los falsos, que solamente quieren agradar, el loco era como los niños y los borrachos: se les escapaba la verdad. Don Quijote hizo con toda impunidad su discurso sobre las armas y las letras. Y dio otros comentarios que señalaban que la fe sin obras no es más que externa apariencia (en clara referencia a la teología erasmista). Podía hacerlo con toda la impunidad del mundo porque a un loco se le perdonaba todo. Ellos podían señalar aquello que los cuerdos cobardes falsos callaban. Soy tan loca como Calígula y me enorgullezco de ello.

Alguien de mi excelso y único delirio no podía ser abarcado con las pobres herramientas de una sociología desubicada. Yo era inabarcable, inefable, un ser que está por encima del bien y del mal, más allá de todos los paradigmas.

* * *

Los paradigmas referentes al mundo se vieron modificados por la necesidad, el lucro y las presiones externas. En 1453 es invadida

Constantinopla por parte de los turcos, dando lugar al fin de la Edad Feudal.

El Medievo abarcó desde la caída del Imperio Romano de occidente a la caída del Imperio Romano de oriente, Bizancio. Una vez invadida la capital bizantina, muchos artistas del antiguo imperio huyeron a la península itálica con su arte y textos clásicos (impulsando lo que se llamaría Renacimiento); y, mucho más importante, los turcos se hicieron con el monopolio de la ruta de las especias y de la seda.

Debido a esta situación, los castellanos y los portugueses estuvieron dispuestos a ir más allá de la visión del mundo que tenían y buscaron nuevas rutas alternativas, dando lugar a la apertura de Europa a las riquezas y nuevos esclavos que trajeron consigo el "nuevo mundo".

Cristobal Colón, un genovés que huyó de su tierra por deudas, disponía del mapa del alemán Enrique Martelo y lo supo utilizar aprovechando la ignorancia de la fuerte reina de Castilla. Su famosa historia sobre su huevo no solamente mostraba que era posible hacer algo que era imposible (como colocar un huevo de pies, por medio de la fuerza violenta como todo en este mundo); sino que fue un objeto que le serviría para explicar que si Castilla estaba en el oeste, viajando al este en barco se acabaría llegando a la India presuponiendo la redondez de la Tierra. Por algún motivo, supo convencer a la astuta reina, que vendió sus joyas y lo arriesgó todo por una teoría que todavía no era digna de ese nombre.

De forma similar, Gil Eanes hizo que se superaran los mismos prejuicios respecto a ir más allá del cabo Bojador, que era tomado por el literal fin del mundo. Sirviendo a intereses de los poderes portugueses, circunnavegó el cabo abriendo su reino a nuevas tierras, pastos del colonialismo.

La colonización de nuevas tierras formó nuevos imperios comerciales y políticos. Se requirió nuevas figuras de poder. La monarquía autoritaria dejó paso a la monarquía absoluta, cuyo máximo representante fue Luis XIV o rey-sol (el mismo que dijo: “el Estado soy yo”).

Exploradores como Hernán Cortes y Francisco Pizarro acabaron convirtiéndose en conquistadores implacables que entraron a sangre y fuego sobre imperios que carecían de pólvora o de armas metálicas bien desarrolladas.

Se sometió a los pueblos americanos a la total entrega en nombre de la evangelización y la civilización. Los indígenas acabaron trabajando en las minas como esclavos en unas condiciones inhumanas. Tan grande era el abuso y deshumanización, que miembros de los nuevos imperios alzaron sus voces denunciando la nueva opresión.

Frailes como Bartolomé de las Casas y Montesinos describieron los ultrajes a los que se veían sometidos los americanos y exigieron que ellos fueran tratados como los seres humanos que eran (y ya de paso, que pudieran pagar diezmos a la Iglesia que representaban). Con todo tipo de presiones, se tuvo que doblegar la indomable Isabel de Castilla, que había invadido el reino de Granada, destronado a su sobrina, y casado de forma interesada con Fernando de Aragón.

No era cierto que en las Españas tanto montase Isabel y Fernando, tanto monta, monta tanto: realmente la voz cantante la llevaba la ambiciosa reina. Ella es la que debió tomar como ejemplar Maquiavelo en su *Príncipe*: realizó la conquista de Granada, tomó el poder por medios astutos (quitándole la corona a su sobrina, llamándola bastarda de Beltrán), y consiguió realizar

en secreto un matrimonio. Fernando de Aragón no fue responsable de estos grandes actos. Como mucho se le puede atribuir que su Gran Capitán terminase de invadir Nápoles (supongo que este hecho, la conquista sobre la Península Itálica, fue la que llevó a Maquiavelo a ensalzar a Fernando).

Pero incluso una reina tan grande tuvo que firmar el derecho de gentes: poner de forma puramente formal y en el papel que los indígenas eran seres humanos [el nuevo humanismo se nutrió también de esta apertura meramente formal a otros pueblos desconocidos, no cristianos pero igualmente humanos de todas formas – humanidad incuestionable por la construcción de complejas edificaciones arquitectónicas, conocimientos matemáticos, rica cosmovisión y, por encima de todo, creación de imperios dignos de ese nombre-].

Hasta la matrona más poderosa de su época tuvo que ceder en un papel mojado. Sin embargo, la hipocresía es la guinda del pastel que endulza con refinamiento el dulce de la masacre y la dominación.

Lo políticamente correcto es la mejor herramienta que detenta el poder para realizar su dominación. Modificar las formas es la manera más eficiente de hacer parecer que se está cambiando algo; cuando en el contenido, que es lo más importante, no se está modificando nada en realidad. Es "cambiarlo todo para que no cambie nada".

La violencia es la madre de todas las cosas, por ella todo se excusa. Yo he ido más allá de la humanidad y he dejado de lado las excusas para realizarla por sí misma y tratarla como el fin en sí misma que es.

* * *

Llevaba semanas sin hacer daño a nadie y literalmente me estaban saliendo sarpullidos. Me picaba todo el cuerpo, me rascaba sin parar y, aun con todo, la quemazón no cesaba. Sentía un gran nerviosismo y no podía evitar frotarme los brazos ni tener espasmos constantes. Sentía una inmensa tensión y me consumía la ansiedad.

Dieron un paso más allá en mi ocultación, no sé si movidos por el pavor o por la vergüenza. Prácticamente mi familia me incomunicó de mis lacayos, así que no tuve ni siquiera la opción de mortificar a Tommy o a Argiñe. Me asfixiaba en mi casa y un día transpiré. Empecé a inspirar con todas mis fuerzas de la forma más rápida y compulsiva posible.

Me angustiaba hasta límites indescriptibles porque, por muy rápido que realizaba la inspiración, notaba que me faltaba el aire y me alteraba hasta extremos que no podía controlar. Temía por mi vida y me desesperaba por luchar contra la muerte, en medio de violentas convulsiones. Todo fue una cruenta agonía hasta que perdí el sentido.

Mi hermano corrió al interior de mi cuarto y me hizo la técnica cardio-respiratoria cuando finalmente perdí momentáneamente el conocimiento. Volví a mi ser con una profunda exhalación. Fue como volver a nacer: un acto de desesperación, anhelo por subsistir y dolor, puro dolor. Tosí de forma áspera y di media vuelta como pude, ya que mis dos brazos estaban dormidos.

La cabeza atronaba y me dolía como una maldición. Estaba notando la falta de aire. En ese momento no lo sabía, pero mi cerebro estaba absorbiendo el propio agua que lo contenía, en una búsqueda desesperada de oxígeno.

Tardé mucho tiempo en incorporarme y miré a mi hermano con fijeza, sin saber muy bien por qué. No había ni gratitud ni ira en mi mirada. Él me devolvió la mirada con unos ojos brillantes, que estaban a punto de anegarse en lágrimas. Todo el odio que se había acumulado por la matanza de mi padre se disipó en un fogonazo de la llamada de la sangre. Había dejado de ser la monstruosa parricida que le había arrebatado contra natura a su progenitor y volví a ser la adorada hermana pequeña a la que le había cambiado los pañales.

Me daban igual sus consideraciones y no pensé para nada en su ayuda. Me centré en la plena consciencia de que prácticamente yo necesito matar tanto como el aire que respiro.

.

.VII. Modernidad líquida roja: intolerancia y opresión colonial

Me marchité como una flor que ya hubiera polinizado. Me quedé en un estado catatónico durante varias semanas, en las que mi apatía hacia todo alcanzó cotas descomunales. Pasaba largas horas en la cama quieta y sin ganas de nada. Me estaba ajando a ojos vista. Apenas me movía de mi cuarto hasta la cocina, mientras me pesaban las piernas y me dolía cada paso de mis entumecidos miembros inferiores.

Comía lentamente y sin ganas. Consumí menos alimentos y adelgacé hasta llegar a los huesos. Estaba como los indígenas esclavizados en todos los continentes "descubiertos", consumido por la carencia de alimentos y embotada la mente por anulación de la voluntad.

Mi madre me decía con viveza que me alimentase. Un día, como veía que tenía la mirada perdida en el vacío, me zarandeó hasta comprender que su hija menor ya no estaba. Llamó a una ambulancia a toda prisa. Sus palabras se atropellaban cuando el servicio de emergencias contestó al teléfono y tuvo que repetir un montón de veces toda la información requerida, hasta que la operadora pudo llegar a recibir algo inteligible.

Llegaron a los tres minutos los auxiliares de emergencia, que irrumpieron en la casa sin que yo pudiese preverlo por los sentidos. Creo que pestañeé antes de que procedieran a enfocar el haz fuerte de fotones en dirección a los glóbulos oculares. No pestañeé cuando lo hicieron. Procedieron a examinar mi respiración y pulso. Movieron mis entumecidos

miembros mientras se asustaban de no recibir respuesta externa a los estímulos. Cuando comprobaron que no había ninguna anomalía física, recomendaron que me llevaran ante un psiquiatra.

Mi madre me agarró y me cargó a su espalda como un fardo. Se dirigió al garaje donde tenía su coche. Me colocó con delicadeza en el asiento contiguo del piloto y me abrochó el cinturón entre aspavientos nerviosos y convulsos. Se pasó la mano por la nariz en un espasmo, respiró profundamente y procedió a encender el auto. Condujo con rapidez mientras con una mano extendía un pañuelo, como si fuese la bandera más autoritaria del mundo.

Casi se choca contra varios coches en distintas ocasiones, pero finalmente llegó a la consulta de la psicóloga. La muy estúpida no tuvo mejor idea que llevarme ante aquella incompetente. Permanecí sin reaccionar durante la hora en la que infructuosamente la inútil trató de sonsacarme algún tipo de reacción. Dio por terminada la sesión tras muchos intentos; mas supo, al final, decirle algo a mi madre que la tranquilizase.

Fui reconducida a mi hogar con más respeto por las normas de circulación. Al llegar a casa, me metió a la cama y me arropó con suavidad en un patético intento de despertar por primera vez en mi vida algún tipo de ternura.

Carecía totalmente de ninguna forma de estimulación y cesé de molestarme en moverme. Sin embargo, el atrofamiento de mis articulaciones y miembros me dio nivel tan alto de dolor, que me obligó a retomar el movimiento corporal. Sin ningún sustitutivo mejor, empecé a cortarme los brazos como un embutido con una pequeña cuchilla que había extraído otrora

a una de las desechables herramientas de afeitar de mi hermano. En el fondo, yo tenía un lado simpático.

La apertura de la piel me dio una sensación de alivio. Se despertaron en mi cerebro endorfinas que devolvieron la conciencia y suplieron mi necesidad de matar.

A falta de nada más, volví a leer. Para no suscitar suspicacias, me puse a leer simplemente libros de literatura clásica y los textos en los que se afianzó la modernidad.

* * *

En la antigüedad y la Edad Feudal el conocimiento era considerado como algo objetivo. Era entendido como el discurso que describe la realidad. En la modernidad, el paradigma cambio totalmente: el saber pasó a ser entendido como subjetivo, el entendimiento consistía en las representaciones del sujeto pensante.

En el Renacimiento, se desarrollaron las matemáticas de una manera imparable. Las teorías astronómicas, teoremas y ecuaciones se sucedieron sin cesar y el progreso era visto como algo negativo, porque él mostraba que las teorías hasta entonces sostenibles presentaban problemas y exigían la reformulación de ellas, mientras los matemáticos se quedaban frustrados en medio de incertidumbres. En aquella época, pudo quedar entre otras la hipótesis matemática de Nicolás Copernico. Fue considerada inofensiva por parte de una Iglesia católica, que no tenía entonces ningún rival de poder sobre el monopolio de la Verdad oficial.

Cuando llegó la Reforma, no quedó lugar para las medias tintas: o se estaba a favor de la Verdad segura de la Iglesia cristiana a la que se pertenecía, o se incurría en una duda que daba alas al otro poder. Cualquier modo de escepticismo podía ser acusado de propiciar el protestantismo. El erasmismo fue perseguido, acusado de potenciar el protestantismo.

Galileo Galilei, por su parte, fue juzgado con todo el peso de la Inquisición por defender lo que Copérnico pudo afirmar con anterioridad sin grandes problemas. A pesar de que Galileo poseía pruebas y un sistema teórico que fundó la ciencia moderna, tuvo que retractarse bajo amenaza de muerte. El tribunal señaló que sus escritos eran más peligrosos que los de los protestantes (supongo que porque generaban más incrédulos al dogmatismo y fundamentalismo que los escritos cristianos de otras iglesias).

Cuentan que estudió la gravedad arrojando piedras desde la torre de Pisa, mientras contaba el tiempo tomándose el pulso. En realidad, construyó complejos sistemas de mecánicos que le permitieron hacer experimentos con planos inclinados que le mostraron los efectos de la gravedad en el vacío. Descubrió que en el vacío los objetos de distinto peso descendían a la vez. A partir de sus cálculos matemáticos y teóricos dio con la primera ley de gravitación.

Modificó el sistema del catalejo para construir el primer telescopio, que le permitió la primera visión de las manchas solares y otros efectos que hacían que la cosmología aristotélica-ptolemaica quedara en contradicción. Así, demostró que ella tenía que ser sustituida por la hipótesis matemática de Copérnico, comprobada experimentalmente con el telescopio. Se cuenta que uno de los clérigos que juzgaron a Galileo utilizó su aparato y declaró que

era un objeto de brujería y de ilusionismo, como si de un caleidoscopio infernal se tratase.

Galileo estableció unas leyes matemáticas y comprobó experimentalmente sus conclusiones: fundó la ciencia moderna. De forma pitagórica señaló que el libro de la realidad está escrita en términos matemáticos. Ciertamente, la ciencia actual se mide y establece sus leyes en forma de ecuaciones matemáticas, dado que es una forma de medición muy precisa, aunque no sea totalmente coincidente con la realidad. *Exempli gratia*: como ya he señalado, las columnas del Partenón no son rectas: la línea recta no existe en el mundo y solamente fueron preparadas para que a la vista parecieran rectas.

No eran tiempos para cuestionar nada, sino para la afirmación de certezas. No había lugar ni para escepticismos, ni para críticas. Toda duda parece quitar seguridad a la verdad revelada de la iglesia dominante que la defiende y es tomada como un ataque a su verdad absolutista y al poder de sus defensores. Así que juzgaron a Galileo y le obligaron a retractarse, para gran atraso del desarrollo científico. Se cuenta que Galileo debió tener la última palabra y dijo: *eppur si muove*, “y, sin embargo, se mueve”.

El mundo protestante también persiguió al astrónomo Johannes Kepler (que, entre otras aportaciones, señaló que las órbitas de los planetas que giraban en torno a sol debían ser elípticas); y la nueva Iglesia calvinista condenó a la hoguera a Miguel Servet por demostrar y mostrar el verdadero sistema sanguíneo (del que tanto me he servido para mis atrocidades).

* * *

Poder y verdad se unieron de nuevo como únicos y se trató de atraer a su "verdad" (al poder) por medio del arte. La Iglesia fomentó una nueva forma de arquitectura, pintura y escultura que mostrase la grandiosidad y que fuese majestuosa. Él era la clara expresión del gran poder que quería transmitir la Iglesia, y con la que quería ideológicamente atraer y conservar a sus feligreses. Se fomentó un tipo de arte repleto de detalles y recargado, en cuyas pinturas se transmitían unos claroscuros tan fuertes que eran el gran reflejo del poder eclesiástico. Nacía el barroco (o arte recargado).

Por otro lado, los monarcas absolutos, como Luis XIV o Rey Sol, fomentaron también un tipo de arte que mostrase la grandiosidad del nuevo poder. Se proclamó por medio de unas obras tan grandes como llamativas. Ellas transmitieron una majestuosidad tan inmensa como los nuevos reyes imperialistas (como el Palacio de Versalles que mandó construir el Rey que se había llegado a proclamar su identificación total con su propio Estado sentenciando: "el Estado soy yo").

La Verdad tenía que ser única y del poder. El conocimiento debía ser presentado como seguro y firme, nunca objeto de escepticismo rebelde ni replanteamientos. La nueva Europa buscaba la certeza con obsesión y Descartes la encontró en el sujeto pensante. Su duda metódica era una mera artimaña para descartar aquellos principios que no fueran estables o certeros del todo. De esta forma, eliminadas las ideas cuestionables, se acababa llegando a un punto de partida indefectiblemente seguro.

Gran matemático (que desarrolló sus famosas coordenadas), conocía el moderno álgebra, proceso que procura el despeje de incógnitas. Influido por esta metodología y por la navaja de Ockham (que quitaba todo lo que fuese innecesario y dudoso), estableció como método de conocimiento el partir de principios evidentes (tras descartar todo lo que tuviera contradicciones) y el

iniciar el proceso de conocimiento estableciendo dichas primeras ideas, para después componer las más complejas, derivadas de ellas. Su método epistémico fue el modelo que adoptó la nueva lógica moderna de Port-Royal.

Dudó de los datos de los sentidos, que en la época habían sido mostrados como falsos (como la aparente rotación del sol en torno a la Tierra por los datos de la vista). Señalaba que la sensibilidad podía configurar datos que muchas veces podían ser confusos (como cuando se mete un lápiz en un vaso y parece que se dobla, y en realidad es un efecto de la refracción de la luz). Llegó a decir que los datos de los sentidos en nada diferían de las ilusiones que se tienen en los sueños. Señaló que bien podría ser que todo lo percibimos fuese un sueño (como si considerase que Calderón de la Barca tuviera razón cuando recitó: "¿Qué es la vida? Una ilusión,/ una sombra, una ficción,/ y el mayor bien es pequeño:/ que toda la vida es sueño,/ y los sueños, sueños son").

La parábola de estar en un mundo imaginario era un tema recurrente desde la filosofía más clásica y ha continuado en la actualidad. Platón presentó el mito de la caverna, alegoría que representaba que el tener como válido los datos de los sentidos es vivir en la oscuridad o ignorancia. Los prisioneros de una cueva, que estaban en la parte más profunda de ella, se encontraban encadenados a postes. Frente a ellos, había una pared sobre la que se proyectaban sombras que imitaban a los seres del mundo. Unos personajes en una situación de mayor poder (tal vez, representado a los sofistas) les tenían sometidos en su estado de postración, gracias a la ilusión que resultaba del uso del fuego (que representaba la opinión basada en los sentidos). Uno de los prisioneros dejó la caverna y vio la auténtica realidad. Allí vio cómo eran los seres del mundo, y no vio sus meras sombras o copias artísticas. Primero fue cegado por la luz cegadora del Sol (figura que era la metáfora de la racional y regidora Idea de la Justicia). Después pudo ser

capaz de captar algo mediante la más tenue luz del reflejo de la Luna y, finalmente, logró poder ver todo desde la luz del Sol o la Justicia. Cuando intentó liberar a sus compañeros, tomaron sus aseveraciones como engaños y quisieron darle muerte. La ignorancia de los simples siempre ha conducido a la conjura de los necios.

Putnam, un filósofo recién fallecido, recuperó la vieja noción de que pudiéramos vivir en una realidad ficticia. Planteó la posibilidad de que, en realidad, fuésemos unos cerebros conectados a un ordenador que nos diese todas las sensaciones y nos sumiesen en una realidad virtual. El filósofo de la ciencia quería transmitir que, *de facto*, para las personas daba igual la realidad externa, aunque fuese virtual; porque no hay forma de salir de nuestras propias teorías. De lo que se trata, entendía, no es tanto buscar corroboración externa (inexistente porque todo fenómeno de la experiencia está ya previsto en la teoría); sino buscar construir una teoría consistente, digna de ser proclamada como verdad. Su teoría de la realidad era un realismo internalista, una suerte de teoría coherentista de la verdad que no se atrevía a reconocerse como tal. Para efectos prácticos, bien pudiera ser que estuviésemos en una realidad virtual.

El cine coetáneo recogió paralelamente este tipo de visión. La película *Ghost in the shell*, basada en el complejo y rico cómic japonés homónimo, planteaba una sociedad futurista en la que todas las personas del mundo desarrollado estaban conectadas a Internet y eran medio *cyborg* (personas con una mayoría del cuerpo biológico, pero poseedores de implantes cibernéticos). Las personas, así, estaban buena parte de su vida y de su existencia dentro de la realidad virtual y ella formaba parte de sus vidas. Con lo que, consecuentemente, la amenaza de los *hackers* podía tener efectos terroristas y era necesario un cuerpo policial con los medios para hacerle frente (la sección 9, cuyo mando ejecutivo lo ostentaba la mayor Motoko Kusanagi). En

Occidente se filmó la película *Dark city*, en la que una ciudad estaba sometida por una especie que tenía un mente colectiva y hacía experimentos con seres humanos. Sus miembros le borraban la memoria a los seres humanos y les introducía, por vía química, recuerdos falsos. De esta forma, los miembros de la gran mente colectiva pretendía conocer en qué consiste la mente individual. Su plagio casi escena por escena, fue la más conocida película: *Matrix*, que planteaba que toda la realidad era virtual. Todo lo que percibían los personajes era un engaño, que facilitaba que las personas no pudiesen salir de los motores cibernéticos en los que se encontraban realmente. Dichos aparatos permitían extraer energía de los seres orgánicos, reduciendo a las personas al rango de meras pilas.

Considero que no estamos en un sueño porque la realidad tendría que ser una ilusión maravillosa que nos tuviera abotargados y no nos impulsara a despertar. Como vivimos en un infierno, el mundo en el que vivimos solamente puede ser verdad. Se siente muy real cuando padecemos dolor y todo parece potentemente real cuando se disfruta infligiendo sufrimiento.

En cualquier caso, la versión de Descartes era un sueño orquestado por un ser diabólico. Podía muy bien no existir Dios y que el "mundo" no fuese más que el engaño de un genio maligno. Pero para que el sujeto pensante pueda estar equivocado, tiene que existir un pensador equivocado. *Cogito ergo sum;* "pienso, luego existo". Esta conclusión es una derivación de una reflexión de Agustín de Hipona, en la que él declaró mucho antes que Descartes que si se duda, tiene que haber alguien que dude: *dubito ergo cogito, cogito ergo sum;* "dudo luego pienso, pienso luego existo".

Una vez llegada a una certeza, el propio pensar, observó en qué consistía este pensamiento. En él, encontró ideas que ordenaban y vertebraban la realidad y que tenían que preceder a la experiencia. Las

representaciones del sujeto pensante tenían que ser ideas innatas porque es la única posibilidad para hacer concebibles los posteriores datos de los sentidos. Se requieren esquemas mentales previos de la mente para ordenar la información, que luego se tratará de forma articulada.

Dentro de las ideas del pensar, encontró la idea de infinito. Como ya señalé con anterioridad, dicha noción no podía venir de un ser finito y tenía que proceder de un ser perfecto o Dios. Si Dios existe, no nos engaña y los conocimientos matemáticos y la experiencia no son engaños. Las representaciones del sujeto son el conocimiento y es seguro (como lo exigía esa época).

El filósofo británico Locke criticó estas ideas innatas señalando que son indemostrables. Concluyó que el saber tenía que proceder de otra fuente. Si no era puramente racionalista o conceptualista pura, ella tendría que ser surgid de la experiencia.

Previa a su teoría del conocimiento, ya había el precedente del modo de concebir el saber por medio de observación, propuesto por Fancis Bacon; y también por parte del método basado en la constante revisión empirista defendido por William of Ockham.

Locke precisó más y señaló que se construían los conceptos más elaborados por medio de la memoria y la abstracción de los datos sensibles. Gracias a ambas facultades, se llegaba a las ideas primarias, de las que se basaban las secundarias como composiciones de las primeras.

Leibniz señaló que la visión de Locke era incorrecta afirmando que, para que se puedan ordenar de una forma inteligible los datos de los sentidos, debían existir ideas innatas previas que permitiese su ordenación de forma

inteligible. Así como una roca solamente puede recoger agua del mar si dispone de una forma determinada para atrapar algo, de la misma forma debían haber unas ideas previas reguladoras que permitieran captar algo comprensible y tratable procedente de los datos sensoriales.

En cualquier caso, todas estas ideas eran representaciones del sujeto. El nuevo paradigma asignaba un papel fundamental al sujeto. Él se ocupaba no de saber cómo era la realidad, sino saber cómo nos parecen que son las cosas. La última forma de esta visión subjetiva del conocimiento fue el sujeto transcendental planteado por Kant en plena Ilustración: un sujeto que construía la base del conocimiento por medio de sus juicios propios acerca de los fenómenos sensoriales.

Michel Foucault, en *Las palabras y las cosas*, mostró que este nueva forma de estructurar el conocimiento y el pensamiento. Lo hizo comentando su reflejo en la obra de Diego Velázquez: *Las Meninas.* A diferencia de la tradición anterior, el tema central del cuadro no podía delimitarse de forma objetiva. El foco de atención de la obra no estaba claro; no estaba en el centro o delimitado por la composición de los elementos (como las miradas de las figuras, sus gestos o sus movimientos). El sujeto, el observador, tenía que interpretar la pintura y decidir. ¿Qué es lo más importante en esta obra? ¿La princesa Margarita situada en el centro, las meninas que dan nombre al cuadro o los reyes que se ven al fondo reflejados de forma difuminada en un espejo? Solamente el espectador subjetivo podía delimitar la clave del cuadro.

En la lectura del Quijote, por ejemplo, el lector se encuentra con las versiones de la realidad subjetivas de Sancho y del ingenioso hidalgo. Fantasía o realidad, interpretación y representación, son los juegos con los que esta obra nos pregunta constantemente.

La subjetividad puede ser todo. Y como no hay más intensa sensación que el dolor y el placer que puede redundar consecuentemente el dolor ajeno, la violencia es el Absoluto.

* * *

Necesitaba ese Absoluto. Me moría porque no mataba. Ningún animal prefiere la vida de los demás frente a la propia. Lo más natural es querer subsistir por encima de los demás. La competitividad nos exige derribar a los demás para poder tener éxito.

Hice mis maquinaciones, pero no estaba en mis mejores condiciones por culpa de la confabulación de la chusma, que me asfixiaba. Estaba sujeta a la represión de la vigilancia de mi familia. Ella coaccionaba y limitaba mis posibilidades de realizar lo que se había convertido en una pulsión fundamental. Me estaban matando y, como cualquier otro ser, antepuse mi vida a la suya.

Me hice pasar por débil frente a mi hermano, que estaba solo conmigo. Le supliqué que me preparara una infusión y la neotenia hizo el resto: se enterneció, como si él estuviese delante de una niña normal. Me puse a toser y le dije que, cuando estuviese preparado, por favor, que me lo trajese a la cama, a donde supuestamente me dirigía.

Aprovechando el ruido de la tetera, abrí la puerta de la casa y salí dispuesta a matar a la primera persona que me cruzara. Vi a un niño que esperaba expectante a su madre y me lancé corriendo a por él, dispuesta a romperle el tabique nasal.

De repente, sentí que el suelo se separaba del suelo y que era arrastrada por una fuerza extraña, cuya procedencia no pude notar. Me sujetó mi hermano y solamente podía revolverme entre gritos, como una animal. Supo meterme a la casa y me encerré en mi cuarto.

Dispuesta a vengar la afrenta como fuera, até la tira de un albornoz e hice un nudo. Sentí una gran sensación de placer cuando me ahorqué y desfallecí antes de que el peso hiciese que se rompiese la lámpara, provocando la liberación de mi asfixia.

* * *

Sin respiración debió quedarse la vieja Europa, frenética por una guerra que duró treinta años. La excusa oficial era el enfrentamiento por la verdadera fe, la lucha entre protestantes y católicos por hacer valer su verdad. Lo cierto era que la reforma protestante fue la excusa perfecta para desautorizar a monarcas absolutos imperialistas como el emperador Carlos V de Alemania; de forma que se lograse la independencia de sus territorios y formar Estados nuevos. Dicha búsqueda de libertad de fe, era realmente una búsqueda de poder político, se buscaba la independencia frente al imperialismo. Y se realizó para mayor opresión por parte de de sus nuevos amos. Ellos fomentaban la traducción de la Biblia a lengua franca y defendían la libre y racional interpretación de ella, mientras, paralelamente, juzgaban al más libre y racional Johannes Kepler, y condenaban al fuego al científico Miguel Servet. Como todo, fue una cuestión de poder, de luchas de poder y nada más.

Descartes fue soldado en aquella larga guerra. Participó de los sangrientos combates y soportó todas las exigencias de las condiciones de guerra; salvo el frío, del que toda su vida se refugió, colocándose siempre al

lado de una estufa (frío que acabó con su vida cuando fue contratado como instructor por parte de la reina Cristina de Suecia).

En uno de los territorios que fueron conquistados por los destacamentos de los que formaba parte, escuchó cómo unos nativos decían en su idioma que iban a asaltarle para quitarle su dinero. Como movido por una fuerza desconocida, desenvainó la espada y les amenazó con fiereza. De tal forma lo hizo, que logró persuadirles de que no valía la pena tanto hierro por tan poco oro. El filósofo se sorprendió de su propio valor; y no se le ocurrió que no había escuchado su propia reflexión moral que le decía que debía amoldarse a las normas de las tierras en las que hacía escala, a modo de mochila provisional.

La llamada de la fuerza es la más potente de los impulsos y sobrepone a todas las razones. Está por encima del bien y del mal. El poder impuesto siempre ha sido ensalzado, al ser tratado como símbolo de la primacía de los vencedores. Mi conducta no se aleja de lo que ha sido el principio vertebrador europeo. Todas las cosas grandes de este mundo se han hecho por medio de hacer uso de la fuerza y la imposición, sin ella no se puede lograr poder y tener poder para hacer grandes acciones. Nadie debería juzgarme si no es capaz de aceptar el hecho de que yo me haya ganado el derecho a actuar libremente, por medio de la conquista por la fuerza.

La Guerra de los Treinta Años fue la máxima aplicación de este principio regidor. Las fuerzas chocaron y se hizo balance del poder que permitiese los acuerdo para implantar el reparto del saqueo, que es de lo que se trata en todas las guerras. Terminó esta gran guerra europea con la firma de la Paz de Westfalia, cuyo reparto de tierras condujeron a una interminable lucha posterior por las tierras de los Balcanes [lucha que tomó su máxima expresión en la Primera Guerra Mundial, y que no terminaría

hasta la *pax romana* del imperio estadounidense tras la guerra de Sarajevo y después con la guerra de Kosovo].

La declaración de la Paz de Westfalia fue el establecimiento de un orden europeo de coexistencia pacífica entre confesiones cristianas, del que nacería el concepto de tolerancia. Los príncipes firmantes se comprometían a no hacer guerras por motivos religiosos; a no intervenir sobre la profesión de fe de sus súbditos; y a estar dispuestos a hacer el esfuerzo supremo de soportar la conciencia de sus siervos, aunque sea diferente a la suya y sea objeto de aborrecimiento. La tolerancia es esto: el esfuerzo por soportar a unas personas, forzarse a ir más allá de la "natural" repugnancia hacia lo diferente.

* * *

Locke establecería la tolerancia como principio sobre el cual tenía que basarse todo el orden social. De esta forma, se lograría alcanzar a unos mínimos de entendimiento entre personas de diferentes posicionamientos religiosos y morales de los habitantes de la sociedad.

Leibniz, el último académico que trató todos los saberes de su época, era un racionalista extremadamente optimista, que consideraba que la misma armonía preestablecida que había en el universo podía existir entre personas. Fue un diplomático que creía que, por medio de la razón, se podía hacer que otros países aceptaran las justas imposiciones de su país y procuró que hubiera un entendimiento ecuménico entre protestantes y católicos. No podía ser que la razón que lo ordenaba todo, no permitiese un entendimiento entre cristianos.

Según él, todo lo que existe esta ordenado por la gran sabiduría de Dios, cuya bondad solamente podría haber creado el mejor de los mundos posibles. Estábamos en un mundo en el que, si parecía que ocurrían maldades e injusticias impunes, era por pura ignorancia del gran plan global, que a gran escala procuraba en realidad un bienestar general al final.

Su pensamiento era un optimismo ingenuo que intentaba superar la teodicea clásica que señalaba que Dios, como creador de todo, debió de crear también el mal. Esta suposición se atribuyó erróneamente a Epicuro. Se ponía en sus labios que, si existe el mal, era porque Dios lo había creado y, por tanto, no era completamente bondadoso y no era Dios, sino genio maligno; o bien porque lo permitía, y, por tanto, era impotente y no era Dios. En realidad, Epicuro defendió que los dioses respetan nuestro libre arbitrio: argumentó que los dioses eran perfectos y, consecuentemente, no tenían por qué intervenir sobre los asuntos humanos, respetando nuestra capacidad de decidir y actuar.

Según Leibniz, todo era una gran realidad racional ordenada en una armonía preestablecida, como si de un destino estoico lleno de causas se tratase. Defendió que la realidad en su conjunto debía conformar un gran entramado causal, que debía aceptarse siempre. La apariencia de la maldad debía ser negada. Se debería considerar que lo que parece malo es algo racional, pero que su verdadera bondad era todavía desconocida por los mortales.

Era como si el *hevel,* humo, del que hablase el *Eclesiastés,* fuera meramente una cuestión de ignorancia. Todo era humo que con el tiempo acaba desapareciendo y lo único estable era la Providencia divina, a la que debía atenerse el ser humano para buscar paz.

En la visión de Leibniz, este humo no era simplemente la realidad que todo cambia y es inestable (salvo la divinidad); sino que, lo que parece destructivo, era mera apariencia y desconocimiento del gran plan divino. La Providencia era demasiado compleja como para que pudiese ser atisbada por las limitaciones de los pobres mortales.

Voltaire supo parodiar espléndidamente la ingenuidad de Leibniz en su nóvela *Cándido*, en la que un joven bastardo de un Papa ficticio fue educado por una versión caricaturizada de Leibniz, llamado el maestro Pangloss. La novela trataba de mostrar básicamente la afirmación de Voltaire de que el mundo era el peor de los mundos posibles (ya que un modo todavía peor simplemente sería la inexistencia). Mostraba constantemente cómo la corrupción y opresión de los gobernantes, tan crápula como inepta, gozaba de una impunidad tan grande como su dominio.

Frente a los incorregibles avatares terribles que sufrieron Cándido y sus allegados, su cabezota maestro leibniziano ponía las excusas cada vez menos creíbles y más risibles. El mundo se mostraba una impenitente constante refutación a todo optimismo: era una poza en la que la ignorancia, la estupidez y el arribismo se ponían por encima de la racionalidad, la virtud y la honestidad. Todo era corrupción salvo en clamorosas excepciones como la organización de el Dorado (ciudad aislada y cubierta de oro, en la que no había propiedad privada y sus consecuentes desigualdades sociales e injusticias). La utopía de la sociedad ideal de la ficticia ciudad del Dorado mostraba que, en realidad, era posible vivir en una sociedad justa. Esta excepción hacía que la corrupción generalizada fuera todavía más execrable.

Finalizó la novela con el lema: *il faut cultiver notre jardin,* "se tiene que cultivar el jardín". Como parábola de la impotencia infinita, los personajes se rindieron a la fatalidad y renunciaron a cambiar el mundo, limitando su

curso de acción a vivir de lo que buenamente podían conseguir por su propio trabajo y en su propio redil. Toda una moraleja fatalista.

Sin embargo, la visión armónica acerca de la totalidad consiguió perdurar. Según esta visión, la materia se podía dividir hasta el infinito (como el cálculo infinitesimal que descubrió el mismo Leibniz, de forma paralela a Newton). Desde este punto de vista, la base de todo tenía que ser inmaterial: unas mónadas o "átomos" inmateriales independientes, que estaban programados de forma preestablecida para que toda la naturaleza funcionara en un orden y concierto, similar a las majestuosas sinfonías de Bach. Todo lo que pasaba y se hacía era a mayor gloria de la armonía preestablecida, como si el lema jesuítico fuese el principio vertebrador de la sociedad: todo era *Ad Maiorem Dei Gloriam,* a mayor gloria de Dios.

No se puede llegar a imaginar el gran estupor que debió sentir Leibniz cuando sus esfuerzos para que se entendiesen católicos y protestantes fueran mal interpretados por las autoridades eclesiásticas de las distintas iglesias cristianas. Su actividad fue tomada como una suerte de reconocimiento exclusivo de cada uno de sus confesiones. Molestas porque no tomara partido alguno y situarse en un justo medio que buscaba el entendimiento entre ambas, Leibniz fue llamado finalmente por ellas: "*Glaub nitchs",* "no creo en nada".

* * *

Mi familia tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para tolerar mi presencia. Mi madre se había sentido saturada por la gran empresa de la custodia carcelaria domiciliaria de mi persona y había planificado pedir mi encarcelamiento preventivo a las autoridades competentes. Pero mi conato suicida le tocó alguna fibra sensible. En su mala conciencia, no quiso alejar

mi persona de su atenta y cercana vigilancia. Son esclavos de sus pasiones, no son más que unos animales incapaces de sobreponerse y razonar.

En cuanto a mí, me hallaba en un *impasse* existencial. Seguía consumiéndome mi insaciable sed de sangre. Mas sabía que mi familia se había convertido en un muro infranqueable. Un fuerte estallido de nerviosismo recorría mi cuerpo, sin cuartel. Los efectos del síndrome de abstinencia me sumieron en un estado de permanente angustia y tensión, que no conocía descanso.

Desesperada, recordé el dicho romano: *mens sana en corpore sano* [que lo usaban originalmente para convencer a los jóvenes a estudiar, dado que el culto al cuerpo lo tenían por evidente].

Me puse a hacer ejercicio como un mulo. En mi nerviosismo, hice un cúmulo de abdominales, sentadillas y flexiones, que no conocían más límite que el que imponía el agotamiento físico final.

Finalmente, obtuve la recompensa revitalizante de las endorfinas. Una pobre metadona que palidecía respecto a la adrenalina y otros estimulantes que yo lograba con la caza. Nietzsche señaló que la historia de Europa es la gran historia de los narcóticos [entendía por ellos los "opios para el pueblo" o los consuelos frente a un mundo cambiante y combativo, del que se querían abstraer con constructos metafísicos, como el mundo de las Ideas platónico o su versión para el vulgo en forma del Paraíso cristiano].

Un día llegué a extremos tan potentes de esfuerzo excesivo, que acabé derribada en el suelo, incapaz de moverme más. Tuve conciencia de que el cuerpo era más fuerte que la voluntad y me abandoné a la fatalidad. Jadeé

y resoplé durante un largo período de tiempo, hasta que decidí volver a intentar ponerme en pie.

Algo alcé mi cuerpo, usando los brazos entumecidos como palanca. Pero finalmente el organismo no respondió y volví a estamparme contra el suelo. Volví a intentarlo, gruñía y maldecía llena de ira; mas todo fue inútil. Totalmente frustrada, emití varios sonidos guturales bestiales y gruñí, repleta de rabia. Me sumí en una silenciosa cólera. Me sentía arrebatada. Mi mente se consumía por una impotencia tan grande, que me provocó un interno dolor físico. Yo sentía que la tensión interna llegaba a una intensidad tan grande que resultaba insoportable. Finalmente, me desesperé y me puse a llorar por primera vez en la vida. Nunca me había sentido tan incapaz y me sumí en una profunda melancolía.

Milan Kundera ya había escrito con notoria expresividad, en su *Insoportable levedad del ser,* que no había sensación tan insufrible como sentir que no se tiene ya ningún peso en el mundo. Es la angustia de ser consciente del hecho de que ya no se tiene relevancia alguna.

Ese día reflexioné sobre mi nueva existencia y traté de buscar algún tipo de pista que me indicase cómo podía moverme por el mundo de forma que pudiese llegar a adaptarme. El silencio que encontré en mi mente fue tan estruendoso como notorio. El vacío se presentó en mi mente como un último toque de atención del dominio de mi subconsciente sobre mi conciencia.

Me embargó una desesperación similar a la angustia horrorosa que presentó Kierkegaard al presentar a una persona frente a un abismo hueco: el miedo no procedía de la posibilidad de acabar cayendo a él, sino de la gran libertad de movimiento y acción. Era insoportable el peso de la

responsabilidad y el horror de ser portador de una libertad total de movimientos. Era el miedo a la libertad y a no tener más seguridad que la que pudiese uno contar de sus propias acciones, llenas de consecuencias y responsabilidades que no se podían asumir.

Era similar a lo que había descrito Erich Fromm en su libro: *El miedo a la libertad*, en el que la libertad se reducía a la libertad individual y su máxima expresión conducía a la soledad. Ser tutelado lleva a sentirse protegido por una figura autoritaria, sea Dios o el dictador de turno; y la toma de decisiones te deja a tu criterio, pero abandonado a tu propia suerte: el síndrome de Estocolmo hacia los dictadores era más atractivo que el horror a la responsabilidad.

Si le pides al vulgo que elija entre razón y pasión, escogerá pasión. Y si pones a la gente en la tesitura de decidir entre libertad y seguridad, elegirá siempre seguridad porque el miedo es más atenuante y persuasivo que la dignidad y los ideales. Hobbes consideraba que el orden social se da cuando todas las personas ceden su libertad (e intereses individualistas) a un poder único y soberano que dé garantías. Según él, la sociedad civil estable se da cuando se cede libertad para dar grandes poderes a una figura autoritaria que imponga el orden.

Considero que lo que realmente funciona y es estable es la imposición del poder, el dominio y la violencia; vence lo más fuerte por su gran presión y porque subyuga la voluntad por el miedo. Benjamin Franklin señaló que quien elige seguridad en lugar de libertad no merece ni uno ni otro, como si el escoger una sobre otra conllevase a tener una mala versión de ambas; pero claro, este masón no era europeo. Europa consta de sociedades reguladas por la disciplina del miedo a castigos en todos los ámbitos (desde faltas escolares a sanciones penales). Somos grandes leviatanes.

Tenía que empezar de cero y ello me imbuía en un terror inconmensurable ante la enormidad del reto. No obtuve respuesta que me pudiera dar mi gran mente racional y ello me asustó de manera indeterminada.

Mi sufrimiento acabó tomando forma física. Sentía dentro de mi pecho un dolor intenso y punzante, que me desgarraba por dentro como una maldición. Notaba un frío interno terrible, mientras me retorcía en un dolor que me taladraba, mientras se introducía por dentro como si fuese un tornillo. Me tenía que dar bofetones y puñetazos para calmar mi gran tensión.

Terminé conducida a una psiquiática, que me recetó una serie de antidepresivos, ansiolíticos y somníferos que hacían que, en un breve período de tiempo desde su ingesta, me olvidase de que estaba viva.

Mi jornada empezaba al revés: el día empezaba para mí a la hora de cenar, en la que me drogaba; y terminaba a la mañana cuando el dolor me recordaba que yo no soy una *zombie* y que tenía que sentir; sentir: tensión, angustia, desesperación, incertidumbre, estrés, dolor, frustración, melancolía, ansiedad, presión, tedio y sufrimiento en estado puro.

Me di cuenta de que mi vida era pura frustración e impotencia. También me atormentaba el hecho de no tener ninguna relevancia. Me daba cuenta de mi contingencia: me percaté que era un ser innecesario. Bien podría no haber existido nunca. El mundo no se vería perturbado; y, lo que es peor, tampoco había supuesto un gran efecto de terror en los corazones de los débiles más temerosos y dignos de castigo.

Sentía físicamente la desazón de mi propia contingencia. Sartre señaló que nuestra existencia es innecesaria y que prácticamente somos nada: como a cada momento podemos decidir cómo actuar, a cada momento podemos ser una persona distinta y siempre estamos pendientes de ser. Queremos ser, pero nunca llegamos a ser de forma definitiva: somos una pasión inútil. Y así me sentía. Toda mi sensibilidad me indicaba que era un ser impotente.

Cuando me daba cuenta de lo insignificante que era entonces, al igual que en la novela de Sartre *La náusea,* se me revolvían las tripas y sentía unas profundas náuseas. Me sentía totalmente arrojada al mundo, sin referentes, sin identidad. Era la sombra de lo que había sido, un fantasma, una entelequia. En cualquier caso, yo era pura nada. Me sentía como un montón de basura sucia, tirada al suelo y abandonada en un vertedero y olvidada. No tenía ninguna identidad, ningún papel en la realidad: yo era nada.

Me consumía saberme innecesaria y me angustiaba la incertidumbre de no saber cómo podría hacer que todo mi potencial pudiese ser aplicado de forma eficiente en la sociedad. No sabía cómo podría actuar en el futuro, de forma que pudiera desenvolverme en la sociedad, fomentar mi cruel y redentora obra de manera efectiva, sin que fuese parada por la conjura de los necios. Todavía llegaría el día en que finalmente encontraría mi lugar en el mundo.

* * *

El principal papel de los grandes imperialismos europeos fue el saqueo. El Siglo de Oro debió su nombre a las grandes cantidades del metal más conductor de la electricidad. Aunque, a decir verdad, de las colonias se extrajo más plata que oro.

El esplendor dorado en los reyes de las Españas, permitió que algunas migajas cayeran para el impulso de la cultura y se dio cierto margen al desenvolvimiento de grandes literatos. Surgieron unas grandes figuras antes desvaloradas, que vivieron con apuros toda su vida mientras otros corruptos desviaban fortunas. Las novelas de picaresca eran el realista reflejo de unos canallas que contaron de una impunidad tan grande como su descaro, y que no han dejado de contraer inmunidad hasta nuestros días: los actuales políticos profesionales corruptos.

Mucha imagen dorada y mucho bombo; mas, en realidad, lo saqueado impunemente a América acabó no dando lugar al desarrollo; sino que terminaba a manos de bancos de los Países Bajos que concedían préstamos a los reyes imperiales, que malgastaban lo robado en invasiones estúpidas en Europa, que solían acabar en desastre (político o económico). Por no hablar de desvío de capitales en gastos de lujos fastuosos como las sedas chinas y otros elementos de lucro fácil, con el que las casas reales y nobiliarias querían presumir.

Bastante de lo robado quedaba en el camino, sea por la eterna corrupción o por los robos de piratas. Imperios que no lograron tantos réditos como el castellano y el portugués concedieron patente de corso a marineros experimentados y sin escrúpulos, que se dedicaron al pillaje directo y sin excusas: los corsarios. Otros, bucaneros y filibusteros, actuaron por su cuenta y riesgo, y para mayor beneficio propio, todo sea dicho.

Eran implacables criminales que nada tenían que ver con las versiones romantizadas que se han transmitido en novelas como *La isla del tesoro* e innumerables películas. Los piratas eran asesinos que no daban cuartel. Se imponían por medio de un terror sanguinario e implacable.

Hubo todo tipo de asaltantes, desde los piratas de Levante, los turcos, los corsarios, los malasios, los cantoneses, los filibusteros y los bucaneros. Tanta variedad hubo entre la diversidad que hubo hasta mujeres pirata, como Anne Bonnie, Mary Read, Ching Shih, Charlotte de Berry y Grace O'Malley. Ya habían existido mujeres que se disfrazaron de hombres para unirse al ejército; pero estas asesinas no se escondieron. Ellas mostraron a todas luces que el ejercicio de la violencia no era exclusivo de los varones. Demostraron que podían ser tan terribles o más que los hombres, siempre que nos diesen oportunidad. La superioridad humana no está limitada al cromosoma Y. Cualquiera puede ponerse por encima de la humanidad para cometer las atrocidades que alcen al poder que va más allá de los escrúpulos y debilidades de la mayoría cobarde. La supremacía no es una cuestión de sexos, sino de voluntad.

* * *

Si de algo carecía en aquellas largas semanas fue de voluntad. Como si dejase de ser *res cogitans* (ser pensante) y me hubiese reducido a la cosificación de quedarme en únicamente *res extensa* (ser dotado de extensiones espaciales). Me dejé llevar en más de un sentido de la expresión.

Carente de estímulos, me llevaron casi en volandas a la psicóloga y le seguí el juego a la cenutria sobrevalorada. Me indicaba que tenía que hacer un ejercicio de disputa, tenía que poner en cuestión mi conducta. Como si de un loro se tratase, parafraseé lo que decía: volvía a reformular lo que me indicaba con otros términos.

La muy imbécil se debía pensar que estaba interiorizando y asumiendo los asertos, al mostrar mero entendimiento de su mensaje. No entendía que,

por mucho que pudiese comprender la estructura de su perversión de su lógica, no aceptaba sus propuestas de empatía: su absurdo comercio de confianza. Es lo que pasa con las mentes débiles: si les das una respuesta elaborada, se creen que estás en sintonía con ellas, por una extraña conexión entre emoción y razón.

Descartes había separado la mente del cuerpo. Él señaló que la mente era un tipo de ser espiritual diferente de la materia. La *res cogitans* o el ser pensante era totalmente distinto de la mayoritaria parte de la realidad, que era la *res extensa.* La extensión era la propiedad de ocupar un espacio determinado en unas dimensiones físicas (que tal vez pudieran ser medidas y situadas con asombroso cálculo por medio de coordenadas cartesianas; que pudieran ser x, y, z, correspondientes a la profundidad, anchura y profundidad). [Mención aparte sería la menos conocida de las formas de ser: la divinidad, suposición de Descartes].

Con esta distinción, teóricamente se separaba el pensamiento de la materia. Los procesos fisiológicos y los mentales eran paralelos. La conexión entre alma y cuerpo quedaría en la glándula pineal, de uso ignoto.

Antonio Damasio, en su obra *El error de Descartes,* trató de cuestionar el planteamiento cartesiano. En ella, mostró el caso de una persona que se vio atravesada su cabeza por una barra y sus particulares efectos. Le provocó no solamente una falta de emotividad, sino una correspondiente menor capacidad de pensamiento. Según el autor, el gran error de Descartes fue separar la mente del resto del cuerpo. Se conoce que los procesos complejos del neo-cortex precisan de una base de procesamiento cuyo fundamento se basa en las amígdalas; las cuales, se ocupan del miedo y otros procesos mentales básicos y pre-emocionales. La inteligencia se nutre de una serie de experiencias derivadas del aprendizaje de los procesos más

básicos del encéfalo: los datos sensoriales. En algún sentido, las experiencias emotivas permiten el procesamiento de la información y su ordenamiento en conocimiento elaborado. Parece que, sin conocimiento sensible básico y volitivo-emocional, no se puede llegar a configurar complejas construcciones intelectivas.

En el mismo sentido, Goleman, en su libro *Inteligencia emocional* mostró que la inteligencia tiene que ver también con el impulso que da el interés sobre las materias que son tratadas conceptualmente. El saber procede de las experiencias y vivencias sensibles. A partir de las relaciones afectivas y las vivencias que conllevan, se produce el proceso de aprendizaje complejo. El pensamiento es fomentado por la motivación y el interés. El conocimiento es una consecuencia de la interacción entre las personas unidas emocionalmente. Según el autor, la afectividad es el principal motor de desarrollo intelectual, como si del amor platónico se tratase. Este autor no supo colocar en su debido sitio al odio, que hace que se maquinen los más complejos planes de destrucción.

Mi psicóloga pretendía acabar con estos planes que eran tan caros para mí, por medio de despertar una empatía. Ella trató de impulsar que yo tuviera compasión, por medio de una versión distorsionada de la racionalidad.

Si esta incompetente se hubiese tenido que valer de la racionalidad de los filósofos del siglo XVII, no hubiera sobrevivido ni tan siquiera tanto como ellos. Fue tan sencillo engañarla que resultó obsceno. Sin embargo, me permitió sobrevivir.

.VIII. Ilustración: ¡atrévete a pensar, pero obedece!

Los aparentes progresos en mi terapia, animaron a mi abogada a pedir un informe que le permitiese presentar algún atenuante, algo que supusiese un avance en su labor. Necesitaba algo al que aferrarse para justificar el costo de sus servicios.

Ella vino después de una de las sesiones. Me sonrió con una sonrisa tan forzada que resultaba grotesca. Me pidió que me dejase un momento para hablar con mi psicóloga. Les dejé a una distancia tan prudencial como para que se explayasen a gusto con sus cábalas. Me quedé mirando directamente a sus labios para poder leer lo que estaban vocalizando (¡las muy imbéciles no podían concebir que yo dispusiese de una habilidad tan prosaica!).

La sonrisa hierática que artificiosamente ofrecía la letrada fue demudada en un fogonazo. El informe que le resumió la terapeuta indicaba que, a pesar de mi sintomatología psicótica, todos los indicios daban cuenta de que yo todavía conservaba nociones vulneradas del bien y del mal. También databa que yo tenía la consciencia suficiente como para saber que yo estaba haciendo efectivamente daño. Además, también disponía de la voluntad necesaria como para que no se me considerase una enajenada mental que no fuera dueña de sus propios actos.

La decepción de la sofista profesional me resultó terriblemente jocosa y me reí mientras la miraba. Ella volvió su mirada hacia mí. Su rostro decepcionado intentaba escudriñar la causa de mi hilaridad. Seguramente

podía intuir que me estaba riendo de ella; pero carecía de las evidencias suficientes como para concluirlo. No comentó nada cuando terminó su diálogo con la terapeuta y se despidió tanto de mi madre como de mí. No hay nada que más desprecie que la falsedad de los seres irracionales.

* * *

Toda autoridad debía ser derivada de la razón. El movimiento cultural de la Ilustración buscó que el peso de la tradición y la superstición fuera superado por la optimización de la armonía racional.

La naturaleza bruta podía verse dominada por la técnica y los saberes. Asimismo, la sociedad podía reordenarse en un Contrato Social, en el que los gobernados tácitamente obedecían a cambio del bienestar general que contraía la aplicación racional de la justicia; y los abusos de poder se podrían limitar con una debida separación de poderes.

La Enciclopedia de las artes y las ciencias mostraba cómo la técnica permitía el mejor aprovechamiento de los recursos naturales. Los libros de los enciclopedistas, por su parte, argumentaron que el orden social, moral y político podía establecerse bajo el fundamento legítimo de la autoridad de la racionalidad.

Durante casi toda la Era Moderna, la Europa más continental estuvo un siglo atrasado respecto a Gran Bretaña. Allí, los nobles encontraron que era más lucrativo el alquiler de sus tierras a sus vasallos que vivir de las rentas. Los siervos directos de la nobleza británica utilizaron las tierras para hacer pastar al ganado ovino, que les facilitaba la valiosa lana [hay muchas zonas de hispanoamérica que llaman al dinero: “lana”; lo mismo que

otros se refieren a ella como "plata" y los ciudadanos del Reino de España utilizan la vulgar expresión: "pasta"].

Con las ganancias obtenidas, pudieron invertir en manufactura y dar pequeños pasos hacia la industrialización. Consiguieron tanto dinero que pudieron trasladarse a las ciudades o burgos (por ello a los ricos propietarios se les acabó llamando burgueses).

La nueva clase adinerada y poderosa dispuso del suficiente tiempo libre para que pudiera permitirse un proceso cultural que luego se llamaría Ilustración. En Gran Bretaña comenzó en el siglo XVII y más adelante se trasladó al resto de Europa.

La razón debía ser el fundamento de todo; pero la teoría del conocimiento británico no fue racionalista pura. La filosofía británica, pese a usar argumentación racional, fue más empirista que racionalista.

El racionalismo en aquella época hacía referencia directa a filósofos que defendían unos conceptos puramente racionales y previos a toda experiencia, llamados ideas innatas. Frente a las posiciones de Descartes, Spinoza y Leibniz, distintos pensadores de la Vieja Albión consignaron que el saber procedía de la experiencia. El saber seguro (el saber propiamente dicho y no la mera opinión), debía proceder de de las representaciones ordenadas de los datos de los sentidos.

Locke hizo todo un *Ensayo sobre el entendimiento humano*, señalando lo que referí en el capítulo anterior acerca de su teoría del conocimiento. El obispo Berkeley también explicó que el saber viene de la experiencia; aunque indicó que dicho saber lo había puesto Dios en nuestra mente, a modo de realidad virtual, pero esta vez por parte de un Poder Benigno. Hume iría

más lejos de las aseveraciones de Locke y señalaría que, siendo totalmente coherente con el empirismo, se debía negar que exista el proceso de causa-efecto. E.g. señalaba que no veía que dos bolas de billar que se encuentren tengan un choque, sino que, en honor a la verdad de la experiencia, lo que se ve estrictamente es que una bola se aproxima hasta otra y que la última se movió después de eso.

Intelectuales de la época llevaron a cabo la ciclópea actividad de recoger en una publicación todo el saber de la época, por lo que llamaron a esta obra magna: *Encyclopædia Britannica.* Su traducción al francés y su actualización fue el largo proceso que llevaron a cabo los ilustrados franceses.

Tras la guerra civil, no se dejaron esperar las reflexiones acerca de la legitimidad y autoridad (cuestionadas en aquella época convulsa). El materialista Hobbes escribió su *Leviatán* (cuyo contenido fue descrito ya en el segundo capítulo). En él, defendía que debía imponerse un poder soberano fuerte que diera un orden único, impidiendo que el libre deseo de cada individuo (egoísta) llevase a la formación de facciones y la sociedad fuese la guerra de todos contra todos, sin un orden y mando único.

Locke reaccionó de forma negativa a esta interpretación. Consignó que en estado natural las personas pueden entenderse sin que haya que llegar a las manos; pero que, debido a que nadie puede ser buen juez de su propia causa, los litigios por la propiedad privada (entre otras cuestiones) exigen que haya una tercera parte imparcial y se acaba implantando lógicamente la sociedad organizada en la legalidad. De esta forma, se pueden establecer las garantías jurídicas que permitan el respeto de ciertos derechos individuales; entre ellos, el de la propiedad privada. Según Locke, la propiedad privada solamente podía existir si hay un Estado que la garantice, si hay un cuerpo jurídico que dé garantías para que se pueda defenderla y hacer que se

mantenga esta realidad legal que debería permitir el hacerse "con el fruto del propio trabajo".

El contrapunto a las luces de la Ilustración fue la sombra de la filosofía del Marqués de Sade. Su razón no chocó con la emoción. Los personajes de sus novelas defendían que el ser humano es un ser natural y, como tal, debe obedecer a los impulsos, que llaman a la búsqueda del mayor placer (el gozo que da el sufrimiento ajeno).

En el prólogo de *Justine* el Marqués señala que lo que ha procurado es describir a la humanidad y realmente describió con toda su crudeza toda la crueldad humana posible. El Marqués describió un mundo en el que si se tiene poder, todo está permitido. Sus relatos cuentan los abusos impunes que tienen las personas poderosas. Transmiten que el que detenta el dominio puede hacer lo que quiera y que no hay nada que se pueda hacer, debido a que el resto de personas carecen de poder como para hacerles frente.

El principio de que la satisfacción de los deseos se correspondía con la nueva sociedad, en la que primaba el comercio y la satisfacción de necesidades, reales o aparentes. Anunciaba la nueva sociedad de la burguesía, en la que el dinero está por encima de todas las cosas, hasta la vida humana.

No chocaba nada con la Ilustración porque ella ya había proclamado que el fin justifica los medios, ella había señalado que el uso de la naturaleza en modo de técnica y la luz de la racionalidad habían servido para lograr el progreso y la emancipación humana: habían señalado que el usar a la naturaleza como recurso para lograr un fin era algo bueno, indirectamente se estaba defendiendo que lo principal es alcanzar un fin utilizando los medios que haga falta y estaban alimentando que el principio de actuación sea

pensar en los medios más óptimos para alcanzar un fin presupuesto como bueno. El Marqués de Sade iba en la misma línea, lo único que hizo fue dar un pequeño paso y presentar a las personas como recursos humanos para consumir.

Las novelas del Marqués fueron la premonición de la violenta revolución, fueron la antesala de la guillotina y el Terror. El Marqués de Sade anunciaba la Revolución Francesa, las hojas de denuncia que arrojó en la Bastilla animaron su toma, sancionó al nuevo poder participando como representante de la sección de Las Cartas, y su discurso: "Franceses, un esfuerzo más, si queréis ser republicanos" acabó siendo proclama durante generaciones (llegó a repartirse en la revolución liberal de 1848).

El poder económico de los burgueses carecía de influencia suficiente sobre el político y él constreñía su iniciativa privada. Por ello, impulsaron una lucha social que de alguna manera condujo a la guerra civil. De ella, surgió el Terror que todo cambio social exige, él se estableció con la dictadura de Cronwell. El proceso finalizó con una Revolución en 1688 (cien años antes que la francesa). Se llamó: "la gloriosa"; porque se saldó sin derramamientos de sangre (si no se cuentan los litros derramados durante la guerra civil y la dictadura de Cronwell, hechos que la propiciaron). La Revolución Gloriosa fue el punto final de la Ilustración británica, que luego sería trasladada a Europa; y llevaría, en última instancia, a la Revolución Francesa y al alzamiento al poder de la clase burguesa, manteniéndose ella en el poder hasta nuestros días. El orden del dinero, el régimen en el que el dinero lo es todo y no es nada.

* * *

Mi abogada se empeñó en asegurar que yo era un ser totalmente irracional y que necesitaba permanecer en un lugar estable: el hogar. La jueza desoyó a la ambiciosa Fiscal del Estado, que pedía mi encarcelación preventiva y se dejó llevar por los sofismas vomitados por mi letrada.

Para la sociedad, en cualquier caso, yo ya era un ser de pura irracionalidad. Los medios de comunicación no tardaron en hacerse eco de la noticia de mi procesamiento; y, en seguida, me estigmatizaron llamándome monstruo. Durante semanas, se atrincheraron en las cercanías de mi casa y regaron de fogonazos de fotografías de mi familia.

No había cosa que vendiera más periódicos (o actualmente subscripciones a *apps* de periódicos) que la morbosidad. Fueron pródigos en apelativos sensacionalistas para con mi persona. Me llamaron: “carnicera de Bilbao” (quizás por la profesión de padre) o “el monstruo de mirada dulce” (probablemente por mis ojos azules). Fui el foco central de la sociedad del espectáculo, descrita con tanta brillantez por parte de Guy Debord.

El filósofo situacionista, marxista consejista, describió que la sociedad de consumo se basaba en el intercambio de unas mercancías en forma de espectáculos. Los espectáculos serían unos productos que se consumirían de forma pasiva (televisión, cine y otros aparatos que transmitirían datos sensoriales que se reciben sin actividad mental). Dichos espectáculos dan lucrativos beneficios y convierten a las personas en sujetos sometidos a la pasividad, fomentando el abotargamiento mental, el conformismo, la autocomplacencia y la mentalidad acrítica. El sensacionalismo de los espectáculos sobrecogedores hace que las personas se vean absortas, abrumadas y con el juicio suspendido.

Si bien no se recogieron imágenes mías, yo fui objeto del espectáculo más amarillo, demagógico y sensacionalista. Por primera vez en la vida, me sentí reconocida por lo que soy: un ser sublime y monstruoso. Me sentí halagada por los desprecios de los bienpensantes del Reino y de la prensa canallesca. Si alguna vez podía haber dudado de la prudencia de mis actos, ahora me veía sobradamente recompensada. La gente me odiaba y me temía. Me sentí exultante de poder.

Las dudas acerca de mi existencia se disiparon. Al ver sido sancionada mi actividad con el premio de la fama, acepté el papel de engendro que me habían asignado; y, como vi que siempre quedaría marcada por la infamia, decidí hacer de mi capa un sayo y hacer de mi vida una recurrente apelación a mis actos criminales.

El bombardeo masivo de información y las hemerotecas me hicieron consciente de que nunca iban a dejar de convertirme en una exhibición pública. Fuera cual fuera mi futuro y las decisiones que tomara, seguiría siendo perseguida toda mi existencia como un fenómeno de circo, del circo mediático para ser más exacto.

Por tanto, decidí que mi vida se dedicase al culto a mi personalidad. Escribiría libros y participaría en los programas sensacionalistas que hiciera falta, colaborando con documentales de psicología si hiciera falta. Lo haría para que pudiese hacer de mi condenación pública un objeto de permanente recuerdo, para mayor horror de las personas de buena voluntad, políticamente correctos y los temerosos de Dios.

Podía ser el ser más racional que haya existido nunca; pero a interpretación de las cloacas de la prensa yo era básicamente lo que la

Ilustración había procurado disolver: el oscurantismo más terrible de la tradición brutal e irracional de Europa.

* * *

La Ilustración británica llegó a Europa un siglo después (como todo avance moderno europeo: la ciencia moderna de Galileo-Newton, la Ilustración, la Revolución liberal y la Revolución Industrial).

Se promovió principalmente en el Reino de Francia, bajo la gran influencia de la obra enciclopedista. D'Alembert y Diderot hicieron algo más que traducir la Enciclopedia británica: se ocuparon de incluir los nuevos saberes. Por medio de ella, querían expresar el mensaje de que, por medio de los saberes técnicos y el uso de la razón, se podía dominar la naturaleza de manera que diese más beneficios para la humanidad. También defendían meridianamente que la razón podía superar los oscurantismos atávicos y el peligroso fanatismo.

Fue perseguida en diversas ocasiones. La censura fue instigada por las autoridades religiosas, que veían vulnerado su monopolio del saber y que veían con desconfianza el que se presentase como principal autoridad a la razón (de la que no formaban parte, al basarse ella en el peso de la tradición y abjurar que era de origen divino: algo indemostrable y derivado del dogmatismo). Pero nada podía detener el progreso. Finalmente, la sabia Enciclopedia y otras obras de los ilustradas se acabaron publicando y expandiendo como un reguero de pólvora.

Todo debía basarse en la razón. Se trataban los temas defendiendo que todo lo que existía tenía que estar fundamentado en la argumentación y la justificación.

El saber debía estar bien asentado y todas las posiciones, tanto racionalistas como empiristas, contaban con un complejo cuerpo de sistemas basados en un hilo complejo de argumentos racionales.

La ciencia moderna, de base matemática y basada en el nuevo método hipotético-deductivo, fue expandida por parte de los ilustrados, como muestra de los logros del pensamiento humano. Se realizaban experimentos en reuniones de salón. Entre ellos, podría destacarse los efectos de la difracción de un prisma, por el que se comprobaba que de la luz salían todos los colores. Dicho experimento se basaba en los estudios de óptica de sir Isaac Newton, figura que se ensalzó por sus grandes avances en la rama de la física (estableciendo formalmente esta ciencia como disciplina científica digna de ese nombre, sin menoscabar los primeros pasos de Galileo Galilei a tales efectos). Madame de Chatelet tradujo el texto *Philosophae naturales principia mathematica* y difundió sus contenidos.

Sin embargo, la Ilustración no se limitó al plano teórico. Frente a los excesos de fanatismo, ponía como valores la tolerancia y el respeto como base razonable para que pudiese haber convivencia entre las creencias diferentes. La *Carta de la tolerancia* de John Locke defendía que la razón dictaba que debía existir respeto mutuo entre distintas creencias para que hubiese convivencia. Las diferencias entre distintas posiciones de conciencia nunca podrían llegar a resolverse, pero podía haber un principio de entendimiento si se tomaba el imparcial y racional principio de respeto mutuo de la diferencia.

Su carta se volvió Tratado por parte de Voltaire, cuando un hombre mayor fue juzgado injustamente, acusado de haber matado a su hijo solamente por convertirse al catolicismo. Todo el odio de los feligreses católicos frente a los considerados heréticos protestantes estalló en un proceso

lleno de irregularidades y falta de unos mínimos de cabeza, debida cuenta que un hombre anciano no hubiera podido con su joven hijo.

Voltaire se hizo cargo de la defensa y su acto quedó recogido en su *Tratado sobre la tolerancia.* En ella, venía a defender que había que respetar las diferencias de los demás y anteponer lo que nos une: el formar parte de una humanidad que puede llegar a entenderse por medio del diálogo respetuoso y racional. De este episodio, surgió la cita que se la ha atribuido a Voltaire: *"no estoy de acuerdo con lo que dice, pero defenderé con mi vida su derecho a decirlo".* [Tiempo tardará en que la libertad de expresión fuese marcada por un límite racional: la paradoja de Popper; Karl Popper señaló que no se puede ser tolerante con los intolerantes porque, cuando se ejerce esta excesiva permisividad, de hecho lo que se esta dejando es que campe a sus anchas la intolerancia, anulando la tolerancia en la práctica].

Por su actividad de apertura, alabanzas a los avances británicos y su crítica mordaz, Voltaire fue perseguido y encarcelado. Fue censurado incluso cuando sirvió como tesorero y miembro del gobierno de Federico II, el rey déspota ilustrado. Le apresaron por haber escrito un texto crítico al falso cristianismo de la hipocresía eclesiástica. Cuando fue acusado, el filósofo leyó delante del monarca parte de su texto, dando como resultado la franca risa de ambos. La desafección que tuvo acerca del poder quedó reflejado en su relato *Zadig o del destino*, en la que un joven observador deducía demasiadas cosas y, al exponerla delante de los poderosos, se veía envuelto en juicios tan arbitrarios como ignorantes.

Kant también fue censurado por el mismo rey por haber escrito un texto racional sobre la religión. Ateniéndose a su lema: "piensa lo que quieras, pero obedece", Kant siguió las órdenes del rey. Retiró el escrito, pese a que formaba parte de su programa de crítica pública respetuosa y racional.

Dichos procesos y persecuciones se hicieron constantes hacia los ilustrados, pero sobre todo lo sufrieron por sus posiciones acerca de la moral y la política.

La moral que se impulsaba en la Ilustración era de tipo estoico, una moral basada en la razón. La ética era el tratado acerca de unas normas que se da el sujeto pensante, por medio de las cuales se pueda garantizar la convivencia, el orden social y se obedezcan por su razonabilidad (una ética de deberes de tipo estoico). Dentro de los *Pensamientos filosóficos* de Diderot, se representa un diálogo entre una dama y un filósofo que explica que la moral no tiene por qué ser religiosa: puede basarse en el pensamiento racional y las conclusiones a las que llega; presentando la ética estoica, que no remitía directamente a la religiosidad. El exponente de la nueva visión de la moral fue el ejercicio del deber que defendían los estoicos y no las normas religiosas.

Los detractores de la Ilustración señalaban, injustamente, que los ilustrados tenían una filosofía de carácter epicúreo [con todas las connotaciones y creencias prejuiciosas: 1) suponían que se defendía la búsqueda viciosa e incontinente de los excesos del placer por el placer; 2) se señalaba que los ilustrados aceptaban el presunto ateísmo de Epicuro o la negación de la divinidad atribuída a la filosofía de Epicuro; 3) se consideraba que los ilustrados debían ser indisciplinados, carácter que se atribuye a los epicúreos].

La persecución se realizó, sobre todo, debida cuenta al nuevo planteamiento sobre la autoridad o legitimidad del Estado. Los nuevos planteamientos señalaban que si existe el Estado es porque da las garantías jurídicas para que se ejerza la justicia y las medidas racionales. El Estado

surgía porque el pueblo cedía poder tácitamente a cambio de que se establezca una administración estatal racional. El Estado debe su legitimidad si y solamente si se da el establecimiento de medidas basadas en la razón, la justicia y el bienestar general; solamente así se establecía legítimamente la sociedad civil –diferente de la sociedad eclesiástica y militar, cuyos códigos de derecho eran completamente diferentes-.

Como ya he señalado antes, Montesquieu había defendido la separación de poderes porque ella llevaría a que se redujesen los abusos de poder. Rousseau presentó que la organización de la sociedad, el Estado, era la consecuencia de un acuerdo no escrito. El pueblo cedía tácitamente el poder a cambio del Bienestar General. El pueblo estaba dispuesto a ceder poder a un poder soberano, a cambio de unas supuestas mejoras en sus condiciones de vida, orden, justicia y racionalidad. Ambos fueron perseguidos.

Se suele atribuir que Rousseau defendió que el ser humano era bueno por naturaleza y que el Contrato Social legitimaba al Estado. Nada más lejos de la realidad. En su libro *El contrato social*, describía que el ser humano, fuera de la ordenación social, era un ser que no trataba con nadie. No se relacionaba con nadie y, por eso, más bien era amoral: como no vivía en sociedad, no trataba con nadie; no podía hacer bien o mal.

El Contrato Social, por otro lado, era el establecimiento de la convivencia de las personas dispuestas a vivir juntas bajo unas condiciones mínimas. Sin embargo, Rosseau señaló que dicho acuerdo era un engaño.

En su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, señaló que este acuerdo no escrito fue una trampa. Fue una entrega del poder de los pobres a los ricos. Ellos tomaron el poder y acabaron gobernando para sus intereses, dando lugar a las desigualdades sociales.

En *El contrato social*, Rosseau defendía que en el establecimiento de las sociedades se dio el mismo acuerdo tácito. Dicho contrato que no era explícito ni establecido en el papel, sino supuesto. Denunció que el contrato debería haber conllevado al establecimiento del Bienestar General (más asegurado bajo un régimen democrático preferentemente). Sin embargo, al final de su escrito, denunció que dicho ordenamiento no se da y que el contrato social ha acabado sucumbiendo por la corrupción del poder. Tan tentador es ostentar el poder que necesariamente llevó a que los gobernantes acabasen legislando para sus interese. Sentencia lo que había adelantado al principio del libro: que su texto no trataba acerca de la legitimidad del poder, sino que era la explicación de por qué siempre llevaremos cadenas.

* * *

Cadenas era lo que querían ponerme. La presión mediática hizo que se adelantara el juicio. Tuve que comparecer ante la juez antes de lo que la lentitud judicial solía hacer esperar.

Un juicio tan sonado exigiría que yo recibiese un castigo ejemplar y que el encarcelamiento fuera inexorable. Pensé que debía declararme culpable porque más valía entrar con todos los honores. El horror que infundiría en el reformatorio sería grande y me hundiría en el con una fama que me haría bien para mi *status* presidiario.

Era casi el juicio del siglo. La propia fiscalía del Estado participó como acusación particular, debida cuenta a la gravedad de los hechos que se estaban tratando. La Fiscal estuvo dispuesta a trasladarse a Bilbao para formar parte de un juicio que se realizó en el Palacio de Justicia de la villa.

La defensa solamente contaba con las declaraciones de la presa que se me escapó y las declaraciones de algunos de mis allegados. A la familia ya la había adoctrinado para que la apariencia de la verdad y los subterfugios permitieran que mi condena fuera menor. Sin embargo, mi letrada se las veía y se las deseaba con Tomás, un gran logro de la Fiscalía, que podía hacer que se desmontase la baza que tenía para la defensa.

Antes del comienzo del litigio, la abogada habló con mi madre. Les leí los labios en la distancia. Ella le trataba de defender de forma espúrea que como sea había que ganar mi causa dentro de los pocos márgenes que cabían: tenían que hacer aparentar que el asalto del testigo superviviente fue la única ocasión en la que cometí intento de homicidio.

Mi madre había olvidado el rencor que sentía hacia mí por haber asesinado a mi padre. Se vio chantajeada emocionalmente con mi intento de suicidio. El dolor y el afecto cubrieron todo con tenue velo. Igualmente, le afectaron las marcas de mis auto-mutilaciones, que terminaron de conmoverla. Ellas le hicieron creer que yo no era más que una niña confundida, un ser que había perdido toda noción de cordura y de la realidad.

Frené mis actividades auto-destructivas ante el hartazgo y cansancio que me dieron sus órdenes llenas de preocupación. Me relamía pensando que todavía podía manipularla a mi antojo.

Finalmente, ella contestó afirmativamente a la letrada, pero le dijo que tenía que convencerme. Se acercó nerviosa, pero con la frialdad propia de un ser más capaz de odiar que de amar.

- Lucy- empezó duditativa, debía estar pensando por qué le costaba tanto tratar a su hija-. Mira, cuando te pregunte la juez qué es lo que has hecho, tú responde que solamente atacaste a un hombre, ¿de acuerdo?

-Pero eso no es verdad –le respondí con monótona frialdad-.

Por un momento mi madre debió recordar cómo había encontrado a su marido. Pero se recompuso probablemente por sentirse culpable o temerosa, al rememorar también que ella misma había modificado el cadáver. De alguna forma, se sentía mal por no haberlo dejado todo tal y como estaba. Ello podría haber dirigido con anterioridad la investigación hacia mí y llevar a mi pronta detención, salvando vidas. También era consciente de que, de igual manera, podía ser acusada de encubrimiento y verse arrastrada por todo mi fango. Cerró los ojos, respiro profundamente y dijo:

- No importa, hija –se atrevió a decir con la mayor calma que pudo y añadió con descaro-. Un acusado puede mentir, son los demás los que tienen que demostrar que alguien es culpable, la inocencia no tiene que ser demostrada.

- Pero, no está bien, mami -respondí dulcemente, haciéndome pasar por una niña inocente-. Yo maté a esas personas y tengo que pagar por ello. No está bien engañar, no está bien lo que hice –casi podía notar los martillazos de la mala conciencia de mi madre-. Tengo que pagar por lo que hice.

Mi madre parpadeó y, cuando volvió a abrir los ojos, dos hilos de lágrimas recorrieron su cara. La culpa la sumía en una dolorosa tesitura. Sobre todo ahora que creía que había recuperado a su hijita, o al menos su alma. Ello no hizo que cambiara de parecer. Me parece que fue todo lo

contrario: al ver que su hija estaba dispuesta a redimirse, se animó a que no pasase toda su minoría de edad en una cárcel para niños.

-No, no… Cariño, no –balbuceó compungida y casi sin energías-. No tienes… no… No serviría de nada –empezó a expresar en un ejercicio de protección maternal ciego y egoísta-. Esas personas ya están muertas y no sirve que… No tienes por qué acabar en… en… una cárcel.

No pudo continuar. Pese a ser una persona adulta de gran carácter, se sintió un pudo indispuesta. La recogió la letrada, que siguió su hilo:

- Mira, Lucy, si dices que has matado a todos esos hombres acabarás muchos años en un reformatorio. Puede que luego te envíen a un psiquiátrico. Lo importante es lo que se pueda probar y tú no tienes por qué arruinar tu vida.

Con toda mi frialdad puse un rostro expresivo, mientras asentía con varios ademanes ligeros de mi cabeza. Supe contraer la cara para que no reflejasen mis verdaderas intenciones.

Empezó el juicio con el testimonio de mi víctima. Era un hombre joven, de apariencia más estúpida que la que recordaba, cuando se resistió como una animal. Mostraba un rostro enjuto y enfadado. Podía percibir las vibraciones de la indignación. Se hacía el valiente por sentirse entonces seguro, al estar rodeado de alguaciles. Totalmente rodeado, sentía que podía recuperar la imagen de virilidad.

La jueza preguntó acerca del día de autos. Con todo lujo de detalles, pero sin mostrar acritud ni temor, describió todos los sucesos de aquel día en un clamoroso honor a la verdad. No hizo ninguna observación, ni menos un

comentario fuera de tono. Se remitió a los hechos, que ya le parecían lo suficientemente elocuentes.

Continuó el juicio con mi comparecencia. Me iban a preguntar acerca de la acusación particular de mi víctima indemne y de la fiscalía del Estado, que quiso anotarse el tanto y mostrar que el gobierno era capaz de imponer la ley. Herrero de Miñón ya había dicho en una antigua entrevista que la separación de poderes no existe ni en el papel. Claro que en otra también aseguró que no había democracia porque no existía diálogo entre el gobierno y el pueblo, ni un verdadero parlamento entre los partidos políticos. En cualquier caso, el poder judicial no dejaba de ser un poder, con las presiones que recibe y con las ambiciones de jueces llenos de intereses personales, que en algunos casos contaba con afinidades con partidos en el gobierno.

- Lucía –me preguntó la Fiscal-, ¿es cierto lo que ha contado Manuel Martínez Eguía?

Tardé un momento en pensar a quién se refería y luego caí que le habían nombrado antes de su declaración.

- Sí, es cierto -respondí en un tono neutral y gélido-.

- ¿Le atacaste con un cuchillo varias veces?

- Sí –solté, como si dejase caer un bloque de plomo-.

- ¿Le perseguiste para hacerle más daño?

- No, no quería hacerle daño –le respondí mientras le miraba a los ojos fijamente con toda la frialdad que supe comunicar-. Corrí a por él porque quería matarlo.

Unos sonoros comentarios llenaron toda la sala y la juez llamó con firmeza al orden. La Fiscal se tomó su tiempo antes de formularme la siguiente pregunta.

- La fiscalía general del Estado te ha acusado de haber matado a seis personas –esperó un momento para hacer una pausa dramática- ¿Es cierto que tú mataste a esas seis personas?

- Sí –respondí sin modificar el tono de mi voz y el gesto de mi rostro-.

Mi madre se tensó como si le hubiesen atravesado con una lanza. La abogada le calmó diciendo la palabra: "recurso de apelación". La tranquilizó lo mejor que pudo y le enseñó unas hojas mientras dijo otra cosa. La Fiscal volvió conmigo y no pude entrever qué es lo que dijo.

- ¿Conocías a esas personas? -preguntó y empezó a decir una serie de nombres que no me decían absolutamente nada. Esta mujer era imbécil, se pensaría que yo podría tener algún tipo de motivación personal. No podía tener ninguna animadversión respecto a todas aquellas presas anónimas y sin importancia. No podía sentir nada por esos seres; fácilmente sustituibles por otros, como el ganado que eran.

- No, no conocí a esas personas –respondí, quedándome con las ganas de añadir: "hasta que tuve la gran intimidad de conocerles en su agonía".

- ¿Te habían hecho algo? ¿Tenías algún motivo para hacer lo que hiciste? -insistió en la película mala que se estaba montando -.

- No, no me habían hecho nada –contesté con absoluta frialdad y añadí:- Mas yo tenía un motivo: quería disfrutar del placer que me daba asesinarlos.

Volvió el alboroto, la juez intentó en vano recuperar el orden en la sala. Pero se generó un revuelo que condujo a que los familiares de las víctimas perdieran sus inhibiciones. Motivados por mis crueles declaraciones, gritaron con toda su alma.

- ¡Asesina! ¡Hija de puta! -saltó un joven, mientras estuvo tan tenso que parecía que iba a saltar sobre mí, como un jaguar - ¡Cárcel! ¡Cárcel! ¡Cárcel, joder!

Un alguacil se lo llevó de la sala, pero no hubo manera de controlar el caos que se desató. Otras tantas personas relacionadas con las víctimas también profirieron insultos. Fueron amenazadas por los agentes de seguridad. La necesidad que sentían de ser testigos de la continuación del juicio persuadió a esos pobres diablos a que recuperaran el decoro, la compostura y la dignidad. Mostraron un aplomo encomiable, habida cuenta de que yo sonreí con total sinceridad. Me hacía gracia su sufrimiento.

Una vez calmadas las aguas, la Fiscal me formuló la última pregunta:

- ¿No sintió después ningún malestar por lo que había hecho? -formuló ella para poder dar cuenta del grado de gravedad de la intencionalidad de mis homicidos-.

- De lo único que me lamento es de no haber matado a más.

* * *

Estas palabras son la paráfrasis del final del *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo* del Marqués de Sade. Este texto es una pequeña obra teatral en el que un moribundo se reafirmaba en sus excesos con su último aliento. Le espetó a un cura que de lo único que se arrepentía es de no haber pecado más, para mayor disfrute y felicidad en su vida.

Descendiente de una nobleza de origen medieval de rancio abolengo, contaba con antecesores a Laura de Noves, cuya belleza fue ensalzada por el enamoradizo Francesco Petrarca. La belleza sensual de Laura de Sade fue objeto de fantasías y fomento de un libertinaje muy enraizado en su familia (su tío clérigo fue un claro referente para el joven marqués).

Sus tierras se hallaban cerca la Península Itálica. En ellas, se hablaba un dialecto que era una suerte de mezcla entre el toscano y el francés. Cuando huyó del sistema judicial, pasó un tiempo en la Península Itálica, cuyas memorias quedaron recogidas en sus cartas. Estuvo un tiempo en Venecia, en la que también campaba por sus anchas el libertino Casanova.

La relación de su linaje con los Condé y, por tanto, con la casa de Borbón hacía que la casa nobiliaria se considerase de una alta cuna que los ponía por encima de todos los demás. Debido a este linaje ocupó un alto cargo en el ejército real durante la Guerra de los Siete Años. Allí recibió el bautismo de sangre, en la que debió de participar en las mayores atrocidades que conoció su época y debió alimentar sus apetitos brutales. Una vez terminado el enfrentamiento borbónico a Gran Bretaña (tanto en Europa como en Norteamérica), su conducta fue dirigida por las pasiones más violentas.

Creyéndose por encima de los demás, ejerció brutalidad contra prostitutas y fue procesado por ello en distintas ocasiones.

Fue juzgado y encarcelado por ejercer brutalidad contra prostitutas, a las que flagelaba y luego les echaba cera fundida, supuestamente para cauterizar sus heridas (como aprendió en la Guerra de los Siete años, en la que sirvió). Sus excusas fueron toda una suerte de falacias para intentar rehuir de un sistema judicial que tenía que mostrar chivos expiatorios puntales. De esta manera, los obedientes súbditos podían sentirse vengados de vez en cuando y, así, tragaban con ruedas de molino los privilegios de la nobleza y el alto clero.

Conducido a la Bastilla, encendió a las masas tirando papeles denunciando abusos y usó su orinal como altavoz para encender a la gente. Por sus servicios a la violenta y encendida revolución, obtuvo un cargo en el Departamento de las Cartas. El encono de Marat hacia la aristocracia hizo que lo llevasen a la guillotina, de la que se libró por los pelos.

Continúo fomentando la violencia, hasta relacionarlo con el orden que se estableció en la República. Dentro de su *Filosofía en el tocador*, obra de teatro en la que se pervertía a una jovencita haciendo una defensa del sadismo y el asesinato, se recogía un panfleto titulado: *Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos.* En él, se hacía apología de la violencia [libelo que fue distribuido casi medio siglo después, en las revoluciones liberales decimonónicas].

Sus novelas, relatos y obras de teatro presentaban a los poderes de su época llevando a cabo el ejercicio de sus privilegios hasta las últimas consecuencias. Los privilegiados llevaban a cabo el mayor ejercicio de poder: las diferentes formas de crimen. Sade no se inventaba nada: realmente su

época estaba compuesta por una nobleza, clero y burguesía que ostentaban un gran poder, y gozaban de gran impunidad. El Marqués meramente describió literariamente lo que era una realidad: que había nobles, ricos y altos clérigos que ostentaban poderes por encima de los demás, tenían privilegios y una excesiva impunidad. Los abusos de bastantes nobles y la pederastia de suficientes clérigos eran debidamente representados por la literatura de Sade. Fue el espejo en el que el poder no se quería ver reflejado, ni que se plasmase públicamente. Los diferentes gobiernos que se sucedieron encarcelaron al Marqués.

Sade presentó unos personajes que sometían a indefensos miserables a los abusos más absolutos del poder, llegando hasta la tortura, violación y asesinatos. Además, ellos tenían la osadía de justificar sus propios actos.

Señalaban que la naturaleza tiene como orden la ley de la jungla, la ley del más fuerte, la lucha de todos contra todos. Los poderosos disponían de la sanción impune del más destructor, al ser ostentador del mayor poder. Si se es sensato, no se intentaría vulnerar algo tan bien asentado como la ordenación estable que daba la gran organización criminal, basada en el perfecto orden del interés personal. No habría honor entre ladrones, pero, el hecho de que les convenía actuar de forma coordinada, garantizaba que, por el mero interés, se asociasen y colaborasen para mayor posibilidad de una organización que les permitía adquirir los mayores beneficios.

La conducta perversa era sancionada por la naturaleza. Ella hacía necesaria e inevitable la violencia. Todo lo que existía era materialista, todo respondía al determinismo de la naturaleza y la violencia debía ser triunfante, vencedora y guía de las personas. Dado que los seres humanos, como seres naturales que somos, debemos estar condicionados a tener unos

impulsos egoístas, tenemos la necesidad de imponernos por la fuerza para lograr nuestros objetivos y el placer que da el ejercer la violencia.

Presentaba similares proposiciones que las que tenía el ángel que aparecía en el relato *Zadig o el destino*, personaje que señalaba que no hay mal que por bien no venga y que los actos malvados podían servir a un mayor bien. Para los perversos de las novelas de Sade, este bien mayor era una naturaleza que impulsaba a la lucha de todos contra todos, de manera que de las destrucciones se diera lugar a unas nuevas formas de las cosas.

Los animales, entre los que se sitúa el ser humano, tienen a matarse entre ellos para sobrevivir y mantener el equilibrio establecido por la cadena alimentaria. Según esta visión, la naturaleza se serviría de la matanza y daría ventajas a quienes aplicaban la violencia, proporcionándoles poder (para mayor beneficio de la creatividad de ella). Los cadáveres enterrados darían alimento a las plantas y a los gusanos, que producirían nueva vida en sus descendientes o como nutriente, tras ser devorado por pájaros y otros depredadores.

Presentó una suerte de *iusnaturalismo* que apelaba a que se tenían que configurar el carácter y la conducta conforme al orden natural. De alguna manera, sostenían que prevalecían los derechos naturales sobre las convenciones artificiosas y débiles de los cobardes (unos blandos que evitaban la violencia meramente porque temían el enfrentamiento). Eran sofismas claros que pasaban por alto muchas consideraciones fundamentales, entre otras que normas y naturaleza fueran incompatibles. Obviaban que el "derecho natural" es una *contradictio in terminis:* el derecho es una convención y toda ley es fruto de algún tipo de acuerdo convencional. Ello también incluye la moral sádica.

El romanticismo empezó con el Marqués de Sade (o tal vez con la presentación del supuesto “buen salvaje” de Rosseau). Se inició esta corriente artística en tanto en cuanto él presentaba en sus novelas una temática que se volvió paradigmática en este movimiento cultural: la naturaleza bruta, indómita y extrema (a veces tenebrosa y horrenda, pero siempre bellamente fascinante). De ella derivaban las pasiones desatadas, que eran objeto de culto por el romanticismo. Sade fue el primero en hacer referencia a esta naturaleza extrema y tenebrosa.

Más allá de toda consideración, considero que el filósofo hizo una gran descripción del ser humano (principal motivación suya, como describió en el prólogo de la novela *Justine*). “La filosofía no consiste en procurar consuelos, sino en acabar con los prejuicios”, sentenció el Marqués. Todo el arte y cultura occidentales, incluidas las actuales películas comerciales de “acción”, han reflejado la fascinación humana por la crueldad. Dentro de toda persona hay un deseo poder y dominio. Fuera aparte de que el ser humano sea el único animal que logra placer por medio de infligir sufrimiento a los demás. Así demuestra que se está por encima de los demás seres; algo que desea en lo más profundo de su corazón, porque todo ser humano quiere poder. ¿Quién en su fuero interno puede aseverar que nunca ha deseado la muerte de un enemigo? En el fondo de nuestro corazón, deseamos procurar disfrutar dañando y dominando.

El ser humano es el único ser que es consciente de que hace daño y lo provoca a sabiendas: es el único ser que es cruel. La crueldad es la característica que lo distingue del resto de animales y, por tanto, tiene que ser su modo de ser específico. El mejor desarrollo de la humanidad, por tanto, es llevar hasta las más amplias cotas la brutalidad. Por ello, se debe ejercer la mayor brutalidad y atrocidad posibles.

Considero que los escritos literarios de Sade son la consecuencia más lógica de la Ilustración. Ella, en su valoración ensalzada de los beneficios del dominio de las artes por medio de la mejor técnica y el progreso, señalaba que la mejor administración exigía una gestión más racional de los recursos naturales y la utilización de ellos como meros instrumentos.

Kant, en sus primeros escritos en los que reflexionaba sobre la historia, señaló que la guerra es el motor de la historia. Ella hace que se repartan mejor las tierras, dando lugar a grandes imperios. Así, se permitía formar civilizaciones avanzadas que propiciaban que algunas migajas fuesen empleadas en el arte, el pensamiento y la cultura. Gracias a las Guerras de la Convención, se estabilizó un régimen como el revolucionario liberal. Kant lo ensalzó como necesario para aquellos pueblos en los que el gobernante no tendía a la Ilustración y forzaba al pueblo llano a imponerla. La guerra era el padre de todo, como señaló Heráclito.

[Escritos posteriores de Kant, ablandaron su postura y señalaron, sin prueba manifiesta, que las guerras son malas para la economía por dar incertidumbres; y defendió que el mundo acabará por tender a la paz perpetua, garantizada por una República mundial gobernada por una organización política basada en la separación de poderes, aunque los ostentara todos el mismo rey].

La filosofía de Sade solamente era un paso hacia delante, un cambio cuantitativo y no cualitativo: el utilizar a las personas como recursos (humanos), para beneficio de los seres dotados de un mayor grado de conocimiento y saber.

Convertir a desgracias humanas en ganado para el disfrute de los mejores era la única manera de hacer que sus inservibles vidas cobraran sentido. Se conseguía esta gran metamorfosis, al convertir sus cuerpos en objeto del refinamiento de unas mentes preclaras que deberían dominarlas, para poder organizar bien la sociedad bajo el poderío del saber. Las criaturas patéticas deberían sentirse halagadas por poder servir de compensación placentera a sus generosos amos, que desgastarían sus mentes supremas en la ordenación social óptima y racional.

Transformarse en tributos para los mejores gobernantes es el honor más grande que se le puede conceder a unos seres que solamente ocupan espacio, consumen un aire del que no son dignos y que no valen realmente nada. Ser presas para el goce de los superiores es lo mejor que podrían llegar a aspirar en sus pestilentes y contingentes vidas.

Al igual que el Marqués de Sade, yo fui juzgada por la incomprensión de mentes ignaras y mentecatas, carentes de unos mínimos de racionalidad y conocimiento.

* * *

La tarde del día de la primera comparencia tuve que sufrir la idiocia materna. Me trasladó hasta la casa en un silencio sepulcral. Allí, sin decir una palabra, me cogió del brazo y me trasladó a la sala de estar. En ella, estaban mis hermanos viendo la televisión. Cuando vieron los movimientos en bloque de mi progenitora, se cruzaron al instante las miradas y decidieron marcharse *motu propio*, sin que mediara palabra alguna. Mi madre me sentó en un sofá y se agachó de manera tal que sus ojos estaban a la misma altura que los míos. Sus glóbulos oculares se movían llenos de nerviosismo y en una evidente irritación. Se encontraron con una mirada

fría, que parecía dirigirse al vacío. Quedó en silencio un buen rato, hasta que consiguió la osadía suficiente como para dirigirme la palabra.

- Pero, hija... – dijo en un tono firme, aunque lastimero - ¿En qué te he fallado?

El mensaje de aparente autodesprecio, escondía un velado reproche que denunciaba la desviación de mis actos a la perdición. Su apelación a las emociones para tratar de condicionarme era tan burdo y rastrero que no pude menos que estallar.

- Dije la verdad. ¿Está mal decir la verdad? No me puedes reprochar que haya tomado mis propias decisiones –empecé mi letanía erudita con toda la tranquilidad y aplomo del mundo-. La Ilustración es el gran avance de la civilización que defendía racionalmente que las personas deben superar su minoría de edad: no deben hacer lo que otros le dictan que hagan. Es la llamada a pensar por sí mismas y actuar siguiendo las conclusiones de su propio pensamiento.

- ¡Oye! -interrumpió abruptamente la idiota, sin éxito-.

-Kant había renunciado a la posibilidad de que la razón pudiera llegar a guiar la ética –continúe impasible, como si fuese la grabación de una máquina-. El conocimiento del sujeto acerca de las representaciones de los fenómenos observables proviene de los sentidos. La razón que va más allá de este entendimiento solamente puede formular pensamientos formales, demasiado abstractos como para poder ser objeto de demostración. Los juicios morales son evaluaciones y, sin hacer referencia a nada que se pueda captar por los sentidos, se quedan como pensamientos formales.

“El ser y el deber ser son diferentes. La apariencia de cómo es el ser puede ser tratada por el entendimiento; pero los juicios morales no dicen cómo son las cosas, sino que evalúan cómo deberían ser: son pensamiento puramente formal. Por ello, no es cognoscible, pero pensable. El sujeto que pretenda llegar a la mayoría de edad o pensar por uno mismo y actuar de forma autónoma tendrá que formular una serie de normas estrictas. Ellas son unas máximas, que deben ser tomadas como un imperativo categórico. El sujeto debe pensar qué actos cumplirse por todos y siempre; sino, dichas máximas no serían reglas propiamente dichas: serían meros consejos y no serían normas que tienen que ser cumplidas. No hice lo que me pediste porque no me parecía racional y tomé mi propia decisión. Realicé el sensato y racional lema de la Ilustración: *sapere aude!*, “¡atrévete a pensar!”

- Kant también tenía como lema racional: “piensa lo que quieras, pero obedece” –replicó llena de rabia la estúpida de ella-.

- Sí, la *Aufklärung* fue impulsada por el déspota ilustrado Federico II de Prusia –seguí sin pestañear si quiera-. Él propició un cierto grado de desenvolvimiento del pensamiento libre y crítica pública. Cumplía la máxima del despotismo ilustrado: “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”. Ello significaba que puso límites para que el pueblo no fuera del todo partícipe, poniendo como límite la obediencia de la ley.

“Kant lo justificó señalando que se podía hacer crítica pública que permitiese aconsejar hacer reformas públicas; pero que una vez fuese dictada una ley la crítica debía pararse y dar debido cumplimiento a la ley. Si no, se tendería al desorden y al caos. La crítica tendría que fomentar que pudieran aprobarse determinadas leyes. Si no se consideraba justa una ley, no se quebraba; sino que se trataba de impulsar su modificación. Sin embargo, mientras la crítica no tuviese efectos sobre la legalidad, había que

acatarla para que hubiese orden. Cuando no se está de acuerdo con una ley, no se vulnera; sino que se buscan los medios para que se modifique; pero mientras tanto, se obedece.”

- Éso es, ¿por qué no me obedeciste? - señaló triunfante mi madre.

- No me has escuchado en absoluto –le repliqué imparable sin inmutarme-. Lo que debe acatarse es la ley una vez aprobada; no la guía paternalista de autoridades como los pastores y los intelectuales que te digan lo que debes pensar y hacer. Someterte al peso de la supuesta autoridad es no pensar por uno mismo y dejar que otros piensen por ti. Ello es hacer lo que una figura paternalista te guía: ser un menor de edad a efectos prácticos. La mayoría de edad efectiva se da cuando se piensa por uno mismo y se actúa en función del propio pensamiento racional. Se tiene que obedecer a la ley; no la guía de figuras paternalistas que te digan todo lo que tienes que hacer. Y acatar la ley era confesar. De esta forma, se puede dar estabilidad a la sociedad y se permite reforzar unas garantías jurídicas.

- A ti te da igual el orden y la ley... –se resolvió a decir mientras le temblaba la voz por la ira y el nerviosismo-. La ley te da igual, sino no hubieras… No hubieras… ¡Tú, solamente quieres divertirte! ¡Éso es, querías reírte de esas familias! ¡Todo lo demás te da igual! ¡Eres…!

- ¿Qué soy? -espeté, pero su voz se apagó por completo.

* * *

Kant. Kant fue el filósofo que completó el arco de los planteamientos de la Ilustración. Su criticismo fue la gran cúspide y última consecuencia

lógica de la crítica realizada por la crítica ilustrada al oscurantismo y la irracionalidad. Con la autocrítica de la propia racionalidad dio cumplida cuenta a los planteamientos que se dieron en la Ilustración, que buscaba cuestionarlo todo para conseguir que se estableciese la racionalidad más auténtica. La crítica a sí misma, la crítica a la razón pura fue el ejercicio más consecuente del movimiento crítico ilustrado. Su obra magna fue el broche final de un movimiento cultural que dio a las más altas cotas de civilización y racionalidad.

Kant fue un maestro universitario que hizo de su vida una auténtica obra de filosofía. Se le conocía como el reloj de Könisberg, donde residía y enseñaba. Le llamaban así porque todos los días hacía las mismas actividades en la misma secuencia temporal. No podía ser de otra manera: todas sus acciones eran reguladas por el escrutinio de la razón y la debida organización, haciendo que sus hábitos respondieran a la justificación racional y a la ordenación que les correspondía. Realizaba cada acto del día en un momento determinado porque previamente había pensado que era el mejor instante para hacerlo. Cada acto se podía realizar de la forma más racional en función del mejor momento y lugar para efectuarlos. El racionalista más acérrimo que ha existido se preguntó a sí mismo si debía casarse y, como no encontró ningún argumento a favor de ello, decidió no hacerlo.

El severo pietista consideraba que todo debía ser sometido al juicio de la razón; aunque en el nivel práctico, la racionalidad solamente podía quedar como mera formalidad. Hume ya había separado el ser del deber ser. Son diferentes la teoría del conocimiento acerca de cómo parecen que son las cosas y los juicios acerca de cómo pensamos que deberían ser [juicios que, según Hume, tendrán que ver con los sentimientos de placer y dolor; dado que no pueden ser racionales: tratan no de cómo entendemos las cosas, sino de cómo valoramos que son]. Kant señaló que el pensamiento puramente

formal podía formular normas que el sujeto podría asumir como órdenes que considera que toda persona debería cumplir –a pesar de que ello no es cognoscible-. Y todo en la vida debía someterse al juicio ordenado de la razón, aunque fuera pura formalidad.

Consideraba que la guía en la vida tenía que ser las estrictas conclusiones del frío razonamiento. Consideraba que Rosseau era "el Newton de la moral" porque, en su texto *Emilio,* estableció una forma severa y estricta de educar a niños y a niñas. Según su "pedagogía", sus actos se tendrían que constreñir a unas normas morales que limitaban su capacidad de actuación. Castraba tanto sus pasiones como los tan básicos impulsos sexuales. La fijación kantiana no le permitió darse cuenta de que el autor que ensalzó era un ser abyecto, que abandonó a su esposa e hijos.

Fuera aparte de que la misoginia de su tratado "pedagógico" iba contra toda racionalidad. Ella fomentaba a que no se alimentase la inteligencia y cultura de las mujeres (miembros también de la especie humana y dotadas, por tanto, de las facultades naturales de la racionalidad). El fomento del pensamiento permitiría a las mujeres llegar a altas cotas de conocimiento si se procuraba una educación adecuada que les diese acceso al saber. Dicho acceso se defendió en el proyecto ilustrado en el caso de los pobre. Se argumentaba que ellos podrían llegar a desarrollar las capacidades intelectivas si se les otorgase de los medios y educación debida (principal objetivo de las Enciclopedias de la Ilustración). Lo mismo se aplicaba lógicamente en el caso de las mujeres, pero los misóginos ilustrados no lo quisieron ver.

Claro que, más allá de su criticismo, Kant tenía unos anclados prejuicios acerca de la mujer que hacían oídos sordos a toda aseveración de Helvetius en su obra *Acerca del espíritu.* En ella, proclama que la mente es una facultad de la especie humana. Por tanto, hay una igualdad cognoscitiva

entre hombres y mujeres. Por existir esta realidad, debería construirse una correspondiente igualdad de educación que pueda llevar a alcanzar las mayores cotas de potencial que hay en todas las personas, independientemente de su sexo. En una aristotélica posición, Kant consideraba que el papel social de la mujer (convencional y artificial), se correspondía con su presunta naturaleza pasional y emotiva.

* * *

Incluso el filósofo que puso todo al examen de la crítica racional tenía sus límites. Sin embargo, no es por ello menos válido su filosofía criticista. Fue el compendio adecuado de un proceso largo de construcción del conocimiento del sujeto. Él elevó el papel del sujeto pensante (que en la filosofía de Descartes meramente tenía representaciones de la realidad). Kant sentenció que el sujeto era el ser trascendental que construía todo el conocimiento posible.

La discusión entre racionalistas y empiristas acabó tomando un cariz extremista. El mayor filósofo hasta la fecha había señalado que lo que se considera saber es una mera creencia, asentada en la costumbre. David Hume concluyó que el conocimiento no era tal; sino que se componía de una serie de convenciones aceptadas por todos. Hume señalaba que no se podía establecer un saber riguroso; dado que el entendimiento se basaba en la experiencia y en ella de por sí no se podía encontrar un rastro de causalidad. Argumentaba que para poder afirmar que dos fenómenos observables relacionados como causa-efecto solamente podían establecerse como leyes generales de la naturaleza si se pudiese comprobar en todos los casos, en los innumerables casos que había en el mundo y a través del tiempo.

Esta imposibilidad de establecer leyes generales por la generalización de la experiencia lo reflejó con acierto Bertrand Russell por medio de su descripción de un pollo empirista. Este animal se basaba en la experiencia cotidiana y, como veía que a diario le daban de comer, concluyó que todos los días le darían de comer… hasta que llegó el día de Navidad. No se puede afirmar desde los datos de los sentidos que tirar a una persona a un barranco profundo causa la muerte de todas las personas; porque, para comprobarlo, no solamente habría que tirar a varias personas a él, sino que se debería tirar a todas las personas para poder afirmar que las podría matar a todas. Esto es imposible dadas la cantidad de personas que hay, y porque en el tiempo todavía irían llegando nuevas para hacer la comprobación.

El conocimiento fue interpretado como mera convención, creencias en las que se ponen de acuerdo las personas por tradición, por costumbre o por comunicación. Kant asume que el conocimiento procede de los sentidos; pero indica que el propio entendimiento exige que haya unos conceptos previos que agarren el saber por sus articulaciones. Para que los datos de los sentidos no sean un haz caótico e incomprensible, es necesario que haya unos *apriori,* una ordenación previa que permita saber cómo enfocar los datos observables y hacer que la experiencia sensible sea mínimamente inteligible. E. g. una persona ciega de nacimiento a la que le devolvieran la vista es incapaz de arreglarse con los datos que provienen de la vista, dado que carece de los medios para hacer comprensible los datos que le abruman por la vista y con los que no sabe manejarse.

Era conocedor de la obra de Newton, que señaló que el espacio y el tiempo son absolutos. Por tanto, consignó que los primeros principios del entendimiento debían ser las nociones de espacio y tiempo. Solamente podemos captar y entender que hay unas sensaciones acerca de unos objetos

si podemos situarlos en las dimensiones físicas (altura, anchura y profundidad) y en el devenir del tiempo. De la misma forma, el aprendizaje de muchas formulaciones matemáticas y la situación de los seres en función de las categorías son previas a la experiencia sensible.

Sin embargo, este entendimiento era limitado. El sujeto trascendental construía un saber acerca de los fenómenos, de cómo aparecían los seres a los sentidos. Se limitaba a dar cuenta de cómo nos parece que son las cosas. Las cosas en sí iban más allá del saber de la experiencia. Por tanto, quedaban fuera del alcance de las condiciones de posibilidad del conocimiento.

Más adelante, los filósofos idealistas criticarían la posición de Kant indicando que si podía afirmar que el saber por los sentidos acerca de los fenómenos no tenía nada que ver con las cosas en sí, es que algo se podía saber de ellas: cómo no son. Por tanto, se podría llegar a saber algo real.

En el ocaso de su vida, el filósofo que había puesto como principios fundamentales los conceptos de espacio y tiempo acabó perdiendo la noción de ambos. En su senectud, le daba indicaciones a su cochero para cambiar de ruta y se sentía perdido. Acabó sin sentido de la orientación y del transcurso del viaje. El reloj de Könisberg se paró.

* * *

Mi racionalidad también se puso en tela de juicio. La segunda sesión judicial fue llevada por mi abogada como un examen de mi mente. Intentaron hacer prevalecer por la persuasión su versión verosímil de la realidad, más allá de consideraciones algunas acerca de la verdad.

La Fiscal llamó a Tommy, que cantó como un canario. Con este inexorable flujo de los acontecimientos, a la ambiciosa farisea no le costaría conseguir una orden judicial para extraerme muestras de ADN. Ellas servirían de prueba para todos mis crímenes. Así las cosas, a mi abogada solamente se le ocurrió hacerme pasar por una psicótica, enajenada por completo y carne de psiquiátrico. Pidió a mi psicóloga que hiciera de perito.

- ¿Lucía podría ser calificada como psicópata o sociópata?- inició mi letrada con una forzada formalidad-.

- Es muy difícil dar un cuadro clínico que se ajuste con Lucía –repuso tranquilamente mi terapeuta-. Presenta varios patrones de conducta por los que se podría diagnosticar tanto una psicopatología como una sociopatía, pero…

La interrumpió la letrada, que quería reconducir la atención hacia recovecos que retorcieran la verdad lo suficiente. Pretendía tergiversar el sentido de mis actos, presentándolos de otra forma:

- ¿Podría explicarnos que es un sociópata? -interrumpió con celeridad-.

- Sí, puedo –reconvino mi psicóloga, tras arquear una ceja y lanzar una mirada fulminante mirada a su interlocutora- Una persona sociópata es aquella que tiene una versión distorsionada de la moralidad.

- ¿Diría que la interpretación del bien y del mal de Lucía le llevó a considerar sus actos como positivos, en una enajenada visión de la moralidad? -lanzó triunfal la abogada, mientras se alegraba de que se abriera la posibilidad de reconducir el proceso a su terreno-.

- Sí, el código de la niña aprueba el uso de la violencia – respondió con severidad y continúo con acritud:- Sin embargo, Lucy presenta requisitos para que su diagnosis la coloque en el cuadro de la psicopatología: tiene una autoestima sobredimensionada, baja tolerancia a la frustración, tendencia al engaño y manipulación, y satisfacción a través del sufrimiento ajeno. Esto no significa que no sea consciente de lo que hacía. Es consciente del bien y del mal. Sabía lo que estaba haciendo y que estaba mal.

Mi letrada se quedó sin palabras, así como sin discurso. A modo de reprimenda, mi terapeuta terminó su conclusión:

- La cuestión con el comportamiento de Lucía… -empezó hasta que dirigió su mirada sin quererlo hacia mi hierático rostro-. Lucía considera que su actividad criminal es una obra de arte. Se enorgullece de sus actos; pero esto no conduce a creer que no supiera que lo que estaba haciendo era terrible. Diría más, su condición le lleva a la imprudencia moral. Como se considera más inteligente que las personas de su entorno, creyó que nunca cometería un error. Se regodeaba pensando que podría hacer algo que, en el fondo, sabía que estaba mal y que era un abuso. Se atrevió a cometer lo que consideraba el peor acto porque pensaba que no la iban a detener nunca.

- Suficiente –espetó la juez, una señora de avanzada edad y cansada de todas las miserias humanas-. Gracias, doctora Eguía.

Mi abogada ni se atrevió a pedir una alegación por enajenación mental. Estaba derrotada y lo único que le quedaba era salvar la cara ante mi ridícula madre. La racionalidad del mundo pasó por alto a ambas mujeres. Mis actos artísticos superaban con creces en pensamiento a todos los apestosos procesos neuronales que pudieran computar sus incapaces mentes.

* * *

El gran arte del Siglo de las Luces fue el clasicismo, que tomó su mayor expresión en la música, compuesta de sinfonías cuya armonía fue insuperable. La gran aportación del Imperio austríaco fueron las partituras de genios como Mozart y Beetovhen.

Los filósofos no pudieron sustraerse de la reflexión acerca de la sensibilidad artística y convirtieron la reflexión acerca de la contemplación en una rama propia: la estética. La estética fue definida por Bangartem como la reflexión acerca de la experiencia sensible. No se refería a la sensibilidad de los datos de los sentidos, que pudiera ser parte del entendimiento; no, se refería a la sensibilidad que se experimentaba por medio de la contemplación (sea de obras de arte, de paisajes, personas u otros seres naturales). Él consideró que esta rama debía ser articulada en función de la lógica, señalando que se podían ordenar grados de belleza deducidos por su grado de elaboración racional.

Shafstesbury vuelve a focalizar la atención en la sensibilidad. Defendió que los juicios de belleza podían estar emparentados al deseo erótico (como reflejan las llamativas y hermosos despliegues del plumaje de machos de aves para impresionar a las hembras). Los juicios estéticos tienen que ver con un buen humor (los humores eran los supuestos procesos fisiológicos que se atribuía que circulaban por el cuerpo). El cultivo de un fomento de una afectividad más positiva llevaría a una adecuada y auténtica religiosidad; alejándose de los resquemores del rencor y el odio que se presentan en todo fanatismo.

Diderot considera que lo bello tiene que ver con lo que nos resulta agradable y la estética tendría que estar ordenada por medio de la categoría

aristotélica de la relación. La reflexión sobre la contemplación sensible tendría como labor asignar distintos grados de gusto, haciendo que unos tengan mayor plenitud respecto a otros.

Hume relacionó los juicios de belleza con los grados de satisfacción o placer que pudieran transmitir las obras de arte y todo lo que pudiese ser contemplado. Gran admirador de su obra, Kant consignó que el juicio de belleza tenía que ver con un juicio de gusto, relacionado con el placer y displacer. Un objeto juzgado como bello era aquel cuya observación resultaba agradable por su forma.

La diversidad de los cánones de belleza y las distintas corrientes artísticas no supusieron ninguna complicación especial para el criticista. Señaló que, en el juicio de belleza, el sujeto hacía un juego entre la imaginación (las distintas "imágenes" o formas concretas susceptibles de juicios estéticos) y el entendimiento (que proporcionaba un concepto abierto y general acerca de la belleza).

El entendimiento daba un cierto concepto de belleza que quedaba en el aire y se veía constantemente renovado por las distintas formas concretas bellas. En el juicio de belleza hay un vago concepto formal de la misma, que se ve constantemente renovado por las nuevas formas concretas de expresión artística o de interpretación de la belleza.

No es un concepto no objetivo. No puede ser determinado por los datos de los sentidos y el entendimiento -que tratan de las representaciones que tiene el sujeto sobre el mundo–. Pero es una nocíon universalizable, en tanto en cuanto puede ser comunicada. Se puede valorar que una obra de arte es bella y puede que otras personas no estén de acuerdo; pero, en cualquier caso, la persona disconforme ha entendido a la persona que

comunicaba su juicio (tanto que el oyente ha concluido que no está de acuerdo con su parecer). Puede que varias personas no estén de acuerdo acerca de la belleza de un ser objeto de contemplación, pero entienden lo que dicen otras personas cuando expresan que algo es bello.

Según Kant, la belleza nos hace creer que hay algo positivo en el mundo y nos reconcilia con él. Aunque yo diría que la belleza es lo que tapa las miserias del mundo. Todas las artes adornan los hechos y brutalidades históricas, bajo cuadros, poemas y esculturas que tratan de expresar la gloria, el valor y la belleza de batallas terribles. El arte embellece los actos innobles perpretados por reyes imperialistas y soldados inmisericordes. En *Lo bello y lo siniestro,* Eugenio Trías representa esta romantización del arte europeo haciendo una reflexión acerca de la pintura *El nacimiento de Venus*, una pintura en la que aparece en todo su esplendor el nacimiento de Venus, diosa de la belleza, que debe su existencia a la mutilación de Urano. La representación bella de Venus trata de tapar el origen terrible de su mito: un destronamiento violento y sangriento, que hizo que los pedazos de los genitales del antiguo rey de los Cielos se mezclase con la mar y diese lugar al nacimiento de la risueña y hermosa diosa.

Diferente del juicio de belleza es el juicio acerca de lo sublime. Lo sublime es aquello que es inmenso. Es la impresión de estar frente a algo tan superior a nuestras concepciones que está fuera de la categorización o *sublimis* ("bajo el límite") y nos sobrecoge. La inmensidad del espacio o el infinito matemático que supera toda nuestra capacidad de entendimiento, nos hace sentir ínfimos. Pero, en una suerte de *catársis,* encontramos cierto alivio cuando nos damos cuenta de que se establece un distanciamiento entre aquello que nos afecta y nos da una suerte de alivio agridulce. Saber que lo que nos supera carece de conciencia, nos hace recuperar nuestro amor propio y hace que lo sublime sea de nuevo agradable.

Mis cadáveres modificados eran una mezcla de belleza y sublimidad. Hice del crimen un arte. Mis complejas composiciones eran tan excelsas que redimían las patéticas existencias que habían tenido en vida mis estúpidas presas.

Yo debería ser objeto de admiración y de adoración. Pero, bueno, a falta de razón, bueno es el miedo: el terror que infundí en los corazones de las bestias bípedas más pueriles e insignificantes, más simples que el mecanismo de un abrelatas.

* * *

Europa supo del Terror cuando los girondinos volvieron al poder en el mes de Thermidor y se hicieron valer, ejerciendo asimismo un "Terror blanco". La Ilustración fue el caldo de cultivo ideológico que condujo a que se desarrollaran ideas y fuertes críticas que llevaron a la toma del poder. La burguesía se había expresado por medio de la Ilustración y desarrolló nuevas ideas, así como configuró las críticas que le permitieron dar excusas para tomar el poder por la fuerza.

Los grandes comerciantes habían crecido económicamente y en poder. Sus intereses se veían limitados por las cortapisas del intervencionismo estatal, por la propiedad estamental (atada a un linaje e inamovible) y por los privilegios de los aristócratas. Con los discursos ilustrados les calentaron las orejas a los campesinos, que tomaron la Bastilla, se hicieron con las armas y tomaron el poder por la fuerza. Gracias a ello, los burgueses tomaron el poder y gobernaron para satisfacer sus intereses económicos, por encima de todos los demás. Hasta la actualidad.

Se impuso la racionalidad liberal por la fuerza, como todo cambio real en la historia. Se estableció un parlamento compuesto por burgueses, unos más moderados y otros más revolucionarios, dispuestos a acabar con los privilegiados del antiguo régimen.

Durante un tiempo pareció que iban a seguir el modelo británico y que iban a formar una monarquía parlamentaria. Sin embargo, Luis XVI tenía otros planes y se escapó con su esposa. Querían ir a Austria para organizar desde allí un ataque contra la revolución. Les identificaron en el camino, al ver pagar con una moneda en la que estaba su efigie.

El parlamento votó la condena por alta traición. El voto de Felipe de Orleans fue el definitivo para condenar a muerte a los traidores a la nación. Desde entonces, los jacobinos establecieron su gobierno revolucionario, realizando expropiaciones a los antiguos privilegiados en nombre del pueblo y ejecutando condenas a la guillotina. El nuevo orden se impuso por la fuerza, como todo ejercicio de poder.

Solamente desde el dominio y por hacerse valer se podía empezar a cambiar la sociedad. Así, se podía romper con el pasado, sometiendo a los poderosos antes de que organicen un movimiento reaccionario y estableciendo el dominio. Solamente así se podría empezar a construir una nueva sociedad, destruir un tipo de propiedad, extender la educación a las clases bajas y establecer un sufragio universal. No se puede negociar ni hacer componendas con los privilegiados; ellos ejercerían su poder para oponerse frontalmente, lógicamente. No se puede hacer reformas con los que tienen privilegios y ostentan todo el poder sin restricciones. Únicamente se podía construir una nueva sociedad si se tomaba el poder y se imponía el nuevo orden.

El "Incorruptible" Robespierre terminó su gobierno revolucionario y sus procesos sumarios a los privilegiados cuando fue sometido por una toma violenta del poder. El Terror que se condenaba fue ejercido por el nuevo gobierno thermidoriano, pero ejercido ahora contra los anteriores gobernantes.

La joven República era un caos de luchas de poder y Napoléon fue un astuto cesarista, que aprovechó su debilidad y dio un golpe de Estado. Con la excusa de extender el código civil nuevo, invadió todos los países europeos que pudo en unas guerras tan cruentas como sangrientas. Los libros de historia se escriben con la sangre de los inocentes, ninguna sociedad puede hacer leyes sin que el poder y el dominio se ejerzan.

Los países americanos aprovecharon la debilidad de Europa para lograr la independencia. Previa a la revolución francesa, además, los Estados Unidos habían luchado por separarse de Gran Bretaña; fue el modelo para todo el continente, que adoptó procesos constitucionales e independentistas similares.

El continente americano había sido esquilmado. Sus indígenas habían sido esclavizados, fuera aparte del comercio de esclavos africanos. Todas las aseveraciones acerca de la racionalidad de todas las personas no fueron concebidas para los "salvajes". El texto de la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano" nunca fueron llevadas a la práctica en las colonias. Tanto Locke como Kant consideraban como positivo que la civilización se impusiera sobre las colonias, pese al expolio, la esclavitud, la deshumanización, los genocidios y las hambrunas provocadas como represión [como la impuesta a Irlanda en el siglo XIX o la que se provocó también en la India en pleno siglo XX, por parte del político "moderado" Winston Churchill].

Los criollos decidieron tomar el poder y lo hicieron por medio de guerras. No podía ser de otra manera. Todo cambio en la sociedad es por medio de la toma del poder y ella conlleva a usar la violencia para tomar el control. Ningún cambio social real se ha realizado repartiendo flores. No se puede negociar con los seres que pretenden tener privilegios y situaciones de desigualdad que favorecen sus intereses. Todo cambio se ha obtenido por ejercer la fuerza y obligar a que haya cambios. Solamente se puede conseguir algo si se toma el poder y se imponen las cosas por la fuerza.

Nunca se ha condenado la violencia, se ha condenado la debilidad. Los poderosos son los que dictan qué es violencia y qué es “orden”. Si me juzgaron no era por lo que había hecho, sino por mi debilidad. Si yo hubiera usado la violencia para tomar el poder, a estas alturas habrían estatuas dedicadas a mí y auténticas bibliotecas con libros que me glorificasen.

.IX. Revolución Industrial: colonialismo, explotación y progreso

Fábrica de futuros robots. Michel Foucault, en *Vigilar y castigar*, señaló que el modelo de las escuelas está basado en el sistema de las fábricas del siglo XIX. Las escuelas funcionaban como una industria. El edificio de la escuela tiene dispuestas las clases en una dirección jerárquica en las que el profesor hace las veces de capataz; los silbatos marcan los horarios; y los procesos de enseñanza están basados en pruebas, que hacen las veces de tareas laborales.

El filósofo francés había descubierto que toda institución está basado en su opuesto. La cordura se definía como lo opuesto a la locura; la sanidad se sustentaba por medio del concepto de enfermedad; la sexualidad se define a partir de la perversión; y el poder en función del castigo.

El poder era entendido por él no como el ejercicio de un dominio exclusivo de unas élites; sino como la transferencia de diferentes relaciones de domino, que todas las personas ejercían en forma de control sobre los demás. El jefe manda sobre las personas empleadas; ellas, respecto a su progenie (su prole: es lo que define al proletario); y los hijos descargan su rabia surgida del mando paterno sobre sus hermanos menores o sobre los animales domésticos (necesarios para deshacerse de roedores).

Las instituciones de poder tienen como principal función controlar a las personas. Lo realizan por medio del uso del control del ejercicio de la vigilancia; y también, por medio de diferentes formas de amenazas de castigo. Toda la historia del ejercicio del poder se puede reducir al desenvolvimiento de diferentes formas de control, modos de vigilancia y de castigos.

Las escuelas son un derivado de la organización maquinal de la industria del siglo XIX. Así que el reformatorio al que me mandaron fue una suerte de institución de doble control. Primero, como cárcel para niños; y, en segundo lugar, como escuela que decía promover la inserción social [y que, en realidad, procuraba crear robots sometidos a la disciplina de horarios, figuras de mando como el profesor y sometimiento a un ritmo marcado desde arriba].

El reformatorio al que fui transferida era una suerte de cárcel infantil. Una institución penitenciaria disfrazada bajo la excusa de la buena nueva de las oportunidades de inserción social y de los parabienes de la pedagogía socio-constructivista. Animaban a la participación activa de los estudiantes, bajo la mentira de que podían mejorar sus condiciones de vida sin necesidad de modificar sus condiciones materiales. Presentaban la Educación como el medio milagroso que permitía que las personas tuvieran más oportunidades para lograr un puesto en una sociedad que, en verdad, era competitiva, clasista y racista.

Se proclama que hay que estudiar para ser algo. Pero lo que no se matiza es que los estudios son un mínimo, la experiencia es algo, y el dinero y los contactos, lo son todo. Das una patada a un árbol y caen titulados de todas las especialidades. En el mundo real no importan los méritos ni el esfuerzo, solamente saber venderse. La canalla liberal. Para el mercado laboral eres lo que puedes promocionar. Eres un producto. La prueba es que en el trabajo pagan por ti: eres una mercancía más en el mercado, aunque sea el mercado laboral. Eres un producto, que cada vez es más de usar y tirar.

No hice notar mis discrepancias respecto al modelo ingenuo que creían con fe los docentes. Los profesores eran unos paternalistas bienpensantes que creían que su labor era más que mercenaria. Consideraban que su labor pedagógica era la máxima expresión de la bondad caritativa: dar el favor desde arriba y oportunidades a aquellos que habían estado en exclusión social o bajo un entorno destructivo.

No, les seguí el juego y formé parte de sus talleres de arte, que potenciaban la creatividad. Ellos pretendían que los niños aumentasen su asertividad y su confianza en uno mismo. Mediante ella, lograrían una actitud positiva y acabarían siendo proactivos. La actitud activa era considerada una auténtica panacea, que presuntamente podía superar todas las formas de exclusión social y de clasismo.

Realizaba grabados y pinturas que imitaban *a la maniera* (como si fuera una suerte de manierismo) las formas de expresión renacentistas. Mis conocimientos en anatomía me permitieron realizar representaciones que se ajustaban mucho con las formas perfeccionistas de los artistas del renacer cultural europeo. Recibía los elogios y buenas valoraciones de los profesores, que realizaron informes positivos acerca de mí y provocaron las envidias y resentimientos de mis compañeras.

No me preocuparon los complejos de las pipiolas descastadas que poblaban aquella jaula humana. Me frustraba más el sistema de disciplina horaria. Me hizo sentirme como un animal enclaustrado en un zoológico, sometido y resignado a las instrucciones y designios de sus cuidadores. Me consumía la indignación de tener que seguir el ritmo impuesto y las órdenes de botarates vocingleros, que se consideraban grandes pedagogos que sabían lo mejor para nosotros. Cuando, en realidad, eran unos estafadores que negaban la realidad social competitiva. Nos enseñaban la gran mentira de

que si estudiamos, llegaremos a ser algo en la vida. Nos mentían y nos decían que por nuestro propio esfuerzo superaríamos todas las barreras, más allá de que dependamos de la fortuna y del criterio arbitrario e irracional de trabajadores de recursos humanos privados.

Me sentía impotente cada vez que cerraban nuestras celdas, por limitar nuestros movimientos. La falta de libertad me pesaba como una losa terrible. Fueron innumerables las ocasiones en las que me sobrevino el poderoso deseo de golpear los muros con todo el impulso que da la adrenalina para derribarlos. Pero era consciente de que sería inútil y me abocaba a la mayor de las impotencias.

La fuerza de la imposición era extrema y hacía que me sintiese menos humana. Me veía como a una suerte de robot que tiene que seguir comandos y que se reduce a objeto. Me sentía frustrada a cada momento, al ser consciente de que no podía ir donde yo quisiera y cuando yo quisiera y que mi vida se basara básicamente en la sumisión. Estaba sujeta a la dirección de fuerzas extrañas que decidían sobre mi vida y sobre mí. Era tratada como un animal domesticado, casi una esclava que debía obedecer y no afirmarse. Solamente faltaba que me obligaran a trabajar.

La compañía de niñas inmaduras e ignorantes hacía que me sintiera completamente sola. Ya me sentía abandonada a mi suerte antes de entrar en prisión; pero ahora que no disponía del poder de tener decisión sobre mis actos, hacía que sintiera que mis compañeras eran otra imposición y castigo más. No me granjeé la simpatía de ninguna. Mi actitud fría llevó a que se produjeran animadversiones hacia mí.

L'enfer, c'est les autres, "el infieron son las otras personas", decía Sartre. El ser humano es libre; por tanto, a cada momento puede actuar de forma

diferente y ser una persona distinta. Por ello, nunca llegamos a ser del todo, somos nada, una pasión inútil. El corolario de esta afirmación es que no podemos fiarnos de ninguna persona porque, aunque no haya hecho hasta ahora nada contra nosotros, en cualquier momento puede cambiar y perjudicarnos. El ser humano, para afirmarse y confirmarse como sujeto, debe tratar a los demás como objetos: sino se verá que son los demás los que le tratarán a él como objeto. Las otras personas nos tratan como objetos, aunque sea como objetos de observación. En la mayoría de los casos, entonces, nos cosifican y nos tratan como instrumentos para lograr sus fines y sus intereses. En el fondo de su voluntad, las otras personas pretenden utilizar a los demás, de modo que puedan alcanzar sus objetivos y satisfacer sus deseos.

Todos los días sentía el infierno de la presencia de las demás. Podía tocar la tensión que había entre nosotras solamente con respirar. Tampoco es que me molestase la tensión, la soledad y la incomunicación. De hecho, yo casi no articulaba palabra. Era lacónica y parca en palabras, dando a parecer que solamente me dignaba a pronunciar mensajes solemnes y severos. Mis palabras eran de oro y no podía hablar más porque, sino, ellas se devaluarían.

En cualquier caso, daba la impresión de que no me comunicaba con ellas porque las despreciaba y rechazaba. Debían pensar que me creía mejores que ellas. No eran tan manguanes como parecían.

Desperté extrañeza por mis refinados modales, rechazo por mi condescendencia y envidia por los halagos que recibí de los docentes. No era tan ingenua como para no suponer que acabaría despertando antipatías decisivas, que llevarían a la universal lucha por el poder.

Sacrifiqué tiempo libre para la lectura y me interné horas practicando en un saco de boxeo. Entrené mis ataques de kárate procurando proyectar la fuerza de todo mi cuerpo. A pesar de que daba patadas y puñetazos que generaban ruido estruendoso, no debieron sentirse demasiado intimidadas mis compañeras. Su ignorancia les hacía creer que el hecho de que no moviese demasiado el saco era signo de falta de fuerza. No podían saber que mis golpes secos y en bloque tenían que producir una potencia repartida.

Cierto día, las mayores se miraron entre ellas e hicieron un ademán que parecía mostrar un decisión. Se acercaron a la mesa en la que me sentaba sola y, creyéndome presa fácil por estar siempre a solas, me dijeron:

- Oye, tú, nueva... -me dijo la fea hembra alfa llena de brusquedad y tosquedad-. Tienes que darme el postre o te doy una buena hostia.

Pasé por alto que una niña no pudiera ser una sacerdotisa católica con la capacidad de cambiar por un ritual transubstaciación de la Sagrada Forma, y le acerqué con una mano el platillo en el que estaba depositado el flán.

Todos las mentes pazguatas son iguales: solamente ven lo que se les acerca a su margen de visión, carecen de la visión panorámica de todo animal destinado a ser depredador entre presas. Son tan simples como el mecanismo de un sacapuntas. La facilidad de engañarlas era hasta obscena... Ninguna de mis presas, siquiera las más experimentadas y salvajes, iban más allá de lo que se le acercaba a su vista. Nunca se fijaban en la otra mano, ni mucho menos en el antebrazo que escondía mis armas blancas.

Cuando agarró el platillo ni siquiera pestañeó. Para entonces había trazado una curva descendiente con el cuchillo colocado hacia atrás para su

ocultación. El brillo que produje tampoco le afectó. Tardó un segundo en sentir el corte de la carótida. La sangre se vertió como cuando una manguera es cortada por una de sus partes: manó en un chorro fuerte que pintó la mesa en un segundo.

Las otras reaccionaron antes que la mayor. Chillaron con una estridencia que pudiera haber quebrado los vidrios. Asustaron a mi víctima, que despertó a la realidad y se tapó el cuello desgarrado. Como la sangre fluía sin parar, se asustó tanto que se dejó caer al suelo, mientras lloraba de puro pánico.

Aproveché el estado de *shock* de todas y me lancé contra la que estaba más cerca. No tuvo tiempo de reaccionar o quizás le paralizó el miedo. No pudo evitar que le sacase un ojo, ni menos la extracción del otro cuando se contrajo bruscamente por el terror. A la tercera le rompí el tabique nasal de forma correcta: le provoqué la muerte fulminante. La cuarta pudo echar a correr como alma que se lleva el demonio.

Para cuando llegaron los alguaciles, el comedor era una estampida que les impidió el paso. Me reía cruelmente, regozijada por despertar tanto horror.

- ¡Yo soy la muerte! -grité, ebria de poder y gloria-. ¡Muerte! ¡Muerte!

Como veía que sus mentes limitadas estaban condicionadas por el temor, tuve que hacer uso de un mensaje más directo. Ellas no eran capaces de escuchar sino de oír, así que tuve que añadir:

- ¡Soy la carnicera de Bilbao! ¡Estáis muertas! ¡Muertas! ¡Muertas!

Manchada a un lado por el aspersor viviente, agarrando con firmeza y fiereza el cuchillo de comer y con un gesto de depredador, obtuve la imagen de un ser horrible. Me había convertido en la dueña de esa fábrica de descastadas.

* * *

Fábricas. Industrialización. La Revolución Industrial comenzó en el siglo XVIII en Gran Bretaña, cuando los ganaderos ovinos burgueses invirtieron en la manufactura de los productos de la lucrativa lana que tantos beneficios les había traído. Los vasallos de los señores aristocráticos usaron las tierras que les alquilaron sus amos para que pastara el ganado ovino. De esta forma, lograran la lucrativa lana. Finalmente, decidieron mejorar la producción de los bienes que se obtenían de la materia prima que explotaban: el tejido.

Los telares artesanales de los maestros gremiales fueron sustituidos por la manufactura más técnica; y, finalmente, la producción se realizó por máquinas de vapor que hacían la labor de muchas hilanderas. Los talleres se conviritieron en fábricas y las condiciones laborales se tuvieron que ajustar a los ritmos que imponían las máquinas. Los proletarios debían alienarse y convertirse en meras extensiones de la máquina, adaptándose a sus necesidades y a sus ritmos mecánicos. Estos seres humanos dejaron de serlo y pasaron a ser robots que debían ajustarse al modo de ser mecánico de las industrias.

Más tarde, Karl Marx describiría con exactitud esta manera de ser extraña, en la que los trabajadores ya no eran sujetos; sino que debían someterse a las exigencias de un objeto, debían servir para la producción de unos objetos y hacer que el trabajo fuese algo en el que sentirse utilizado y

extraño, por servir a los intereses de otro. El trabajador se sometía a los procesos de una producción que le era ajena. Tenía que servir a los intereses de otro, que se llevaba todas las ganancias del fruto del trabajo y que imponía forzosamente sus ritmos de producción competitivos y acelerados.

El trabajo había sido la manipulación de la naturaleza para que sirviese al ser humano, a su creatividad y satisfacción. El objeto que se producía era un medio para alcanzar unos fines establecidos por el productor. Desde la era industrial, el trabajador ha sido un mero instrumento que debe servir a los intereses de otro. El proletario debe ajustarse a ritmos impuestos, producir más bienes y servicios de los que son necesarios para su subsistencia. Todo el trabajo ajeno se hacía a cambio de cobrar una remuneración que no se ajusta con la riqueza producida (explotación).

La revuelta de Ned Ludd no iba contra la destrucción de empleos por parte de las nuevas máquinas industriales; sino que era una lucha contra las peores condiciones de trabajo y de vida, que habían traído consigo la nueva manera de producir. A ellas le siguieron la lucha proletaria de los cartistas primero y las nuevas *trade union* después.

Como ya he señalado con anterioridad, todo lo que se avanza en Gran Bretaña llega un siglo tarde en el resto de Europa. La industrialización se produjo en el resto del continente por medio de la entrada del ferrocarril, que mejoraba el transporte de unas mercancías que eran objeto de un cada vez más global mercado.

El crecimiento demográfico por la mejor alimentación condujo al traslado de las personas del campo a la ciudad, donde eran pasto de un sector industrial que explotaba a la gente. El capital funcionaba a nivel cada vez más global, el mercado se iba haciendo cada vez más mundial.

Los patrones unieron capitales (créditos y acciones) para formar *trust* y *holdings.* Con su mayor poder económico, arrasaron sus mercados nacionales (funcionando de forma monopolística en un libre mercado, en el que le perdonaron la vida a la pequeña y mediana empresa). Alcanzaron grandes ganancias en sus propios países; por lo que decidieron invertir fuera y presionaron para que se abrieran los mercados. De esta forma, las grandes empresas internacionales barrieran los mercados de los países pobres, que no podían competir con ellas, dadas las desigualdades reales y las imposiciones coloniales de distinto tipo ("protectorados", colonialismo directo o tratados desiguales tras guerras imperialistas). Dominaron a otros países al dominar su economía. Es el imperialismo.

Las colonias en África, Asia y Oceanía eran pasto de los liberales, que explotaban sus recursos (tanto naturales como humanos) sin ninguna medida. El saqueo de las materias primas y la riquezas fue brutal. La esclavitud se de la manera más inhumana posible. Toda rebelión fue reprimida brutalmente, con guerras sanguinarias como la de los *boxers*, los *boers* y las guerras del opio.

La novela de *El corazón de las tinieblas* no exageró nada los abusos que se aplicaron en las colonias por parte de las nuevas potencias liberales, "democráticas" y civilizadas; en el Congo belga, entre otras colonias, se realizó un terrible genocidio por parte de Leopoldo II, similar al que se realizó con los aborígenes de Australia.

Para mayor beneficio del capital mundializado, se realizaron en las colonias saqueos excesivos, genocidios y organización de la esclavitud hasta extremos inhumanos. Todo el proceso de la industralización y el desarrollo se logró por medio de la rapiña más inhumana, para mayor beneficio de la

burguesía más liberal y "democrática". El capitalismo tiene como principio el dar prioridad al capital (al crédito más abstracto) por encima de todo lo demás.

Todavía hoy quedan restos del imperialismo, en lo que se ha llamado neo-colonialismo, y también globalización. Por presiones para lograr el desarrollo y competir en un mercado más mundializado, los países en desarrollo venden materias primas baratas y compran tecnología puntera cara, dando lugar a la deuda externa. Por ella, se obligó a países pobres a que abrieran sus mercados, privatizasen tierras comunales y eliminasen proteccionismos (que los países ricos nunca han quitado). Los países en desarrollo, así, no pueden invertir en sí mismos y necesitan préstamos del FMI y BM, que los conceden a cambio de un liberalismo salvaje en el que ganan las potentes multinacionales, que se comen todos los mercados y barren a las empresas locales menos desarrolladas. Las riquezas pasan a las multinacionales, es un nuevo saqueo colonial.

Este flujo de capitales internacionales se aplicó también en Europa. Hubo inversores extranjeros que introducían capitales en empresas fuera de su país de origen (como la industrialización en la Margen Izquierda, en la que había tan atractivo carbón como buen hierro para los burgueses británicos). Por tanto, la lucha obrera se hizo internacional.

Comunistas y anarquistas fueron los principales impulsores de una lucha obrera sin cuartel, que consiguió logros tras largas jornadas de huelga; tales como establecer la jornada de diez horas al día, luego de ocho y algunos aumentos salariales. Las huelgas fueron la principales armas de la lucha de la clase trabajadora.

Ellas lograron con mucha lucha unos mínimos de seguridad laboral, condiciones de salubridad y mejoras en las condiciones de trabajo. Nadie regala nada y todo lo que se ha conseguido en derechos ha sido conseguido por la presión de la lucha social, forzando a los burgueses a hacer concesiones que les restan beneficios. Por medio de huelgas y lucha obrera, se lograron establecer mejoras salariales, la jornada de diez horas se consiguieron, la jornada de ocho horas (tras la lucha de los anarquistas y comunistas en Chicago; la larga huelga de la Canadiense en el Reino), la celebración de fiestas y vacaciones, y unos mínimos de condiciones laborales.

Si fuese por la patronal, habría condiciones draconianas y despido libre, puesto que les benefician; todo derecho ha sido arrancado por la lucha y se ha ganado por el uso de la presión social, forzando a los poderosos. Los patrones nunca han estado dispuestos a ceder ni un ápice. Los empresarios pretenden que haya "libertad" para hacer contratos en un marco de desigualdades de poder y de desigual capacidad de negociación (las personas trabajadoras necesitan más el trabajo que las empresas a una persona en concreto, al tener un ejército de reserva en paro). Mantendrían imposiciones si no eran fuesen obligados transigir por parte de la clase trabajadora, por medio de poner sobre la mesa una lucha obrera que les obligue a ceder unas migajas de derechos. La falta de lucha de los trabajadores actual y la progresiva precarización tiene una clara relación: si no hay lucha, no hay derechos.

Los liberales salvajes actuales tratan de convencer de que la efectividad se basa en dejar total libertad a los que tienen desigual poder. Ello permite que los que gozan de más peso de poder, los propietarios de las empresas, puedan tener libertad para imponer sus condiciones draconianas, sin ningún límite. La falta de regulación ha llevado a que se formen inevitables burbujas financieras, fruto de una especulación sin límites y sin

regularizaciones (después de destronar cuarenta años de desarrollo estable keynesiano). Las burbujas acaban estallando y se pasa de crisis a crisis.

Por la misma lógica del absurdo, las condiciones laborales debían ser inestables, de manera que dejaran a los trabajadores indefensos y presionados a aceptar cualquier tipo de contratación. Así los patrones están más "animados y seguros" para contratar y "crean" más empleo (como si no fuese la producción del trabajo de las personas trabajadoras las que generasen empleo). No crean trabajo, viven del trabajo de los demás. La canalla liberal. Las últimas décadas de liberalismo sin regularizaciones ha mostrado que puede que haya habido más contrataciones, pero ello no implica la creación de más empleos. Habrá más personas contratadas bajo condiciones precarias. Para unas mismas tareas, se cambiarán de empleados como de ropa interior, en contratos mensuales, semanarios y diarios. Ello no es creación de empleo, sino reparto del tiempo de trabajo o sustitución de trabajadores.

Los animales que poblabamos el reformatorio estamos destinados a ser carne de cañón de la precariedad laboral. Ninguna educación iba a tocar la realidad material y el ordenamiento social. La Pedagogía Crítica que se predicaba en la cárcel infantil era un cruel fariseismo; debida cuenta que nos querían hacer creer que si estudiábamos, éramos creativos y proactivos superaríamos todos los problemas sociales. Según su fe, si nos esforzábamos, podríamos llegar a ostentar títulos y realizar prácticas en empresas que nos tenían que llevar a ser algo en la vida. El cuento de la educación pública europea: el timo del autoengaño y el pensamiento progresista desubicado. Vivíamos en la sociedad de la lucha de clases. Y, si no se participa en ella, se acababa sufriendo la tiranía de la patronal. No todos pueden ser oportunistas que vivan del cuento de ser reaccionario.

* * *

Friedrich Engels se sumergió en los suburbios proletarios para conocer las terribles condiciones de hacinamiento, insalubridad, miseria e incertidumbres en las que vivían los desposeídos de Inglaterra. Marx lo teorizó en su libro *El capital.* Señaló que se puede saber el grado de explotación si comprobamos que la riqueza generada por los trabajadores supera el valor necesario para su propia subsistencia. Entonces, crean más valor del que son pagados, generan más valor que el salario que perciben. Como no se paga este valor añadido, existe explotación. Las personas trabajadoras producen riqueza de más valor que el sueldo que reciben; por tanto, son explotadas. Este valor de más es el plusvalor o plusvalía. Ella es el valor añadido a los bienes y servicios. Ella da beneficios a los explotadores es lo que se genera de más en la transformación de las materias primas en bienes y servicios de mayor valor. Hoy persiste como trabajo por cuenta ajena, en la que se paga un salario y no en función de los bienes y servicios producidos.

Marx se basó en la economía política de su época para afirmar sus conclusiones en su crítica a la economía política. Adam Smith había señalado que el desenvolvimiento del egoísmo, la búsqueda del propio interés lleva a la riqueza de las naciones. Esto ocurría teóricamente en tanto que un mercado libre conduce a que una mano invisible lo equilibre todo [el pulso entre oferta y demanda lleva a un punto de encuentro, que conduce a un equilibrio virtual de la economía]. Adam Smith haría apología del capitalismo en estos términos. Pero reconocería también que la mayor garantía de los mercados era el propio Estado. Aparte, señaló que la base de la economía es la alimentación (básica y necesaria). Por otro lado, indicó que el valor de los productos procedía del trabajo (aunque fuese establecido más bien por el salario).

En similares términos, David Ricardo establece que el valor viene del trabajo y que se puede cuantificar por el salario. Marx señala que el valor viene de la riqueza real que se ha producido de forma efectiva por el trabajo. Un producto puede tener una utilidad, por la que es finalmente comprado. Pero este tipo de valor es subjetivo e incuantificable. Para tener un valor objetivo, se introduce una manera de medir objetiva. Se otorga valor en función de las horas de trabajo empleadas que se tarda de media socialmente para ser producido, así se puede cuantificar el valor. Un valor que nunca es dado al trabajador que lo genera, sino que se le asigna un salario siempre inferior al primero.

Roemer entiende que la explotación es una derivación de la división de la sociedad en clases. La constitución de la división de la sociedad en clases y las relaciones asimétricas entre ambas dan lugar a la explotación. En esa sociedad, una clase por su status social (por su propiedad privada de los medios de producción) puede hacer que otra clase inferior tenga una relación de dependencia hacia ella y obligue a la clase dominada a trabajar para la clase dominante con las condiciones que la clase alta exija. Una de esas condiciones es que la clase desposeída reciba menos recursos de los que les corresponden.

Empezando por la primera parte de su teoría, su teoría de las clases, define las clases sociales no por el nivel adquisitivo, sino por la posesión de medios de producción. El grupo de personas que posea los medios de producción estará en lo más alto de la sociedad, ya que controlaría la producción de los bienes y servicios que necesita la sociedad para subsistir y así podría influir sobre las demás clases. Influye o condiciona a las otras clases porque ellas dependen de la clase alta por necesitar los recursos que acapara. La posesión de dichos medios le permitirá la compra de fuerza de

trabajo (salario asignado por el esfuerzo en el trabajo). La clase principal ejercerá influencia sobre las otras por la presencia de formas de dependencia entre los poseedores de los medios de producción y los no poseedores. Las personas de las clases desposeídas requerirán subordinarse a las poseedoras por no poseer dichos medios y necesitarlos para vivir.

El grado de propiedad de los medios asigna el status social: la clase alta es la que posee los medios de producción o subsistencia –empresas y tierras-, la clase media es la que tiene posesión de un pequeño establecimiento en el que vende productos o proporciona servicios y la clase baja es la que carece de propiedades y debe vender su fuerza de trabajo. En función de la propiedad de los medios de producción, se tendrá una mayor o menor capacidad para la distribución de los productos (bienes o servicios, elaborados mediante el trabajo de los empleados) y se crearán unas relaciones de dependencia mayores o menores con respecto a dichos distribuidores o poseedores de los productos.

La magnitud que usa Roemer para medir objetivamente los recursos a distribuir es la relación trabajo/precios: es la diferencia entre el valor del trabajo realizado y el precio de productos que tienen similar valor. Es la diferencia entre la cantidad de valor producido en el trabajo con respecto al sueldo o a las ganancias en el caso de los empresarios. Es el grado de capacidad para adquirir productos o recursos según los precios de cada momento. Si un trabajador, a pesar de trabajar mucho no consigue recursos tales como alimentación, vivienda y cultura que están a un determinado precio, y necesita estar trabajando un tercio de su vida para conseguir pagar sus necesidades, entonces está siendo explotado. El empleado crea bienes y servicios con un valor determinado y tendría que recibir una retribución que le permita adquirir otros productos de igual valor. En caso contrario, se da un caso de explotación.

Si el empresario gana más, es decir, si adquiere más recursos a unos determinados precios, precios superiores a lo pagado a los empleados, y ellos no se corresponden con lo producido por los trabajadores, entonces se puede hablar de explotación, por no recibir los trabajadores lo que les corresponde.

La explotación se permite y, por tanto, se realiza a partir de que el trabajador tenga que trabajar para otro que domina la distribución de recursos, por la dependencia de uno frente al otro.

Roemer entiende, así, que la explotación es una relación entre estratos sociales. Es una relación compuesta por formas de dominación o de dependencia de una clase sobre otra que permiten y provocan que una determinada clase pueda disponer de los medios para adquirir los recursos y de distribuirlos según su conveniencia.

Por ser dueño de los medios de producción, gestiona la creación de bienes y servicios, y asigna lo que hay que dar a cada parte de una empresa. Y a pesar de lo que trabajen y produzcan los empleados, les asigna un salario que no se corresponde a lo trabajado (valor producido) y que pueda permitirles acceder a unos precios que ponen a la venta los empresarios en los bienes y servicios. Si a pesar de subir los salarios, suben los precios, la explotación no decrece porque su capacidad para acceder a los recursos sigue siendo la misma. No obtienen un valor real que les permita acceder a productos que valgan el valor/trabajo que han producido realmente los trabajadores. No se les paga lo que producen. Ello se mide por medio del valor de los productos: si el salario no permite acceder a productos similares a lo producido por el trabajador, entonces se da un caso de explotación.

La explotación se puede cuantificar según esta relación valor-precio. Se puede medir según la distancia que separa lo que se puede adquirir

(productos a unos determinados precios) con el salario con respecto a lo trabajado o producido. Se hablará, en función de ella, de una mayor o menor explotación. Los precios son asignados por los empresarios, por lo menos en la cantidad mínima (antes de que pueda aumentar por la oferta y la demanda), según el valor trabajo producido (y no pagado a los productores o trabajadores).

Roemer define el trabajo o el valor del trabajo como producción (creación de productos o servicios que den ganancia): el valor del trabajo se define en función de los productos o servicios. El valor es el resultado del trabajo de cada empleado, de él se sacan las ganancias. A dicho valor creado le correspondería una retribución que permitiese conseguir productos de similar valor. Se habla en términos de explotación en el caso de que no se pague en función de estos términos, sino que se pague por la fuerza de trabajo (el esfuerzo empleado en las horas de trabajo) y no en función de lo producido en esas horas. Como resultado de limitar la asignación de esa forma, se sacan los beneficios.

De aquí se intuye que se podría realizar un reparto de los bienes (valores-precios) de una forma más justa o meritoria (como se puede observar, en las condiciones que introduje en mi concepto de justicia marxista). Solo se podría hablar entonces de explotación si el reparto fuese posible de otra forma, si hubiese otra manera alternativa de ordenar la sociedad, de realizar las relaciones sociales de forma que se hiciese un reparto según estratos sociales o un reparto equitativo por supresión de dichos estratos.

En una coalición amplia de agentes sociales N (que abarcaría a toda una sociedad), una parte de ella, la coalición S, estaría explotada en el caso de que estuviese mejor en una coalición amplia alternativa y fuese mejor para S retirarse, y si se da caso de que el el resto de la coalición N, que podemos

llamar S', tendría una relación de dominación con respecto a S (perdiendo poder S' en el caso de que se retirase S). Si un grupo social pudiese conseguir más recursos si él estuviese separado de otro grupo, entonces se produce explotación.

Desde esta interpretación, en el capitalismo se puede hablar en términos de dominación porque se impide la posibilidad de retirarse. El trabajador no puede salirse de hecho de la coalición por la dependencia que tiene del empresario que acapara los medios de producción necesarios para crear los productos. Los empleados dependen del propietario por ser dueño legal de esos medios. Al no disponer de esos medios, ha de entrar en una empresa para producir los bienes y servicios que requiere para vivir. A pesar de que los beneficios de dicha empresa provienen del trabajo y se crean valores-precio que superan el valor de dichos medios que son propiedad privada legal de unos particulares, son la clase dependiente y dominada.

La causa de la explotación son un tipo de relaciones sociales asimétricas (clasistas) que permiten el hecho de que un estrato social cree dependencia sobre otro que no posee capacidad de retirarse dentro de la legalidad presente a una alternativa mejor, a pesar de ser los productores de los recursos de los que se logran las ganancias.

No existe la misma capacidad de retirarse (dentro del sistema socio-económico capitalista), dado que los trabajadores dependen de los medios de producción que se requieren para poder producir los objetos que ostentan valor. Un empresario podría retirarse de la relación sin problemas, podría romper la relación de golpe sin temor porque los trabajadores siempre volverán a él o a otra persona de la misma clase. Un propietario puede cerrar la empresa, más o menos, cuando quiera y, si la vende, los antiguos empleados volverán a ella porque la necesitan para vivir (no tienen nada y

necesitan supeditarse a las personas que sí poseen). Por tanto, el resto de la población siempre dependerá de los poseedores, y la mayoría se verá obligada a retornar a la minoría si es que quiere subsistir.

Por tener propiedad de los medios de producción en exclusiva, los medios necesarios para subsistir, se crea una dependencia que fomenta la creación de relaciones asimétricas, jerárquicas y de subordinación, restando autonomía en los trabajadores. Hay una incapacidad por parte del trabajador a la hora de retirarse, porque por sí mismo no puede producir los productos de subsistencia por falta de medios, que acaparan las clases altas.

El empresario puede retirarse del juego porque aunque rompa las relaciones laborales con sus empleados (los despida), siempre volverán otros candidatos a ocupar dichos puestos porque por sí mismos no pueden subsistir. Hay una relación de dependencia clara, que permite que la distribución sea conforme a los intereses de los patrones y en función de la que, al final, siempre se pague en función de sus principios (sueldo, pago por el esfuerzo o fuerza de trabajo) y no en función del valor producido (en otra forma de distribución, que sería entendida como justa según la teoría marxista de la justicia expuesta).

Según la teoría de Roemer, en el capitalismo hay explotación. Se puede cuantificar en la medida en que en el reparto de productos haya una desigual distribución per capita del capital. Los tipos de trabajos pueden ser diferentes, pero todos los productos de cada uno de ellos tienen asignado un valor conforme a su respectivo grado de elaboración. El reparto del capitalismo en el que solamente se da al empleado un salario no es la única posibilidad de distribución. Se podría entregar a cada trabajador el valor que ha producido (o una cantidad de dinero que valga tanto como lo que ha creado y que le permita comprar otros productos del mercado de precio

similar). Dicha posibilidad es lo que plantea la alternativa hipotética expuesta (la cual no existe en la actualidad y sólo puede ser imaginada). Si es viable una distribución de ese valor-trabajo, entonces el mero pago de la fuerza de trabajo es explotación.

Es decir, hay explotación cuando la asignación del trabajo no le permite acceder al trabajador a un producto o servicio de un valor-precio de similar valor-precio al producto o servicio (o productos o servicios) elaborados por el empleado.

Dicha remuneración se da en el trabajo asalariado en cuanto tal, porque el principio del trabajo por cuenta ajena es que el producto del trabajo no es reconocido como del trabajador (a pesar de que sea él quien lo genere realmente) y se retribuye por la fuerza de trabajo un sueldo, que no tiene que ver con lo producido. Se paga por el tiempo, por el esfuerzo empleado para realizar los nombrados bienes y servicios, y no por los productos producidos por el trabajador del que se sacan las ganancias y mediante ellas se permite poder invertir en la empresa, haciéndola estable y rentable. El salario recibido, a su vez, nunca coincide con los precios-valor de productos similares a lo producido, puesto que siempre se suben los precios por encima de los sueldos, para lograr mayores ganancias. Los precios siempre serán más altos porque cada vez que se suban los salarios, se "compensará" subiendo precios para que haya beneficios mayores.

Siempre se estará dependiendo de las clases altas, puesto que el salario no coincide con los precios y los trabajadores deberán estar trabajando para ellas un largo período de tiempo para poder acceder a los productos (que en muchos casos, son necesidades). Fuera de esta teoría marxista de la justicia, dentro de la búsqueda del mayor beneficio posible para los propietarios, rebajar beneficios subiendo salarios sin subir los precios se consideraría

radical. Aumentar los salarios, dando una porción de los beneficios del precio a los salario es valorado como extremista. Roemer consideraría que la explotación desaparecería en un socialismo de mercado, un sistema económico de libre mercado con empresas de propiedad colectiva, similares desde su planteamiento a las cooperativas de Mondragrón (asamblearias e igualitaristas entre sus socios) que llevan décadas mostrando que la gestión obrera es viable. Nada como la posibilidad de un mundo más justo para hacer que el nuestro parezca todavía más aborrecible. Me enciende sobremanera que la humanidad viva en la explotación, la represión, la opresión y el imperio de la ley injusta.

Karl Marx, en cualquier caso, empezó sus reflexiones criticando a Hegel, que consideraba que la realidad es racional (e ideal). Hegel consideraba que todo lo racional es real y todo lo real es racional. Lo único que pasa es que la razón debía materializarse en el mundo. El motor de la historia era la guerra porque permitía el mejor reparto de tierras y la formación de imperios que alcanzaban los más altos grados de civilización. Las ideas más avanzadas se imponían por la fuerza de unas figuras ambiciosas que tomaban el poder. Ellas usaban como excusa el ser los defensores de las ideas más civilizadas.

Cuando Napoléon llegó cerca de las tierras de Hegel, su grupo de idealistas plantaron el árbol de la libertad. Hegel señaló que el general era "el Espíritu montado a caballo". Era el militar corso que presionó para hacerse cónsul y luego dio un golpe de Estado. Tomó todo el poder y se expandió por Europa con la excusa de expandir su Código Civil más civilizado. En el final de la historia se establecería de forma pura la libertad, la igualdad, la justicia y la fraternidad. Supuestamente el Estado Prusiano encarnaba toda la racionalidad.

La era industrial no era el fin de la historia, dado que en la sociedad industrial no se daba la racionalidad en absoluto. En el caso de los proletarios no hay ni libertad, ni igualdad, ni justicia, ni fraternidad; sino que hay contradicciones sociales (como la explotación y la alienación). Por tanto, es claro que la sociedad todavía tiene unas contradicciones y tiene que tender necesariamente a la resolución de las conflictos sociales. De alguna manera, el movimiento social es la muestra de que todavía hay contradicciones por resolver y de que la realidad debe moverse para resolverlas. Las malas condiciones de vida presionan a las personas y les fuerzan a meterse en el movimiento social, de forma que de la lucha se consigan mejoras laborales. No se ha llegado, entonces, al final de la historia. En potencia tendría que haber un movimiento social que conduciría a otro tipo de sociedad.

En su juventud, Marx critica a Hegel por no corresponder sus conclusiones a la realidad y por ser su sistema filosófico una suerte de constructo demasiado abstracto y que lo mistificaba consignando que la realidad está impulsado por lo ideal. Karl Marx sentencia que no son las condiciones ideales las que influyen a la realidad, sino que son las condiciones materiales la que determinan a la conciencia. Él consideró que lo que mueve (o influye preponderantemte) a las personas no son las ideas, sino que más bien las personas se ven influidas por la realidad material porque realmente las personas actúan para conseguir cubrir sus necesidades básicas (materiales) y sus intereses.

Como el idealismo no describía de forma adecuada la actividad de las personas y su movimiento en grupos sociales reales, Marx tuvo que buscar otra manera de interpretar la realidad y lo hizo por medio de una filosofía materialista. Su tesis doctoral fue acerca del materialismo de Demócrito y Epicuro, que señalaron que la vida se compone únicamente de una realidad

material construida a partir de los átomos (aunque Demócrito lo tomaba de una forma más escéptica) y todo se reduce a la composición de esta base material atómica. Karl Marx se doctoró en filosofía haciendo una tesis sobre el materialismo atómico de Epicuro y Demócrito. Empezó a concebir que la realidad es fundamentalmente material. Las ideas eran meras transmisiones de las comunicaciones neuronales. No son las ideas las que determinan la realidad material, sino al revés.

Karl Marx se inscribió en el materialismo filosófico y se vio influido, en primer lugar, por la interpretación materialista de Feuerbach. Su profesor defendía que la identidad y la manera de ser de las personas se ve formada a partir de sus sensaciones físicas, vivencias y experiencias. Según Feuerbach, somos lo que comemos.

A pesar de estar de acuerdo con respecto a algunos puntos de su maestro, Marx critica a Feuerbach. Considera que está presentando a un tipo de persona pasiva, que meramente recibe las sensaciones materiales y que no actúa; cuando en la realidad se ve que se moviliza para intentar cambiar la sociedad y conseguir cubrir sus necesidades e intereses. En sus tesis sobre Feuerbach, él sentencia que los filosófos no han hecho más que interpretar el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo. Entendió que debía estructurarse otro tipo de filosofía materialista, una que tuviera en cuenta el movimiento y la actuación social de las personas.

Marx y Engels consideraron en su *Ideología alemana* que, como la sociedad no está basada en la materialización de las ideas, entonces la realidad tendría que basarse en otros principios. La realidad era materialista y se configuraba de forma social-histórica. Como no son las ideas las que determinan la sociedad, la sociedad debe basarse en distintos principios: el materialismo.

Las contradicciones sociales presionan para que haya un consecuente movimiento social, cuya resolución puede llevar a que una clase social tome el poder y cambie el mundo a su imagen y semejanza. La burguesía podría ser un ejemplo de ello. Tenían el poder económico en la Ilustración, pero sus ambiciones se veían constreñidas por un poder estatal que ponía límites que no podían negociar. Por tanto, calentaron las orejas de los jornaleros y les llamaron a hacer la revolución liberal. Una vez derrocado el antiguo poder, la burguesía se hizo la dueña del nuevo poder tomado y hicieron del mundo una sociedad basada en su imagen y semejanza. La sociedad pasó a ser sociedad puramente comercial, en la que la propiedad no era estamental y fijada por un linaje (sino que pasaba a ser privada y comprable por el dinero).

Los cambios relevantes en la sociedad solamente pueden venir en el caso de que una clase desposeída tome el poder y cambie todo a su imagen y semejanza. Como ha habido cambios en las sociedades y tendentes a menores privilegios, los dos materialistas coligen que la historia de todas las sociedades es la historia de la lucha de clases. El motor de la historia es la lucha social, resultado de las contradicciones que genera que una clase desposeída sea la que vaya tomando fuerza (social) y sea presionada por las condiciones materiales o la necesidad a luchar por el cambio social.

La reflexión acerca de la historia de Marx y de Engels ha desatado tantas pasiones como limitada era su filosofía. No tienen nada que ver con los grandes sistemas que le precedieron. Solamente daba cuenta de la *praxis* o de la realidad práctica de las relaciones de poder.

En una suerte de filosofía de poco recorrido, la interpretación materialista de la historia consideraba que la última etapa de la historia era

el final de la lucha social proletaria. Ella llevaría a que, por presiones en las condiciones de vida, la clase trabajadora acabara tendiendo a la toma del poder y a dar a la último cambio histórico. Harían que la sociedad cambiase a su imagen: todas las personas se volverían trabajadoras. Y, como no hay nadie por debajo de la clase proletaria, se eliminarían las clases y el Estado (que, en su interpretación, es la herramienta impositiva de las clases dominantes sobre las dominada). Sería la conquista de la democracia.

Sí, Marx cuando hablaba de dictadura del proletariado no pensaba en lo que entendemos ahora por dictadura. Conocedor de la historia de Roma, hacía referencia a la figura del dictador del derecho romano. El dictador era un gobernante excepcional, al que el Senado le daba poderes especiales de forma temporal. De igual manera, en un período limitado de tiempo, el conjunto de la clase trabajadora debía ejercer poderes especiales, hasta eliminar todas las clases. Cuando se le preguntaba a Marx o Engels acerca de la dictadura proletaria, hacían referencia a la Comuna de París (una asamblea horizontal y plural con cargos rotativos y sustituibles) y a la configuración de una república democrática.

Concebía a la clase proletaria como un partido: una parte de la sociedad (que debía actuar en conjunto y unida). Cuando se referían a un partido, se referían al conjunto de la clase trabajadora. Huyeron de ligas y sectas. Solamente se sintieron cómodos en la Asociación Internacional de Trabajadores, en la que había una relativa diversidad de organizaciones.

El comunismo no deja de ser una suerte de cristianismo para el pueblo, en el que se pretendía llevar el Paraíso a la tierra. Esta filosofía niega que la realidad sea conflictiva y que el enfrentamiento sea tan necesario como inevitable. Querían rechazar el sufrimiento, el cambio del mundo y la necesaria lucha de todos contra todos.

Nunca ha existido como tal, como no podía ser de otra manera. La ciencia de lo posible que es la política solamente puede ser el ejercicio y abuso de la imposición del poder; no es posible la democracia y la igualdad.

En lugar de la conquista de la democracia, se hicieron revoluciones liberales con algunas concesiones obreras (como la 1848, en Francia, poco después de publicarse *El Manifiesto Comunista*). Después de la muerte de los dos autores, se hicieron revoluciones violentas en Oriente, que terminaban en dictaduras burocráticas; con todo lo que ellas han implicado como autoritarismos. Las tomas de poder fueron seguidas de permanentes estados de excepción y de guerra civil, en los que se delegaba el poder a burócratas y tecnócratas, más dotados de conciencia de clase, por ser la vanguardia...

Un informe de la CIA de los años 80 señalaba que la Unión Soviética tenía una economía estable y desarrollada que daba aceptables condiciones de vida, algo similar señalaban varios informes de la UNESCO acerca de la calidad de vida en la URSS, informes de la FAO de la época señalaban mejoras en la condiciones de vida y así lo describieron con rigor metodológico y uso de diferentes fuentes la investigación sociológica de Albert Szymanski. Todas esto sería un cruel sarcasmo para los pueblos de la antigua Unión, habida cuenta del dominio de la dictadura de la *nomenklatura* y el *politburó*, las purgas y los *gulags*.

En las muy democráticas repúblicas del Este (dotadas de varios partidos), se estableció un telón de acero. Hubo fuertes restricciones fronterizas para prevenir traslados por parte de sus nativos trabajadores. Bastantes de ellos eran unos seres no dotados de suficiente conciencia de clase: ellos no supieron entender que tenían envidia de las condiciones de vida mejores que tenían los regímenes liberales del oeste de Europa, que

contaban con las ganancias del colonialismo directo y el nuevo colonialismo comercial. Claro.

No me extraña la violencia del poder, son la práctica necesaria para el mantenimiento del poder; pero me sorprende la duración de una ideología tan ligera teóricamente. Los comunistas han intentado cambiar el mundo de miles de formas, pero de lo que se trata es de destruirlo. Aún con todo, no deja de ser algo valorable el que por lo menos se procurase aplicar una teoría filosófica.

Como Nietzsche en sus escritos póstumos, considero que la explotación debe ser defendida. Gracias a ella, se permite el que puedan lograrse excedentes. Ellos permiten la inversión de algunas migajas a mantener a grandes artistas. Ello puede servir para promocionar a genios que tengan disponibilidad para esforzarse en superarse a sí mismos, y lleguen a ser personas superiores, como yo. En el reformatorio comprobé, por el miedo que infundí, que podía dominar por medio del terror. Probé que yo podría tener un puesto de poder, dada mi capacidad de imponerme violentamente. La gran injusticia es que la conjura de los necios frustraría todo intento de estar por encima del rebaño.

* * *

Me alejaron de los parias de la tierra. Me exiliaron del rebaño de idiotas que poblaban el reformatorio. Me dejaron incomunicada en una celda pequeña y alejada del resto. Era como una enfermedad endémica, que debía ser aislada y controlada.

Solamente recibía la visita del funcionario que me traía la comida y de la psicóloga del centro, que se afanaba infructuosamente por despertar en mí

algún tipo de mala conciencia. Trataba inutilmente de hacerme sentir mal por haber asesinado a mis compañeras. Cuando le señalaba que no me daban pena aquellos ejemplares de sub-especie, no podía menos que rechazar lleno de rabia mis increpaciones. Siempre salía llena de frustración y decepción. Me miraba como si fuera un caso perdido.

- Vas a pasar toda tu vida en la cárcel –me espetó al final de una sesión, lleno de acomplejada frustración-.

- Es mejor ser reina del infierno que ser sierva del cielo –le respondí con orgullo desde mi celda-.

En realidad, me frustraba que no fuera dueña ya de mi vida y me sentía en una jaula. Me sentía animal de uso humano. Yo no era más que un objeto, que podía ser administrado como se considerase oportuno para sus objetivos. No me sentía bien entre muros. Ellos clamaban mi falta de libertad. Su presencia me llenaba de impotencia absoluta; pero no podía mostrarme débil ante aquellos mostrencos.

Finalmente, me dejaron en la más absoluta soledad. Me sentía un objeto guardado. Yo era una posesión, que podía ser usada en cualquier momento por otros. No contaba para nada. Era tratada como si fuera un mueble que podía ser trasladado. Podía ser movida donde se considere oportuno. Era un trasto que debía estar alejado de los otros, por tener “termitas” que pudieran estropear al resto.

Para ellos supuse un problema. Acabé siendo meramente un estorbo. Dejaba su pedagogía socio-constructivista a la altura del betún. Mostraba que ella no era infalible y que no era una solución mágica universal. Para ellos era muy cara su “teoría”. Era aquello que permitía que unos ineptos

fariseos pudieran tratar de excusar su sueldo. Era el cuento que les permitía dormir por las noches.

Ellos pensaban en la "inserción social" como si fuera algo positivo. No podían concebir que ella consistía en hacer que las prisioneras acabaran por poder estar adaptadas a una sociedad neurótica. "Reinsertarse" es formar parte sufriente, pero conformista, de la competitividad del mercado laboral y la hostilidad de los entornos laborales.

Los profesores mostraron su decepción cuando me daban clases a solas. Creían que con el arte podría buscar un modo de expresarme. Lo veían como un modo de canalizar mis pulsiones de tal manera que hiciesen que buscase el gozo en un modo de vida creativo. Creían fervorosamente que, así, perdería interés por la destrucción. El sueño de la razón crea monstruos. No hay peor iluso que el que tiene una ilusión. Es la peor ceguera: la de aquel que no podía ver lo que no quería ver.

No se daban cuenta de que una cosa no quitaba la otra. Yo podía ser un artista esforzada a la vez que una cazadora apasionada. La ignorancia de nuestra cultura y civilización es la más extendida de las factultades humanas. Es lo que hace que sean un rebaño de estúpidos animales descerebrados.

Las armas y las letras nunca han estado en conflicto. Hay demasiados casos de artistas y militares: Jorge Manrique, Miguel de Cervantes, René Descartes, el revolucionario armado Friedrich Engels, el Marqués de Sade y, en menor medida, el artillero prusiano Friedrich Nietzsche.

* * *

Friedrich Nietzsche necesitaba estar por encima de los seres gregarios que se unían (los borregos se unen en grupos para sentirse seguros). Su familia creía que procedían de la nobleza polaca.

El joven profesor de filología se sentía enardecido por una serie de obras teatrales trágicas y poemas épicos de la tradición clásica grecorromana. En ellas, se describían los mitos de héroes que lograron un puesto por su esfuerzo, su riesgo, su ambición y su lucha.

Entre otros, Orestes logró vengarse de su madre con la astucia, Edipo logró ser rey de Tebas por su sabiduría, Heracles o Hércules llegó a la divinidad por sus trabajos, Dionisos sufrió avatares y persecuciones hasta que logró su puesto en el Olimpo y el mortal Teseo consiguió ser rey de Atenas por vencer al Minotauro. Estos héroes eran los referentes trágicos de Nietzsche.

El niño Friedrich Nietzsche recibió una disciplinada educación. Ella provocó que él fuese tan formal que no corriese por el patio cuando llovía, se saltaba el sentido común porque le enseñaron a no ir contra las normas. Su padre era un pastor protestante y la religión cristiana formó parte importante de su vida. Oía cerca de su casa los salmos del coro. Entre ellos, había uno que describía el momento de la muerte de Jesshua: “Dios ha muerto, Dios ha muerto”; recitaban. Más adelante, cuando se desengañó con esta religión, esta parte del salmo se convertiría en una de las citas más famosa del filósofo alemán (en la que se sentenciaba que todos los grandes valores habían caído).

La muerte temprana de su padre por una enfermedad física hereditaria le llevarían a su desafección hacia la religión. Su padre murió cuando era

un niño; igual que el autor que tomaría como referencia: el filósofo Arthur Schopenhauer (su padre se suicidó cuando él cumplió trece años).

Friedrich Nietzsche cuenta en sus primeros escritos que, tras la muerte de su padre, soñó que su progenitor salía de la tumba y volvía a entrar a ella portando un niño. Días después falleció el hermano pequeño del filósofo, cumpliéndose su premonición. Pero este hecho también le sirvió de advertencia. Le avisaba acerca de la enfermedad física que más tarde le postraría en un psiquiátrico. Pero, antes, pudo demostrar que él estaba por encima del bien y del mal.

Nietzsche señalaba que el conjunto de los borregos (los débiles sin carácter), no podía aceptar la realidad. Señalaba que la verdad es fea y el vulgo la evita. En un sentido extra-moral, la mentira era entendida como una suerte de auto-engaño que las masas necesitaban escuchar para sentirse seguras.

La mayoría de la gente no es capaz de aceptar el sufrimiento. Por ello, quieren eliminarlo o anularlo como sea. Quieren acabar con él por la venganza: atribuyendo el dolor a un agresor, con lo que la expiación por sangre haría que terminase. El sentimiento de culpa era otra forma de intento de eludir aceptar el sufrimiento. Era otro tipo de venganza, solo que dirigido contra uno mismo. La mala conciencia hace creer que el dolor se puede conjurar por medio del sentimiento de culpa. Por medio del auto-martirio se lograría una expiación o rendención del dolor. El hostigamiento contra uno mismo sería una forma de acabar con el dolor, bajo el delirio de que la culpa se atenúa con la pena del castigo. La *moralina* cristiana es una suerte de masoquismo, que produce algún tipo de alivio.

La realidad no podía ser un mundo cambiante, lleno de incertidumbre y en el que la lucha por la vida era necesaria. Los borregos no aceptan que existen presiones para obtener bienes, tampoco pueden aceptar que hay que luchar contra los demás por ellos. Negaban el devenir del mundo, el constante cambio y la constante lucha. Negaban la dura realidad, señalando que el cambio era pura apariencia y que el mundo "real" era fijo y estable. Los borregos quieren un mundo de sosiego, calma, serenidad, aburrido y pacífico. Pretendían acallar a Heráclito, que decía que el mundo era un constante cambio, constante lucha de opuestos y cuyo desenvolvimento en el cambio es resultado del enfrentamiento ("la guerra es la madre de todas las cosas").

Desde el mundo de las Ideas platónicas eternas e inmutables a las leyes inmutables científicas, la metafísica occidental ha impuesto la visión de que habían realidades y regularidades no cambiantes. La negación del constante cambio del mundo servía como alivio. Era una ilusión que narcotizaba a las personas y le daba una sensación de falsa estabilidad. Servía como una suerte de consuelo. Ella permitía establecer en el mundo incambiante ilusiones de mundos ideales, sea el mundo de las Ideas, el Paraíso cristiano, el Nirvana budista, los parabienes del Progreso, o el Paraíso en la tierra: el comunismo.

Schopenhauer había señalado que la realidad más básica y fundante era una Voluntad: el determinismo de la naturaleza. Él nos obliga a actuar según los designios de las leyes naturales, que procuran la pervivencia de los seres. Todo ser procura pervivir como sea. Básicamente cada entidad se esfuerza por seguir existiendo. Todo mecanismo natural debe procurar mantenerse o desaparecer (con lo que deja de estar en nuestro mundo).

Esta es la verdadera forma de la realidad, la base de lo nouménico (el modo de ser de las cosas en sí, descritas por Kant). Todo lo demás es la representación de los fenómenos: apariencia y confusión. Básicamente, la existencia es la presión por pervivir. La vida, entonces, sería un conjunto de presiones internas (hambre, sed...) que nos atenazan y nos presionan para sobrevivir.

En el ser humano, la Voluntad toma la forma de deseo: Schopenhauer era un budista pesimista. Fue el autor que introdujo las creencias hinduistas y budistas en Europa, esta *moralina* de esclavos que era la moral de la compasión. Según esta cosmovisión, el deseo siempre nos trae sufrimiento. Si no conseguimos lo que queremos, nos frustramos. En cambio, si lo logramos, sentimos una satisfacción efímera, más bien la saciedad de una necesidad. Llegamos al mero hastío y a su consecuente un vacío existencial. Después del hastío, nos quedamos con un profundo e insoportable tedio. Llegamos a alcanzar una mera ausencia de dolor, que nos hace sentir insatisfechos y nos sentimos terriblemente decepcionados. La vida es interpretada como una forma de tensión.

Nietzsche, por contra, entiende que la materialidad cambiante y conflictiva estaba ahí fuera. Existir es una suerte de una voluntad de poder. En el fondo de nuestro ser queremos poder, queremos poder hacer cosas. La vida no es tensión: es energía. La vida no es meramente sentir porque en ella hay movimiento y acción. Las acciones tienen unos objetivos, cuyo logro resulta gratificante. Es satisfactorio alcanzar las metas en tanto en cuanto son victorias. Son a sobreponer, maneras de superarnos a nosotros mismos.

Según sus escritos póstumos, la voluntad de poder es la búsqueda de mayor poder, crecer y expandirse. Es querer ser más fuerte y hacer más cosas. Desde la absorción de electrones de otros átomos a los pseudopodos

de células que tratan de atrapar lo que les rodea para crecer, todo ser busca ser superior.

Nietzsche es aristocrático, elitista y reaccionario: atribuye a todos los igualitarismos esta tendencia compasiva hacia la mediocridad, en la que todos estaríamos igualados, sin que nadie destacase sobre los otros por sus méritos. Criticaba todo tipo de igualitarismo porque, según él, la búsqueda de la igualdad va en contra de la posibilidad de que alguien pueda destacar, aunque sea por medio de superarse a sí mismo, como el superhombre. Consideraba a la democracia, fraternidad y la igualdad como una suerte de cristianismo, una moral de esclavos, un ensalzamiento de los plebeyos y mera valorarización aritmética del número votos que no tiene en cuenta la evaluación geométrica de la calidad de la persona, su nivel de aristocracia. Consideraba al anarquismo y a los socialismos una suerte de cristianismos materialistas que huían de la crudeza del mundo, defendiendo un paraíso en la tierra. En sus escritos póstumos, escribe que deben gobernar los señores y defiende la explotación laboral, ya que considera que gracias a ella el Estado puede recabar fondos para la promoción de genios.

En los mismos textos, describe al nacionalismo como "pequeña política", unos planteamientos limitados frente a la gran política de las relaciones internacionales, que básicamente es la guerra (la única forma de orden entre Estados según Hobbes: la ley de la jungla, la ley del más fuerte).

El ser humano también tiende a procurar ser más de lo que es. En esa pugna por lograr el poder, no debe someterse a las limitaciones impuestas desde fuera. No aceptará ninguna norma que limite sus objetivos. Tendrá que crear sus propios valores, para no limitarse a las normas de los demás, por mucho que ellos estén basadas en la tradición y en el peso de la

fijista metafísica occidental. Con ello, logra marcar el modo de vida que va a tener y se hace dueño de su propio destino.

Si en su afán de poder logra vencer al sufrimiento, se pondrá por encima de los débiles que se inventan mundos ideales. Se sumergirá en el mundo material, cambiante, conflictivo y combativo. Gracias a ello, destacará como uno de los más fuertes, ya que han procurado esforzarse hasta superarse a sí mismos. Sin espíritu de venganza ni culpa, no será un ser de mentalidad enfermiza; sino que será un ser que acepte la vida en su totalidad. Será un ser dionisíaco con *amor fati*, que acepta tanto el dolor como el placer, aceptando así la totalidad de la vida.

Este paso quedará claramente marcado si es capaz de superar la prueba de endurecimiento que es el planteamiento del eterno retorno. La aceptación de la vida será total si un ser es capaz de asumir que la vida tal como la ha vivido, con sus placeres y sus dolores, la va a vivir una e innumerables veces. Entonces, ese ser habrá probado que acepta su vida en su completitud, y habrá demostrado que está por encima de los cobardes que le rodean.

Será una persona superior. Y terminará siendo el superhombre si crea sus propios valores. El superhombre es más que el ser humano corriente que tiene valores: es el ser que crea sus propios valores y es dueño de su propia vida. Es el superhombre, el *übermensch*.

En la época de Niestzsche ya se había establecido la primera ley de la termodinámica, que señala que la energía no se crea ni se destruye, sino que se transforma. Una realidad semejante daba pie a que el universo se dieran ciclos repetitivos. En un cosmos cuya energía era estable, tenía que haber una limitación de combinaciones. Tenía que existir una permanencia de la energía en su devenir tal, que conduciría a que se estableciesen ciclos.

Desde este planteamiento, tendría que haber repeticiones del proceso de formación de la materia, "destrucción" y renacimiento de ella. Daba pie a que pudiera existir un eterno retorno, tesis que en la actualidad defiende el físico Penrose desde ciertos planteamientos matemáticos.

Por otro lado, la influencia de Darwin en Nietzsche es reivindicada en el comienzo de su obra *Así habló Zaratustra.* El sabio persa decía que el ser humano debía ser superado y que él acabaría siendo lo que es el mono respecto a nosotros. El ser humano sería un objeto de burla frente al superhombre.

Yo soy la máxima exponencia de persona superior, dado mi genio cultivado por mí misma, mi esfuerzo por superarme y por romper todas las normas del peso de la tradición ciega. Soy un ser superior por mi trabajada astucia y el gran poder que entrené sin descanso. Además, estoy por encima de los demás por crear mis propios valores (la crueldad fuerte, la astucia victoriosa y la gloria de los vencedores). Por mis propios méritos, me he colocado más allá del bien y del mal.

* * *

Y aún con todo, me veía encerrada por la rebelión de las masas, la conjura de los necios y la hipocresía de los gobernantes europeos (que han indultado a torturadores condenados y mantienen al ejército imperialista y "humanitario" de la OTAN).

Como superior por mis propios méritos, debería de estar socialmente en una posición de mayor poder. Mi mayor frustración es tener que vérmelas con seres débiles y cobardes que nunca se habían esforzado por ser mejores y

más poderosos. Los seres inferiores se limitan a la cobardía de basar su poder en el impulso gregario. Se unen a multitudes en las que el número les da sensación de poder y protección. Llámalo "democracia", "pueblo", "patria", "comunidad", "igualitarismo", "ciudadanía mundial" o "humanidad".

Dicho poder puede parecer potente, pero no deja de ser el poder de una masa que repite como loros los mismos lemas sobre la moralina de los débiles. A partir de la mala conciencia, se valora que el ejercicio de la fuerza es un abuso y una injusticia. Los borregos no pueden ver en la conquista gloriosa el ejercicio del poder de los superiores y mejores.

Como no se esfuerzan por superarse a sí mismos, se quedan en la mediocridad de la masa. La uniformidad del Pensamiento Único hace que las normas y los prejuicios se repitan con idiocia, en un eco en el que no hay lugar para la crítica y el pensamiento propio.

La rebelión de las masas siempre es en contra de los que destacan. Les repele los seres que se han mejorado a sí mismos. Odian a los que se han hecho más poderosos que la media y detestan lo que destaque por encima de la mediocridad. Su espíritu de venganza siempre será el grito de las hordas de los débiles que necesitan unirse para sentir que tiene algún poder. El rebaño siempre irá contra las élites que han hecho el esfuerzo de formarse tanto en letras como en armas. Se sentirán amenazados por parte de los que se han hecho valer su poder, imponiéndose al desidioso y al cobarde.

No soportan que nadie destaque. No pueden tolerar que nadie procure ascender de la mediocridad de sus patéticas e insulsas vidas. Ni mucho menos aceptan que alguien muestre con orgullo los frutos de sus desvelos, esfuerzos, metas superadas, ejercicio laborioso de estudio y cultivo de la

técnica de lucha. Rechazan que alguien pueda elevarse por el esfuerzo y por la conquista por medio de la violencia.

Son un rebaño indolente que está presto a ser guiado por cualquier pastor que les quite el peso de las responsabilidades (siempre y cuando sea un demagogo que adule al vulgo ignorante). Siempre delegan el poder y están dispuestos a ser tutelados por cualquier arribista que esté dispuesto a aprovecharse de su indolencia e idiocia política. Son *idiotés*, los seres que se quedan en lo propio y se desentienden de los asuntos públicos y comunes. Votan a corruptos claros y dejan hacer, siempre que sus discursos sean populistas.

La conjura de los necios no va contra los mejores, los genios. Son unos necios que nunca van contra los peores [miembros rastreros de los propios partidos políticos que han alcanzado altas cotas de poder por dar coba a sus directivos; patrones explotadores; burócratas *nomenklaturistas* corporativistas; banqueros especuladores; y políticos profesionales demagogos y corruptos].

Nada me frustra más en mi vida y en mi existencia que el hecho de que la unión de los mediocres a la sumisión al poder de los tiranos demagogos. Odio que se me conduzca a mí, su superior, a la supeditación de sus términos. Yo no debería estar sujeta al control de sus hipócritas instituciones populistas y demagogas.

Pese a todos mis esfuerzos y astucia, la rabia de los débiles les hizo espabilar un poco y superar de forma rastrera y falsaria las trabas que les puse. Superaron la limpieza de mis actos por medio del testimonio de cobardes que no me habían vencido y por un permiso de extracción de mi ADN.

Tenía que sufrir indefectiblemente la conjura de los necios y la rebelión de las hordas irracionales. Las masas ignorantes se impusieron. La organización en masas se crecen por sentirse grandes por el peso del número. Pero su "pensamiento" se reduce diametralmente, al limitarse a repetir lemas fáciles como loros. Los borregos viven en el espacio seguro de las cámaras de eco.

* * *

La primera visita de mi familia en el reformatorio fue el mayor alarde de irracionalidad y ceguera pasional que ha podido existir en el mundo. Mi madre tenía los ojos rojos y una sonrisa forzada. Tuvo que esperar mucho hasta poder acceder a la primera visita, ya que fue sometida a una rigurosa incomunicación. Les pesó más a mi familia que a mí, que ya me había olvidado de que habían llegado a existir.

Entraron en la sala de visitas, que se componía de un montón de mesas y sillas. Estábamos a solas, salvo por el funcionario de prisiones, que no me quitaba ojo. Antes de acercarse a mí, les repitieron las medidas de seguridad y les recomendó una distancia prudencial respecto a mi persona.

Hicieron caso omiso a la última recomendación y se sentaron en mi mesa. Mi hermano me miró por primera vez con odio, un sentimiento que siempre ha tenido mi hermana, que siempre ha tenido un cierto atisbo acerca de mi verdadera naturaleza. Mi madre tenía la cara descompuesta y todos sus músculos estaban activos para forzar un rostro sereno.

Me preguntó cómo estaba. Cuando le respondí con frialdad que estaba a mis anchas, no pudo soportar más la presión. Estalló a llorar, debido a la mala conciencia que le debía carcomer. Sollozaba por creer que había fallado

en mi educación, por no haber evitado a la sociedad un monstruo incorregible. Había creado a un ser al que no se le podía disuadir ni con el encierro más severo podía disuadir. Yo era su mayor vergüenza y su mayor fracaso.

Estalló en lágrimas y tuvo que salir de sala, incapaz de mirarme a la cara, no podía ver lo que había traído al mundo. Le acompañó mi hermano, que llevado por una cólera tan fuerte como irracional. Él me espetó con fiereza:

- ¡Mira lo que has hecho a ama!

Pestañeé. Por un fugaz instante, sentí una mayor veleidad de la que había esperado. Su desaire afectó a mi orgullo más de lo que debiera. Me hizo mella, sin que a día de hoy pueda hacerme una idea de por qué me afectó tanto.

Mi hermana aprovechó la coyuntura para dar rienda suelta al odio y desprecio que siempre había sentido por mí.

- Te crees la más lista... - me dijo rabiosa y triunfante - Pero mírate. Mira dónde estás. Te vas a pudrir aquí.

- A ti lo que te pasa es que tienes celos porque yo he tenido más sexo con nuestro hermano que tú –le dije para hacerla reventar de rabia y para hacerla sentir un malestar e incomodidad enorme . ¿No te ha extrañado que un mozo de casi dieciséis años abrace y bese tanto a su hermana pequeña de diez años? La pederastia es el gran secreto de toda familia unida.

- Estás para el puto frenopático –respondió llena de indignación y de encono-. Para el puto frenopático, que es donde vas a acabar toda tu puta vida.

Salió de allí, sintiéndose mejor por haber dicho la última palabra. Yo ya me había conformado, al darme cuenta de la rabia que le había dado mi insinuación irreverente. Era claramente falsa, pero resultaba violenta en cuanto a su insolencia. Las pasiones son la gran debilidad de los inferiores. Pascal decía que "el corazón tenía razones que la razón desconocía". Nunca pensó que podían ser útiles para una razón más astuta.

* * *

Las pasiones desatadas fueron la gran temática del romanticismo. La naturaleza reificada era presentada salvaje. A veces resultaba grotesta, tenebrosa y horrenda; pero siempre resultaba fascinante, algo que le hacía bella en un modo extremo. Fue la reacción opuesta a los extremos del culto de la armonía del clasicismo, que constreñía las emociones al orden de la racionalidad y de la composición elaborada.

Los elementos del romanticismo tenían más que ver con lo sublime: las pasiones desatadas revalorizadas, la naturaleza extrema, y los héroes mitológicos nacionalistas pasionales, desencantados con su presente.

Este movimiento cultural se nutría de elementos reaccionarios: mostraban una nostalgia respecto a tiempos pasados, dominados por grandes señores victoriosos. Era el último coletazo de los aristócratas y de los genios elitistas. Ellos se resistían a una sociedad cada vez más industrial y a una modernidad más líquida (llena de incertidumbres en las que nada era "sólido" o estable, como describió Zigmunt Bauman en su *Modernidad líquida*). Los

artistas románticos se resistían a un materialismo bruto. Él negaba el espíritu: su ciencia moderna lo convertía todo en objetivo, determinado y sin finalidades.

El desarrollo de las ciencias había llevado a la especialización, a la dispersión de saberes (que eran cada vez más objetivos). Se afianzó el método hipotético-deductivo y se establecieron leyes en física, química y biología. Ellas eliminaban toda teleología. Desaparecieron del panorama científico todo objetivo y finalidad en la naturaleza. Determinaron que los únicos principios del saber fueran las causas eficientes, la causa-efecto y la acción-reacción.

La revolución industrial y el progreso tecnológico había llevado a cambiar todo lo antiguo, se cuestionaron tanto los estamentos sociales como los valores tradicionales. Todo quedaba atrás, tras ser deslumbrado el mundo con los adelantos tecnológicos y su promesa de progreso.

Lavoisier había fundado la química, por medio de sus estudios primeros en el microscopio. Mendeleyev le dio una base física, asignando la posición de los elementos atómicos en unas valencias que coincidían con el número de lo más adelante se conocerían como protones.

La física había conseguido dar leyes a la materia, como las leyes de la termodinámica. Por su parte, Maxwell dio los primeros pasos para empezar a tratar la realidad formada por campos o fuerzas, al aunar con sus leyes el campo magnético con el eléctrico (siendo convertibles uno por el otro, conforme a sus leyes). Unas placas de *plesvenda* olvidadas llevarían al fin de la ciencia del siglo XIX, obligando a los científicos a estudiar los efectos de ellas y a investigar la radiación.

Mas el gran paso para dar lugar a un materialismo mecánico y frío fue la teoría de la evolución, que eliminaba de una vez por todas la finalidad en la naturaleza. Los seres vivos no tendían a nada, eran el resultado de variantes que provenían de innumerables combinaciones de los alelos genéticos. Se daba una mutación sin que hubiese relación entre el ambiente y la especie. Si por un casual la variante daba ventajas, la nueva especie sobrevivía y se quedaba, en una suerte de barrido llamado selección natural.

* * *

En este mundo sin objetivos y nihilista, se tenía que llegar a las conclusiones de Schopenhauer. Se debía concluir que el mundo era determinista y que las pulsiones naturales carecen de finalidad. Los seres solamente procuran la permanencia: existen por existir y viven por vivir. De por sí, nada tenía sentido.

La reacción ante este consecuente nihilismo fueron las diversas expresiones de una negación de esta realidad. Frente a este materialismo bruto, el espíritu necesitaba reafirmarse. El romanticismo trató de plasmar que el espíritu tenía mucho que decir, más allá de las reducciones materialistas simplistas.

Hegel consideraba que el espíritu no podía ser simplemente un hueso (a pesar de que la mente simplemente sea meramente el procesamiento neuronal). Él consideraba que el desarrollo del espíritu era un fenómeno que podía ser tratado. Cada momento del pensamiento suponía una tesis, a la que le sobrevinía una crítica o antítesis, y se aunaban ambas en una síntesis de las mismas.

Concluyó que todo el proceso de la conciencia sobre la realidad llevaba a la formación de una conciencia sobre la objetividad; después el espíritu se dirigía hacia la subjetividad de la modernidad; y, finalmente, la conciencia se conducía a unir el saber objetivo con el subjetivo construyendo una conciencia que sabía de sí mismo. Entonces, la conciencia se volvería consciente de sí misma, en forma de un sujeto conocedor de la realidad y de su propio pensamiento. La fenomenología del espíritu llevaba, en última instancia, a la figura de la auto-conciencia. En ella, el saber aunaba el saber sujetivo con el objetivo, dando lugar al saber Absoluto.

El filósofo prusiano consideró que en el romanticismo se daba el último motivo posible del arte. El arte romántico había unido lo subjetivo con lo objetivo. Habría llevado a expresar todo lo que era posible comunicar con el arte. La poesía permitía una mejor expresión de las ideas del espíritu. Lo conseguía por estar en el formato que mejor expresaba las ideas: el lenguaje. La poética era una potencia creativa, *poesis* griega o ποίησις, que facilitaba la máxima creatividad artística.

Por un lado, el arte de la antigüedad era objetivo. Cada obra tenía un claro exponente central (la parte más importante o destacado de una obra de arte). En segundo lugar, el arte moderno se ocupó de la subjetividad. Despertó emociones fuertes como la sublimidad o la majestuosidad. Además, procuró transmitir la sensibilidad subjetiva, por dejar las obras a la interpretación al sujeto (como ya referí con anterioridad en la descripción de Foucault de *Las meninas* de Diego Velázquez).

Finalmente, concluyó que en el romanticismo se aunaba el arte objetivo y el subjetivo. En él que se unía la naturaleza (objetividad) y las pasiones (subjetividad). El sujeto se libera de la objetividad de la obra artística por medio de la ironía. Toma distancia de lo que le supera y se expresa como

individuo. Gracias a ello, lo objetivo y lo subjetivo del arte se expresan de forma unida, dando lugar a la expresión del Absoluto.

Schopenhauer denostó a su colega Hegel, al que acusaba de utilizar un lenguaje forzado y jeroglífico. Denunciaba que su oscurantismo pretendía aparentar profundidad, de manera que escondiese su poca validez lógica. Tan grande era su animadversión que, aunque daban clases en la misma facultad y sus despachos estaban próximos, permanecieron sin comunicación alguna.

Schopenhauer señaló que el gran arte era la música. El resto era mera representación y constructo conceptual. Lo que tranmitían sería pura ilusión, que ocultaría la verdadera realidad de una Voluntad determinista, ciega y sin objetivos. La música permitía una suerte exposición abstracta de la Voluntad. Sería una suerte de ascetismo, en el que se limitaban las potencias de la vida. Por medio de ella, se conducía el espíritu por encima de las pasiones y los deseos atenazantes.

Nietzsche consideraba que la vida sin música era un error. Ella era un medio en el que se podía comunicar la tragedia de la vida y la melancolía. Ella permite el desahogo y la exaltación de la vida. Podía ser como el canto dionisíaco. La música podría llegar a convertirse en un tipo de arte clásico olvidado. Podría ser un derivado de los ritos cultuales de la grecia arcaica y rural al dios de la fertilidad y el vino (y también de la locura y la tragedia).

Dionisos fue desmenbrado por sus tíos y sus restos fueron introducidos en la tierra. En ella, se volvería a reconstruir el dios. El dios brotaría de nuevo. Sería la promesa de vida y de eterno retorno de los ciclos naturales.

Existían unas sacerdotisas dionisíacas que tenían que nadar a una isla para construir el templo a Dionisos. Al terminar la jornada, debían

destruirlo, para dar lugar a un ciclo sin fin de creación y destrucción de la naturaleza, un eterno retorno.

El joven Friedrich Nietzsche devolvió el recuerdo de este arte olvidado, derivado de los cultos a Dionisos rurales que pasaron a teatro en la Grecia urbana. Ellos eran, básicamente, la expresión de música dramática. Era un perdido, porque de la música teatral solamente han quedado los textos.

La recuperación y revalorización de este arte casi olvidado de nuestra tradición fue la reivindicación romántica más fuerte. Se movía en apoyo de las fuertes pasiones de la tragedia y la reivindicación fuerte por la vida en su totalidad (aceptando tanto el placer como el dolor).

Un joven filólogo clásico vio que la moderna ópera dramática podía ser la heredera de esta tradición trágica. Pensó que se plasmaría este renacimiento en la obra musical de su schopenhaueriano amigo Richard Wagner. Más tarde se arrepentiría de sus afirmaciones. Vio que su antiguo amigo se dejaba llevar por el nacionalismo más chovinista y el antisemitismo más "vengativo" y enfermizo.

La música romántica, en cualquier caso, se impuso sobre el fuerte clasicismo. La figura de Ludwig van Beethoven pudiera ser el comienzo de la nueva música clásica. Cuando le preguntaron acerca del primer movimiento de su famosa novena sinfonía, se cuenta que contestó que "era el sonido del destino llamando a la puerta". Fue el primer remanente de la visión romántica de la realidad, entendida como "providencia" de la naturaleza.

Al igual que el protagonista de *La naranja mecánica* de Anthony Burguess, yo asociaba las sinfonías de Beethoven con "mi querida

ultraviolencia, que me mataba de risa". En mi aislamiento, a falta de otra cosa por hacer, me puse a cantar las partes escritas de la novena y hasta "la canción a la alegría". Mientras lo hacía, pasaban por mi mi mente vivificantes y estimulantes recuerdos. Veía mis homicidios y la sublime agonía de mis víctimas. Me emocionaba tanto, que llegaba al delirio. Casi grité lo que cantaba, como poseída por las fuerzas brutales de la naturaleza. Mis guardianes quedaban asustados, sin saber qué hacer. Quedaban pasmados, por entender el grado de mi manía y locura.

Para no extenderme demasiado con este movimiento cultural, terminaré mi descripción de mis influencias dando cuenta de la figura de Francisco de Goya, cuya obra tanto ha influido en mi búsqueda de la sublimidad de lo esperpéntico y tenebroso.

El pintor siguió las líneas de composición de la armonía clasicista, pero se vio influenciado por los artistas franceses ilustrados. Sin embargo, enseguida se distanció del clasicismo, introduciendo elementos sutiles de realismo. Dio cuenta de la verdadera forma de los monarcas y nobles, que retrató en su verdadero carácter [destacando, entre otras obras, *La familia de Carlos IV*, en la que, de forma sutil mostró la idiocia del rey borbónico y el firme poderío de la reina).

Su trabajo y desarrollo elaborado de los claroscuros hizo que fuese el mejor pintor de su época. Además, esta técnica le permitió plasmar de la manera más expresiva y oscurantista los horrores de la guerra, los abusos de la superstición y todo sueño de la razón [dejar dormir a la racionalidad hace que tomemos como monstruos a seres tan útiles para contener plagas, como los gatos, buhos y murciélagos].

Mis víctimas fueron mutiladas de tal manera que pudieran reproducir obras sublimes de Goya. La grandeza de mis composiciones se debía a su inmenso esperpento, tan complejo como para que lo consideremos una gran obra de arte y tan truculento como para que despierte en nosotros profundos sentimientos. Unas sensaciones que yo pretendía transmitir con la composición de mis esculturas orgánicas. Por lo menos, así fue en el comienzo...

* * *

Después de un largo proceso de aislamiento, fui devuelta al redil, con el resto de mis compañeras. Ellas se apartaban de mi camino, presas de un temor y un respeto que hacía que se despertasen sus amigdalas y el sentido simpático, el menos simpático de los sentidos, porque se basa en la reacción a las amenazas.

Durante días, disfruté del efecto que tenía sobre la pequeña sociedad que formábamos. Los docentes y funcionarios podían mandar, pero los corazones de las presas me pertenecían y cumplían mi voluntad, alejándose de mí. Ellas cumplían mi mayor anhelo: dejarme sola, sin amenazas y en un solemne silencio. El horror que infundía me hacía sentir pletórica, me daba una sensación de poder que alimentaba mi orgullo y satisfacción.

Esta euforia me hizo sentir todopoderosa. Me atreví a volver a buscar mis más placenteros gozos de caza. Los funcionarios no perdían ninguno de mis movimientos y mis compañeras se alejaban de mí a mi paso. Si quería volver a matar, tenía que planificar bien mis pasos. Tenía que utilizar toda mi ingenio para poder llevar a cabo los sublimes actos que me hacían perder el sentido.

Como observé que había más inteligencia en las presas y funcionarios, decidí matar a uno de los creídos docentes. A pesar de que en las clases empezaron a introducir alguaciles, la clase era el lugar idóneo para asesinar a alguien. Toda la clase iba orientada al profesor, como si fuera una pieza expuesta obscenamente que clamara ser cazada. Encima, solían dar la clase sentados, por lo que su altura dejaba de ser un obstáculo para proceder a quebrar sus tabiques nasales.

Un día, cuando el profesor estaba totalmente concentrado en efectuar su explicación y el alguacil se distrajo por unos momentos, salté practicamente hacia la mesa del docente para atacarle. Mis compañeras prácticamente se quedaron congeladas por el terror. Pude cruzar las mesas sin problemas, mientras el docente reaccionaba con lentitud. El carcelero fue rápido, pero no lo suficiente. Para cuando me agarró, yo ya había reventado su conducto respiratorio.

Fue tan fácil que me dejó fría. Mientras el alguacil me conducía fuera de la clase, los gritos estridentes de terror de mis compañeras y el cadaver tirado de mi profesor no me hicieron sentir nada especial. Descubrí que la repetición del homicidio había hecho efecto en mí. El acto se tornó en algo monótono, aburrido (dada su facilidad) y sin estímulo (por carecer del efecto de la novedad).

Encerrada en la celda de aislamiento, me quedé a solas con mis emociones. Encontré que había un clamoroso silencio. Sentí un vacío tan fuerte que me hizo daño. La fría decepción recorrió todo mi cuerpo bajo la forma de un escalofrío, que hizo estremecerme y sentirme pura nada. Mis actos criminales habían sido unas experiencias potentes que habían despertado todos mis sentidos y sensibilidad. Mas ahora que se tornaban una actividad

anodina, sentí que todo era absurdo. Me consumí por dentro, destrozada por la descorazonada verdad de mi anodada existencia.

Albert Camus describió en su ensayo *El mito de Sísifo* señaló que la gran pregunta de la filosofía es si debíamos suicidarnos. Respondió que, si se vive con intensidad y pasión, entonces merece la pena vivir. Yo no podía responder a la pregunta. Mi propia muerte me parecía eróticamente atractiva, sublime. Con ella, se acabaría el dolor, sería una apoteosis. Sintiéndome profundamente desgracida, veía en la extinción una alternativa absoluta y me llenaba de esperanza. La vida me parecía insoportable.

En el ensayo de Camus, la vida normal de las personas se compone de repiticiones que hacen que la existencia se vuelva insoportable. El mito del castigo de Sísifo relataba la condena a la tarea inútil de subir una roca por una pendiente para que cayese al final y la tuviese que repetir siempre. Camus señaló que la vida se compone de costumbres que hacen que la vida sea insípida. Las personas corrientes de Europa pasan su vida yendo del trabajo a casa y de casa al trabajo, su ocio tampoco es mejor: es mero descanso y toma de fuerzas para la repetición.

En mi segundo período de aislamiento, prisionera de mi propia cárcel, no pude menos que centrarme en la interiorización. Allí, solamente encontré un profundo vacío existencial. Me hallaba sumida en un tedio generalizado, provocado por unas sensaciones que habían hecho que todo lo que yo valoraba perdiera peso (relevancia). Me hundí en el fango.

Yo era tiempo, ya no era ser. No vivía realmente. Estaba muerta por dentro. Era una suerte de *zombie.* Todo me daba igual y me sentía ajena hasta de mi propio ser. Unamuno en su ensayo *Del sentimiento trágico de la vida*, no solamente refirió que tenemos hambre de inmortalidad (miedo a

morir); sino que, además, presentó lo que era la vida en realidad: sentir cada experiencia con intensidad. Lo mostró con el ejemplo de un herrero que hacía su trabajo monótamente, con la mente embotada y sin ninguna emoción. Describió lo que era la auténtica vitalidad cuando presentó cómo se activó su conciencia. Señaló que un día rompió con su actividad maquinal. Relató cómo se despertó como de una pesadilla cuando oyó que un niño se estaba ahogando en la Ría de Bilbao; y, movido como por una llamada de la sangre, cobró nueva vida. Se lanzó a salvar al muchacho, sintiéndose vivo por primera vez desde hacía mucho tiempo. Yo vivía como el herrero que trabajaba mecánicamente, sin sentir, como si la vida meramente pasara por mí.

Pero vi una luz entre el espesor de las tinieblas: mi propia desesperación. En algún momento de mi existencia tendría que caer al fondo y sentir un gran sufrimiento. No podía volver a caer sin sentido en la misma depresión. El propio dolor me llevaría a buscar alternativas. Sabía que tarde o temprano renacería de mis propias cenizas. Pero, hasta entonces, era muy doloroso y angustiante no conocer ninguna.

.

.X. Siglo XX: genocidios y lenguaje

“Algún día los hombres mirarán la vista atrás y dirán que conmigo empezó el siglo”, quedaba escrito en una de las cartas desde el infierno de Jack el Destripador. Acertó de pleno en sus aseveraciones. El siglo XX fue el tiempo de los excesos más terribles, desde las dos destructivas guerras mundiales, a los diferentes campos de concentración (campos de internamiento de prisioneros y coloniales en los países liberales, los *gulags* y los de exterminio), revoluciones sangrientas, neo-colonialismo comercial brutal que generó infinidad de hambrunas en los países pobres, una guerra fría que segó demasiadas vidas y una interminable guerra de los Balcanes.

De mí dirán que conmigo empezó el tercer milenio. Si no llego a ser algo en el mundo, mis actos y mis obras de arte inspirarán la tónica general del milenio. Ellas harán que por fin la sabiduría y el poder por el poder se hagan con el dominio que les corresponde. El poderío será total, los genios estarán por encima del vulgo ignaro. Cesará el culto del pueblo por ser pueblo, la atribución de que la legitimidad proviene de la voluntad popular y la adulación que le dan a las masas ignorantes (cuya falta de ilustración es culpable por haber medios suficientes para acceder al conocimiento).

Espero que sirva de referencia mi experimentación expresiva con los cuerpos que alteré para que tuviesen una forma compleja y artística. Es lo que espero porque debo de confesar que no doy más de mí. Siento con pesar que mi vida ya ha acabado, ya que todo lo que venga a continuación no será nuevo y no me quedará nada por vivir. Asimismo, me siento nada,

no soy capaz de lograr consuelo alguno. Practicamente, soy una flor: lo único que hago es sentir, padecer y sufrir. Solamente espero marchitarme, pudrirme y morir.

Me quedé reducida al mínimo común denominador. Casi no pestañeaba ni reaccionaba. No respondía ante ningún estímulo y fui examinada por todo tipo de doctores, que me recetaron unos fármacos que me atontaban todavía más.

Por suerte, me hallaba aislada y los animales de rapiña no podían aprovecharse de mi completo abandono de mí misma. Estaba ausente en silencioso pasmo y era incapaz de reaccionar.

Consciente de lo que me pasó la última vez que me dejé llevar por la depresión crónica que pasé en casa, procuré hacer ejercicio. Pese a las dudas que pesaban sobre este tratamiento, sentí ciertas energías que me reactivaron. Pero no fueron suficentes para devolverme la vitalidad que tuviera otrora.

Era mera paja que podía ser fácilmente transportada, humo que se llevaba el viento. Mi familia, que hasta la fecha se había mostrado inflexible, empezó a ablandarse y compadecerse de mí, contra todo pronóstico. La emoción anula a la razón. Su rechazo a mi monstruosidad fue sustituido por piedad. Se compadecieron ante una hija pródiga, un ser que se había exiliado a sí misma con sus excesivos actos, y que ahora parecía volver al hogar.

Nada más lejos de la realidad. Me sentía tan ajena a ellos como siempre. Simplemente, me dejaba coger y abrazar sin mostrar rechazo externo. Esta actitud se debía más a mi apatía extrema y al letargo de mi

conciencia, que a un patrón de conducta relacionado con la afectividad o la emoción. En el fondo de mi corazón, rechazaba profundamente a cada uno de los inferiores con los que compartía código genético. La familia es tener el enemigo en casa.

En una visita me mostré especialmente ausente. Me saludaron cálidamente, tanto mi madre como mis hermanos. Pero no recibieron respuesta alguna. No respondí, ni hice ningún gesto. Tampoco moví la vista, que se hallaba perdida en el infinito más insondable e inefable. Mi madre me agarró por ambos brazos y me agitó llena de desesperación.

- ¡Hija! ¡Lucía! -dijo mientras me revolvía con la esperanza remota de que reaccionase de alguna manera-. ¡Hija, soy yo! ¡Responde!

- Estoy aquí –respondí en un hilo de voz tras un largo rato, en el que acabé harta hasta de aquellas innecesarias ceremonias-.

- ¡Ay, hija! -me gritó plena de alivio-. ¡Me asustabas, joder! ¡No me asustes.

Hasta cuando se preocupan por ti los padres solamente piensan en su propio sufrimiento. Todo lo emocional es tan lamentable que solamente merece un completo desprecio. Aunque era bueno comprobar que todavía podía manipularles a mi antojo. Fue un momento de luz al final del camino.

No se produjo un fogonazo de iluminación como el que predica el budismo. Mi alienación perduró hasta llegar incluso a que mi mente traumatizada se conviritiera en mi peor enemiga y me hiciese despertar

pensamientos peligrosos. La situación de falta de libertad se tornó tan insoportable que llegué a arrepentirme de todo lo que había hecho.

Me torturaron pensamientos que aparecían por mi cabeza diciéndome que lo mejor hubiera sido no haber violado sus límites, dado que ello me condujo a acabar encerrada. Empecé a creer que yo no era nada, era simplemente un ser mediocre que había intentado huir de sí misma por medio de la agresividad.

Se me pasó por la mente de forma recurrente que yo había conjurado el sufrimiento existencial por medio de infligir daño a los demás. Desde esta perspectiva de enferma, creí que mi vida siempre había estado basada en el sufrimiento. Un imperioso grito de vacío me había estado consumiendo por dentro sin ningún remedio; y yo tenía que hacer un ruido igual de fuerte para paliarlo: los alaridos de mis víctimas. Si oía sus gemidos, no habría un momento de silencio en mi cabeza y mi mente no me atormentaría. Mi cabeza me repetía una y otra vez que, desde que tuve conciencia, he sentido dolor por mi propia inteligencia y lucidez porque era capaz de darme cuenta de las cosas, pero nunca había logrado explicar por qué existo y para qué.

Supuestamente había eludido estas cuestiones que me atormetaban por medio de desviar el dolor y descargar la tensión sobre otros seres humanos. Yo elegí mi camino de evasión y cobardía, nada anulaba mi libre arbitrio, yo escogí libremente ir por el camino más fácil. Yo era la única responsable de mi dolor y sufrimiento. Por primera vez la culpa me asaltaba sin piedad; pero lo único era que no era verdadero arrepentimiento, sino pesar rastrero por haber recibido castigo.

Llegué a pensar que podría haber evitado cometer mis crímenes, creí por unos momentos que podría haberme resistido a los poderosos deseos de

provocar dolor y que podría haber pasado la vida infiltrada en medio de los mediocres.

Hasta se me pasó por la cabeza que me había comportado de una manera baja y rastrera porque había atacado con armas a personas pacíficas que no podían defenderse. Me culpé de mi situación de ausencia de libertad y me mortifiqué creyendo que estaba en este estado de postración como consecuencia de mis propios actos.

La vida se hizo insoportable, fui prisionera de mi propia mente y el sufrimiento se volvió en sinónimo de vida. Sufrí insomnio por la ansiedad. La tensión me hacía padecer un profundo malestar que se materializó en forma de dolor físico. En mi delirio sentí que mi conciencia se separaba de mi ser, ella presuntamente estaba más allá de mi cuerpo individual y en la exterioridad contemplé al sujeto sufriente.

Sentí una tensión inconmensurable, un dolor indescriptible. Yo os maldigo, normales, os maldigo a vosotros y a vuestro amor; esa maldita euforia de endorfinas y feromonoas que consideráis absoluta, al estar obnubilados y colocados por ella, por ser la droga que negáis que es. En verdad os digo que la próxima dictadura no se basará en el odio, sino en el amor; y os vaticino que no desearéis sustraeros a ella porque la interiorizáis incuestionable e imprescindible.

Pensé que el sentido de la vida es sufrir hasta apreciar la muerte. Incapaz de soportar lo insufrible, volví a colgarme. Esta vez me aseguré de que la cuerda y su asidero fueran sostenibles. Me ahorqué en un momento en el que podía estar en mi celda mientras el resto de personas estaban ocupadas. Sentí un inmenso placer sensorial y su intensidad se incrementaba tanto que me llevaría a la sensación más potente y total... la muerte.

Mi incapacidad para prever la estupidez es completa y absoluta. Me desperté en el suelo y con un funcionario encima, que me había hecho la reanimación cardio-respiratoria. A un lado estaba la imbécil de mi compañera de celda: una completa desagradecida a la que había hecho la vida imposible y que no supo corresponder mi gesto generoso de terminar con la vida que la estaba atormentando a ella.

Estos seres inferiores harían lo que fuera por no protegerse, ni por activa ni por pasiva. Son solamente un rebaño que se deja llevar por pastores que las dirigen con meras llamadas del bien y del deber, los borregos hacen cualquier cosa que les manden y lo único que quieren es que les sometan. No entiendo cómo pude tener algún tipo de miramiento con respecto a los débiles. No hay explicación para que hubiese tomado como innoble el ejercicio del poder cuando claramente ellos viven en un código de sumisión y respeto de la imposición de la fuerza.

Deje de lado las lamentaciones por estar en situación de internamiento y el dolor que sentía por mi estado de falta de libertad no se reconducido hacia el espíritu de venganza contra uno mismo, que es la culpa. Asumí el dolor. Acepté mi destino: *Amor fati*, que diría Nietzsche. Al fin y al cabo, la vida es sufrimiento porque se compone de presiones que atenazan (sed, hambre, deseos...); así que asumí mi destino como algo normal, dado que la vida siempre es, de todas formas, dolor. La vida es una tragedia, pero puede conmover precisamente por ser tragedia.

El sufrimiento no tiene por qué conducir a frenar y a la búsqueda de chivos expiatorios, no tenía por qué sentirme culpable porque no es estrictamente necesario que el dolor que me dama mi encierro tuviese que ser eliminado, dado que el dolor es inevitable... y se puede asumir. Si hay personas que lograron tolerar la desesperación, ¿por qué yo no? Me

sugestioné a mí misma que hay que aceptar el sufrimiento, gracias a la resignación, la paciencia y la resilencia.

Epicteto ya señalaba que hay cosas que no dependen de nosostros (las fatalidades) y otras que sí, que son las opiniones que tenemos acerca de lo que nos pasa. Puede que no podemos tener control sobre lo que nos pase, pero sí podemos modificar nuestra opinión e interpretación de las cosas que pasan. Está en nuestro mano la manera de encajar lo que ocurre. Pude convencerme de que el sufrimiento es normal y hay que resignarse. Logré persuadirme de asimilar que tienen que ocurrir fatalidades porque hay cosas que siempre están fuera de nuestro control y que tienen que pasar necesariamente.

Ninguna castigo en forma de culpa iba a conjurar el dolor, ningún arrepentimiento iba a cambiar los hechos consumados, ningún acto supremo de redención modificaría estar marcada con la letra escarlata del homicidio infantil, ningún escrúpulo hubiera sido más fuerte que la pasión incontrolada por la sangre, nada haría que no me enorgullecería por haber seguido mis propias normas y por haber sido fiel a mí misma.

Conseguí sobreponerme al sufrimiento; sobre todo, lo logré por pensar que tenía mucho por lo que luchar, muchos indignos de vivir a los que tenía que atacar. Despreciada de nuevo la humanidad, algo despertó en mí. El conato de Spinoza. Baruch Spinoza había defendido que todo es naturaleza divinizada (porque Dios era visto como un ser perfecto que no pudo necesitar crear el universo). También sentenció que todo era naturaleza, todo era determinación. El libre arbitrio casi sería una ilusión: somos fundamentalmente naturaleza y todos nuestros actos son meramente un conato interno de un espíritu ya formado, unido a todo. El conato, el impulso interno a hacer todo acto, buscaría una sola cosa: la subsistencia o

pervivencia de la existencia. La ética, *more geometrico demonstrata,* es la descripción de un mecanismo automático compuesto por impulsos y pasiones que están orientados y determinados a la supervivencia.

Arthur Schopenhauer defendería que el ser en sí, *noúmeno*, es en realidad la tendencia de todo ser estructurado y organizado a procurar subsistir, puro deseo egoísta que se reduce a sobrevivir y a voluntad de vivir. La verdad budista que descubrió aquel monje que aguantó la respiración bajo el agua hasta que todo su ser luchó por buscar el aire. El hambre de inmortalidad del que habló Miguel de Unamuno en su *Del sentimiento trágico de la vida.* Deseo de vivir.

Todo ser vivo es rastrero, hace lo que puede por seguir con vida por miedo al dolor y la muerte... Y el ser humano solamente se diferencia del resto de seres orgánicos en que tiene conciencia y que se ve forzado a engañarse a sí mismo... y decirse que es justo que se siga con vida. Se haga lo que se haga para conseguir el sustento, la vida siempre se impone y el ser humano siempre se agarra a un clavo ardiendo. Todo modo de ganarse la vida es excusado y justificado. Los mayores monstruos de la humanidad se consideran las personas más bellas que existen.

La vida sigue. Ella se impone. Renací de mis propias cenizas y lo hice tras volver a recordar que la humanidad es despreciable y no merece nada. Toda la historia de Europa es la gran prueba de que la humanidad es monstruosa y destructiva. Toda la cultura, todo el saber y toda la ciencia ha conducido a una razón instrumental y a una tecnocracia por la que todo es tratado como un medio para un fin llamado bueno, que es el progreso y el crecimiento económico. Todo valor queda superado por la apelación al criterio absoluto de la llamada a la eficiencia de un liberalismo salvaje tomado como sinónimo de economía. Las personas son meros medios, recursos a utilizar, recursos humanos, pero recursos.

El poder es lo único que importa porque es él el que dice lo que está bien y lo que está mal, lo que es una práctica natural y lo que es un abuso, lo que debe ser legal y lo que es falta de libertad. El poder es absoluto. Basta con sentirlo para darse cuenta. El poder lo es todo y es nada.

Poco a poco, la tensión fue aflojando y el recuerdo de la ebriedad del dominio fue cobrando forma. Una especie de intuición me empezó a decir que en el momento del nacimiento supe que tenía que buscar la totalidad del poder absoluto. Un mensaje recorrió ese día todo mi ser: debía matar a todo aquel que no fuera yo. Dicho día surgió el apetito insaciable de sangre y de carne.

Recordé la sensación de poder que sentí cuando noté que podía manipular a mi familia. Vinieron a mí todas las reminiscencias de todos los momentos de ebriedad de dominio total. Ese día descubrí que era posible que todavía hubiera algo para mí en el mundo. Podría ejercer mi dominio en algunos ámbitos. Se abrió en mí un foco para una cierta esperanza. Ya había sido consciente de que mi estado de *impasse* existencial no podía durar mucho: las articulaciones deben ser movidas o se produce agarrotamiento y dolor; y siempre se debe actuar en función de obtener algo. En ese momento, supe lo que iba a ser mi vida a partir de entonces: control, tortura psicológica, sadismo extremista y dominio.

Ejercería mi control en los dominios en los que encontrase que era posible manipular a las personas que me rodeaban: por medio del engaño, el chantaje, la mentira y manejo de las bajas pasiones. Y uno de estos ámbitos de poderío iba a ser mi entorno familiar. Yo tenía ventaja, ellos sentían emociones que podría utilizar y que nunca podrían usar en mi contra, por no ser recíprocos. Eran mis marionetas y podía hacer la danza más armónica por medio de ellas.

* * *

Adorno señaló que después de Auswitch no era posible la poesía. Sin embargo, es precisamente sobre los campos de concentración y las grandes dictaduras sobre lo que se han escrito las mejores textos del siglo XX. Desde *Si esto es un hombre* de Primo Levi, el gran tratamiento teórico-político del texto de Hannah Arendt *Los orígenes del totalitarismo*, las lúcidas novelas críticas a la dictadura burocrática de la URSS en las obras de George Orwell (tanto la fábula caricaturesca de *Rebelión en la granja* o la distópica novela futurista *1984*), la obra magna de *Vida y destino* de Vassili Grossmann sobre las purgas soviéticas y el horror de la Segunda Mundial en la URSS, o la descripción realizada por Alejandr Solhenitsyn: *Archipiélago gulag.*

No soy ningún monstruo, solamente soy el último relevo de una espiral imparable de violencia e imposición. Espero que mi trabajo artístico pueda expresar todo lo que he querido cultivar como medio de expresión de ideas y de pensamiento elaborado, bajo el formato de complejas composiciones escultóricas. No puedo más, solamente me queda morir.

Adorno había señalado que el arte debía cesar. Mas fue en el arte donde veía una vía de escape de la razón instrumental, que había existido desde la Ilustración.

Junto a Horkheimer, aseveró que en la Ilustración se fundó una manera de pensar en la que se reducía la reflexión a un mero cálculo. Por medio de él, se trataba de buscar los mejores medios para alcanzar un fin, considerado bueno (sin cuestionárselo).

Ambos aseveraron que en la Ilustración, se plantó la primera semilla de este pensamiento calculador. En la Enciclopedia de la Ilustración, se defendía que los saberes y la técnica permitían el progreso. El avance humano podía ser racionalizado con una mejor explotación de las tierras, con el uso de la naturaleza como instrumento y con una organización racional. Los fundadores de la Escuela Crítica señalaron que había un paso de entre considerar como positivo el dominio de los recursos naturales, y la "optimización" de los recursos humanos, en forma de división social del trabajo y explotación laboral, era un mero trámite.

El control totalitarista se podría considerar una consecuencia inevitable de una razón cada vez más instrumental. Hannah Arendt ya había señalado que el imperialismo y el colonialismo eran la base sobre la que se asentó un poder que se expandió hacia el dominio total (siendo un paso más allá de la expansión del poder de los imperialismos). Para ello, tenía que basar su excepcionalidad bajo un Terror que vendían como necesario. Los fascismos defendieron que eran precisas las medidas excepcionales para acabar con los enemigos del país. Existían en la paranoia nazi dos tipos de amenazas: nos enemigos externos (como los países que impusieron el Tratado de Versalles y la amenaza internacional judeo-masónica) que atacaban por fuera; y unos enemigos internos, que supuestamente trataban de romper la unidad del pueblo.

Los mismos reaccionarios que desangraron la revolución espartaquista matando a Rosa Luxemburgo y atacaron las huelgas obreras italianas (tras la revolución bolchevique) fueron los que montaron el Partido Nacional Fascista y el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán para reconducir los movimientos de masas. Las manejaron llevando sus bajs pasiones por medio del el nacionalismo reaccionario y fundamentalista, bajo la consigna de una unidad forzada en una sociedad de desigualdades clasistas. De esta manera,

le podía salvarle el cuello a un capitalismo que vio quedado en cuestión por la revolución bolchevique y el *crack* del 29.

Los fascismos, en nombre de la unidad, inyectaron dinero de impuestos para obras públicas e industria armamentística, que permitieron al capitalismo tener una oxigenación temporal... que solamente podría extenderse con los beneficios que solamente se pueden sacar con las armas: el saqueo y los "tratados" comerciales impuestos. Guerra y extensión, imperialismo extremista, y su consecuente poder totalitario.

En el nazismo, se usó como fin considerado positivo el hacer todo lo posible por unir al *volk*, el pueblo o comunidad, y potenciar su "progreso". Todo lo que hicieran los fascimos era excusado señalando que cada acción tendía a hacer de la patria un imperio fuerte y estable dentro de una unidad. Defendían la unidad frente a los comunistas, que separaban en clases (cuando las clases ya de hecho tenían intereses particulares); y también contra las las etnias sospechosas, que no parecían parte de la comunidad.

La máxima forma de expresión de este poder total fueron los campos de exterminio, auténticas fábricas de muerte y deshumanización. Los países liberales también tenían campos de internamiento de prisioneros y de colonizados rebeldes (sometidos a un férreo control, boicot alimentario criminal represivo y varios genocidios); pero nunca se obcecaron tanto en la aniquilación humana. Los campos nazis no fueron un cambio cualitativo, pero sí cuantitativo.

Por otro lado, en la Unión Soviética se estableció un estado de excepción permanente, ante las supuestas amenazas de invasiones, sabotaje y contrarrevolución. El poder severo y autoritarista cobró forma con un cuerpo

de burocracia (la *nomenklatura*). Él realizó su control social por medio de persecuciones sumarias, *purgas* y los *gulags*. Las dictaduras burocráticas que le siguieron siguieron las mismas dinámicas de poder.

En cualquier caso, Adorno y Horkheimer describieron el fascismo como la última forma de defensa frente a un capitalismo cuestionado con la crisis del gran *crack* del 29. La última defensa del capitalismo fue la dictadura fascista en la que, llamando a la igualdad, reprimía con violencia el movimiento obrero fuerte y a los revolucionarios. De esta forma, bajo aladas palabras, todo parecía que cambiara para que no tuviera que cambiar nada.

El fascismo es la defensa represiva y violenta de la propiedad privada y el mantenimiento del capitalismo. Él es la última forma de la razón instrumental y su división social del trabajo. Ahora todo existía bajo la excusa de la "unidad" del *volk* y la comunidad, frente a los que supuestamente quieren dividirlo.

El fascismo es el último rostro del capitalismo. Es la defensa violenta de la propiedad privada y el desenvolvimiento sin cortapisas de la patronal y la banca. Son la máscara en la que se esconde la explotación, la especulación y la razón instrumental. Es el último recurso de la "racionalidad" desapasionada de la "óptima" administración del libre mercado sin regulación y sin límites, en el que es posible la explotación y la especulación. Es el Estado defendiendo con todos los medios a la propiedad privada y al capitalismo. Es la frialdad burguesa sin pasiones y "racional" (instrumental).

Caracterizaron la frialdad burguesa del cálculo capitalista con el mito de Ulises recogido en un fragmento de la *Odisea.* Según su interpretación, Ulises pretendió sustraer a todo su barco a la sensualidad de los cantos de la sirena. Procuró eliminar parte de sus capacidades humanas a sus "proletarios", alienándoles al taparles sus oídos para que pudieran servir a la gran empresa de volver a Ítaca. El mismo proceso de deshumanización lo realizó con su propia persona, reprimiendo sus propias apetencias por medio de atarse al barco y resistirse a los placeres sensuales, sometidos a su cálculo racional y a su afamada astucia.

Terminaron su *Dialéctica de la Ilustración* señalando que los casos de los textos terribles del Marqués de Sade y crueles de Friedrich Nietzsche no suponían una excepción; sino que eran la última consecuencia de una razón en la que se partía de una finalidad considerada tan positiva que hacía que no se cuestionasen ni por un momento los medios. La apología de la crueldad y del asesinato no suponían una diferencia cualitativa de los fines de una razón eminentemente instrumental.

* * *

- La fortaleza perfecta no deja entrar al aire. Tienes que abrirte. Si no hablas conmigo, no te puedo ayudar –sentenció con un suspiro la psicóloga del reformatorio-.

Aburrida del proceso y cansada del esfuerzo supremo de forzarme a tener algún tipo de atención, respondí:

- ¿Por qué quieres ayudarme? -dije en un hilillo de voz.

- Porque es mi trabajo. Estoy aquí para ayudar –repuso con una forzada sonrisa la terapeuta.

- ¿Por qué querrías ayudar a alguien como yo? -espeté para criticar su manifiesta hipocresía-.

- Todo el mundo merece una segunda oportunidad –me explicó pausadamente-. Independientemente de lo que haya hecho, hay que permitir que una persona pueda reconducir su vida. ¿No te crees digna de ser ayudada? ¿Piensas que lo que has hecho te anula la posibilidad de volver a la sociedad?

- Como siempre, no soy entendida –empecé a aleccionar de forma solemne-. Estoy completamente orgullosa de mis obras de arte, pero soy capaz de darme cuenta que no cuento con la aprobación de los cobardes. Me desprecian unos pusilánimes que me rechazan porque me temen. Me condenan los débiles que no se han atrevido a hacer el ejercicio de libertad suprema en el que yo me embarqué, pese a los riesgos y pese a los posibles contraataques de mis presas. No me entiendes, como todos, no sabes qué soy.

- ¿Qué eres, entonces? -me preguntó contrariada y resignada.

- Yo soy un destino –sentencié de forma lapidaria-.

- ¿Cómo? ¿Qué quieres decir? - dijo ahora con verdadera curiosidad-.

- Que yo soy la mayor exponente de la civilización europea, he llevado a cabo lo que a medias tintas se ha defendido con pobres excusas y cobardes afirmaciones a media voz –continúe con una vorágine verbal imparable-.

Toda la historia y el pensamiento europeo valiente ha defendido el uso y el abuso del poder, haciendo uso de la violencia cuando así ha hecho falta, de forma que se logre dominar a la idiotez e la ignorancia del vulgo.

“Desde el toro de Falaris a la Inquisicón, desde el colonialismo más abierto hasta la guerra imperialista en Iraq, el derramamiento de sangre inocente ha sido objeto de justificación y de culto al poder. Desde la guerra de Troya en la *Ilíada* de Homero hasta *El reino de los cielos* de Ridley Scott, las masacres han sido objeto de fascinación y emoción excitante de nuestra cultura y nuestro arte.

“Yo soy la única que abiertamente ha ensalzado la fuerza como un fin en sí mismo. Soy la única que ha hecho culto al propio poder. He superado a mis predecesores, que no se atrevían a que destacase mucho en dominio brutal. Nunca lo hicieron, a pesar de que la violencia ha sido el principal instrumento de poder de todos los poderosos, que se han escudado bajo excusas ideológicas, teológicas y morales.

“La voluntad de poder ha sido el principal motor de nuestra civilización y nos ha permitido llegar a las más altas cotas de cultura. Se ha desarrollado la lógica, la Ilustración y refinamiento. Con la grandeza imperial, Europa se ha puesto por encima del resto de civilizaciones en cuanto a desarrollo del pensamiento y poder, haciendo que seamos la civilización superior.

“Mis obras han proclamado a voz en grito la verdadera forma de nuestra civilización, una vez desvelados todos los tupidos velos de la mentira y la bella apariencia. He reivindicado, en mis elaboradas esculturas orgánicas, una forma de expresión compleja y sublime. En ellas he expresado todo el potencial de lo grotesco y esperpéntico. He llegado a las altas cotas de

elaboración artística todo lo que ha sido tratado históricamente como grande y supremo. Por eso soy a la vez vida y destino."

- ¿Pero qué dices, criatura? - aventó de golpe en un suspiro que le llegó del alma.

Me miró con extrañeza y risueña condescendencia. Seguramente estaba preguntándose qué me tomaba para desayunar y si se lo podría transferir a un lánguido maniaco-depresivo.

- Digo -repuse con calma- que no hay acción grande en la sociedad que no se haya establecido por medio de la violencia.

- Vivimos en democracia gracias a un digno activismo pacífico...

- ...Después de revoluciones liberales violentas, colonialismo brutal y dictaduras que han enseñado a obedecer a los poderosos... -continúe inexorable-.

- Toda construcción del Estado de Derecho en Europa se ha hecho de forma pacífica... -interrumpió con los cuentos que le ayudaban a dormir.

- Tras una pacificación social que ha servido de aviso a navegantes -critiqué con parsimonia-. No se puede hacer llegar a ningún cambio real si no es por la imposición de la fuerza, el uso de la violencia.

- Los grandes movimientos de los derechos civiles lograron transformar las sociedades -recriminó la ignorante-. Luther King, Nelson Mandela y Gandhi con su resistencia pacífica lograron transformar profundamente sus sociedades, sin hacer uso de la violencia.

- A Luther King lo mataron, demostrando la debilidad que tiene el pacífico frente al violento -repuse con calma-. Mandela era comunista y no eliminó el racismo en Sudáfrica. Y la India sigue con su sociedad de castas. Nada se cambia sin ejercer el poder y el poder es la imposición. La violencia es la moneda de cambio de la sociedad. Si quieres algo, tienes que ejercerla y tomarlo por la fuerza.

- Vamos, a ver –siguió con paternalismo la terapeuta-. Ya eres bastante madura como para darte cuenta que lo que has hecho te ha llevado aquí.

- Yo no podía hacer otra cosa –le expliqué con un forzado detenimiento, para que pudiese comprender algo su intelecto limitado-. Desde que con seis años tiraba ratones a gatos hambrientos supe que necesitaba matar para vivir. Tenía una insaciable sed de sangre. Y si tengo que elegir entre los demás o yo, actuaré como todo ser natural. Pon a una persona entre la espada y la pared, y ya verás qué hará con la persona amada: la pondrá delante como escudo para salvar su propio pellejo. Ya llorará después. -terminé soltando con un bufido de cólera -.

- Tienes completo control de tus actos y tienes conciencia, sabes que lo que estabas haciendo estaba mal... –empezó lentamente a disertar mientras suspiraba-. No necesitabas hacerlo, simplemente deseabas hacerlo y tenías una baja tolerancia a la frustración de no conseguirlo. No eres un animal con instintos, no estás determinada y podías elegir. Pero decidiste no soportar la frustración e hiciste lo que querías. Acabaste en el reformatorio por tus actos, por no ser capaz de elegir sobreponerte a tus pasiones.

- ¡No, lo que me ha llevado aquí es que cometí un error! -gruñí-.

- Eso es el asunto: todos cometemos errores –me explicó con paciencia-. Por eso tenemos que vivir en sociedad y ayudarnos mutuamente. Nadie es más que nadie: las capacidades están muy repartidas entre las personas; Howard Gadrner demostró que hay muchos tipos de inteligencia y es imposible tener desarrolladas todas porque siempre se tiene desarrollado sobre toda una de forma especializada; Johne Donne describió que ninguna persona es una isla en sí misma: solamente por subsistir las personas se necesitan entre sí... nadie está por encima de nadie... –prosiguió como si me estuviera descubriendo el mundo-. No es más sabio el que más sabe, sino el que mejor sabe vivir. ¿Porque sino, qué clase de sabiduría de mala calidad sería el conocer muchas temas y que no te sirvan para aplicarlas de forma que faciliten calidad de vida?

“Y vivir es convivir con los demás -continuó con demagogia barata-. Ya habrás leído a Aristóteles cuando escribía que el ser humano es social por naturaleza. Lo es dado que tiene habla y puede relacionarse con los demás. Así, termina formando sociedades en las que cooperen todos con todos, y en la que cada parte pueda aportar algo para cubrir las diferentes necesidades humanas. Fuera de la Ciudad solamente pueden estar los animales y los dioses. Pero tiene que haber unas normas para que la sociedad tenga un orden.”

- ¿Crees que no conozco el segundo estadio evolutivo del razonamiento moral que propuso Kohlberg y que no puedo aceptar unos mínimos de normas convencionales? ¿Crees que no asimilo la racionalidad de establecer un orden social interiorizado por la conciencia, sin que necesario la presencia de una autoridad que las sancione? -le respondí indignada-.

- Bueno, ¿es así? - señaló con toda naturalidad la psicóloga-.

- Estoy por encima de ese segundo estadio, estoy en el tercero o post-convencional –empecé a disertar pletórica-. He adoptado mis propias normas, he usado mi razón práctica. Me he puesto mis propios imperativos categóricos. Es más, he creado mis propios valores: astucia, destreza marcial y triunfo combativo.

"Te sorprendería cuánta gente sigue el peso de la tradición -continúe imparable e implacable -. El rebaño no es capaz de pensar por sí mismo ni preguntar a su *daimón* interior. Él carga con las viejas tablas de la ley por el peso de la costumbre y por puro borreguismo. Son seres que necesitan todavía una figura de autoridad para defender su *moralina*. Ellos hablan de valores objetivos que proceden necesariamente de la divinidad o de la sacralidad de los derechos humanos. Es una *contradictio in terminis*: no puede haber unas normas para todos, los valores son convenciones acordados por seres subjetivos, no puede haber valores objetivos. Un valor es una evaluación, toda norma no trata objetivamente sobre cómo son las cosas, sino que juzga subjetivamente cómo deberían ser. Ninguna valoración tiene que ver con lo objetivo o comprobable. El juicio moral evalúa los actos en función de cómo deberían ser: es una evaluación subjetiva o intersubjetiva, en el mejor de los casos. Las normas morales son convenciones, fijadas por consensos, sean racionales o no.

"Las masas todavía estan en el primer paso evolutivo del razonamiento moral. Necesitan de una figura paternalista que les diga lo que tienen que hacer, como si de niños pequeños se trataran. Consideran que si Dios no existiese, todo estaría permitido; no pueden pensar por sí mismos y pensar en formas de actuar que tengan que existir por su racionalidad o por la necesidad de que haya una regulación de la sociedad. Están en la minoría de edad culpable, necesitan una figura de autoridad que les diga lo que está bien y lo que está mal, son incapaces de pensar por sí mismos, pensar,

tomar sus propias decisiones y ser adultos responsables. Son niños que hacen lo que una figura paterna les dice lo que tiene que hacer, sea Dios, el Estado, las convenciones o una indiscutida ideología. Yo no solamente soy capaz de pensar acerca de la racionalidad de las normas, sino que soy capaz de pensar por mí misma y pensar qué es más valioso. Hago una trasnvaloración y me cuestiono qué vale más: si la humildad del débil que no trata de esforzarse por mejorar, o la fuerza del que se esfuerza para ser mejor y consigue poder y victoria gloriosa sobre los demás. Y afirmó que es tiene más valor esforzarse por ser más fuerte y mejor que los demás. Estoy por encima del bien y del mal."

- Tenemos unas leyes y un Estado de Derecho que hace que impere la ley –señaló en un rezongo más parecido a un suspiro-. Si las vulneras, hará todo lo posible para que se cumpla la ley. Al final, establecerá que te retengan en una institución que busca la inserción social, inserción que exige el respeto de las leyes. Tendrás que cumplir la ley porque vivimos en el imperio de la ley y siempre estará por encima de todo.

La muy ingenua se creía sus propias mentiras. No podía ver que la única manera de ordenar la sociedad y establecer relaciones humanas es por medio de la violencia. Se creía el cuento de la Europa de los derechos humanos, social y democrática. La declaración de derechos humanos es papel mojado para todos los Estados. No hay uno que no siga el maquiavelismo más vulgarizado y que use el terror para dar orden.

No hay más derecho que el que pueda comprarse, como bien saben los inmigrantes y exiliados que son abandonados humanitariamente por la Europa políticamente correcta, pese a sus tratados internacionales.

La OTAN, la Alianza sumisa de Europa a EEUU, sigue siendo la policía auto-proclamada del mundo e invade países, desestabilizándolos, saqueando su rico petróleo y provocando más "daños colaterales" de civiles que objetivos reales.

Lo llamarán Unión Europea, pero sigue siendo Comunidad Económica Europea. Lo que cuenta es la apertura de los mercados, la especulación sin cortapisas y el dinero. Poderoso caballero es Don Dinero, recitaba Quevedo. El único valor y ley que defiende Europa es el provervio del poeta satírico romano Lucilio: *tantum habeas, tantum ipse sies tantique habearis*; "tanto tienes, tanto vales", en el refrán castellano. Todo principio se vende a la avaricia; este vicio enfermizo que nos degenera y genera malestar porque la búsqueda de riquezas siempre crea insatisfacción: cuanto más se tiene, más se quiere y más se sufre por todo lo que se desea; deseo que nos aleja del presente y crea aflicción por el eterno incumplimiento de una ambición sin límite. Los valores se sustituyen por el valor económico, el desprecio es proporcional al grado de pobreza. Todas las personas que son mal vistas son las pobres (y precisamente por ser pobres, porque se quiere dinero y no a la personas): inmigrantes, miserables y receptores de ayudas sociales. En cambio, son ensalzados los que tienen dinero (y precisamente porque tienen dinero): se defiende a ultranza el turismo como sector clave y básico para la sociedad (pese a la gentrificación), se considera parte fundamental del crecimiento económico la especulación financiera llamándola inversión y se envidia a los grandes defraudadores fiscales (que luego quieren que haya un Estado, pagado con los impuestos que procuran no pagar, que defienda jurídicamente su propiedad privada, les dé infraestructuras y les rescate, pese a presentarse como emprendedores). Primero es el dinero y luego, las personas.

- Claro. El poder es tan inocente... Hay paz para los hombres de buena voluntad. Habitamos en Disneylandia, vivimos en el mejor de los mundos posibles, en el menos malo de los sistemas sistemas políticos. No hay poderes facticos que presionan a los partidos políticos y no hay donaciones anónimas de grandes fortunas a partidos, no se satisfacen intereses de grandes financieros y no hay pago a los servicios prestados en forma de puertas giratorias, no hay brutalidad policial y otros abusos impunes, los grandes propietarios no tienen medios de comunicación que manipulen y sean creadores de opinión. Estamos en democracia, estamos en la tierra de las oportunidades, los derechos sociales y laborales están garantizados, la policía protege y los medios de comunicación informan. Claro que sí... La gente en sentido extramoral quiere la mentira porque la verdad es más díficil de soportar.

"La violencia es la base de las relaciones sociales y se establece porque es la fuerza que debe ejercerse para manterse el poder. Vivimos en unos Estados que reciben todos los años informes extensos del Relator de la ONU acerca de uso de tortura y vulneración de los derechos humanos, cuyos culpables directos y concretos son indultados sistemáticamente por los gobiernos del Estado. La OTAN realiza invasiones "humanitarias" con más "daños colaterales" que objetivos y la ONU mira para otro lado. Resulta obscena la cantidad de veces que se han vulnerado las leyes, tanto las estatales como las internacionales. Por no hablar de la vulneración de los derechos humanos, que se ha hecho tantas veces con tanta impunidad por todo el mundo que resulta vergonzosa. Si tienes poder, no hay más ley que la voz –sentencié-.

- Lo que has dicho sobre el Estado es falso –saltó la terapeuta-. Tienes una visión distorsionada de la realidad. Estamos en un Estado de derecho, en el imperio de la ley. No es posible que haya formas de poder basada en la

mera fuerza, que sean Estado de hecho, y no pueden haber abusos... ninguna que no pueda ser denunciada con todas las garantías jurídicas, sean juzgadas por un tribunal y sean debidamente corregidas. Vivimos en un sistema democrático con un Estado de Derecho que da garantías para que se respeten las libertades y que está comprometido con el respeto estricto a los derechos humanos. Hay un cuerpo jurídico independiente que se ocupa de garantizar los derechos y libertades. Estamos en el imperio de la ley.

-Se debe dormir muy bien en el sueño americano –le respondí sardónicamente-. Todavía me defenderás la ignorante democracia, que es el terreno en que puede entrar la demagogia y el farieseismo. Deberían gobernar los que saben, los que tienen el saber político.

- No existe el saber político – espetó con indignación -. Puede que haya ciencias políticas que traten de cómo se ha hecho política y sobre el funcionamiento de las instituciones; pero para saber todo de política se requiere saber de economía, antropología y psicología, entre otras ramas. Nadie tiene todo el saber político, por eso es necesario que haya diálogo entre todas las partes de la sociedad, de forma que se pueda vislumbrar entre todos las medidas más adecuadas.

- Ya –le repuse con sarcasmo-. Las personas de por sí no valen para intervenir en los asuntos públicos, necesitan unirse a otros para tener fuerza y alcanzar grandes metas en el grupo. Lo que describes es el realismo socialista: el individuo no es nada, tiene que aunarse al grupo y al interés general. Pura propaganda, moldes prefrabricados de esquemas ya hechos y preparados por la *nomenklatura* para presentar su paraíso en la tierra. Es el doble-pensamiento del Gran Hermano que nos vigila por nuestro bien y que está por encima, pero diluido en la burocracia.

- ¡No, no! -saltó la ingenua liberal-. Me refiero a la democracia, el término democracia sin nada detrás. Cuando a la democracia se le añade una palabra, siempre se esconde algo: como la "democracia obrera", "democracia participativa" o "democracia orgánica". Hablo de la democracia sin más, el régimen del diálogo -se paró un momento y luego empezó a disertar:- Las personas sobre las que se regulan las leyes saben bastante sobre las medidas que les aplican y tienen bastante que decir sobre las leyes. Por eso, tiene que haber democracia. Además, la democracia permite que todas las partes puedan hablar. Así, se permite dilucidar, entre todas las personas, las medidas más justas. Es el régimen en el que se puede llegar a la mayor posibilidad de verdad y justicia sobre los asuntos públicos porque se tienen en cuenta todas las posiciones. La democracia se basa en el diálogo, por eso sus instituciones se llaman: "parlamentos". El debate no puede eternizarse y, al final, se decide por votación y por mayoría; pero lo que se busca es que el diálogo permita hacer ver la mejor medida. Es el régimen más legítimo y con mayor saber acerca de la política.

-No vivimos en democracia ni sobre el papel - respondí cuando me repuse de la risa -. Por favor, que vivimos en una oligarquía descarada... que los partidos políticos son empresas privadas compradas por otras más grandes con donaciones... Si tuvieras un poco de cerebro, te tendrías que dar cuenta de que la democracia es el régimen del populacho y que tal rebelión plebeya solamente podría construirse con una igualdad total y un gobierno del vulgo, con el comunismo. La apelación al poder popular de los miserables solamente puede tener forma real como rebelión de las masas, que es la conquista de la democracia. La democracia solamente puede ser el gobierno de los ignorantes, el movimiento anárquico de la horda y la turba cuyo gobierno se basa en la aritmética y el peso del número, solamente puede Y eso realmente es una revolución en el que se toma el poder por la fuerza de las masas, tras una escala progresiva de violencia.

- Lo que describes es un extremismo - señaló visiblemente enfadada -. Los movimientos radicales de ese tipo lo que procuran es hacerse con el poder por la fuerza. Es una lógica frentista y de guerra, que forma grupos que toman caracter militarista para derribar al ejército y tomar de forma violenta el poder. En esa locura, es fácil que se formen figuras autoritaritaristas que, después, en la toma de poder, se corrompen y acaban estableciendo una dictadura.

- Sí, una dictadura del proletariado, lo que viene a ser el poder de la masa y del populacho: la democracia. Al final, todo se reduce al dominio. Ya puestos, si tiene que haber un orden de la imposición, lo que debería haber es un gobierno tiránico con toda la fuerza y dominio sin tapujos. Tendrían que dorminar los mejores, los seres fuertes que no les tiembla el pulso en hacerse valer y ejercen el dominio completo sobre la chusma. Deberían gobernar los señores, cultos y fuertes, que sometan a los débiles pusilánimes cuyo sitio es el sometimiento que aman, y que den orden fuerte, eficaz, ilustrado y aristocrático. Es el poder por el poder, el dominio puro y duro. Es lo mejor, es la máxima expresión del poder. Y el poder impositivo por medio de la fuerza es inevitable. No hay ejercicio de poder real que no sea resultado de la brutalidad y el uso de la fuerza. Por favor, sin ambas no hay posibilidad de vivir y ningún efecto social... Si vivimos en el paraíso liberal que tanto te gusta es por la guillotina Revolución Francesa, si hasta tu jornada de 40 horas semanales es resultado de una huelga de 40 días con disturbios...

- No es verdad, te equivocas... Eres una niña y no sabes de estos temas adultos, no tienes experiencia en el mundo real... - respondió con un tono completamente condescendiente -. Te dejas llevar por las expresiones lapidarias y la retórica demagógica. Los derechos sociales y laborales

emanan de la Constitución, los acuerdos sociales pactados en diálogo social como los Pactos de la Moncloa y las manifestaciones ciudadanas sin violencia... Vivimos en una democracia nacida de nuestra modélica Transición, construída de forma completamente pacífica...

- Y yo soy la que tiene una puta versión distorsionada, ¡joder! - solté desde el fondo más profundo del alma -.

- Bueno, bueno –empezó a balbucear con cierto tono de enfado, mientras quería retomar el timón de la conversación-. En cualquier caso, como lectora de Tomás de Aquino habrás oído que es peligroso ser de un único libro, ya que eso lleva al fanatismo. Una única interpretación también puede llevar a un visión única de la realidad y hacernos incapaces de ver otras. Te voy a leer algunas declaraciones de familiares de... tus "obras"... y luego me vas a decir si lo que dicen no tiene por lo menos algo de sentido.

Procedió a la lectura de una serie de retóricas impresiones de personas que negaban algún rencor y que decían sentirse compadecidas de mí, porque entendían que yo estaba, en realidad, enferma. No produjeron ningún efecto en mí, dado lo mucho que desprecio a los seres pasionales que se guían por las emociones, en lugar de someterse al juicio de la razón y la lógica. Sin embargo, tuve que seguirle el juego a la psicóloga porque, francamente, ya empezaba a estar aburrida de hablar a las paredes. Decidí seguirle la corriente, parafraseando lo que me decía con otros términos. De esta manera, lograba que pensara que yo había interiorizado lo que me quería transmitir y que no estaba dándole la razón como a los tontos.

Desde ese día, empecé a comportarme como un camaleón. Me mimeticé para que aceptasen esos primates retrasados, sin que me importunen con sus respectivos perspectivismos. La mera formalidad del lenguaje me hizo pasar

desapercibida y me permitía hacer creer a mis raptores que me reconducirían por sus recovecos.

Nada impedía que yo pudiera comportarme de esta manera durante toda mi existencia. Una vez que ya he hecho todo lo que tenía que hacer, puedo descansar y mirar por encima del hombro a todos los patéticos especímenes de *homo sapiens sapiens*, mientras me regodeo pensando que, en realidad, les estoy perdonando la vida. El lenguaje será mi mejor disfraz: nadie lo mira. Yo seré apariencia, un cuento que se cuenta, seré literatura y potencia poiética.

* * *

Se suele decir que la literatura de Sade fueron la antesala del holocausto. Adorno había señalado entonces que después de Auswitch no es posible la poesía. Paradójicamente, los escritos de él y de Horkheimer apuntaron que la manera de romper con esta razón instrumental era por medio del arte, aunque un arte que siguiera sus propias normas.

Consideraban que había dos tipos de arte. Uno pretendía agradar y el entretenimiento abotargante. Tenía más que ver con los espectáculos que describía Guy Debord, los productos dirigidos al consumo de masas. Eran unos bienes que se disfrutaban de forma pasiva y acrítica. Se trataba de los productos de la industria del entretenimiento, como pudieran ser los simplistas *best-sellers* en literatura, los productos televisivos y el cine más comercial.

Y el otro era un tipo de arte que seguía sus propias normas. No se ajustaba ni a los modelos facilones de los productos de entretenimiento comerciales, ni a las cuadriculadas simplificaciones de obras mayormente

propagandísticas (como pudiera ser el realismo socialista). Él seguía las propias normas del arte, como la continua creatividad. Las obras de este tipo eran capaces de crear algo nuevo. Eran obras que rompían los esquemas mentales, planteaban preguntas y hacían reflexionar a la gente.

Ensalzaban las obras de artistas vanguardistas, que exploraban nuevas formas de expresión. Las obras de arte de vanguardia innovaban bajo el formato de una compleja composición. Principalmente, alabaron la música rompedora de Mahler, Shónberg, Berg y Webern.

Marcuse fue más lejos. Señaló que la imaginación podía ser la forma de superar la represión innecesaria que impone el capitalismo. Esta facultad permitiría superar la disciplina estricta y los ritmos inhumanos de producción impulsados por la "lógica" del mercado desarrollista acelerado. El capitalismo fomenta unos ritmos de trabajo apremiantes, presionando para que haya una disciplina férrea y que fomenta la represión. Además, genera una cultura de masas en la que no se potencia el mayor gozo. Como mucho, se fomenta el gozo pasivo y ello hace que siempre se busque un nuevo "chute", a diferencia de la gratificación en el trabajo.

Se fomenta que los trabajadores asuman una represión de los impulsos porque, si los trabajadores alcanzasen el mayor gozo (sexual o artístico), buscarían mejores condiciones en otros ámbitos de la vida. Si se tendiese a buscar calidad de vida, los trabajadores se meterían de lleno en la lucha social para lograr mejoras laborales. El uso de la potencia poiética, creativa, permitiría llevar a cabo un trabajo que da gratificación. Es posible llegar al gozo si el trabajo se vuelve creativo, lúdico y artístico.

La imaginación permite una gratificación que realmente satisface a las personas. Ella, además, permite plantear la posibilidad de nuevas sociedades.

Es la facultad que permite idear nuevas formas de ordenar la sociedad. Ella permite darse cuenta de que en la producción de bienes y servicios se da un excedente. Permite darse cuenta de que si él fuera repartido justamente, no sería necesario trabajar demasiado para crear los bienes para subsistir. Si la sociedad basara el trabajo en la creatividad, se podría modificar la sociedad de tal manera que el trabajo mecánico lo tuvieran que hacer las máquinas y se centrase en la subsistencia. Con ello, se libraría un montón de tiempo, que podría ser empleado para el trabajo más creativo, más artesanal y lúdico-artístico.

Sin embargo, ni el arte ni la estética traen la posibilidad del cambio social. La propiedad privada domina y la producción, incluso la artística, obedece a la "lógica" del mercado y al consumismo más embrutecedor.

Todavía a día de hoy es aplicable la denuncia de Adorno referente a la abotargante mayoría de obras de arte, que son una mercancía más para el mercado. Su formato fomenta que se consuma productos nubladores del juicio, por ser espectáculo que deslumbra (que diría Guy Debord). Todo ello sirve a mayor ganancia de los productores, que ofrecen bienes de fácil asimilación y simplistas.

Fomentan un consumismo de bienes culturales, la mayoría de obras de arte son productos de moda, atractivos y facilones, cuya admiración es breve y exigen que se creen otros "nuevos" ("nuevos" en apariencia, dado que su contenido es tan vacío como llamativo y atractivo es su formato). La "lógica" del mercado exige crear otras "nuevas" obras para que pueda dar el efecto de la satisfacción temporal que ejerce la novedad (y que no cuenta con el gozo perdurable de las obras complejas, cuyas interpretaciones son ilimitadas).

En el cine comercial de nuestros tiempos, los efectos especiales han prevalecido sobre el contenido. Han hecho, como señaló Martin Scorsese en una entrevista, que el cine se convierta en una experiencia apabullante, similar a las sensaciones que se sienten al entrar en un parque de atracciones.

En un hilo similar, Alan Moore señalaba que al público no hay que darle lo que se supone que quiere, sino lo que necesita. Este gran autor de cómic y novela gráfica ha visto como sus obras magnas fueron convertidas en subproductos comerciales. Sufrieron la simplificación y el predominio del espectáculo sobre la trama. Convirtieron en espectáculos llamativos y vacíos a sus obras: *V de Vendetta*, *Watchmen*, *Desde el infierno* o *La broma asesina.* La mayor parte de lo que toca Hollywood es degradado. Contra su voluntad fueron hechas adaptaciones vergonzantes, tan llamativas como reducidas de contenido.

Su primera gran obra, *V de Vendetta,* trataba de manera sutil el fascismo de terciopelo y el anarquismo en una Gran Bretaña futurista. Fue adaptada al cine de forma infantil, presentando a un superhéroe que hace piruetas y a unos enemigos que son una caricatura simplista del fascismo. Por otro lado, se presentó como admirables a los "héroes" decadentes y vigilantes por encima de la gente que fueron presentados en su novela gráfica *Watchmen.* Ellos fueron tratados por el cine como carismáticos supérheroes con superpoderes asombrosos y que hacían cosas espectaculares. Reducieron, además, al mínimo la compleja trama original, en la que se denunciaba los abusos del poder, el control social de los vigilantes del orden y los excesos del culto al poder.

Gracias a ello, se procuran consumidores pasivos (incapaces de sustraerse de las fuertes emociones). Por tanto, generan espectadores acríticos,

manipulables como para que se les conduzca al consumismo más rentable y alienante. Las grandes industrias del cine pretenden conseguir clientes poco exigentes. Quieren abotargados que consuman sus productos como un “chute” de drogas, que siempre queden insatisfechos y busquen una nueva dosis, de forma que la dopamina que da la novedad haga su efecto. Es un efecto colateral pero no considerado negativo. Es la realidad de que, por medio de este silbido de flautista de Hamelín, se configuren masas cada vez menos críticas. Las personas se vuelven más conformistas, más auto-complacidas y más manipulables (para que continúen consumiendo sus productos de baja calidad, pero “masticaditos” y fáciles de consumir de forma pasiva).

El control del placer que ya adelantó Aldous Huxley en su novela *Un mundo feliz* se está realizando de forma efectiva, *de facto* aunque no *de jure.* Se fomentan unos modos de vida consumistas para lograr grandes beneficios , se trata de manipular a las personas para que sean más dóciles y adictas a los productos del consumo de masas. Sin que se busque expresamente, se logra un mejor control social de la problación, para mayor beneficio de franquicias del cine que pueden vender entradas y *merchandising* a un público que se siente cada vez más vacío cuanto más tiene. Nunca se debe infravalorar la capacidad humana de distraerse.

Es lo que tiene el deseo, que es como la sal: crece cuanto más se toma, es un fuego que se incrementa cuanto más es alimentado. El ser humano es un ser de infinitos deseos porque tiene un lenguaje que siempre puede imaginar nuevas tentaciones, había señalado Agustín de Hipona. Siempre ha estado ahí, pero la época actual es la única que ha hecho culto de él.

No niego que sea necesario controlar a las estúpidas masas con productos de pésima calidad, de manera que puedan obedecer a sus

superiores sin rechistar; pero me parece un exceso que se viva en una época en la que sea tan difícil encontrar la aguja en el pajar.

Toda nuestra civilización ha sabido demarcar el arte vulgar del arte para las élites. Ahora resulta un sobreesfuerzo buscar el verdadero arte. Vivimos en una era en la que los medios de difusión destacan las obras cuyo único fin es la venta, y que son tan llamativas como carentes de contenido. No se dan claves para entender el arte y sus normas, ni en la educación ni en los medios públicos. No se enseña de forma adecuada una formación e información de las obras artísticas que de verdad son tales.

Los medios nos bombardean con obras que llaman la atención y que venden subscripciones de *apps* de sus períodicos o plataformas de comunicación; pero que a todas luces carecen de contenido. Pasan por los museos pinturas simplistas de colores y formas amables, esculturas gigantes de perros de globo y otras porquerías que agradan a primera vista; pero que carecen de composición compleja u orden y concierto.

Oteiza había llamado "Eusko Disney" al *Guggenheim* Bilbao. Caracterizó al museo como una suerte de parque de atracciones. En él, se buscaría proporcionar más el espectáculo y la atracción turística sin criterio, que la presentación de obras dignas de ese nombre. En esta atracción turística, hay esculturas y salas que cuentan con obras que son más llamativas que artísticas. A él se traen con regularidad exposiciones de obras que deben su fama no tanto a la aportación creativa auténtica, sino más bien al *marketing* de una auténtica industria especulativa de supuestas obras de arte.

Walter Benjamin señaló que hay tres criterios para identificar una obra de arte y distinguirla de un producto mercantil: 1) ser un producto elaborado y complejo; 2) seguir unas normas de una determinada corriente; y 3) tener

como finalidad el propio arte, tener una intencionalidad principal de transmitir un mensaje articulado, fruto de la técnica expresiva, la emoción y el pensamiento. Es muy posible que algunas creaciones tengan algo de las dos primeras condiciones; pero la más fundamental es la intencionalidad artística. Ella no tiene que ver con la venta de productos llamativos y no arriesgados, que son agradables a la contemplación pasiva y cuyo contenido está más bien "mascadito".

Una obra de arte de verdad tiene que hacernos reflexionar, hacernos plantearnos las cosas. Debe presentar una nueva forma de expresión que rompa nuestros esquemas mentales y plantee las cosas de forma diferente. Tiene que ser creativa, poiética en el sentido más original del término: creatividad y nuevas maneras de articular los elementos.

Tiene que tener alma, un áurea que diría Walter Benjamin. Debe mostrar que todavía algunas personas tenemos sangre en las venas y que estamos muy vivas. No tiene que ser cobarde, no debe ir a lo fácil de presentar composiciones simplistas pero *kawai* o formas adorables. No tiene que tocar la neotenia y presentarnos figuras entrañables que deleitan la vista, pero que no aportan nada. No tiene que estar compuesto de formas sencillas, colores amables y que no arriesgan nada. No tienen que ser un insulto a la inteligencia.

No tiene nada que ver con el tiburón en formol de Damien Hirst que no transmite nada; ni las esculturas adorables y sin contenido del publicista Jeff Koons; ni las pinturas y esculturas explícitamente *kawai* o adorables de Takashi Murakami; ni mucho menos todo el humo que ha vendido Yoko Onno desde que separó a los *Beatles.*

Aristóteles consideraba que el arte debía ser un proceso de creación razonado. El arte tiene que ser pensamiento plasmado de forma compleja en una obra de arte elaborada, que tiene una estructura muy trabajada. Consideraciones como la del filósofo de Estagira llevan a que se puedan plantear tres valores objetivos para evaluar una obra de arte: 1) su complejidad, su grado de elaboración según el mensaje de una corriente determinada; 2) la coherencia de los elementos con la composición ordenada de una manera determinada; 3) la intensidad con la que se transmite el mensaje.

El discípulo de Platón también señalaba que el arte era imitativo, pero hay que tener presente que él tenía como referente al arte de su época. Con la aparición de la fotografía, el arte ha tenido que ir más allá de la representación y tuvo que abandonar el arte figurativo. Ello ha conducido a diversos modos de expresión. Se tuvo la necesidad de explorar otros medios de comunicar. Pero también ha conducido a que todavía hoy haya una confusión entre los límites del arte y de lo que no es arte.

No basta con una pretendida originalidad y con defender con fariseismo que el autor ha procurado dar un mensaje rompedor y difícil. Tanto culto se ha dado a los autores, que ahora son necesaria la explicaciones de ellos. No es suficiente la contemplación de la obra para entenderla. La mayoría de obras de arte no tiene la suficiente capacidad de transmitir lo que supuestamente pretenden comunicar. Todo ello no es más que humo para vender. Si una obra no es compleja, ordenada de manera concertada, precursora de la reflexión y de la sensibilidad elaborada, entonces no es una obra de arte: es una estafa. No son necesarias las explicaciones posteriores, la propia obra debería estar compuesta de manera que fuera capaz de transmitir el mensaje artístico. Si no, no es una obra de arte: es un timo.

Hasta los *collages* del cubismo estaban situados en una estructura con un sentido. No tienen nada que ver con obras extrañas actuales, cuyos elementos están puestos sin orden ni concierto. Los cubistas trataron de explorar, no engañar descaradamente. No se hicieron pasar por lo que no son. No trataron de compensar sus carencias por medio de talonarios, fundaciones propias para su promoción y el uso del corporativismo y el tráfico de influencias.

El cubismo procuró trabajar el volumen, exponiendo pinturas en las que se mostraban elementos en varias caras (como si fuera un cubo aplastado, en el que se muestran seres de frente y de perfil a la vez). De esta manera, el espectador podía reconstruir lo observado en tres dimensiones.

Otras corrientes artísticas también procuraron configurar la transmisión de una intencionalidad artística por medio de un complejo mensaje articulado. Los paralelos artistas surrealistas trataron de llevarnos a una realidad superior (superrealista) del profundo mundo interno de lo onírico, los sueños y los contenidos más ocultos de la *psique* humana.

Por su parte, los expresionistas reaccionaron al dominante impresionismo (que procuraba tratar la primera impresión de lo observable: destacando la luz y el color). Realizaron obras que trataban de expresar las emociones más profundas de la psicología humana. Y hasta el extraño arte abstracto tenía una forma determinada y elaborada.

El arte abstracto buscó ir más allá de lo figurativo y trabajó la comunicación que de por sí podía establecerse por los medios pictóricos y escultóricos, sin referirse a nada ajeno a la propia expresión de ambos medios. Trabajaban con formas complejas haciendo uso del color o de estructuras escultóricas en las que se exploraban nuevas formas posibles.

Hasta en obras tan abstractas como las de Oteiza y Chillida se puede atisbar de forma directa un sentido directo, y no uno forzado por el discurso falaz. Fue más Oteiza el que empezó con las investigaciones acerca de la ocupación del espacio y el vacío cubierto por la materia que lo envuelve, como un recipiente. Oteiza trabajó el volumen. Se basó en el arte prehistórico vasco en su formato más elaborado. Era el *cromlech*, un conjunto de menhires en círculo que debía dar una apertura. Simbólicamente, se abría un portal al cosmos, se abría la posibilidad de abarcar el Absoluto de Hegel. Su mensaje pudiera quedar bien representado por la obra en frente del ayuntamiento de Bilbao: *Variante ovoide.*

Secundariamente, Chillida continuó durante décadas exponiendo sus esculturas que trabajaban el volumen, la ocupación del espacio y el vacío [más allá de que Oteiza lo dejase porque entendió que ya había explorado todo lo que se podía tratar en escultura de por sí y se dedicó a la poesía, que consideró sagrada].

Chillida imitaba mucho a Oteiza, como lo muestra *El libro de los plagios.* Jugó con el vacío, que era cubierto por el material. Realizó obras que tenían que ver con la ocupación del espacio. Su mensaje tenía semejanzas con las consideraciones estéticas Heidegger. Él señalaba que el arte hace que un espacio de materia bruta, la tierra, se convierta en algo habitable, en mundo humano. El filósofo alemán pensaba sobre todo en arquitectura; pero señaló que en la escultura de Chillida también se hallaba ese juego entre el vacío, la ocupación del espacio y la forma que da el material que recubre el vacío.

Fuera aparte, el escultor trabajó con metales para darle una plasticidad que rompiera con la imagen de que tenemos de ellos (considerados como

sólidos y casi bloques). La sociedad metalúrgica que fue una de las insignias de la Comunidad Vasca, quedó humanizada por medio de presentar los metales como elementos llenos de dinamismo y vitalidad.

Todas estas expresiones complejas se ven ridiculizadas por un mercado del arte que ha convertido las obras en objeto de especulación más salvaje y de menor criterio. Se ha convertido el arte en una falsedad gracias a corporativismos de fundaciones creadas *ex profeso*, ayudas de políticos ignorantes y por el peso del *marketing* y la promoción de la prensa canallesca, que destaca más las obras polémicas, aunque vacías, que las que son verdaderamente artísticas.

Nos bombardearán con imágenes de pseudo arte y venderán porque es un mercado más; pero su permanencia en la historia del arte no se mantendrá cuando pase la moda y pierdan dinero para su publicidad. Todo se agota y la paciencia con la tontería antes que nada.

Ya se pasarán los quince minutos de oro de la mediocridad. Se pondrá en su debido sitio la estafa de los falsos artistas, junto con los cantos de sirenas de la publicidad. La luz propia del esplendor del verdadero arte se acabará imponiendo por el peso de sus propios méritos y por la poderosa fuerza de su gran expresividad.

Como señala Cayetano Aranda Torres en su *Introducción a la estética contemporánea,* mientras haya necesidad de pensar nuevas formas de ordenar la realidad (por ser ella insoportable), seguirá siendo posible crear nuevas formas de expresión dignas de ese nombre. El arte continuará indefinidamente en diferentes formas complejas para responder a nuestra eterna necesidad de evasión.

Yo pasaré, pero mis obras no pasarán. Mis cadáveres deformados darán buena cuenta de la historia y cultura europea. Serán tomados como la culminación de su prolongado e ininterrumpido culto al poder por el poder. Mi comunicación artística superará a toda forma de lenguaje... O eso espero ahora que se ahogado mi voz, tapada por el fango en el que me estoy hundiendo sin ningún remedio. Ahora que se ha apagado mi habla, yo seré más que lenguaje.

* * *

Ferdinand de Saussure desarrolló un estudio acerca del lenguaje que marcó un antes y un después para lingüistas, filólogos, lógicos y filósofos. Sus lecciones fueron recogidas por sus estudiantes y se expandieron como la pólvora. Afirmaba que en el estudio de la estructura básica del lenguaje había que saber diferenciar entre el significado, el significante y el referente. Los referentes son los distintos objeto a los que se refieren los términos del lenguaje. Por otro lado, el significante es la manera de presentar a un referente dentro de la semántica del lenguaje (dentro de un término). Finalmente, el significado daba cuenta del sentido que tenía un término: la descripción que se hacía respecto a un término.

Frege había llegado a similares planteamientos, pero fueron las lecciones de Saussure las que influyeron notablemente a Lacan, lingüistas y a los filósofos llamados "estructuralistas" por los falsarios periodistas. Dentro de este término periodístico, el "estructuralismo", podían caber tanto Lacan como el antropólogo de las estructuras básicas de la sociedad Levi-Strauss. Se podía meter en este "saco" sin fundamento a filósofos puramente marxistas como Althusser; e, incluso, a un tardío geneálogo de los conceptos como Michel Foucault.

Poco tiempo antes, Frege había tratado algo similar en su *Sentido y referencia*. El autor consideraba que la matemática debía ser organizada por un lenguaje lógico. Se requería un lenguaje depurado para dar cuenta de los fundamentos racionales de las matemáticas. Consignó que el significado era la manera de presentar a un referente. E.g. "lucero del alba" y "lucero vespertino" son dos maneras distintas de hablar de Venus. Durante un tiempo se creyó que hacían referencia a dos objetos celestes distintos y que eran dos referentes; fue así hasta que se descubrió que ambos eran Venus.

Movido por estas consideraciones, Bertrand Russell presentó la primera formulación del atomismo lógico. Señaló que el saber era el conjunto de descripciones acerca de los objetos del mundo, el conocimiento se presentaba bajo formulaciones que describían cada objeto: las proposiciones. Si una descripción no daba cuenta de un ser que realmente existiera, entonces ella sería colocada fuera del lenguaje formal y referencial. Estaria fuera de las consideraciones acerca de su verdad y falsedad. Toda descripción debía dar cuenta de algo que pudiese ser comprobado experimentalmente que existía.

Puso como ejemplo: "el actual rey de Francia es calvo" como descripción fuera del lenguaje (entendido éste como conjunto de referencias que tratan sobre los objetos del mundo). Si se consideraba esta proposición como falsa, entonces lógicamente se consideraría que el rey tiene pelo; y si se considera verdadera, entonces se considera que el rey no tiene cabellera [Russell añadió irónicamente que un hegeliano, en su dialéctica de síntesis, señalaría que el rey lleva peluca]. Sin embargo, esta expresión no es ni verdadera ni falsa porque no hay un rey en la actualidad en el Estado franco. No existe el referente y, por ello, no describe nada. Esta expresión no es ni verdadera ni falsa, ni forma parte del lenguaje depurado.

Su discípulo Wittgenstein, en medio de la Primera Guerra Mundial, escribió que las proposiciones tenían que dar cuenta de los sucesos del mundo (dado que la noción de "objeto" le resultaba demasiado abstracta y metafísica). En esta primera reflexión, el filósofo austríaco señaló que la función del lenguaje era figurativa. Las proposiciones depuradas tenían que ceñirse a presentar representaciones lingüísticas que recogieran los sucesos. Los límites del mundo son los límites del lenguaje formal, dado que no se puede salir de él para conocer algo con rigor. Todo lo que lo pudiese ser descrito de forma concreta, quedaba fuera del lenguaje y meramente podía ser evocado.

Los autores del círculo de Viena tomaron como dogmas los planteamientos del joven Wittgenstein Ludwig Wittgenstein. En su positivismo lógico, señalaron que las proposiciones tenían que limitarse a referir todo lo que pudiese ser comprobado experimentalmente.

Habían cogido de la filosofía positivista de Comte la idea de que la verdad está en los hechos y que ellos son verificados por las ciencias experimentales. Poco esperaban la posterior mejor explicación de Popper, que señalaba que las pruebas experimentales solamente comprueban que unos hechos se han dado en unos casos determinados concretos. El procedimiento experimental sirve más para contrastar y para aseverar qué teoría no vale (basta con que se dé un caso; e.g. si se encontrase un metal no conductor, se tendría que eliminar la ley científica que asevera que todos los metales son conductores).

En cualquier caso, después de los planteamientos de Wittgenstein, los positivistas lógicos situaron que todo debía ser presentado en proposiciones independientes o atomizadas, organizadas lógicamente. Consideraban que todo

lo que estuviera fuera del lenguaje referencial era metafísica incognoscible e irrelevante. Acerca de lo que no puede ser dicho, es mejor no hablar.

Los autores del círculo vienés eran poco conscientes de que para el joven Wittgenstein precisamente eran las cuestiones que no podían ser expresadas con el lenguaje depurado las que eran realmente importantes. En una reunión entre varios pensadores, el joven judío y homosexual frustrado sexualmente se enfureció por el cariz que tomó una discusión acerca de ética. Tomó un atizador con la mano. Exigió que le proporcionaran una máxima ética que pudiera ser transmitida por el lenguaje. Se atribuyó a Karl Popper decir que amenazar con un atizador podía ser un ejemplo de acto no ético.

Tiempo después, Wittgenstein, cambió su interpretación acerca del lenguaje. Cambió de parecer tiempo después de dar clase a colegiales aplicando castigos físicos, recibir amenazas de padres y escuchar, por mediación de sus acobardados estudiantes, la aseveración consistente de que había otras maneras de usar el lenguaje. El filósofo austríaco llegó a la conclusión de que había otras maneras de utilizar el lenguaje, cada una con sus propias normas: los diferentes juegos del lenguaje.

Heidegger, por su parte, eñaló que una de las formas de conocer el ser era por medio del lenguaje. Lo hizo después de intentar separarse de la fenomenología de Husserl (que decía que la verdad estaba "en las cosas mismas" o más bien en cómo aparecen las cosas en la conciencia). Fue poco después de que se metiera en el partido nazi por puro interés y tuviese que romper con su maestro judío (Husserl).

Heidegger describió la metafísica occidental como el gran olvido del ser y de su confusión con el ente. Se debía diferenciar el ser de los distintos seres. La metafísica occidental había tratado a una entidad especial como si

fuese el ser (fuera la sustancia, la mónada o Dios). Señaló que un ente, por muy especial que fuese, no es el ser. El ser es lo que desvela la verdad de los entes. El ser es el que muestra el desenvolvimiento de cada entidad concreta o ente. Dicha revelación se podía realizar por medio del lenguaje.

El lenguaje y la racionalidad no le impidieron a Martin Heidegger unirse de forma oportunista al partido nacionalsocialista. Y lo hizo precisamente cuando llegó al poder y le permitió ocupar el puesto de rector, que había ostentado su maestro Husserl, de origen judío. Nada tendría que ver el arribismo con su decisión, claro. Debió de ver en el histriónico Adolff Hitler a un ser auténtico, que seguía sus propias decisiones y no estaba supeditado a actuar de forma falsa como un actor de feria, claro. Pero es que sus manos eran mágicas, tanto que hechizaron la mente de Heidegger y le nublaron la razón, sin llegar a tocar su interés personal. Aunque peor excusa fue la de Paul Feyerabend, el filósofo de la ciencia que consideraba que no podía haber un método legítimo para la ciencia y que se debía adoptar un anarquismo metodológico. Él dijo que se metió en las SS porque le gustaba su uniforme.

Se suele decir que con Heidegger comenzó la hermenéutica, otra forma de reflexión acerca del lenguaje, dado que era una reflexión acerca de la interpretación de textos. Sin embargo, fue Schleiermacher el que, en su tratamiento acerca de los textos sagrados cristianos, fundó esta rama de la filosofía. Consignó que la interpretación consistía en el encuentro de horizontes. Ella era el producto del sujeto que interpreta (que aporta sus ideas previas y maneras de entender) y del estudio del contenido del material objetivo, situado en un contexto (lo que acompaña al texto) histórico y cultural de la época de origen de cada texto.

Gadamer dio un triple salto mortal, al señalar que la hermenéutica consistía en la teoría de la interpretación de por sí (la hermenéutica trataba sobre la interpretación en general). No fue demasiado lejos cuando señaló que el concepto de hermenéutica debería ampliarse. Tenía que pasar de ser meramente interpretación de textos escritos a extrapolarse también a tratar sobre otro tipo de formas de articular el lenguaje, como podían ser los discursos orales. Más adelante, fue más lejos y señaló que la hermenéutica tenía que ver con todas las formas de comunicación y de semiótica (como pudieran ser la experiencia, las artes, el contenido gráfico en general, los gestos y otros).

Pero el galimatías se podía extender todavía más y lo realizó, cómo no, un filósofo francés. Después de Descartes, los filósofos franceses han escrito textos larguísimos en los que prima más la originalidad de la idea principal que el sustento lógico de los sistemas que proponen; se atreven a defender las tesis más extrañas con tal de que sean ingeniosas. Jaques Derrida, en este caso, señaló que la metafísica abstracta y abstrusa se había introducido en la mentalidad europea debido a una tradición logocéntrica y también fonocéntrica.

Consideraba que, por culpa de Aristóteles, se llegó al prejuicio de que la lengua escrita fuese concebida como representación gráfica del habla. Todas las ideas provenían de la oralidad, y ella negaba la realidad cambiante. Esta visión da a entender que hay ideas no cambiantes porque los discursos orales dan la impresión de que las palabras se las lleva el viento y que los conceptos, parece ser, se quedan en el aire. Contra ello, reivindicaba la escritura, dado que en ella se refleja la huella que marca el paso del tiempo.

En la *differance* ("*diferenzia*") se mostraba que las palabras estaban marcadas y formaban parte de una realidad cambiante. Por otro lado, el

proceso de la *décontrucción* acaba con toda forma de metafísica. ¿Qué es la *décontrucción*? ¿Es un método de interpretación de textos? No, ella es todo y es nada. Y si le acusas a Derrida de hacer juegos de lenguaje, él te señala que él hace: "fuegos de lenguaje". Dejando las tonterías a un lado, la *décontrucción* es el proceso de desmantelamiento de los discursos. Por medio de la lectura de los textos se empieza a conocer la estructura de ellos permite darse cuenta de que hay un significado en la manera de organizarlos. E.g. Si un texto tiene ordenadas las ideas de una forma jerárquica, transmitirá un tipo de ordenar la mentalidad (y puede que también un tipo de ideología de poder). Y si las ideas forman una red y hay horizontalidad de validez, si todas son igualmente válidas, transmitirán el mensaje opuesto.

Desde otro lado más riguroso, Noam Chomsky señaló que las estructuras básicas del lenguaje son innatas. Hay bastante *quorum* en la comunidad científica aprovando sus afirmaciones. Todas las reflexiones acerca del lenguaje tienen que pasar por concepciones chomskyanas.

Por otro lado, la tesis de Sapir-Worth señala que el lenguaje determina la manera de estructurar el pensamiento. Los pensamientos teóricos están basados en el lenguaje y ellos se ven condicionados por él. "Los límites de mi mundo son los límites del lenguaje", decía Wittgenstein.

Putnam también refería algo semejante cuando presentó su experimento mental en el que relata la posibilidad de que existiera un planeta casi exacto al nuestro. En él hay un líquido XYZ, que es parecido en todo al agua menos en su composición química. Refirió en su relato cómo los nativos de ese planeta, si llegaran al nuestro, llamarían al agua: "XYZ". Confundirían el agua con su líquido transparente, debido a las limitaciones de su propia teoría [Putnam trataba de indicar que no podemos salir de nuestras propias

teorías, ya que la experiencia está cargada de teoría -está pasada por el filtro de nuestra propia interpretación–; y que, entonces, de lo que se trataba era de asentar de forma consistente las teorías, dado que no se puede salir de ellas: su realismo era internalista, la realidad no está fuera, sino dentro de nuestras propias teorías].

Por su parte, la práctica Teoría Crítica de la Escuela de Franckfurt también contó con un autor que hizo reflexiones acerca del lenguaje. Jürgen Habermas señaló que la forma de romper con la razón instrumental que denunciaran Horkheimer y Adorno era por medio de la acción comunicativa. Ella es una suerte de diálogo en la que se da validez a las posicionamientos en función de su grado de racionalidad. Se deben danr debates que puedan llevar a consensos acerca de la verdad y se pueda llegar a acuerdos entre personas. Esta acción comunicativa, incluso, llevaría a construir una sociedad en la que se pudiera llegar a ser un gran foro de debate público, en el que se permitiese una mayor participación y, por tanto, permitiría que hubiese un mayor grado de democracia participativa.

No debe saber el tipo de comunicación que existe realmente en las redes sociales. La acción comunicativa real es: el intercambio de insultos y descalificaciones; falacias *ad hominem* y *ad autoritas;* confusión entre libertad de expresión y libertad de pensamiento; culto a la ignorancia y a la espontaneidad de comentarios sin reflexión e investigación; ensalzamiento de la vulgaridad, conjura de los necios y rebelión de las masas.

En los países anglófonos las consideraciones del lenguaje tomaron forma como análisis semántico del significado lingüístico y del uso práctico de las diversas formas de pragmática del lenguaje y de los actos de habla. Ya veis.

* * *

Palabras, con palabras se puede ganar el mundo. Yo necesitaba dominar. Sentía un profundo dolor interno, que me atormentaba de manera indecible y no me daba cuartel. Mis sienes se encogían por dentro, presionando de la forma más dolorosa posible. Un profundo dolor interno me consumía. Era como si un tornillo estuviese retorciéndome por dentro, mientras me desgarraba inexorable y sin que tuviese ningún fin. Dentro del pecho tenía una tensión tan fuerte que resultaba físicamente dolorosa.

Tenía que descargar la presión y solamente el ejercicio del poder me permitía un cierto alivio. Haría lo que fuere para hacerme con el poder y hacer valer mi poderío, por encima de los sacos de carne que gestionaban el reformatorio.

Palabras y poco más, con ellas se puede dominar. Incluso un fracaso manifiesto como Adolf Hitler pudo ganarse a las masas vulgares con sus discursos. No lo hizo apelando a su razón, sino a sus más bajas pasiones. Publicistas y propagandistas han dado cuenta del dicho de su ministro de progaganda Himmler: "una mentira dicha cien veces se convierte en verdad". En la actualidad, un demagogo incompetente como Donald Trump supo llegar a los corazones con sus discursos demagógicos, tan llenos de sensacionalismo y apelación a las emociones más acuciantes (como el miedo y el odio). Sus palabras sofistas le permitieron llegar al poder.

Aristóteles señaló que en el discurso retórico, el arte de convencer, hay que tener un adecuado cuidado con el *ethos* (credibilidad), el *pathos* (emociones) y el *logos* o discurso articulado [en forma de razonamiento truncado: puede carecer de alguna premisa o la conclusión, que ya será puesta por el público, que no desea exhaustivos discursos].

Los discursos políticos, todos sin excepción, son una vulgarización de toda retórica básica. Se limitan a restar credibilidad al contrario. De esta forma, los oradores se presentan como lo opuesto a lo malo y pueden atribuirse la bondad y honestidad, por "ser" lo completamente diferente y opuesto a lo que es tratado como malo.

Si queda margen para algo más, se hace uso de tocar las bajas pasiones. Se utilizan discursos demagógicos del miedo o del odio, o populistas que halaguen al vulgo ignorante e idiota. [No hay político que se atreva a dudar del saber del pueblo, al que le atribuyen todo el saber y toda legitimidad; pese a que carezca la mayoría de él de una opinión propia y dejen llevar por el eco de las masas].

El reformatorio era el caldo de cultivo de una masa que podía amasarse como arcilla. Habían cuadrillas de inmaduras que querían destacar para obtener algún grado de atención y poder, pero que carecían todavía de organización. Algo como un motín sería impensable; claro que todavía no contaban conmigo.

Tenía que dominar para acabar con mi tensión y para no sentirme impotente. Necesitaba dominar mi entorno porque, sino, me sentía descolocada. Acabaría llena de incertidumbres, por estar en manos de otros. Me sentiría completamente frustrada, por estar a merced de poderes institucionales mostrencos y mentecatos. Tenía que mandar para que pudiese haber algún tipo de racionalidad en aquella jaula de grillos y colmena de zumbidos estúpidos.

La razón está en marcha, un fantasma recorrerá la cárcel infantil. Una mañana me puse a la entrada del comedor, perfectamente a la vista de todas y me puse a realizar una danza agonal, combativa y severa, de Esparta.

Quedaron atónitas. El silencio fue terriblemente clamoroso. Me dirigí a mi mesa y me senté. Para mi sorpresa, unas imbéciles se acercaron hacia mí. La más atrevida rompió el hielo:

- ¿Pero qué hacías? -me soltó con toda naturalidad e idiocia.

- Demostraba que tengo poder -señalé con calma, esperé a que se cruzaran las miradas confusas y disconformes, para luego añadir:- Hacer el ridículo y no recibir ningún insulto, demuestra que doy miedo y que tengo poder.

- ¿Sí? -me espetó, incrédula, otra de ellas-.

- Claro –sentencié con calma-. Corred la voz: dentro de tres días vais a montar alboroto en las celdas hasta que yo lo diga. Pobre de la que no lo haga, no sé si me entendéis...

Todas ellas dieron su afirmación con el mismo ademán de sus vacías cabezas. Sonreí y me dispuse a alimentarme. Se dispersaron tensas de allí y empezaron a cuchichear. Durante el tiempo que se empleaba en la comida, pude ver el efecto de mis palabras: muchas cabezas se alzaban y dirigíeron su mirada hacia mí, llenas de estupor y, probablemente, de una extraña sensación de escalofrío que recorrió toda su espina dorsal.

En el día señalado, cuando todas mis compañeras de módulo estaban cerca de sus celdas, salí a la entrada de forma que todas me vieran. Tenía los brazos entrelazados hacia atrás, bien sabían que pudiera ser que ocultaran algo. Empecé a caminar pausadamente por el pasillo. A mi paso empezaron a sonar gritos y empujones. No era la clase de tumulto que me

esperaba, pero tampoco me podía esperar mucho más de unos seres carentes de toda organización neuronal.

Entonces, sentí. Después de semanas de postramiento y de tensión insufrible, yo sentí. Tras un dolor que me hubiera conducido a la desesperación más suicida, renací. Como si de una violenta convulsión se tratara, sentí el calor de la sangre circular de golpe por todos sus conductos. Asimismo percibí: un frescor dulce en mi frente; un arrobo candente en mis mejillas; una chispa eléctrica electrificante en mi cabeza; y una inmensa ebriedad que yo había dado por perdida.

Poder, poder. Volví a sentir que tenía poder, pero esta vez absoluto. Ya no se limitaba al dominio sobre la vida y la muerte; sino que se tenía control sobre las voluntades. Me sentí extasiada, catártica, pletórica y eufórica.

Nicolás Maquiavelo había señalado en su libro *El príncipe* que un estadista tenía que dominar preferentemente por medio del miedo, dado que si trata de ganarse el amor de sus súbditos siempre tendrá que conquistarlo constantemente, ofreciéndoles todo lo que quieren. Y los seres humanos son egoístas y de deseos infinitos, el amor tiene exigencias inagotables; pero el miedo siempre funciona a la primera. Aquel día tuve Poder.

El ruido hizo que los alguaciles corrieran a ver qué estaba pasando. En el momento en que llegaron, me llevé el dedo índice a los labios y dirigí una mirada fulminante, que recorrió los ojos de todas ellas. Como por un encantamiento, se hizo un repentino silencio. Los funcionarios se miraron, sin saber qué estaba pasando ni qué deberían hacer. Finalmente, llegó el director, que preguntó que qué pasaba. Los carceleros le debieron comunicar los hechos acaecidos. Él se quedó un momento tieso y congelado. Tras un

momento de pasmosa estupidez, pudo reaccionar y se dirigió hacia mí. Me ordenó que fuera a su despacho.

Dentro del despacho, se dirigió hacia su asiento. Me senté en la silla que estaba delante antes de que me mandase nada. Me preguntó que qué había pasado y a qué respondía.

- ¿Ha oído hablar de Friedrich Nietzsche o de Michel Foucault? -le respondí con superioridad, consciente de que estaba frente a un ignaro y un incompetente que había logrado su posición por enchufe.

- Me suenan, son filósofos –me sorprendió el muy inepto-. ¿Qué tienen que ver con el caso?

- No está familarizado con la microfísica del poder –afirmé, no pregunté-.

- ¡Jo...! - resopló -. ¿Dónde te crees que estás y quién te crees que eres? A ver... Lucía, mira, ya te hemos aguantado bastante. ¡Se acabó! Si por un momento te piensas que das miedo y que puedes hacer lo que te dé la gana, ya te aviso que se acabó la broma. Todos sabemos quién eres y qué has hecho. Tenemos una fuerte seguridad y no vas a asustar a nadie, ¿entendido? Aquí hay un mando institucional y las normas son de verdad. Ya he hablado con la doctora Goiamendia, ya conozco a personas como tú y te diré algo: no me impresionas. Te crees muy lista y que estás por encima de todo, pero aquí yo soy la ley. Es más, tu presente y futuro está en un hilo. Más vale que no empeores más las cosas, que ya están pensando en transferirte a la cárcel cuando llegues a la mayoría de edad. Fuera bromas, allí sí que se acabarían las tonterías. La cárcel es algo de verdad, en ella te comerían viva. Allí le darían igual que seas muy culta o muy lista; es

más, serías la reina del baile... No sé si me explico... Más vale que aquí hagas lo que te dicen y...

- ¡No me vengas con las putas chorradas de la inserción, que no se la creen ni los que escribieron el puto papel mojado que es la Constitución! - le solté con una rapidez y una fiereza que le dejó sorprendido, y continúe con una rapidez que impidió toda reacción: -. ¡El derecho es venganza y me castigarán sí o sí con cárcel, joder! ¡A nadie se le escapa que he hecho cosas que el sagrado Estado Social y de Derecho no puede perdonar! ¡Me dirás que no me castigarán! ¡Me dirás que no harán que me coma media vida en la cárcel, tras haber matado a varios hombres de ingresos medios! ¡Nunca pasarán por alto que haya dejado con el puto culo al aire al todopoderoso Estado, monopolio de la violencia!

"¡He transmitido el puto mensaje de que nadie está a salvo y que hay gente que puede matar con sus propias manos en cualquier momento! ¡Joder, no hay un puto juez tan suicida profesional como para rebajar lo que he hecho! ¡Todo derecho se basa en el castigo: en hacer que se pague con sangre las deudas de honor que se contraen con la sociedad! ¡No te creas tus propias mentiras, joder! ¡Esto es la puta crónica de una sentencia ya escrita!"

- No sabes lo que es la cárcel –empezó a reponer el triste burócrata, en una voz entrecortada por la cólera-.

-¡Tú, tampoco! -rugí en una explosión desbordante de verborrea tan rápida como imparable- ¡Pero yo me voy a pasar la puta vida allí y me dirás cómo...! ¡Todavía me mentirás y me contarás el cuento del arrepentimiento, joder! ¡No me perdonarán en la puta vida!

"¡Y todavía me dirás que no hay grupos de poder en las cárceles y que no se basan en la puta violencia, mierda! ¡¿Quién coño es el que no sabe cómo va el mundo?! ¡¿Un analfabeto funcional que no se ha manchado las putas manos de sangre o una presa que puede vivir como puto pez en el agua bajo un código de violencia?! ¡Soy una puta experta asesina: me van a comer todas las uñas de los pies! ¡Coño, ya! ¡Joder, es que no ves que he matado a hombres más jóvenes y fuertes que tú por menos! ¡Puto bufón real: si respiras es porque te dejo!"

- Vas a cumplir las normas del centro como todas las demás o... tendrás... -empezó a balbucear, casi demudado por la ira, pero también por un extraño estremecimiento que le debía estar recorriendo por todo el ser– O habrá consecuencias... ¿Está... está... claro?

- Claro como el agua –le dije fríamente sin inmutarme, mientras notaba su incomodidad, reflejada por su gesto de acomodar innecesariamente el cuello de su camisa-. No hace falta que digas más y, de todas formas, no tengo por qué hacer más. Ya he demostrado que tengo poder, porque el poder no procede del mando de unos puestos altos, sino que se transfiere a todos los procesos y está en todas la relaciones. No, no tengo nada que demostrar. Ya he probado que puedo manipular a quien quiera, incluso a multitudes, como si fuera un arpa órfica de los infiernos. He matado ya y cada vez que alguien respira es por mí: si alguien sigue con vida es porque yo quiero y porque, en realidad, le estoy perdonando la vida. Lo que no entiendo es que estés sentado ahí tan tranquilo y rodeado de nadie por todas partes, cuando he asesinado a mostrencos más listos y altos en un abrir y cerrar de ojos.

Se agitó un poco con aquellas palabras. Vio que había objetos punzantes en mesa que servirían muy bien para el caso. Todavía pudo tener una fría lucidez y recordó que yo sabía matar con mis manos desnudas.

Llamó a los guardias en una orden reseca, que casi sonó a un gemido. Ordenó que me llevasen con mucho cuidado a la celda de incomunicación. En todo momento, mientras me arrastraban, no dejé de mirarle a los ojos con una mirada fulminante.

- En los cinco segundos que has malgastado en recomponerte ya había partido como una nuez el tabique nasal del profesor Antonio García... –le dije con toda la gélida frialdad que pude-.

Al ser arrebatada de su vista, pude oír con nítida claridad un suspiro que sonaba más a súplica que a desahogo o calma. No se había desecho de una molestia pesada o de una inevitable situación desagradable. Claramente, el funcionario se sintió tan tranquilo como se quedó Democles cuando su tirano le retiró la espada que le amenazaba arriba, y... por la misma razón.

* * *

En medio de la situación de tener exactamente las mismas sensaciones todos los días, acabé por perder la razón. Mi mente se embotó, el cerebro divagó, debido al aburrimiento, a generar alucinaciones y a crear estímulos desde la imaginación. Al final, mi cordura cayó.

Creí oír unos pasos que atravesaron la puerta. Entonces, vi a un hombre de mediana edad con indumentaria aristocrática del siglo XVIII. Un fantasma recorrió mi celda, el fantasma de Immanuel Kant. Fue una clamorosa decepción: siempre soñé que mis primeras voces interiores me hablasen de muerte y destrucción, no sobre racionalismo y criticismo.

-Hola, Lucía -me saludó mi alucinación -. Ya ves lo que pasa cuando no haces caso al lema ilustrado de mi rey: “¡Piensa lo que quieras, pero

obedece!". Es duro, pero tienes que entender que el pensamiento y la crítica pública tiene unos límites. Como seres dotados de razón, podemos ser mayores de edad y pensar por nosotros mismos, pero ello no implica hacer todo lo que se quiera. Cuando no se está de acuerdo con unas medidas legales que están por aprobarse, lo adecuado es hacer una crítica pública acerca de ellas de forma que se puedan dar reformas y mejoras; pero una vez que han sido aprobadas, hay que obedecerlas y cumplir la ley porque, sino, se tendería al desorden social. Si no se está de acuerdo con una ley, se dan argumentos para que se cambie; pero no debe desobedecer, se debe hacer lo posible con la crítica pública para que se cambie y se debe procurar que haya cambios por medio de reformas, resultado de la crítica pública. Una vez sancionada la ley, hay que obedecerla, de manera que pueda haber un orden social y se contribuya a que pueda haber un Estado de derecho con una serie de garantías.

-Para ti es fácil decirlo... -empecé a decir lánguidamente-. Viviste en un régimen racional, un despotismo ilustrado. Por primera vez, se estaba estableciendo el gobierno de la razón y de los filósofos que había defendido Platón.

-Bueno... -me repuso Kant -. El idealismo platónico tuvo su momento y el racionalismo extremo puede que permita la deducción de juicios analíticos a priori válidos, permite deducir lógicamente proposiciones; pero carece de capacidad de aportar conocimientos nuevos, más allá de lo que las proposiciones lógicas presentan. La metafísica queda fuera de las condiciones de posibilidad del conocimiento: como está basado en la experiencia sensorial, se queda como puro pensamiento formal y, en esa mera formalidad, solamente pueden establecerse planteamientos que son coherentes lógicamente y dar lugar a antinomias en las que una posición y su opuesta son igualmente válidas porque ambas son exactamente coherentes lógicamente y de la razón que se queda en la pura formalidad. Además, no necesariamente

tiene que haber gobiernos ilustrados, sino meramente conque fomenten la Ilustración es suficiente. No es necesario que haya ningún tipo de despotismo, en Prusia hay un gobierno autoritario y no tiránico. Nada justifica el despotismo. En la República Francesa estuvo bien que hubiese una revolución porque el pueblo estaba oprimido, no contaba con un gobierno reformista como en Prusia. Nada justifica la tiranía, el abuso y el poder violento.

- Pero si tú defendiste que la guerra es el motor de la historia – le repuse llena de indignación-. Señalaste que, gracias a las guerras, se reparten mejor las tierras, surgen imperios que pueden ser más civilizados y que fomenten la Ilustración.

- Más adelante corregí este planteamiento y señalé que, como la guerra es mala para la economía, los países tenderían a una paz perpetua, que solamente se lograría con un Estado mundial que defendiese la pacificación y diese garantías jurídicas para defenderla- respondió con calma el reloj de Könisberg -.

- Ya, en los mundos de Yuppie y en Disneylandia – le respondí con desidiosa sorna-.

- Vamos... – empezó con paciencia -. Eres un ser racional, te tienes que dar cuenta que las personas no pueden ser utilizadas y tratadas como medios, ni siquiera en política. Poner por delante la habilidad práctica por delante de la justicia en política es como poner los caballos detrás del carro. La política es la ordenación de la sociedad y ella tiene que tener como finalidad una adminstración adecuada de la misma, atendiendo al bienestar general y la justicia. Además, el pensamiento te tiene que hacer darte cuenta que no se debería usar a las personas.

- Tú escribiste que la razón no permite un conocimiento de la ética – le espeté inmisericorde-. Seguiste la línea de Hume de que el ser y el deber ser son diferentes, y que la razón crítica solamente permite conocer algo respecto al ser por medio de los sentidos.

- Sí, pero también indiqué que la razón formal permite formular máximas que pensamos que deberían ser cumplidas por todas las personas - continuó con calma -. El pensamiento formal no puede haberte llevado a generar como imperativo categórico que es un deber matar, no es concebible que esta conducta tenga que ser llevada de forma universal: no es una norma que pueda llevar a ninguna finalidad, ni la convivencia, ni la supervivencia, ni el orden. La razón crítica práctica nos lleva a la conclusión formal de que el ser humano es un sujeto porque es un ser autónomo que se pone fines él mismo y toma sus propias decisiones. Por tanto, es un sujeto y no un objeto, por ello no se puede tratar como una cosa y ser utilizada, todo ser humano debe ser tratado como un fin y nunca como un medio: en eso consiste la dignidad humana.

- Ya, la ética racional no sirve para lograr la felicidad, sino para ser dignos de ella – señalé como si le entendiera -. Consideras que la felicidad es subjetiva y particular, y que, por tanto, no puede ser alcanzada por máximas generales y con pretensiones universalistas. La felicidad... Realmente, una emoción no puede ser lograda por la razón. Pero todo esto es muy conveniente, así no tienes que pensar en lo que los impulsos naturales que claman. Pretendes tener una vida ascética que niega la vida, no tienes en cuenta las necesidades, nos quieres a todos enfermos y castrados por un pietismo severo y un puritanismo absurdo. El organismo, reclama, impulsa y exige la consecución del placer. Realmente, lo que exige y hace apetecer como necesidad es lograr el mayor placer. Y el placer más intenso

tiene que venir de la sensación más fuerte, que es el dolor, y, por ello, lo que el organismo apetece y tiene como necesidad es el logro del gran placer de provocar dolor a los demás.

- Tal máxima, si se universalizara, se desautorizaría a sí misma – respondió con calma Kant -. Si todas las personas procurarían dañar al resto, acabaría dañándote a ti y rechazarías inmediatamente tal permisividad; por lo que no tendría sentido una admonición que tú negarías para todos o como norma. Con ella, no habría convivencia y te tienes que dar cuenta de que para que haya sociedad, tiene que haber unas normas que la regulen.

- De todas formas, tú no existes, no estás aquí – solté de un fogonazo-.

- Defiendes casi el comienzo de *El discurso del método* - siguió diciendo con calma el filósofo -. ¿Pero en qué te basas? ¿Las cuestiones metafísicas pueden ser cognoscibles?

- Eres una persona prusiana del siglo XVIII que me está hablando en castellano... - señalé triunfal-. Pues claro que no existes.

- Te dejas llevar por la razón pura, tus planteamientos son metafísicos, pura abstracción formal e incognoscible... - dijo Kant sin inmutarse -. Deberías hacer una crítica de la razón pura y de la razón pura práctica. Si no...

- ¿... Me quedaría anclada en el sueño dogmático de la razón?- completé sin fuerzas.

Immanuel Kant hizo un ademán con la cabeza para expresar afirmación. Después me empezó a mirar con tristeza, como movido por una conmiseración

y compasión infinita hacia las limitaciones de mi dogmatismo racionalista y a mi falta de humanidad. Se quedó así, callado, y mirándome con pena por mi supuesta falta de madurez y, poco después, desapareció.

Poco después, me fui dando cuenta de mi estado. Estaba tumbada de lado en posición fetal mientras el cuerpo se movía convulsivamente de delante a atrás, temblaban mis miembros, la cabeza me daba vueltas y babeaba sin control. Empecé a respirar de forma agitada y, al final, resoplé. Fui recobrando la compostura. Fue como si me hubiese despertado del sueño de la razón.

* * *

Cuando falla la razón, bueno es el miedo. Es lo que Hans Jonas daba a entender con su principio de responsabilidad. Señalaba que, dado el deterioro del medio ambiente por la contaminación, se imponía un nuevo tipo de ética ya no basado en la convivencia. La ética tenía que dar cuenta de la más apremiante supervivencia, que por primera vez en la historia humana se ponía en grave riesgo. Derivada de la filosofía moral de Jonas, se acuñó el concepto de "desarrollo sostenible". Es una *contradictio in terminis*, dado que el desarrollo supone un crecimiento económico. Y la lógica infernal del crecimiento conduce a presionar para que la producción sea lo más barata y lucrativa que sea posible, potenciando la explotación desmedida de recursos naturales y una industralización acelerada.

La Teoría Crítica de la Escuela de Franckfurt ya había denunciado que el moderno tratamiento a la ciencia tendía a una tecnocracia. Los poderosos trataban a la ciencia como la verdad absoluta y máxima expresión de la razón e incuestionable, en cuyo nombre se podían hacer todos los excesos tecnológicamente posibles. El culto a la ciencia, la reducción del saber al

cientificismo, la razón instrumental y los consecuentes discursos tecnocráticos servían como excusa. Se usaba a la ciencia como autoridad suprema para justificar cualquier decisión eficaz, sin que se tengan en cuenta cuestiones de valores ni se debata sobre los fines. El gobierno se redujo a aplicar actividades eficaces y útiles, sin que se cuestionen sus fines.

Con el "fin de las ideologías", se redujo la organización a la mera aplicación de medidas que funcionan y son eficientes. Todo lo que vaya más del Pensamiento Único es tratado como acientífico, "trasnochado" y anticuado. Como si no hubieran diferentes posibilidades, las medidas no dependieran también de cuestiones de valores y el único criterio fuera una "eficacia realista" incuestionable, que respondía a los intereses particulares de financieros y bancarios, claro.

La ciencia había traído muchos descubrimientos, pero también dio como resultado unas punteras altas tecnologías que exigen sacrificios colosales a la naturaleza y el medio ambiente. En su nombre y bajo la tecnología aplicada a la guerra y a una producción acelerada contaminante, se han hecho las mayores atrocidades de todo el siglo XX.

Con Einstein se supo que la gravedad se basaba en la curvatura que creaban los objetos de grandes masas sobre el espacio (que provocaban que los objetos menores girasen en la curvatura creada en el espacio). Indicó que el tiempo y el espacio no eran absolutos, como señaló Newton, sino que dependen de factores como una velocidad cercana a la de luz.

Einstein caracterizó la relatividad del tiempo con el experimento mental de los dos gemelos: si un gemelo se quedase en la Tierra y el otro fuese al espacio en un cohete a una velocidad cercana a la luz, el gemelo en el cohete se vería alterado su espacio-tiempo de forma que el tiempo pasase

más lento y que, al volver a la Tierra, encontrase a su hermano anciano, mientras que él permanecería en la juventud.

En cuanto a la relatividad del espacio, si un objeto fuese a una velocidad cercana a la luz, ampliaría su masa y tendería, si aumentase, a ir al infinito; se daría este caso si es que pudiera ser propulsado por una necesaria energía infinita, convirtiéndose en luz. El físico alemán había desvelado la física más macrocósmica, pero también dio los pasos para que estos descubrimientos llevasen a la fabricación de la bomba atómica.

Albert Einstein había señalado que la materia podía ser igualada a la energía, lo que condujo a que Max Plank plantease que la materia podía dividirse en paquetes de energía compactos llamados *quantum* (los protones, electrones, fotones, mesones, bosones, gluones y un largo etcétera). Dichos cuantos tenían la pecularieded de que a veces funcionaban como partículas (son casi como puntos) y a veces como ondas (oscilantes, como las ondas del agua).

Dada su indeterminación, resulta difícil tener conocimiento preciso de ellos, máxime porque, al ser medidos, son afectados. Por ello, no se puede calcular a la vez la velocidad y la posición de una partícula, dando a una incertidumbre en los científicos respecto a la indeterminación física, descrita por Heisenberg.

Los descubrimientos del experimento de la doble rendija aumentaron la perplejidad acerca de la física microcósmica. Por medio de él, se comprobó que las partículas actúan de una forma si no son observadas, y que funcionan de manera diferente en el caso de que sean medidas [En ese momento, la función de onda se colapsa y queda concretado todo cuanto, queda en una posición y funciona como una partícula concreta].

Debido a que el observador puede afectar a lo observado, Schörinder planteó el experimento mental acerca de qué pasaría si se encierra a un gato con una ampolla radiactiva que se activa al captar un electrón como partícula. Al no haber colapso de la onda, la partícula no sería captada y pudiera ser que la radioactividad no tuviera un funcionamiento normal. La partícula quedaría indeterminada, provocando que el gato estuviera en un limbo cuántico: muerto y vivo a la vez.

Todas estas leyes y descubrimientos facilitaron el desarrollo de la bomba atómica. Fue usada innecesariamente contra un Imperio japonés que estaba más que desbordado. En realidad, se dirigió como amenaza a la Unión Soviética, cuyo ejército imparable prácticamente había llegado a Berlín antes del desembarco de Normandía.

La mayor parte de la aplicación de la ciencia en formato de aparatos tecnológicos punteros proviene de sistemas que fueron utilizados por el ejército. La fuerza y la destrucción son los principios que mueven el mundo.

Lyotard señaló que la modernidad se reducía a un conjunto de relatos. Los valores y las ideas serían mitos que nos contamos a nosotros mismos. Relatos que han ido cayendo por la fuerza de los hechos. El Progreso ya no es un gran valor debido a los efectos de la contaminación. La Ilustración y el humanismo no han evitado genocidios. La noción de Verdad queda en entredicho con el principio de incertidumbre de Heisenberg, la paradoja de Bertrand Russell de que la teoría de conjuntos conducía a la imposibilidad de solución del conjunto de todos los conjuntos que no se incluye a sí mismo, y el teorema de incompletitud de Gödel (según el cual, hay fórmulas mátematicas que, meramente por el modo en que están planteadas, no puede resolverse de una forma o de otra).

Pero la post-modernidad también era otro relato más, debida cuenta de que el relativismo se anula a sí mismo, haciendo que sea relativo hasta el relativismo. El relato del fin de los relatos ha terminado, el fin de las ideologías es una ideología. Pese a la incertidumbre que tienen los físicos respecto a sus cálculos, pese a la relatividad física y a la incompletitud matemática, la ciencia cuenta con cada vez mejores teorías, dada la consciencia de sus limitaciones y la consecuente autocrítica, y, así, se elaboran teorías contrastadas experimentalmente que cada vez son más explicativas y dan cuenta de la realidad de una forma mejor. Los grandes conceptos perduran bajo otras formas, las afirmaciones se sostienen por medio de demostraciones matemáticas o experimentales (contrastables).

Lo único que queda de la post-modernidad es la falta de ideales y valores. La mayoría de la gente en Europa no cree en nada, desconfía de todo y no ve posible ningún cambio a mejor. Lo único que queda por esperar es el cambio climático.

Fuera aparte de todo, este movimiento acertó respecto a que la noción de humanidad ya no tuviera ningún sentido. De hecho, nunca ha tenido ninguna razón de ser; habida cuenta de que el ejercicio del poder requiere el uso de la imposición y de que desde el principio la declaración de derechos humanos ha sido papel mojado. El desarrollo tecnológico-militar y destructivo es resultado de la labor científica. Los poderosos ejercen la manipulación por medio de las ciencias, aprovechándose del trabajo e ingenuidad de las personas científicas. No soy un monstruo, soy el último eslabón de la gran cadena del no-ser.

* * *

Lo que siempre he querido ser es leyenda, pero terminé siendo es jurisprudencia. Llegué al milagro de que todos los políticos profesionales se pusieran de acuerdo. Hice que, de nuevo, la seguridad antecediera a la libertad. Presionaron a la jueza que llevaba mi caso para que se mostrase inflexible y que me atribuyese una mayoría de edad. Defendían esta tesis por medio de unos informes cuestionables que me situaban en la mayoría de edad; una aseveración "justificada" por el hecho de ser superdotada y disponer de unos recursos intelectivos que me separaban del resto de miembros de mi generación.

Los mediocres políticos no se atrevieron a cambiar el código penal y a pedir de forma farisea la retroactividad de las leyes. No lo hicieron porque todo ello iba en contra de artículos enteros de la Constitución y contra todo derecho como tal. También iba contra las resoluciones de la Unión Europea, que nunca ha podido entender los peculiares puntuales tejemanejes legislativos de los extrañamente europeos Reino de España y República de Turquía.

Debido al nuevo juicio y a las presiones de políticos oportunistas y demagogos, la jurista se vio en la tesitura de retorcer la legislación, de manera que se pudiera forzar una resolución flexible. La política de verdad se hace en los tribunales. Por ello, no es de extrañar que haya tanto intrusismo y estén tan diluida la separación de poderes. Una básica separación diluida hasta en el papel. La peculiar judicatura española ha capacito a los grandes partidos a: poner a dedo a miembros del Tribunal Supremo. Se ha quitado y puesto fiscales y jueces afines a gobiernos. En fin, el sistema judicial español ha permitido un montón de averraciones que deben de estar haciendo revolverse en su tumba a Montesquieu.

La juez no pudo condenarme a la cárcel porque sería algo incomprensible para cualquier estudiante promedio de derecho constitucional y para el resto de Estados de la Unión Europea. Sin embargo, sentenció que yo debía ser transferida a un psiquiátrico hasta que se considerase que yo estaba en condiciones para insertarme a la sociedad, sin que el cumplimiento de la formal mayoría de edad necesariamente tuviese que ser un límite temporal.

Prácticamente era una condena de por vida. En los frenopáticos se ha instalado la buena costumbre de ir desalojando internos, siendo muy laxos a la hora de determinar altas y capacidad de "reinserción". Sin embargo, estoy absolutamente convencida de que conmigo van a hacer una excepción.

Me llevaron a un manicomio infantil muy alejada de mi familia. Ella se vio aliviada. Así, contaba con la excusa suficiente y necesaria para reducir sus visitas. La familia es tener el enemigo en casa.

Era una verdadera cárcel para locas, aunque fueran niñas locas. Todo el blanco de sus paredes no podían purificar el ambiente enrarecido de gritos, carreras y gemidos. Me sentía terriblemente bien. Por fín llegaba a un asilo, un afortunado exilio que me libraba de la sociedad y de sus enormes exigencias.

Me llevaron de noche, bajo nocturnidad y alevosía. Lo hicieron como si estuviesen cometiendo un crimen. O, tal vez, quisieran evitar a izquierdistas radicales que recordaran la máxima del ilustrado Benjamin Franklin: "aquellos que sacrifican la libertad por seguridad no merecen ninguna de las dos" [máxima que señalaba que las personas que ceden libertad por seguridad, lo único que conseguirían es una mala versión de ambas].

La marоría de lass niñas estaban dormidas, pero se oían puntuales gritos aislados. El alguacil del reformatorio rellenó el formulario protocolario y les pasó las llaves de mis cadenas con una exhalación que mostraba un alivio totalmente ontológico.

- Dale de mi parte saludos a María, Andrés –le espeté cuando se disponía a abrir la puerta que le alejaría de mí para siempre-.

Dio un respingo, se dio la vuelta y abrió la boca, a punto de decir algo articulado. En el último momento, cambió de idea. Consideró que no merecía la pena preguntar cómo conocía el nombre de su hija pequeña y se marchó, resuelto a no caer en mi provocación. Sin embargo, pude regodearme lo suficiente únicamente mirando su cara, que era todo un poema. Ninguna de sus toscas palabras fue más elocuente que su estruendoso silencio. No podía dejar de sonreír, simplemente no podía dejar de sonreír.

Me llevaron a mi celda, que compartí con una cobarde, pero no demasiado estúpida, dado que me reconoció y supo que tendría que evitarme para siempre. Dormí como un ángel, disfrutando de cada expresión de sufrimiento externo.

* * *

El frenopático era simplemente un dulce infierno, pero yo era el querubín más famoso de Europa: el ángel caído descrito por el Doctor Angélico. Yo era el demonio, señor de todos los infiernos. Era la reina de los condenados.

Dante Alighieri no hubiera podido dar suficiente cuenta de los diferentes círculos que había en los diferentes módulos del frenopático. Estaban condenadas por su propias enfermedades mentales y sus cabezas eran sus propias prisiones. Sus mentes eran auténticas fábricas de distorsionamientos de la realidad, que les hacía sentirse permanentemente desorientadas y abrumadas. Pero sobre todo, sus neurosis les provocaban un claro sufrimiento interno, bajo distintas formas (fuere tensión, ansiedades o presiones de distinta índole).

Las esquizofrénicas eran las más estables. Eran unas auténticas aristócratas de la fuerza, cuyas manías obsesivo-compusivas y extrema medicación no les limitaban al pasmo generalizado de la mayoría débil y abrumada.

Enseguida se dieron cuentra de que yo era diferente y tampoco lo disimulé. Andaba con paso firme y resuelto, mientras mi mirada estaba dirigida hacia abajo, de manera que me permitiera tener una capacidad visual panorámica. Procuraba abarcar el entorno de la forma más amplia y precisa para responder ante los espasmos o reacciones abruptas de las residentes más inestables.

Mi manera de conducirme por el psiquiátrico con total aplomo, dio la impresión de que me sentía plenamente segura y con mayores posibilidades de resolución que la mayoría de las psicóticas. El primer día, infundí a mi paso un halo de severidad que llevó a que la mayoría evitase tratar conmigo.

Las esquizofrénicas se acercaron a mí y me dijeron que allí mandaban ellas. Entonces, corrió hacia mí mi compañera de celda y les explicó quién era yo. No sé si lo hizo por miedo a las represalias de las aristócratas o

pavor dirigido hacia mí; pero hizo servicio a ambas partes. Me ahorró el esfuerzo de golpear sus descubiertos cuellos, tabiques y ojos.

Tardaron en reaccionar. Se miraron entre sí de forma convulsa. Al final, la mayor dictaminó los términos de la coexistencia pacífica: yo no me inmiscuía en sus patéticas luchas de poder y, a cambio, ellas evitarían mi presencia todo lo posible. Sonreí con los ojos totalmente abiertos: es el gesto que tienen los principales depredadores, que tienen que tener los ojos en su mayor resolución para que no se escape la presa por ningún resquicio. En una suerte de intuición basada en la cruda experiencia, entendieron con quién estaban tratando. Se alejaron despidiéndose en un hilillo de voz, más parecido a un gemido que a los mínimos de compostura.

Mi reino de silencio empezaba. Recordé que tanto el Marqués de Sade como Nietzsche acabaron en el refugio y exilio de la sociedad. Ambos terminaron sus días en psiquiátricos. La biblioteca fue mi segunda celda, resignada a pasarme la eternidad consolándome con la lectura de genocidas que lograron el poder a lo largo de nuestra larga historia. Gracias a ella, pude complementar mis conocimientos adquiridos de forma que pudiese redactar mi obra magna: este texto que defende que mi uso de la violencia era la última expresión de nuestra civilización. Mi gran obra es el reconocimiento del crimen por el crimen mismo, sin las excusas de la religión, los juegos de poder, la escolástica ideológica, las exigencias del mercado y el imperialismo.

Historia, yo soy la historia. Todos los acontecimientos que han transcurrido en Europa, todos los abusos, todas las atrocidades quedan representadas en mis obras esperpénticas. Ellas pasarán a la posteridad en la memoria colectiva y quedarán para siempre. Yo perviviré mientras haya personas de buena voluntad indignados que puedan repudiar mis actos.

Siempre se reaccionará contra las personas que crean de corazón que toda violencia puede ser evitada y que, en el fondo, el ser humano es una criatura llena de amor, compasión y bondad. Ilusos.

Europa ha llenado ríos de tinta acerca de mis pantanos de sangre. Las personas civilizadas bienpensantes y políticamente correctas hablan de mí tanto con encono, como con temor y morbosidad. Soy un monstruo afamado y temido como una maldición para los seres humanos auténticos. Soy leyenda. Soy un destino.

.Bibliografía

-Adorno, Th. W. (2004): *Teoría estética.* Madrid: Akal.

-Adorno, Th. W. & Horkheimer, M. (2004): *Dialéctica de la ilustración.* Madrid: Trotta.

-Anónimo (2006): *El lazarillo de Tormes.* Madrid: Anaya.

-Anónimo (2011): *Cantar de Mío Cid.* Barcelona: Galaxia Gutenberg.

-Alighieri, D. (2010): *La divina comedia.* Barcelona: Espasa.

-Arana, J. R. (2001): *Hacia un nuevo Platón.* Barakaldo: Ediciones de Librería San Antonio.

-Arana, J. R. (2005): *Balada de la filosofía y de la ciencia.* Barakaldo: Ediciones de Librería San Antonio.

-Aranda, C. (2004): *Introducción a la estética contemporánea.* Almería: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Almería.

-Arendt, H. (1998): *Los orígenes del totalitarismo.* Madrid: Taurus.

-Arendt, H. (2003): *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal.* Barcelona: Lumen.

-Aristófanes (2006): *Las nubes / Ranas / Pluto.* Madrid: Cátedra.

-Aristóteles (1980): *La metafísica.* Madrid: Editorial Espasa-Calpé.

-Aristóteles (1999): *Moral, a Nicómaco.* Madrid: Espasa Calpe.

-Aristóteles (2000): *Política.* Madrid: Editorial Espasa Calpe.

-Aristóteles (2000): *Retórica.* Madrid: Editorial Gredos.

-Aristóteles (2007): *Poética.*

Buenos Aires: Editorial Gradifco.

-Austin, J. L. (1982): *Cómo hacer cosas con palabras: Palabras y acciones* . Barcelona: Paidós.

-Averroes (2015): *El Tratado decisivo y otros textos sobre filosofía y religión.* Buenos Aires: Ediciones Winograd.

-Baker, J. (2013): *50 cosas que hay que saber sobre física cuántica.* Barcelona: Ariel.

-Baumann, Z. (2004): *Modernidad líquida.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

-Bayer, R. (2018): *Historia de la estética.*

Barcelona: EFE.

-Benjamin, W. (1989):

La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica.

Buenos Aires: Editorial Taurus.

-Bensaïd. D. (2011): *Marx ha vuelto.* Barcelona: Editorial Edhasa.

-Boccaccio, G. (2017): *El decamerón.* Oviedo: Losada.

-Bolinaga, I. (2008): *Breve historia del fascismo.* Madrid: Ediciones Nowtilus.

-Bunge, M. 2014: *La ciencia, su método y su filosofía.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

-Cafiero, C. (1977): *El capital al alcance de todos.* Trad. Eloy Muñiz. Madrid: Ediciones Júcar.

-Calderón de la Barca, P. (2010): *La vida es sueño.* Barcelona: Espasa.

-Camus, A. (2005): *Calígula.* Barcelona: Edhasa.

-Camus, A. (2005): *La peste.* Barcelona: Edhasa.

-Camus, A. (2006). *El mito de Sísifo.* Madrid: Aguilar.

-Carpentier, J & Lebrun F. (ed.) (2006): *Breve historia de Europa.* Madrid: Alianza Editorial.

-Carretero, J. L. (2007): *Contratos temporales y precariedad.* Madrid: Confederación Sindical *Solidaridad Obrera.*

-Cervantes, M. (2005). *Don Quijote de la Mancha.* Barcelona: Alfaguara.

-Chátelet, F. (1967): *El pensamiento de Platón.* Madrid: Editorial Labor.

-Chomsky, N. (2003): *La arquitectura del lenguaje.* Barcelona: Kairós.

-Cicerón, M. T. (2010): *Tusculanas.* Madrid: Alianza Editorial.

-Cicerón, M. T. (2013): *Sobre la vejez / Sobre la amistad.* Madrid: Alianza Editorial.

-Clegg, B. (2014): *50 temas fascinantes de la física cuántica que invitan a reflexionar.* Barcelona: Blume.

-Cohen, G. A. (2000). *Karl Marx´s Theory of History. A Defence.* New Jersey: Princeton University Press.

-Corbalán, F. (2012): *La proporción áurea. El lenguaje matemático de la belleza.* Villatuerta: RBA.

-Cruz, M. (2002): *La filosofía contemporánea.* Madrid: Editorial Taurus.

-Dahl, Robert A. (1993): *La democracia y sus críticos.* Barcelona: Paidós.

-Damasio, A. (2011): *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano.* Madrid: Destino.

-Darwin, C. (1988): *El origen de las especies.* Madrid: Espasa.

-D'Agostini, F. (2018): *Analíticos y continentales.* Barcelona: Cátedra.

-Debord, G. (2005): *La sociedad del espectáculo.* Valencia: Pre-textos.

-Derrida, J. (1985): *La voz y el fenómeno.* Valencia: Pre-textos.

-Derrida, J. (1989): *La escritura y la diferencia.* Barcelona: Editorial Anthropos.

-Derrida, J. (1989): *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía.* Barcelona: Editorial Paidós.

-Derrida, J. (2003): *De la gramatología.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

-Descartes, R. (2003): *Discurso del método.* Madrid: Tecnós.

-Diógenes Laercio (2007): *Vidas de los Filósofos Ilustres.* Madrid: Alianza Editorial.

-Dostoievski, F. (2006): *Crimen y castigo.* Madrid: Cátedra.

-Eco, U. (2002): *El nombre de la rosa.* Milán: MEDIASAT.

-Eco, U. (2018): *Historia de la belleza.* Barcelona: Lumen.

-Engels, F. (1980): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.* Madrid: Editorial Júcar.

-Epicuro (1985): *Carta a Meneceo y máximas capitales.* Madrid: Alhambra.

-Epicteto (2012): *Un manual de vida.* Barcelona: Los pequeños libros de la sabiduría.

-Erasmo (2011): *Elogio de la locura.* Madrid: Alianza Editorial.

-Esquilo, Sófocles et Eurípides (2012): *Obras completas.* Madrid: Cátedra.

-Euclides (2000): *Elementos.* Madrid: Gredos.

-Havelock, E. (2002): *Prefacio a Platón*. Madrid: Antonio Machado Libros.

-Foucault, M. (1979): *Microfísica del poder*. Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.

-Foucault, M. (1997): *Las palabras y las cosas*. Madrid: Siglo XXI.

-Foucault, M. (2012): *Vigilar y castigar.* Madrid: Biblioteca Nueva.

-Frege, G. (1973): «Sobre el sentido y la denotación». In: *Semántica filosófica: problemas y discusiones*. Madrid: Siglo XXI. pp. 3-27.

-Freud, S. (2018): *El malestar en la cultura.* Madrid: Akal.

-Freud, S. (2018): *Tótem y tabú.* Madrid: Akal.

-Fritzsche, P. (2006): *De alemanes a nazis.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

-Fromm, E. (2009): *El miedo a la libertad.* Barcelona: Paidós Ibérica.

-Gaitan, J. (1973): *El libertino y la revolución.* Madrid: Editorial Júcar.

-Garrido, V. (2003): *El psicópata: un camaleón entre nosotros.* Madrid: Algar.

-Garrido, V. (2004): *Cara a cara con el psicópata.* Barcelona: Ariel.

-Goleman, D. (1996): *Inteligencia emocional.* Barcelona: Kairós.

-Gombrich, E. H. (2008): *La historia del arte.* Londres: Phaidon Press Limited.

-Graever, D. (2011): *En deuda. Una historia alternativa de la economía.* Barcelona: Ariel.

-Graves, R. (1979): *Yo, Claudio.* Barcelona: Plaza y Janes.

-Graves, R. (1999): *Dioses y héroes de la antigua Grecia.* Madrid: Unidad Editorial.

-Grossman, V. (2016): *Vida y destino.* Barcelona: Galaxia Guthenberg.

-Habermas, J. (1963): *Teoría y práctica.* Madrid: Tecnós.

-Habermas, J. (1968): *Conocimiento e interés.* Madrid: Editorial Taurus.

-Habermas, J. (1999): *Teoría de la acción comunicativa.* Madrid: Editorial Taurus.

-Heidegger, M. (2003): *Ser y tiempo.* Madrid: Editorial Trotta.

-Heidegger, M. (2006): *¿Qué es metafísica?.* Madrid: Alianza.

-Heródoto (2006): *Historias.* Barcelona: Cátedra.

-Hobbes, T. (2000): *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica.* México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

-Horacio (2001): *Sátiras.* Madrid: Alianza Editorial.

-Horkheimer, M. (1973): *Crítica de la razón instrumental.* Buenos Aires: Editorial Sur.

-Huxley, A. (2013): *Un mundo feliz.* Madrid: Cátedra.

-Ibn Tufayl (2003): *El filósofo autodidacto.* Madrid: Trotta.

-Kant, I. (1997): *Filosofía de la historia.* Madrid: Fondo de Cultura Económica.

-Kant, I. (2001): *Crítica del juicio.*
Madrid: Espasa Calpe.

-Kant, I (2001): *Crítica de la razón práctica.* Madrid: Alianza Editorial.

-Kant, I. (2002): *Crítica de la razón pura.* Barcelona: Ediciones Folio.

-Katz, C. (2010): *La economía marxista hoy.* Madrid: Maia Ediciones.

-Kundera, M. (1985): *La insoportable levedad del ser.* Barcelona: Tusquets.

-Keeran, Roger & Kenny, Thomas Kenny (2014): *El socialismo traicionado. Detrás del colapso de la Unión Soviética.* Traducción: Alba Dedeu. Madrid: El Viejo Topo.

-Kennedy, J. (1982): *La conjura de los necios.* Barcelona: Anagrama.

-Koonz, C. (2005): *La conciencia nazi.* Barcelona: Ediciones Paidós.

-Lederman, L. & Teresi, D. (2010): *La partícula divina. Si el universo es la respuesta, ¿cuál es la pregunta?* Barcelona: Crítica.

-Leibniz, G. W. (1992): *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano.* Madrid: Alianza Editorial.

-Leibniz, G. W. (2002): *Monadología.* Córdoba: Editorial Folio.

-Levi, P. (2018): *Si esto es un hombre.* Barcelona: Península.

-Locke, J. (2002): *Segundo tratado sobre el gobierno civil.* Madrid: Alianza Editorial.

-Locke, J. (2008): *Carta sobre la tolerancia.* Madrid: Tecnós.

-Locke, J. (2015): *Ensayo sobre el entendimiento humano.* México D. F.

-Lovejoy, A. O. (1983): *La gran cadena del ser.* Barcelona: Editorial Icaria.

-Lucilio (1991): *La sátira latina.* Madrid: Akal.

-Mandel, E. (1976): *Tratado de economía marxista.* Trad. Francisco Díez del Corral. México D. F.: Ediciones Era.

-Manin, B. (1998): *Los principios del gobierno representativo.* Madrid: Alianza Editorial.

-Maquiavelo, N. (2012): *El príncipe.* Madrid: Akal.

-MacIntyre, A. (2001): *Tras la virtud.* Barcelona: Editorial Crítica.

-Marco Aurelio (2019): *Meditaciones.* Madrid: Gredos.

-Marcuse, H. (2002): *Eros y civilización.* Barcelona: Editorial Ariel.

-Marqués de Sade (2002): *Filosofía en el tocador.* Barcelona: Tusquets Editores.

-Marqués de Sade (2003): *Justine.* Barcelona: Tusquets Editores.

-Marqués de Sade (2003): *Las 120 jornadas de Sodoma.* Barcelona: Tusquets Editores.

-Marqués de Sade (2006): *Los crímenes del amor.* México D.F.: Grupo Editorial Tomo.

-Marx, K. (1971): *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*, Madrid: Editorial Ayuso.

-Marx, K. & Engels, F. (1985): *La ideología alemana.* Buenos Aires: Editorial Pueblos Unidos.

-Marx, K. & Engels, F. (1985): *Manifiesto comunista.* Madrid: Akal.

-Marx, K. (1989): *Contribución a la crítica de la economía política*. Moscú: Editorial Progreso.

-Marx, K. (2008): *El capital.* Madrid: Siglo XXI.

-Marx, K. (2010): *Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel.* Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.

-Merino, J. A. (1993): *Historia de la filosofía franciscana.* Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

-Miller, F. & Varley, L. (2002): *300.* Barcelona: Norma Editorial.

-Moore, A. & Lloid, D. (2019): *V de Vendetta.* Barcelona: ECC.

-Moore, A. & Gibbons, D. (2019): *Watchmen.* Barcelona: ECC.

-Moore. G. E. (2001): *Ética.* Madrid: Editorial Encuentro.

-Newton, I. (2011): *Principios matemáticos de la filosofía natural.* Madrid: Alianza editorial.

-Nietzsche, F. (1999): *Así habló Zaratustra.* Madrid: Edimat Libros.

-Nietzsche, F. (2000): *La genealogía de la moral.* Madrid: Editorial EDAF.

-Nietzsche, F. (2002): *El origen de la tragedia.*

Madrid: Alianza Editorial.

-Nietzsche, F. (2002): *La gaya ciencia.* Madrid: Editorial EDAF.

-Nietzsche, F. (2010): *Fragmentos póstumos.* Madrid: Tecnós.

-Ortega y Gasset, J. (1970): *Unas lecciones de metafísica.* Madrid: Alianza Editorial.

-Ortega y Gasset, J. (1973): *La rebelión de las masas.* Madrid: Espasa.

-Orwell, G. (2014): *1984.* Barcelona: Lumen.

-Orwell, G. (2020): *Rebelión en la granja.* Barcelona: Libros del zorro rojo.

-Pascal, B. (2011): *Pensamientos.* Barcelona: Ediciones Bronte.

-Payne, S. G. (2014): *El fascismo.* Madrid: Alianza Editorial.

-Petrarca, F. (2008): *Cancionero.* Madrid: Alianza Editorial.

-Platón (2002): *Obra completa.* Madrid: Gredos.

-Popper, K. (1967): *La Logica de la Investigacion Cientifica.* Madrid: Tecnós.

-Popper, K. (1972): *Conjeturas y refutaciones.* Buenos Aires: Paidós.

-Popper, K. (2017): *La sociedad abierta y sus enemigos.* Barcelona: Paidós.

-Pyle, H. (2017): *Las alegres aventuras de Robin Hood.* Madrid: Anaya.

-Quevedo, F. (2010): *El buscón.* Madrid: Anaya.

-Quevedo, F. (2011): *Poemas satíricos.* Barcelona: Aldebaran.

-Rawls, John (1971): *Teoría de la justicia.*
México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

-Redfield, J. M. (1992): *La tragedia de Héctor: naturaleza y cultura en la Ilíada.* Barcelona: Destino.

-Rodríguez, J. L. (1997): *La palabra y la espada. Genealogía de las revoluciones.* Madrid: Talasa Ediciones.

-Roemer, John E. (1989): *Teoría general de la explotación y de las clases*. Madrid: Siglo XXI editores.

-Roemer, John E. (1995): *Un futuro para el socialismo.* Barcelona: Editorial Crítica.

-Rosenblum, B. & Kuttner, F. (2016). *El enigma cuántico. Encuentros entre la física y la conciencia.* Traducción: Ambrosio García Leal. Barcelona: Tusquets.

-Rousseau, J-J. (2001): *Discurso sobre las ciencias y las artes / Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres / El contrato social.* Madrid: Editorial LIBSA.

-Rousseau, J-J (2011): *Emilio o de la educación.* Madrid: Alianza Editorial.

-Russell, B. & Whitehead, A. N. (1963): *Principia mathematica.* London: Cambridge University Press.

-Russell, B. (2009): *Historia de la Filosofía.* Madrid: RBA.

-San Agustín (1980): *De la vida feliz.* Buenos Aires: Ed. Aguilar, Buenos Aires.

-Santo Tomás de Aquino (2010). *Suma teológica.* Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

-Sartre, J. P. (2005): *El ser y la Nada.* Buenos Aires: Losada.

-Sartre, J. P. (2008): *La náusea.* Buenos Aires: Losada.

-Sartre, J. P. (2017): *A puerta cerrada.* Madrid: Visor Libros.

-Saussure, F. (2008): *Curso de lingüística general.* Oviedo: Losada.

-Scott, W. (2013): *Ivanhoe.* Madrid: Cátedra.

-Scurati, A. (2020): *El hijo del siglo.* Madrid: Alfaguara.

-Schlanger, J. (2000): *Sobre la vida buena.* Madrid: Editorial Síntesis.

-Schiller, J. C. F. (1969):

Cartas sobre la educación estética del hombre.

Madrid: Aguilar.

-Schopenhauer, A. (2000): *El mundo como voluntad y representación.* Madrid: Akal.

-Schmitt, C. (2014): *El concepto de lo político.* Madrid: Alianza Editorial.

-Séneca (1984): *Diálogos.* Madrid: Editora Nacional.

-Shakespeare, W. (2018): *El mercader de Venecia.* Buenos Aires: Interzona Editora.

-Shakespeare, W. (2018): *Julio César.* Madrid: Algar.

-Solzhenitsyn, A. (2002): *Archipiélago Gulag. (1918-1956).* Barcelona: Tusquets Editores.

-Spigelman, A. (2018): *Maus.* Barcelona: Literatura Random House.

-Szymanski, A. (1984): *Human rights in the Soviet Union.* London: Zed books

-Suetonio (1999): *Historia y vida de los césares.* Barcelona: Edicomunicación.

-Thibaut, C. (2004): *Conceptos fundamentales de Filosofía.* Madrid: Alianza.

-Toulmin, S. (2001): *Cosmópolis. El transfondo de la modernidad.* Barcelona: Ediciones Península.

-Torres Gómez, J. (2016): *Economía para NO dejarse engañar por los economistas.* Bilbao: Deusto Ediciones.

-Trias, E. (1996: *Lo bello y lo siniestro.* Barcelona: Ariel.

-Trias, F. (2015): *El libro prohibido de la economía.* Barcelona: Espasa.

-Tucídices (2019): *Historia de la guerra del Peloponeso.* Barcelona: Gredos.

-Unamuno, M. (1964): *Vida de Don Quijote y Sancho.* Madrid: Espasa.

-Unamuno, M. (1966): *La agonía del cristianismo.* Madrid: Espasa.

-Unamuno, M. (1967): D*el sentimiento trágico de la vida.* Madrid: Espasa.

-Varoufakis, Y. (2015): *Economía sin corbata. Conversaciones con mi hija.* Barcelona: Editorial Destino.

-Virgilio, P. (1999): *Eneida.* Madrid: Mestas Ediciones.

-Voltaire (2006): *Cándido / Micromegas / Zadig.* Madrid: Cátedra.

-Voltaire (2013): *Tratado sobre la tolerancia.* Madrid: Espasa.

-Voslensky, M. (1981): *La nomenklatura. Los privilegiados en la U.R.S.S.* Barcelona: Editorial Argos-Vergara.

-Wave, Rex A. (2017): *1917. La revolución rusa.* Madrid: La Esfera de los Libros.

-Weber, M. (1991): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo.* México D. F.: Premia editora de libros.

-Wittgenstein, L. (2012): *Tractatus logico-philosophicus.* Madrid: Alianza Editorial.

-Wittgenstein, L. (2017). *Investigaciones filosóficas.* Madrid: Editorial Trotta.

-Yourcenar, M. (1999): *Memorias de Adriano.* Madrid: Unidad Editorial.

-Zubiri, X. (1994): *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*. Madrid: Alianza.